

¡Estás loca!

**KAERA
NOX**



¡Estás loca!

Kaera Nox

© Kaera Nox, 2018

Título: ¡Estás loca!

Publicado en Sevilla, mayo de 2018.

Depósito Legal: SE 1738-2017

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Belén.

Por esa locura que siempre me hace sonreír.

*Porque hay personas que se cruzan en tu camino
y sabes que su huella será imborrable.*

Índice

[Índice](#)

[Argumento](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

Argumento

Dos encuentros, (nada agradables), un beso, muchas salidas de tono, una mujer sin filtro, un bombero con miedo al fuego, un mastín, una amiga dueña de un sex-shop y otra mística con una tía medio bruja y... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! También hay un jefe buenorro y una jefa bastante golfa, ¿qué más se puede pedir?

La historia de Iván y Lía es algo complicada, ¡y eso sin contar con Mateo y Tesa! Porque... ¿Qué no harías por tu hermana pequeña? ¿Y por tu mejor amigo?

Dos personas totalmente opuestas, huyendo de sus propias vidas, que se encuentran en un pequeño pueblo costero y oscilan entre el amor y el odio.

¿Qué puede salir mal?

“La perfección existe, pero la llamamos locura”

Natalie Portman

Capítulo 1

¿Sabéis esas cosas que suceden en las películas y que estáis seguros de que jamás podrían pasar en la vida real? Pues bien, después de aquel día estoy segura de que no volveré a pensar lo mismo.

Llevaba más de dos meses trabajando casi dieciséis horas diarias, siete días a la semana. Lo que me dejaba poco tiempo para hacer otra cosa que dormir y, en ocasiones, ni siquiera eso. Una importante cadena hotelera nos había pedido “modernizar” la imagen de uno de sus hoteles más antiguos y, si les gustaba el resultado, el contrato podía ampliarse al resto del país y posteriormente, a los que poseían en el extranjero. El volumen de trabajo era importante y la presión más. Así que mi jefa, había decidido darse de baja “por ansiedad” justo en el momento en que teníamos más trabajo. Mujer previsora. Había cogido la baja antes de que tuviera que sufrir la ansiedad. Era mucho mejor que la tuviera yo, dónde va a parar. Para ser sincera, tampoco es que ella hiciera mucho en la oficina además de bulto. Privilegios de ser jefa (y la novia del dueño), supongo. Sus obligaciones se limitaban a pedir cafés y reunirse con los clientes que, por otro lado, era la parte del trabajo que más odiaba.

No es que yo fuera una persona antisocial, todo lo contrario. Me encanta la gente, me encanta salir a divertirme y rajo hasta por los codos. El problema es que tengo una tara desde chiquitita; no tengo filtro. Entre mi cerebro y mi boca no hay nada que me impida decir exactamente lo que estoy pensando, con las palabras exactas, independientemente de la persona que tenga delante y, como dice mi madre, tengo mente de barriobajera. Vamos, que mi vocabulario no se caracteriza por la suavidad ni la diplomacia precisamente. Digo lo que pienso y punto. Me da igual tener delante a un cliente, a mi jefe, o al Papa. Mi pequeña “tara” me ha traído muchos problemas y yo lo intento, de verdad. De hecho, en esos dos meses, sólo en dos ocasiones, los clientes habían llamado a mi jefe para quejarse de mí. Claro, que también me había ayudado ser la mejor en lo mío y que, después de la primera reunión, me llevase a Telma que, aunque es diseñadora como yo, trabajaba de recepcionista en la misma empresa y, además era mi mejor amiga, a cada una de ellas. Sus pellizcos cada vez que iba a meter la pata fueron de lo más

prácticos y me dejaron una cantidad de moratones considerable para recordarme cómo comportarme con los clientes.

El caso es que después de dos meses infernales, decidí adelantar mi vuelta de la que debía ser mi última reunión en Madrid, y tomarme el día libre. Sólo quedaba la firma y la posterior comida de celebración y Rodrigo, mi jefe, que era con quien había viajado en aquella ocasión, no me necesitaba para ninguna de las dos cosas.

Mark, mi novio, llevaba varias semanas quejándose de que no tenía tiempo para él. Casi no nos veíamos y no hacíamos nada juntos. Entre semana llegaba a casa tan cansada, que apenas aguantaba de pie en la ducha el tiempo suficiente antes de meterme en la cama y los fines de semana que no estaba en la oficina acababa rodeada de papeles, muestras de telas y muestrarios de muebles en la mesa del salón.

Durante el breve vuelo de apenas una hora mi mente no había parado. Mark tenía razón, había descuidado lo nuestro y a él demasiado en los últimos tiempos. Pero se me había ocurrido la forma perfecta de resarcirle o, al menos, de empezar a hacerlo.

Nada más aterrizar en Jerez cogí mi coche, que había dejado en el parking del aeropuerto, y me dirigí al centro de Cádiz, a la tienda de mi amiga Lola. A sus cuarenta y tres años, había sido una importante abogada en Madrid con fama de mujer sin escrúpulos. Había trabajado en uno de los mejores bufetes de la capital y sus clientes habían sido empresarios importantes y famosos. Hasta que dos años antes se había liado la manta a la cabeza y, de un día para otro, había dejado el trabajo, a su marido y su ciudad y se había venido al sur para abrir un Sex-shop... Sí, una abogada de éxito que lo deja todo para abrir un sex-shop en una ciudad del sur. Los motivos que le habían llevado a tomar aquella decisión eran un secreto para mí, pero lo que sí sabía con certeza, porque mi amiga nunca dejaba de repetirlo, era que nunca había sido tan feliz.

Cuando llegué a “Ambrosía” Lola me recibió con una sonrisa en los labios y un interrogante en la mirada.

—¿Tú no estabas en Madrid?

—He decidido volver antes y... sorprender a Mark —dije con una sonrisa a la vez que le guiñaba el ojo.

—¡Genial! ¡Me encantan las sorpresas!

Fue lo último que dijo antes de volverse loca rebuscando entre los estantes y las perchas colgadas por toda la tienda.

Cuando salí de allí había pasado más de una hora, le había hecho un agujero importante a mi tarjeta de crédito y algo en mi interior me decía que las cosas se me habían ido de las manos. Mi intención había sido comprar un conjunto de ropa interior sexy con el que sorprender a Mark, pero Lola no sólo me había convencido para que me llevase un babydoll de encaje negro que dejaba poco a la imaginación, con ligüero a juego y unas medias negras de rejilla. También me había convencido para que me comprase unos zapatos rojos, con un tacón de aguja imposible y algunos de sus juguetes favoritos. Pero eso no había sido lo peor, lo peor fue que me convenció para que saliera de allí con todas mis compras puestas, menos los juguetes -¡gracias a los dioses por los pequeños detalles!-, y cubierta con una chaqueta tres cuartos de entretiempo. Después de discutir un rato, aceptó dejar que me pusiera mis pantalones anchos y que me cambiase de zapatos. Mi coche estaba a un trecho y una cosa era sorprender a mi novio y otra muy distinta enseñarle el culo, y lo que no es el culo, a todo el que me cruzase por la calle. Eso sin contar con que me veía incapaz de conducir con aquellos taconazos.

Llegué al coche con la sensación de que todos aquellos con lo que me había cruzado eran conscientes de la escasa ropa que llevaba bajo la chaqueta y más colorada que un tomate. Después de aparcar en el garaje subí en el ascensor hasta la tercera planta y, en el descansillo, mientras rezaba porque la cotilla de Doña Amparo no estuviera observando por la mirilla los movimientos de los vecinos, cosa que parecía ser su pasatiempo favorito, me apresuré a quitarme los pantalones y cambiarme de zapatos. Las manos me sudaban por los nervios y las llaves estuvieron a punto de caérseme dos veces. Respiré hondo y me animé a mí misma. Cuando conseguí calmar mis nervios, abrí la puerta lo más silenciosamente posible y entré en mi apartamento. Cerré sigilosamente y agudicé el oído intentando ubicar a Mark. Apenas eran las once de la mañana y supuse que aún estaría durmiendo. Nunca se había caracterizado por ser precisamente madrugador y, además, trabajaba de camarero en un bar de copas por las noches.

En un último ataque de inspiración, mientras guardaba mi bolso y la maleta en el armario de la entrada, decidí dejarme puesta la chaqueta y sacar

mi móvil. Busqué en el reproductor la canción de Joe Cocker “You can leave your hat on”, dejándola preparada antes de bloquear el teléfono y guardarlo en mi bolsillo.

Atravesé el salón de puntillas, para que los tacones no hicieran ruido y pegué la oreja a la puerta del dormitorio. ¿Mark estaba viendo porno a las once de la mañana? Los sonidos que provenían de la habitación, suspiros, gemidos y el roce de carne contra carne, así parecían indicarlo. Me encogí de hombros mentalmente, bueno, al menos así estaría preparado para lo que venía. Me enderecé sobre los tacones, apreté el cinturón de la chaqueta, aferré el móvil con la mano derecha preparada para darle al play en cuanto cruzara la puerta, dispuesta a ofrecerle a mi novio un baile sexy y sensual, mientras le dejaba ver mis nuevas compras. Abrí la puerta lentamente y mis pies se congelaron en el sitio. Allí, en MI apartamento, dentro de MI habitación, encima de MI cama, estaba Mark y no precisamente solo. Mi cerebro, lejos de bloquearse como mis pies, empezó a funcionar a toda pastilla. Accedí a la cámara de mi móvil e hice un par de fotos de la pareja, que estaba tan metida en el tema que no se había percatado de mi presencia, antes de pasarme al vídeo. Cuando me aseguré de que las caras de ambos eran reconocibles, sin dejar de grabar, decidí que había llegado el momento de hacerles conscientes de mi presencia.

—¿Os divertís?

Dos cabezas se giraron hacia mí y cuatro ojos me miraron fijamente. Intenté que mi tono de voz no reflejara la más mínima emoción, mientras permanecía apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Se te ve bastante bien para estar de baja por ansiedad, Gina —. Dije con los ojos clavados en la cara de mi jefa —. Largo de MI casa —volví la cabeza para mirar al que hasta aquel momento había sido mi novio —los dos.

Me di la vuelta y salí de la habitación mientras escuchaba a Mark llamarme “cariño”, apelativo que nunca antes había utilizado conmigo. Al entrar al salón tropecé contra una de las pesas de Mark. Por más que se lo había pedido era incapaz de mantener las cosas ordenadas, ¿tan difícil era ponerlas en su sitio? El dolor en el pie hizo que mis nervios se rompieran del todo. Mientras masajeara mi maltrecho dedo mis ojos fueron directos a la PS4 de su propiedad, ubicada en la mesa baja entre el sofá y la tele. Pasando sobre la pesa me dirigí hacia ella y, arrancando los cables la lancé por la

puerta abierta de la terraza. El ruido que produjo al chocar con la acera me sonó a música celestial. La siguieron los distintos juegos y su colección de miniaturas de la guerra de las galaxias. Su guitarra iba por el mismo camino, pero justo cuando iba a lanzarla la voz de Mark desde la entrada me hizo girarme.

—Pero ¿qué haces, loca? —Mark, corría hacia mí en calzoncillos dispuesto a impedir que siguiera lanzando sus cosas por la ventana.

—Da un paso más y te la reviento en la cabeza.

Mis ojos destilaban furia y mi postura indicaba claramente que la amenaza era muy real. Mark frenó en seco. Chico inteligente, porque en aquel momento realmente estaba dispuesta a romperle la guitarra en la cabeza, mis ojos se desviaron hacia su juego de pesas. Porque eran demasiado pesadas para mí, si no seguro que se las lanzaba.

—Cariño, cálmate —relajó la postura y suavizó su voz —esto no es...

—¿Lo que parece? —le corté con una sonrisa sarcástica —Déjame adivinar... tú estabas durmiendo tranquilamente en la cama y cuando te has despertado tenías a una mujer desnuda que intentaba violarte —dije con mi más dulce voz y toda la ironía posible. —Pobrecito...

—¡Exacto! Es justo eso lo que ha pasado —dijo el idiota con el que llevaba viviendo los últimos seis meses.

—¡Pero tú te crees que yo soy gilipollas! Pretenderás, además, que me crea que cuando intentabas huir, te tropezaste y se la clavaste por error, ¿no?

Estaba roja de furia y las ganas de estamparle su preciada guitarra en su hueca cabeza eran cada vez mayores.

—Cariño, yo...

—¡Que te calles! No digas una palabra más. Te quiero fuera de mi casa dentro de cinco minutos o no respondo, ¿te enteras?

La cara de Mark osciló entre el rojo y el blanco, entre la furia y el pasmo y a mí me supo a gloria. Sobre todo, cuando se quedó en blanco y sus hombros se hundieron en rendición. Una parte de mí lamentó que no insistiera, dándome el motivo que me faltaba para estamparle la guitarra. Un ruido detrás de Mark me hizo saber que mi jefa acababa de unirse a nosotros.

—¡Hombre, Guillermina! —dije con toda la mala baba acumulada, mi jefa odiaba que la llamaran por su nombre completo.

Verla allí plantada en mi salón, con su perfecto traje a medida envolviendo a la perfección sus perfectas líneas, observando desinteresadamente sus perfectas uñas, con su perfecta manicura francesa que, obviamente, ella sí había tenido tiempo de hacerse en los últimos meses, hizo hervir la sangre de mis venas. Tan relajada, tan como si nada de aquello fuera con ella, que podía sentir cómo el humo salía por mis muy coloradas orejas.

—Hay que ver cómo te gusta ser el centro de atención —dijo como si la cosa no fuera con ella —sabía que eras una histérica, pero no imaginaba hasta qué punto.

¿Histérica? ¿Yo? ¿Llego a mi casa y me encuentro a mi novio en la cama con mi jefa y no puedo ni desahogarme sin que me llamen histérica? Agarré la guitarra con más fuerza y me centré en mi nuevo objetivo, dedicándole la sonrisa más falsa de mi repertorio y trazando en mi mente mi venganza.

—¿Me notas histérica? Oh, lo siento... Guillermina —hice que su nombre sonara como un insulto —. Verás, es que no todos tenemos la misma suerte que tú y no podemos tomarnos dos meses de vacaciones con todos los gastos pagados.

Noté un movimiento y me giré para ver a Mark, revolviéndose nervioso en la misma posición. Mis ojos se desviaron automáticamente al reloj digital sobre el equipo de música.

—Te quedan cuatro minutos Mark —dije agitando la guitarra hacia él como si fuera un bate.

No necesitó más para salir corriendo hacia la habitación, esperaba que a vestirse y a recoger sus cosas, justo antes de largarse de mi casa. Aunque, pensándolo bien, ojalá olvidara vestirse y la señora Amparo tuviera la cámara de fotos a mano. Así tendría pruebas de su bochornosa huida.

Eliminado un objetivo, me dispuse a enfrentarme a la fría mujer con pinta de barbie que continuaba en mi salón como si fuera la reina del mundo.

—La verdad es que no sé de qué te extrañas, Natalia. No sólo no le dedicas el tiempo que se merece, sino que, de un tiempo a esta parte, ni

siquiera te cuidas como deberías. Un hombre como Mark tiene necesidades y, si tú no las cubres, es lógico que se las busque en otra parte.

—¡Serás puta! —lo dicho, no tengo filtro y, si lo tuviera, dudo que en ese momento me hubiera preocupado de utilizarlo. Respiré hondo y recompuse mi falsa sonrisa. Si iba a enfrentarme a la Reina del Hielo lo haría con sus mismas armas. —Tienes razón, últimamente no he tenido tiempo para nada, así que estaba pensando... ¿qué te parece si me tomo unas vacaciones indefinidas con mi sueldo intacto y ya hablamos cuando vuelva?

Mi jefa levantó el rostro y me dedicó una sonrisa igual de falsa que la mía.

—¿Qué te parece si te despido?

—¿Despedirme? —intenté aparentar confusión a la vez que soltaba una de las manos de la guitarra y la llevaba al bolsillo. Agarré el móvil con fuerza —. ¡Oh! Pero... eso no estaría bien, Guillermina. —Podía ver cómo su cuerpo se estremecía cada vez que la llamaba por su nombre y sonreí interiormente.

—¿Por qué no? Después de todo soy tu jefa, no tengo porqué aguantar tus histerismos.

—Cierto, eres mi jefa... y también la novia del dueño. ¿Qué pasaría si Rodrigo se enterara de tu... desliz?

La muy pu... (veis, lo estoy intentando) empezó a reírse.

—Rodrigo me adora y sería tu palabra contra la mía, ¿a quién creerá? —dijo elevando su perfectamente delineada ceja.

—Si sólo fuera mi palabra...

Me miró confusa y aproveché para sacar el móvil del bolsillo y darle a reproducir al vídeo que les había hecho momentos antes.

—En el vídeo las caras no se os ven muy bien, aunque tu voz es bastante reconocible, ¿no crees? —Su gesto frío empezó a ponerse rojo de ira y mi interior hizo el baile de la victoria, mientras exteriormente me mantenía lo más despreocupada posible —. De todos modos, también tengo algunas fotos, ¿quieres verlas? Estoy segura de que, con lo fotogénica que eres, saldrás estupenda en todas.

El salto que dio en mi dirección no me pilló desprevenida porque lo estaba esperando. Alejé el móvil de ella e interpuse la guitarra entre nosotras.

—No des un paso más o te la reviento en la cabeza. Preferiría dejarlo para la de Mark, pero creo que aguantará para los dos.

—¡Estás loca! —siseó entre dientes mirándome con toda la rabia del mundo.

—Hablando de Mark... —murmuré antes de gritar hacia la puerta de la habitación —¡¡Se acabó el tiempo!! ¡¡O te largas ya o sales por el mismo sitio que tus cosas!! —Volví a girarme hacia Gina que ahora, más que una Reina del Hielo, parecía un volcán a punto de hacer erupción —. Lo mismo va para ti. Te quiero fuera de mi casa ya y, si no quieres que Rodrigo se entere de tus... “actividades extracurriculares”, ya sabes lo que tienes que hacer. Me da igual lo que te inventes ni cómo lo hagas, pero me voy de vacaciones hasta que se me pase el cabreo, que no sé cuánto tardará. Y, cuidadito con lo que dices de mí en la oficina — su perversa mueca al decirle que me daba igual lo que se inventara, no me había pasado desapercibida —una mirada rara o una palabra extraña, el menor daño a mi reputación como profesional o como persona, y cuando vuelva, Rodrigo tendrá tus fotos de salvapantallas en su ordenador personal, ¿queda claro?

Sus hombros se hundieron y me dedicó una mirada que prometía venganza a pesar de su gesto derrotado. Las cosas no quedarían así, pero por el momento, la que tenía la sartén (o la guitarra) por el mango, era yo.

Mark apareció con una maleta y una bolsa de viaje, y me habló sin levantar la vista del suelo.

—Cariño...

—¡Largo!

Agité la guitarra hacia la salida y los seguí hasta allí. Permanecí a la espera hasta que ambos cogieron el ascensor y me hube asegurado de que realmente se habían largado.

—¡Se acabó el espectáculo!

Eso último se lo grité a la puerta entreabierta de Doña Amparo que la cerró con rapidez. Las paredes en aquel edificio eran de papel y estaba segura de que no se había perdido ni un ápice de todo lo sucedido en mi

apartamento. Entré en mi casa dando un portazo, apoyé la espalda contra la puerta y cogí aire. No iba a venirme a abajo, todavía no. Tenía mucho que limpiar y unas sábanas que quemar.

Capítulo 2

Mi casa estaba impoluta y no quedaba ni rastro de la estancia de Mark en ella, ni de lo que mis ingenuos ojos habían presenciado, pero a pesar de ello, era incapaz de permanecer allí.

No había pegado ojo en toda la noche, incómoda, intranquila y asqueada de mi propia casa. Cada vez que intentaba dormir, la escena se repetía tras mis párpados como si se tratara de una película. Me sentía sucia. Hasta aquel día había adorado mi piso. El mismo que había comprado con mucho trabajo y esfuerzo y que pagaba religiosamente cada mes. No era grande, las paredes eran de papel y tenía vecinas cotillas, pero era mío. Me encantaban su enorme terraza y el acceso directo a una pequeña azotea en la que podías tomar el sol en verano, hacer barbacoas con los amigos o, simplemente observar las estrellas. En los dos años que habían pasado desde que lo compré, lo había convertido en mi hogar.

En cambio, ahora me sentía una extraña en mi propia casa. No dejaba de preguntarme qué otros lugares habrían profanado antes de que los pillara infraganti. Había pasado el día de un lado a otro, armada con fregona, paños y cantidades ingentes de lejía. Había puesto un montón de lavadoras con cualquier cosa susceptible de haber sido tocada por sus cuerpos desnudos. Incluso había estado tentada de tirar mi precioso sofá de piel blanco y la butaca roja del mismo material... pero me encantaban, me habían costado un

pastón y llegué a la conclusión de que ya me habían quitado suficiente. Sobre todo, teniendo en cuenta que ahora me sentía una extraña en mi propia casa.

A las seis de la mañana me había cansado de dar vueltas en la cama, de sentarme en la butaca y de tumbarme en el sofá intentando conciliar el sueño. La cabeza me dolía por la falta de descanso y mi cabreo, lejos de haber desaparecido, sólo había aumentado y ampliado sus horizontes. Ahora también estaba cabreada conmigo misma por no haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando, por haber metido a Mark en mi casa, por todo y por nada.

Lo único claro en mi mente cuando posé mis pies desnudos en el fresco suelo de mi habitación es que lo que le había dicho a Gina era cierto. Necesitaba unas vacaciones. Salir de aquella casa, respirar y alejarme de todo aquello. Al menos hasta que pudiera ver las cosas en perspectiva y recuperara el control de mi propia vida.

Después de una ducha helada para espabilarme, reuní algo de ropa en una maleta, cogí el bolso y las llaves del coche dispuesta a comenzar con mis tan merecidas vacaciones. El destino inicial lo tenía claro, me iría unos días a casa de Tesa. Necesitaba sol, playa, relajarme y pasar página y mi hermana pequeña siempre tenía un hueco para mí.

A pesar de ser hermanas y llevarnos poco más de un año, no podíamos ser más diferentes. Donde yo era oscura y tormentosa, ella era todo luz y calma. Si físicamente éramos completamente distintas, yo con el pelo moreno, ojos azul oscuro, mi escaso metro sesenta y más curvas que una carretera secundaria, ella rubia, ojos castaños, casi metro ochenta de estatura y cuerpo de modelo de Victoria Secrets, en cuanto a nuestra forma de ser las diferencias sólo aumentaban. Mi hermana pequeña era todo dulzura y saber estar, nunca levantaba la voz, jamás le había escuchado decir una palabrota y enfadarla era todo un reto. Por más que lo intentases (y, creedme, lo había intentado en más de una ocasión) lo más que había conseguido de su parte era un suspiro resignado y una mirada de exasperación. Éramos la noche y el día, teníamos formas muy diferentes de vivir y de entender la vida, pero éramos hermanas y siempre habíamos estado la una para la otra.

Tesa era veterinaria y tenía su propia clínica en una localidad costera muy cercana a mi ciudad, a apenas media hora de distancia. El día anterior una parte de mí había querido poner kilómetros de distancia, miles de ellos. O, a

ser posible, un océano. Pero me conocía lo bastante cómo para saber que aquello no sería buena idea. Mis vacaciones eran precipitadas, por no decir otra cosa, había dejado un proyecto importante recién firmado, pero aún podían surgir complicaciones y mi naturaleza responsable y perfeccionista en todo lo relacionado con el trabajo, no me permitía marcharme lejos y dejar de estar localizable, a pesar de las pocas ganas que tenía de ver a mi jefa o escuchar su voz. Ni los clientes ni Rodrigo tenían la culpa de que mi vida amorosa fuera un desastre. <<Rodrigo>>. Pensar en mi amigo y dueño de la empresa me provocó una punzada de culpabilidad. Debería decirle a lo que se dedicaba su adorada novia a sus espaldas, tenía derecho a saberlo y, además, no se merecía que lo engañaran de esa manera. A ver, nadie se lo merecía, pero es que él además era un tío increíble y un buenazo. Tendría que hablar con él pronto, pero no sería en aquel momento.

Encendí el móvil, que había apagado el día anterior para que mi parte masoquista no se sintiera tentada a reproducir una y otra vez las pruebas de mi estupidez, para enviarle un mensaje a Tesa avisándola de mi visita. Tenía una llamada perdida de mi madre y un mensaje en el contestador en el que Rodrigo me informaba de que la firma se había llevado a cabo sin problemas y me daba la enhorabuena por mi trabajo. La culpa se hizo más pesada en mi estómago mientras le oía hablar de lo orgulloso que estaba de mí y lo feliz que le hacía tener empleados en los que podía confiar.

Tardé exactamente diez segundos en tomar la decisión. Sólo eran las ocho y media de la mañana, pero sabía que estaría despierto, aunque fuera sábado. Dos tonos más tarde, dejando claro lo bien que conocía a mi jefe, él descolgó el teléfono.

—¿Natalia?

—Buenos días Rodrigo.

—No te esperaba tan madrugadora un sábado... ¿o es que no te has acostado aún? —estaba de buen humor, se le notaba en la voz, y me sentí aún peor porque sabía que no le iba a durar en cuanto le dijese lo que tenía que decirle.

—Ya ves... —mi voz temblaba y me sentía muy nerviosa. Respiré hondo y me armé de valor —. Me preguntaba si podríamos vernos, necesito hablar contigo de algo.

—Debe ser urgente si no puedes esperar al lunes.

—Sí, lo es.

La línea se quedó en silencio unos segundos antes de que preguntara.

—¿Personal o profesional? —el humor había desaparecido de su voz y ahora era el hombre de negocios serio y alerta.

—Personal.

—Te veo en tu casa en veinte minutos, ¿te parece bien?

—Perfecto, aquí estaré.

Colgué el teléfono hecha un manojo de nervios. Rodrigo era mi jefe, el dueño de la empresa en la que trabajaba, pero también era mi amigo. Nos conocíamos desde hacía años y, cuando se decidió a abrir la empresa no había dudado en contar conmigo y ofrecerme trabajar con él. Aunque entonces sólo éramos conocidos, trabajar codo con codo los últimos cinco años para sacar adelante cada proyecto y hacer de la empresa una para tener en cuenta en el mundillo del diseño y la decoración, había conllevado muchas horas juntos y que acabáramos convirtiéndonos en buenos amigos. Él sabía que a mí nunca me había gustado Gina y, si se tratara de mi palabra contra la suya, no estaba segura de a quién creería. Estaba muy enamorado de ella, tanto, que había desoído todos los avisos de que no era más que una buscavidas que iba tras su dinero. No había querido escuchar ni a sus amigos ni a su propia familia. Sabía que lo que iba a decirle no iba a sentarle bien y que, probablemente, le destrozaría, pero tenía que hacerlo.

Veinte minutos después, en los que había estado dándole vueltas a la mejor forma de plantearle la situación sin llegar a ninguna conclusión, sonó el telefonillo y poco después el timbre de la puerta.

—¿Qué ha pasado, Lía? ¿Estás bien? —La preocupación era patente en su voz.

—Lo estaré. Pasa, por favor. ¿Quieres un café? —Ofrecí mientras lo acompañaba hasta el salón.

—¿Dónde está Mark? —Preguntó mientras yo trasteaba en la cocina, separada del salón tan solo por una barra americana.

—Se ha ido.

Me encogí de hombros y los ojos de Rodrigo se trasladaron al salón, recorriéndolo con la mirada.

—¿Y se ha llevado todas sus cosas? —Dijo tomando asiento en una de las sillas altas que rodeaban la barra.

—La mayoría.

No pude evitar una sonrisa malvada al pensar que, algunas de sus más preciadas posesiones, habían quedado para el arrastre tras salir despedidas por el balcón.

—Te ha dejado.

Aquello no era una pregunta y no pude evitar sentir una punzada de algo parecido a la decepción. Ni siquiera mis amigos dudaban de que yo había sido la abandonada.

—No exactamente.

Puse una taza frente a él mientras preparaba otra para mí. Coloqué el azúcar y la leche sobre la encimera y saqué algo de bollería industrial que tenía en la despensa.

—¿No exactamente? —Rodrigo me miró con exasperación —¿Qué está pasando, Lía? Me llamas un sábado a las ocho y media de la mañana diciéndome que es algo urgente y te limitas a hablarme con frases cortas, ¿podrías dejar de ser tan críptica y decirme de una vez a qué viene todo esto?

Respiré hondo. Se acabaron los rodeos. Esto tenía que ser como hacerse la cera de las piernas, de un tirón duele menos que si lo haces poquito a poco, ¿no? Pues ¡ale!, sería de un tirón y que fuese lo que Dios quisiera.

—Está bien, será de un tirón. —En la cara de Rodrigo se dibujó una interrogación. —Nada, cosas mías. Sólo te pido que no me interrumpas.

—De acuerdo.

—¿Recuerdas que ayer te dije que quería tomarme un día libre para sorprender a Mark porque últimamente apenas tenía tiempo para él?

—Ajá.

—Bien, pues cuando llegué a casa descubrí que no me estaba echando de menos. En absoluto. —Sus labios mostraron una “O” perfecta antes de que su

cara se desencajara y la mano que reposaba sobre la encimera se cerrara en un puño. —Exacto. Lo encontré en la cama con otra.

—¡Será cabrón! —Se levantó hecho una furia y casi tira el taburete al hacerlo —¡Te juro que como me lo encuentre lo mato, Lía! ¿Cómo ha podido hacerte eso después de todo lo que has hecho por él?

Su reacción me hizo entrar en pánico. Si reaccionaba así por saber que me habían engañado ¿cómo se pondría al saber con quién lo había hecho? Necesitaba que se calmase antes de soltar la bomba.

—Tranquilo Rodrigo, ya me he encargado de él.

—Seguro que lo has hecho —dijo con una sonrisa divertida —y cuando me lo cuentes lamentaré no haber estado aquí para verlo, ¿verdad?

—No lo dudes —dije con un guiño antes de contarle todo lo acontecido el día anterior.

Mientras le contaba cómo había hecho volar sus cosas por la ventana y la forma en que le había amenazado con la guitarra, me di cuenta de que toda aquella ira había desaparecido y no pude evitar reírme con ganas a la vez que él.

—¿De verdad le amenazaste con romperle su preciada guitarra en la cabeza? —dijo entre risas.

—Con reventársela en la cabeza, para ser exactos —dije con las lágrimas saltadas por la risa.

—A pesar del tiempo que hace que nos conocemos y de conocer de sobra tu temperamento, nunca dejas de sorprenderme, Lía. No sabes lo que habría dado por presenciarlo.

Imaginar a Rodrigo en aquel momento, me hizo recordar el motivo por el que le había llamado y se me quitaron las ganas de reír de golpe.

—Hay algo más —mi tono de voz había cambiado de golpe y al notarlo, él se enderezó en su asiento —aunque quizás no quieras saberlo.

—¿Qué más puede haber? ¿Lo has matado y necesitas mi ayuda para deshacerte del cadáver? —dijo entre risas que se cortaron al observar mi cara seria —. No lo has hecho... ¿verdad?

El tono en su voz casi me cabreó, ¿realmente pensaba que era capaz de matar a alguien? Pero no quería desviarme del tema ahora que lo tenía encaminado.

—No, Rodrigo, no lo he matado. Se fue de aquí por su propio pie.

—¿Entonces?

—No te he dicho con quién estaba.

—¿La conocías? —preguntó sorprendido.

—Sí, y tú también.

—¿Yo? —La sorpresa en su rostro duró dos segundos exactos antes de murmurar entre dientes —Gina.

—¿Lo sabías? —Esta vez me tocó a mí ser la sorprendida.

—No soy tan tonto como crees, Lía —dijo poniéndose en pie y desabrochándose los botones de su chaqueta.

Paseó por el salón con la mano derecha en su cintura, por debajo de la americana, mientras con la izquierda revolvía su pelo. La verdad era que Rodrigo era un hombre imponente. Más de metro ochenta de altura, un cuerpo delgado pero fibroso y musculado en su justa medida, ojos y pelo negro, un rostro de rasgos marcados y elegantes y hombros sobre los que podría descansar el mundo. En aquel momento comprendí porqué Telma nunca me había creído cuando le decía que nunca había sentido nada romántico por él, que nunca me había fijado en él de esa manera. Viéndolo en aquel momento, cualquiera diría que era imposible no hacerlo si tenías sangre en las venas.

—No lo sabía —prosiguió parado frente a la ventana que daba al balcón, con los brazos extendidos a los costados y las manos cerradas en puños — pero me lo imaginaba... —Sus hombros cayeron, dándole un aspecto abatido, y su cabeza giró para mirarme sobre su hombro derecho —. Te juro que no tenía ni idea de que se estaba acostando con Mark, te lo habría dicho.

—Lo sé —. Mis pies actuaron por su cuenta, llevándome hasta él y, al tenerlo frente a mí, supe por qué lo habían hecho. Le abracé con fuerza —. Gina no te merece, nunca lo ha hecho, Rodri y, en el fondo, siempre lo has sabido —. Sus manos acariciaron mi espalda con suavidad y me abrazó con

fuerza durante un par de segundos antes de soltarme y encogerse de hombros.

—Supongo.

Volvió a girarse hacia la ventana. Aunque acabábamos de entrar en el otoño, el sol aún brillaba con fuerza y sus rayos se colaban en la habitación envolviéndolo en una especie de halo luminoso. En aquel momento me di cuenta de que, si Rodri no fuera mi amigo, podría enamorarme de él. Suerte que ese barco ya había zarpado hacía tiempo. La tristeza y el abatimiento patentes en su postura me partían el corazón. Siempre había sido demasiado confiado, demasiado enamorado y, visto lo visto, tan bueno como yo a la hora de escoger pareja.

—¿No quieres saber lo que le hice a ella? —Pregunté con una sonrisa pícaro.

Necesitaba volver a verle sonreír y quitar esa máscara de tristeza de su cara. Se limitó a mirarme con curiosidad antes de que una sonrisa tímida asomase a sus labios.

—Lo estoy deseando.

Mientras le contaba como la había amenazado con la guitarra y chantajeado a cambio de unas vacaciones, me di cuenta de dos cosas. Primero: no había necesitado mostrarle el vídeo ni las fotos a Rodrigo para que me creyera, segundo: estaba hablando con el dueño de la empresa para la que trabajaba, sobre haber chantajeado a mi jefa directa a cambio de unas vacaciones con todos los gastos pagados... ¡ups!

Mi cara debió reflejar el momento exacto en que mi cerebro se dio cuenta de lo que acababa de decir y, automáticamente, empecé a disculparme.

—Por supuesto pensaba decírtelo y lo de las vacaciones no iba en serio —<<mentirosa>> —entiendo que en la empresa ahora mismo hay mucho trabajo y lo último que se me ocurriría sería...

La carcajada de Rodrigo me hizo parar de hablar y lo observé entre sorprendida y curiosa. Mi jefe y amigo se reía a mandíbula batiente.

—Para, Lía —. Consiguió decir mientras se secaba las lágrimas de risa e intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración —Perdona, es que me estaba imaginando la cara de Gina cada vez que la llamaste por su nombre completo y cuando le dijiste que lo habías grabado y no he podido evitarlo.

Aunque, conociéndola como la conozco, seguro que lo que más le ha jodido es saber que iba a tener que trabajar.

Esta vez fui yo la que no pudo evitar reírse. La cara de “Guillermina” había sido todo un poema, como si cada vez que pronunciaba su nombre recibiera un latigazo. Y lo poco que le gustaba trabajar era un secreto a voces dentro de la empresa.

—¡Cómo lo sabes! Y respecto al trabajo no te preocupes, el lunes por la mañana estaré en la oficina —dije con toda la seriedad que mis risas me permitían.

—No creo que sea necesario —respondió con una mirada cargada de humor.

—¿Qué estás pensando?

—Creo que paso demasiado tiempo contigo, Lía. Se me acaba de ocurrir que quizás podamos mantener la farsa de tu supuesto chantaje durante un tiempo... aunque sólo sea para que aprenda lo que es tener que trabajar y, además, te mereces esas vacaciones pagadas por tiempo indefinido. Estoy deseando saber qué se inventa para justificarlas. —Volvió a reír —Hablando en serio. Cógete esas vacaciones. Mantendré a Gina el tiempo necesario para dejarla con el culo al aire y echarla de la empresa y de mi vida. Telma puede ocuparse de tu trabajo hasta que vuelvas.

—¿Telma?

—Debí creerte cuando me dijiste que tenía una joya trabajando de recepcionista —dijo negando con la cabeza—. Los clientes han alabado el buen equipo que hacéis y están encantados con vosotras, así que supongo que haremos algunos cambios. Despediré a Gina y contrataré una nueva recepcionista. Hacéis un gran equipo juntas y no pienso desperdiciaros.

—Así que... ¿ascenso para todas?

Lo dije con una cara de inocencia más falsa que las monedas de chocolate, consiguiendo mi objetivo; Rodrigo comenzó a reír nada más verme. El peso de sus hombros había desaparecido y ahora se agitaban por la risa, marcando sus brazos bajo la tela de la chaqueta de su traje gris. Sus ojos brillaban con la risa y, aunque sabía que a ambos nos quedaba un largo camino, la perspectiva de la venganza, lenta y vergonzosa para Gina, hacía la

situación un tanto más fácil.

—Ascenso para todas —. Concedió —O eso creo, —continuó un tanto dudoso —tendré que hablarlo con el resto de la junta. Aunque no creo que haya problemas. —Miró el impresionante reloj que llevaba en la muñeca y se apresuró a abrocharse nuevamente la chaqueta. —Lo siento, Lía, pero tengo que irme. Disfruta de tus vacaciones y descansa. —Acarició mi mejilla y besó mi frente con suavidad antes de salir —. Estaremos en contacto —dijo con un guiño justo antes de entrar en el ascensor.

Volví a mi apartamento con una sonrisa en los labios. Saboreando las mieles de la venganza y más aún ahora que era compartida. Mi maleta, que había dejado en la entrada, me recordó la llamada que no había hecho a mi hermana. Mi sonrisa se ensanchó. Vacaciones indefinidas, sueldo intacto y un ascenso a la vuelta... al final lo mismo tenía hasta que darle las gracias a Mark y a Gina.

Capítulo 3

El viaje había durado más tiempo del esperado debido a un accidente en la carretera, pero a eso de las once de la mañana ya estaba en el pueblo. Tesa no me había cogido el móvil, así que había llamado a su clínica. Su auxiliar me había comunicado que estaba realizando una operación de urgencia y no podía atenderme. Así que, informé a Nati de mis planes y le pedí que le dijera a mi hermana que la avisaría al llegar.

Nada más llegar a la rotonda de entrada del pueblo y ver el nombre “Villa de Rota” escrito en ella con enormes letras, sentí como todo mi cuerpo se relajaba. Aparqué el coche cerca del paseo marítimo y me dispuse a hacer tiempo mientras esperaba a mi hermana. Tenía llaves de su casa, pero haciendo alarde de mi buena cabeza, me había olvidado de cogerlas. Tomé asiento en la terraza de mi cafetería preferida a pie del paseo, la misma en la que había pasado miles de horas muertas durante mi adolescencia, pedí un refresco y respiré hondo, dejando que el aroma del mar llenase mis pulmones. A pesar de estar a principios de octubre, aún hacía el calor suficiente para que hubiera bastante gente disfrutando de la mañana del sábado en la playa. Saqué el móvil del bolso para enviarle un mensaje a Tesa. No había señales de Mark, lo que agradecí. Al menos estaba teniendo la decencia de no insistir en su inocencia. Tenía un mensaje de Lola preguntándome si había disfrutado de los juguetes y si mi novio había sobrevivido a la experiencia. Esboqué una sonrisa triste al pensar en lo que podría haber sido y no fue. Mis compras seguían envueltas y en su bolsa dentro del armario, en mi apartamento. La ropa interior nueva y los tacones habían estado a punto de acabar en la basura, tenía la sensación de que nunca sería capaz de reunir el valor suficiente para volver a ponérmelos sin recordar aquel día. Pero había conseguido resistirme, después de todo me habían costado un ojo de la cara, y ahora descansaban en el cajón de mi cómoda y en el zapatero respectivamente. Decidí no responder a mi amiga, lo sucedido no era algo de lo que pudiese hablar por mensajes y tampoco me apetecía darle más vueltas al asunto por el momento. Lola pensaría que estaba disfrutando del fin de semana y no se extrañaría. Se lo contaría cuando estuviese preparada.

Terminé el refresco, dejé un par de euros en la mesa y decidí dar un

paseo. Apenas había caminado unos veinte minutos, cuando me convencí de que los zapatos de tacón que me había puesto aquella mañana no eran los más indicados para pasear. Había necesitado sentirme fuerte y poderosa, así que me había puesto unos vaqueros estrechos de talle bajo, una camisa entallada, que mostraba una buena vista de mi escote y unas sandalias negras de tacón. Preciosas sí, pero poco prácticas.

Mi hermana llamó por fin y quedamos en una plaza cercana a su clínica muy próxima al paseo marítimo, así que decidí continuar mi paseo por allí. Siendo ya pasado el mediodía, estaba repleto de gente que iba y venía de la playa, ancianos paseando a sus nietos, niños corriendo y algunos ciclistas rebeldes que ignoraban la normativa que prohibía la circulación de bicicletas por aquel lugar durante el día. Me sorprendió cruzarme con un par de corredores, las doce de la mañana no era la mejor hora para hacer deporte si no querías morir deshidratado. Personalmente, el hecho de que hubiera gente que saliese a correr por placer ya me parecía una locura, así que aquello sólo reafirmó mis convicciones.

Estaba subiendo el segundo de los cinco escalones que llevaban a la plaza en la que había quedado con mi hermana, cuando un perro enorme se abalanzó sobre mí haciéndome perder el equilibrio. Trastabillé, mis manos buscaron instintivamente algo a lo que agarrarse sin encontrar nada, el tacón de una de mis sandalias cedió y supe que no había solución. Mi culo iba directo a estamparse contra el suelo del paseo y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Cerré los ojos y dejé que la gravedad siguiera su curso, agradeciendo tener un trasero acolchado y esperando que sirviera para evitar daños físicos mayores. Porque morirme de vergüenza no me lo quitaba nadie.

Esperé el golpe, pero no llegó. En su lugar, un brazo se curvó en mi espalda, frenando mi caída y dándome el punto de apoyo que necesitaba para recuperar el equilibrio. Abrí los párpados que había cerrado inconscientemente, para encontrarme de frente con el rostro de un desconocido que me miraba sin pizca de amabilidad en sus ojos gris-azulados, del color del mar en un día de tormenta.

—Si no sabe andar con tacones no debería usarlos, podía haber aplastado a alguien.

Esas fueron las palabras que me dirigió mi salvador, mientras me ayudaba a estabilizarme sobre mis pies, justo antes de soltarme cómo si tocarme

hubiera sido el mayor sacrificio de su vida, y continuar con su carrera por el paseo.

Observé como aquel hombre, vestido con un pantalón corto de deporte de color negro y una camiseta de running de un color rosa fosforito nada discreto, se alejaba, sintiendo cómo la furia crecía en mi interior. ¿Pero qué se había creído aquel idiota? Allí de pie, luchando por mantener mi inestable equilibrio, ya que uno de mis zapatos había perdido el tacón, exploté.

Con las manos apretadas en puños a los lados de mi cuerpo, grité cual banshee^[1] antes de empezar a insultar al desconocido y a casi toda su familia y conocidos. Haciendo gala de mi gran repertorio de insultos y palabras malsonantes, despotriqué, grité y pataleé contra el suelo.

—¡¡¡... y que sepas que correr es de cobardes!!! ¡¡Si ya lo decía mi padre!! ¡¡Nunca te fíes de un hombre que corre!! ¡¡Cabrón maleducado!!

Justo cuando comenzaba de nuevo con la demostración de la amplitud de mi léxico, seguido de una descripción bastante exacta de cómo deberían cortarles lo que les cuelga a todos los hombres para evitar que seres tan despreciables pudieran reproducirse, mi diatriba sanguinaria fue interrumpida por una voz familiar gritando mi nombre.

—¡¡Lía!!

Mi hermana me observaba desde la escalera con la cara roja, no sabía bien si de ira o vergüenza. Sujetaba con fuerza la correa de Odín, su enorme mastín de nueve meses, al que reconocí como el responsable de mi pérdida de equilibrio. Me volví para mirar detrás de mí, ya que los ojos de mi hermana, abiertos hasta límites insospechados dándole un cierto aspecto de loca, parecían fijos en algún punto a mi espalda. Deseé no haberlo hecho.

A mi espalda, a un metro escaso de distancia, un niño de unos seis o siete años me miraba con cara de susto, blanco como la nieve. Su pequeña manita extendida hacia mí sostenía lo que reconocí como el tacón de mi malogrado zapato. Tras él, una señora de sesenta y muchos, me miraba roja de ira (en esta ocasión no había duda al respecto), mientras sujetaba contra sus piernas a una niña de unos cinco años, que se aferraba a ella como un naufrago a un trozo de madera en mitad de una tormenta.

Mi ira desapareció en el acto y se transformó en vergüenza, muy consciente del numerito que acababa de montar y de los tiernos oídos que

habían presenciado mi ataque y escuchado cada una de las palabras que había soltado por mi boquita. En aquel momento, bajo la mirada furibunda de la que supuse era la abuela de los pequeños, y la cara de susto de éstos, quise que me tragase la tierra, pero consciente de la escasa probabilidad de que se cumplieran mis deseos, decidí intentar salir del paso lo mejor posible.

Pegué en mi rostro la cara más dulce e inocente que fui capaz de conseguir con la esperanza de no parecer aún más loca de lo que ya pensaban que estaba. Me acuclillé frente al pequeño, que permanecía inmóvil con mi tacón aferrado a la mano y su bracito extendido en mi dirección. Con mi voz más dulce y pastelosa, intentando ser lo menos intimidante posible y parecer una mujer dulce y encantadora (algo difícil de creer dado mi reciente comportamiento), intenté hablarle al niño. Y digo intenté, porque mi hermana, conociéndome cómo me conocía, se interpuso entre ambos y, con toda su dulzura, consiguió que el pequeño sonriera y le entregase el tacón antes de volver corriendo junto a su abuela. Tesa le siguió y pidió disculpas a la señora, que no dejaba de asesinar me con la mirada por mi comportamiento, mientras yo permanecía allí acuclillada preguntándome cómo había pasado aquello.

La sonrisa desapareció de los labios de mi hermana pequeña en el mismo instante en que se despidió de la familia y volvió a girarse hacia mí.

—Quítate el otro zapato —dijo lanzándome el tacón roto —y vámonos a casa antes de que la lées otra vez.

¿Y aún había gente que se preguntaba por qué los que me conocían me llamaban Lía? Algunos ingenuos pensaban que era por mi nombre, Natalia, pero no. En realidad, no era el diminutivo de mi nombre, sino de “lianta”. Mi padre había empezado a utilizarlo cuando se hizo patente mi habilidad para montar follones en cualquier momento y lugar y, poco a poco, las personas de mi entorno comenzaron a adoptarlo. Esa era yo, Lía, una lianta de cuidado.

Lancé el tacón roto al interior de mi enorme bolso negro, me senté sin mucho cuidado para quitarme mis preciosas sandalias de tacón preguntándome si habría alguna posibilidad de arreglarlas y sin mucha esperanza de ello. Algo húmedo rozó una de mis manos mientras desabrochaba mi zapato. Odín me miraba como pidiendo disculpas. Sentado junto a mí lamía mi mano con su enorme lengua, mientras sus ojos negros me miraban de refilón, no pude evitar reírme y achucharlo contra mi pecho.

Después de todo, no era más que un cachorro enorme, demasiado efusivo a la hora de saludar. Un sonoro ladrido y un montón de babas después, logré terminar de quitarme los zapatos y me levanté.

Tessa había permanecido de pie, observándonos, sin decir una sola palabra, pero al mirarla supe que no estaba enfadada sino, más bien, intentando no reírse de mí y de la situación. Cuando me acerqué a ella, sus ojos no se apartaban de mis pies descalzos, moví los dedos contra el asfalto del paseo, y la sonrisa se transformó en una carcajada a la que siguió un ataque de risa descontrolada. Me uní a ella. Una historia más que añadir a tantas otras. “La loca insulta-corredores que camina descalza” podría ser un buen título para esta.

—Espero que no tengas el coche muy lejos —dijo cuando consiguió parar de reír —caminar descalza hasta casa puede no ser un ejercicio demasiado saludable.

Afortunadamente, mi coche estaba muy cerca y no sufrí ningún otro accidente durante el camino, aunque no pude evitar mirar mis plantas de los pies con asco al verlas negras. Mi hermana no me preguntó en ningún momento qué hacía allí, ni a qué se debía mi inesperada visita. Mantuvo la conversación ligera, hablando sobre la clínica, sus pacientes y lo contenta que estaba de que, por fin, su pequeño pueblo se estuviese vaciando de veraneantes y extranjeros. Que sí, que el turismo era fundamental para la economía de la mayoría de los vecinos, pero lo tranquilos que se quedaban cuando se acababa la temporada alta no se pagaba con dinero.

Tessa vivía en un coqueto adosado en una de las zonas más turísticas. La casa, de dos plantas y con un jardín de tamaño mediano que recorría el frente y uno de sus laterales, había pertenecido a nuestros abuelos. Ella la había reformado lo suficiente para que no se pareciera en nada a la casa que habíamos conocido en nuestra infancia. Ahora, la parte frontal que daba al jardín estaba cubierta de amplios ventanales, la entrada principal daba paso a una planta baja completamente abierta, salvo por el pequeño aseo situado junto a las escaleras, y las cuatro habitaciones de la planta superior habían pasado a dos suites con baño incluido y un estudio de buen tamaño. Nuestra madre se había echado las manos a la cabeza al ver la reforma, machacándola a preguntas sobre dónde iba a meter a sus hijos cuando los tuviera y lo poco práctico que serían sus elegantes muebles y todas las modernidades que había

instalado en toda la casa. Su respuesta había sido simple: si mi madre quería nietos, que hablara conmigo. Ella era feliz siendo soltera y viviendo con sus animales y no tenía intención de engancharse con ningún hombre que coartara su libertad y le dijera lo que tenía que hacer o cómo debía vivir su vida. Obviamente, eso sólo había enfurecido aún más a nuestra querida madre, consiguiendo que redoblara sus esfuerzos en hacerle ver lo equivocada que estaba y causando una cola de hijos solteros de sus amigas en citas a ciegas para mi pobre hermana pequeña. Afortunadamente, Tesa se tomaba la vida con filosofía y una sonrisa (y tenía más paciencia que el Santo Job), y la sangre aún no había llegado al río. Si se hubiese tratado de mí... las cosas no serían tan tranquilas.

Después de colocar mis cosas en la habitación y darme una larga ducha caliente en el increíble baño de mi hermana, con hidromasaje incluido, en la que tuve tiempo de relajarme y pensar sobre lo que iba a hacer a partir de entonces, bajé a reunirme con ella.

La encontré sentada en el sofá, esperándome con una enorme pizza de mi local favorito y dos tercios de Heineken helados. Si es que tenía que quererla. Devoramos la comida mientras terminábamos de ponernos al día, hablábamos de nuestros padres y recordábamos viejos tiempos. Acabábamos de recoger los restos y volvíamos al sofá cargadas con sendas tazas de café cuando Tesa decidió que ya tenía suficiente.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —mi hermana tenía sus enormes ojos marrones clavados en mí por encima del borde de su taza —¿Trabajo o placer?

La última palabra puso una mueca de asco en mi cara que no le pasó desapercibida.

—Mark —. Seca y cortante, después de todo, a ella nunca le había gustado —¿Qué ha hecho esta vez?

Dejé mi taza sobre la mesa baja con suavidad, poniendo en orden mis pensamientos sabiendo que había llegado el momento de confesar, o eso me hubiera gustado. En realidad, me quedé embobada observando las distintas formas geométricas que decoraban el posavasos sobre el que ahora reposaba mi café, sin saber muy bien por dónde empezar y con un nudo extraño en la garganta. La mano de Tesa acarició mi muslo derecho en una muestra de

apoyo y fuerza.

—Los últimos meses he tenido mucho trabajo y apenas he podido dedicarle tiempo —mis ojos permanecían entre el posavasos y la taza cuando empecé a hablar —así que el viernes, ayer, decidí cogermelo el día libre para pasarlo con él y darle una sorpresa.

—Le pillaste con otra —mi hermana pequeña no tenía un pelo de tonta — Lía...

Los brazos de Tesa me atrajeron hacia ella. Me abrazó con fuerza y, por primera vez desde que todo había pasado lloré. Lloré mientras le contaba cómo había preparado la sorpresa, cómo me había comprado ropa para sorprenderle y cómo me lo había encontrado en la cama con mi jefa. Las lágrimas se mezclaron con risas, que sonaban más como graznidos, mientras le contaba cómo los había echado de mi casa. Volvieron a caer con fuerza, cargadas de ira y frustración, cuando admití lo decepcionada que estaba conmigo misma, por no haberme dado cuenta antes, por no haberlo visto venir, por haberme dejado engañar, por haber permitido que se rieran de mí a mis espaldas y, sobre todo, porque me había vuelto a equivocar. Una vez más había apostado al caballo perdedor. Había confiado en un hombre y una relación, había apostado por ellos y, una vez más, me había equivocado.

—Quizás, simplemente, no estoy hecha para mantener una relación, — dije mientras intentaba limpiar las lágrimas de mis ojos, que no paraban de caer, —ojalá fuera más como tú. Ojalá tuviera tu independencia y no quisiera un hombre a mi lado, así dejaría de cagarla siempre.

—No hay nada mal en ti, Lía, no lo pienses ni por un segundo. —Me había agarrado por los hombros, girándome hacia ella y forzándome a mirarla a los ojos —Que Mark no haya sido capaz de mantener puestos sus pantalones no tiene nada que ver contigo. Además, ser como yo no tiene tantas ventajas, créeme. Quizás las dos seamos extremos y deberíamos encontrar un punto intermedio. Tú para no caer en las redes del primero que te sonrío y yo, para dejar de aparentar ser una cínica que desconfía de cualquier hombre que se acerque por miedo a perder su independencia, cuando en realidad lo que tengo es pánico a enamorarme.

Miré a mi hermana con incredulidad ¿pánico? ¿de qué estaba hablando? No conocía a nadie tan segura de sí misma e independiente como mi hermana

pequeña. Desechó mi mirada negando con la cabeza antes de proseguir.

—Ya hablaremos de mí, ahora lo que importa es que estás en tu casa, tómate el tiempo que quieras, estoy a tu entera disposición —. Sentí que algo se rozaba contra mis piernas y bajé la cabeza para ver a Freyja y Nerthus, las gatas de mi hermana, frotándose contra mí y reclamando mimitos. —¡Por fin aparecéis!

Yo permanecía muda, impactada por lo que las palabras de mi hermana habían dejado traslucir. La observé coger a las dos gatas y llevarlas a sus comederos junto a la cocina, sin entender muy bien qué estaba pasando. Ella siempre había sido independiente, un espíritu libre. Defensora a ultranza de las relaciones esporádicas y sin compromisos, de su libertad e independencia. Siempre había dicho que, para ella, la felicidad era poder ser ella misma, sin dar explicaciones, sin justificarse, sin líos emocionales y yo había creído que realmente era así, pero... ¿y si no lo era?

Capítulo 4

Iván

Las pesadillas habían vuelto a sacarme de la cama a las seis de la mañana. Una ducha caliente y un café cargado no habían conseguido apartarlas de mi mente y, a las siete en punto, estaba corriendo por las calles del pequeño pueblo costero que se había convertido en mi refugio desde que mi superior decidió que no estaba en condiciones para trabajar y me había dado unas vacaciones forzosas. El exceso de tiempo libre no ayudaba, necesitaba trabajar. Pero el temblor en mis manos y mi incapacidad para reaccionar en las dos últimas emergencias a las que habíamos acudido, daban la razón a mi superior. No podía seguir así.

Había corrido durante más de una hora, pero no me había servido de nada. Las pesadillas me perseguían y no servía de nada correr cuando de lo único que quería huir era de mí mismo. La sonrisa de Urko, el brillo en sus ojos marrones, las bromas que había intercambiado antes de aquel fatídico servicio, se mezclaban con los gritos, la impotencia y su mirada de duda e incertidumbre en sus últimos momentos. Todo se repetía en mi cabeza sin parar. Como una película en bucle, las imágenes, las palabras, los olores, todo, aparecía una y otra vez cada vez que cerraba los ojos y, últimamente, aun teniéndolos abiertos.

Aquellas horas inciertas se habían convertido en mi pesadilla personal y la idea de Mateo de alejarme de todo y tomarme unas vacaciones en un lugar en el que pudiera recuperarme, no parecía haber tenido ningún efecto positivo. Cada vez estaba peor y era muy consciente de ello. El fin de semana anterior, me había bloqueado al encender la barbacoa. Con la primera llama, mi cuerpo se había paralizado, había sido incapaz de apartar la mirada del fuego, ni siquiera había sido capaz de retirar la mano. Si Mateo no hubiera estado allí probablemente habría acabado con quemaduras graves. Un bombero que se paralizaba ante el fuego... ¡Qué ironía! Y que putada.

Ser bombero había sido el sueño de mi vida. Desde pequeño, mientras

otros niños soñaban con ser astronautas, superhéroes o millonarios, yo soñaba con ser bombero. Cuando a mis veintidós años por fin se hizo realidad, me sentí el hombre más afortunado del planeta. Dieciocho años después, me había convertido en una referencia para los novatos, en el hombre de confianza al que todos recurrían. Era el sargento de mi unidad en el parque de bomberos, el hombre en el que todos confiaban para que tomara las decisiones adecuadas en cada momento, aunque sólo dispusiéramos de segundos para hacerlo. La había cagado innumerables veces en los comienzos, había perdido a compañeros, había llorado por ellos y seguido adelante, pero esta vez no podía hacerlo y ni sabía ni entendía por qué. Ser bombero era mi vida y ahora no podía ver un fuego sin quedarme paralizado. ¿En qué me convertía eso?

Había regresado a casa, me había dado otra ducha, tomado otro café igual de cargado o más que el anterior. Había intentado ver la tele, leer y había recogido mi habitación en casa de Mateo por enésima vez. Mi madre se habría sentido orgullosa de ver que, por fin, a mis cuarenta años, era capaz de mantener mi cuarto en orden. Pero nada de todo aquello había conseguido distraerme y, poco después de las once de la mañana, me había vuelto a poner ropa de deporte y había salido a correr una vez más. Mis piernas me habían llevado hasta el paseo marítimo. No solía correr por allí y menos a esas horas, demasiada gente y demasiado calor, pero lo cierto es que me apetecía sentir la brisa del mar cercano, su olor y, quizás, con un poco de suerte, la risa y la felicidad de las personas que disfrutaban de los últimos días de playa me ayudaran a despejar mi mente. Lo último que imaginaba era que una mujer se cayera por las escaleras y acabara en mis brazos. Mi reacción fue instintiva. La sujeté e intenté ayudarla a recuperar el equilibrio. Al observarla de arriba a abajo para asegurarme de que estaba bien, comprobé la razón de su accidente. Una de sus sandalias había perdido el tacón y, al observar la otra, me percaté de que la altura de estos no era nada desdeñable, debían medir más de diez centímetros. La indignación se apoderó de mí y mis palabras hacia ella no fueron en absoluto amables. ¿Cómo podía alguien ser tan inconsciente? Caminar con aquellos zapatos debería ser considerado una actividad de riesgo, mucho más subir o bajar unas escaleras ¿y si hubiera pasado un niño o un anciano? ¿o alguien que no tuviera unos reflejos como los míos? ¿y si no hubiera pasado nadie y se hubiese golpeado directamente contra el suelo? El moratón no se lo habría quitado nadie, y la posibilidad de una torcedura o, incluso una fractura no me parecía descabellada.

La dejé sin más y continué corriendo envuelto de nuevo en una nube de furia y frustración ¿es que la gente no se daba cuenta de lo rápido que podía acabarse una vida? ¿de lo fácil que era que una mala caída o una decisión inconsciente acabara en fatalidad? El rostro de Urko y sus últimos momentos de vida se elevaron en mi mente cubriéndolo todo en tonos rojizos. Había repetido tantas veces cada una de mis acciones en mi mente... Qué podía haber hecho de una manera diferente, qué decisiones debería haber tomado en lugar de las que tomé, qué podría haber hecho para que el resultado fuera totalmente distinto. El hilo de mis dolorosos pensamientos los rompió una ristra de insultos y palabras malsonantes a mi espalda. Me sorprendió sobremanera que un cuerpo tan femenino como el que mis brazos habían sujetado un instante antes, pudiera ocultar un vocabulario tan... original. Antes de darme cuenta, una sonrisa se había dibujado en mis labios y la sorpresa, al sentir que los músculos de mi cara adoptaban esa expresión después de tanto tiempo, casi me deja paralizado. La punzada de culpa no tardó en aparecer y la sonrisa de Urko ocupó mi mente. Él ya no volvería a sonreír, ¿qué me daba a mí derecho a hacerlo?

Apreté el paso y meforcé a alejarme de aquella mujer que me había hecho traicionar el recuerdo de mi amigo. Pero la sensación de aquellas curvas generosas entre mis manos y sus increpaciones ante mis palabras, se colaban en mi mente devolviendo aquella traicionera sonrisa a mis labios.

Al llegar a casa, el gesto de sorpresa en la cara de Mateo y su rápido intento de mostrar indiferencia, me dejaron claro que aquella indeseada sonrisa había vuelto a colarse en mi rostro. Me obligué a mí mismo a devolver el rictus serio a mi cara trayendo a mi mente el recuerdo de Urko y me dirigí a la ducha con un gesto de la cabeza hacia mi amigo a modo de saludo.

Mateo era tres años menor que yo. Habíamos sido compañeros durante casi ocho años, hasta que decidió dejar el cuerpo y montar una empresa privada que se dedicaba a instalar sistemas antiincendios y a investigar siniestros para algunas aseguradoras. Durante el tiempo que habíamos trabajado juntos se había convertido en mi mejor amigo y, dos años antes, cuando tomó la decisión de dejarlo, me había ofrecido unirme a él en su nueva aventura. Yo había rechazado su oferta porque ser bombero era mi vida y lo único que quería hacer con ella. Cuando me dieron vacaciones forzosas, (no me gustaba cómo sonaba baja médica obligatoria por motivos

psicológicos), no había dudado en ofrecerme su casa como refugio el tiempo que fuera necesario. Después de llevar casi dos meses allí sin que mi estado hubiera mejorado en lo más mínimo, su oferta de unirme a su empresa se cernía sobre mi cabeza como la espada de Damocles, aunque ninguno de los dos había mencionado nada al respecto. A decir verdad, después del reciente incidente con la barbacoa, la empresa privada empezaba a perfilarse como una opción bastante probable y esa posibilidad sólo agriaba más mi humor y empeoraba mi estado de ánimo.

—¿Qué tal la carrera? ¿Duermes mejor?

Mi amigo me esperaba en la cocina, sentado a la mesa frente a su plato de espaguetis a la boloñesa y tomé asiento ante el mío, situado a su izquierda, antes de contestar.

—Como un angelito. El ejercicio viene bien para caer rendido en la cama.

Una pequeña mentira. Otra más de las innumerables que había contado en las últimas semanas. Las primeras noches después de mudarme con Mateo, me había despertado gritando para ver a mi amigo entrar corriendo en mi habitación con el rostro cargado de preocupación. No había dejado de tener pesadillas, pero había aprendido a despertarme en silencio antes de que los gritos rompieran a través de mi garganta, para así no despertar a mi compañero. ¿Dormía mejor? No. Pero eso no tenía por qué saberlo, ¿verdad? Sólo aumentaría su preocupación y pondría más en duda mi, ya de por sí dudosa, recuperación.

—¿Qué tal por el veterinario? —dije cambiando de tema hacia uno mucho más inocuo, al menos para mí.

—Bien —dijo con un gesto nada acorde con sus palabras —Buffy ya está casi totalmente recuperada.

—¿Y entonces? ¿Por qué esa cara? Cualquiera diría que te has comido un limón a mordiscos.

—Nada.

Mateo volvió la vista hacia su plato y comenzó a devorar los espaguetis como si no hubiera mañana.

—No tendrá nada que ver con cierta veterinaria a la que no tendrás excusa para ir a ver si a Buffy le dan el alta, ¿verdad?

A Mateo nunca le habían gustado los animales. De modo que cuando su hermana y su cuñado decidieron trasladarse a vivir a otra comunidad autónoma y dejaron a su perra Buffy, a la que habían rescatado después de haber sido atropellada, a su cuidado, casi le da una apoplejía. Al pobre animal habían tenido que intervenirle a causa de las heridas y tenían que hacerlo de nuevo, no estaba en condiciones de hacer un viaje tan largo y, además, su hermana prefería que continuara con la veterinaria que lo llevaba desde el principio. Tenía fama de ser la mejor de la provincia y una de las mejores de Andalucía. El hecho de que su hermana fuera a hacerse cargo de los gastos, no hizo que Mateo se sintiera mejor con la responsabilidad de cuidar de un perro al que no quería y que, además, estaba en un estado tan delicado por lo que necesitaba ir a revisiones varias veces a la semana. Curiosamente, después de llevar a la perra a la primera consulta, no sólo no había vuelto a quejarse, sino que insistía en llevarla él personalmente, a pesar de que yo me había ofrecido a sustituirle en varias ocasiones. Algo, tal vez el hecho de que cada vez que iba a una de las citas en la clínica veterinaria se vestía como un pincel, me hacía pensar que la veterinaria tenía algo que ver con su repentino interés en el pobre bicho.

—Nof figaf fonferias.

Mi amigo respondió con la boca llena de espaguetis y sin levantar la vista del plato, mientras su rostro adquiría un color bastante parecido al de la salsa de tomate que acompañaba a la pasta. Los músculos de mi cara volvieron a reajustarse mostrando otra sonrisa. La punzada de culpa surgió en respuesta y bajé la cabeza mientras volvía a mi rictus serio.

—No pasa nada porque sonrías, lo sabes, ¿verdad?

Cuando levanté la cabeza, mi amigo me observaba con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Cómo puedes decir eso? —Respondí con indignación —No tengo ningún derecho a reír, después de todo, es culpa mía que Urko no vaya a hacerlo nunca más.

—¿Te estás escuchando? —Mateo golpeó la mesa con fuerza y me miró con furia —. ¿Hasta cuándo vas a seguir con eso? No fue culpa tuya, los accidentes ocurren. Tomaste las decisiones adecuadas, nadie podría haber sabido que el techo se vendría a abajo. Había reformado la casa ilegalmente y

eliminado uno de los muros de carga ¿cómo ibas a saberlo?

—¡¡¡Debí haberlo previsto!!! ¡¡¡Haber imaginado que algo así podría suceder!!! ¡¡¡Se suponía que ese era mi trabajo!!! Prever lo que puede suceder y actuar en consecuencia.

—¡¡¡Y lo hiciste!!! Lo hiciste lo mejor que pudiste con la información que tenías —. Su cara estaba roja de ira, pero sus ojos traslucían una enorme tristeza y su voz se suavizó al continuar — ¿Crees que Urko querría esto? ¿Verte convertido en una sombra? Era bombero, uno de los buenos, conocía los riesgos cuando escogió la profesión, igual que tú y yo. Deja de culparte por algo que no podrías haber evitado. ¿Crees que por vivir así cambiarás algo? ¿Qué Urko querría que fueras infeliz? ¿Lo habrías querido tú si hubiese sido al revés?

Empujé mi plato intacto, alejándolo de mí, a la vez que me levantaba arrastrando la silla con tanta fuerza que casi cayó al suelo. Salí de la habitación sin contestar ninguna de sus preguntas, con la ira borboteando en mis venas y el rostro desencajado de furia. Claro que no. Por supuesto que no habría querido que nadie se sintiera responsable de mi muerte y sufriera por ello. Conocía los riesgos de mi profesión, era muy consciente de ellos y, aun así, la había escogido por encima de cualquier otra. Veía la verdad tras las palabras de Mateo, era consciente de la necesidad de superar el duelo por mi compañero caído y seguir adelante, pero no podía hacerlo. Quizás realmente había llegado el momento de dejarlo y ese pensamiento sólo me enfurecía más. En algún lugar de mi subconsciente, la idea de que superar la muerte de Urko y seguir con mi vida era lo mismo que olvidarle, había echado raíces que habían excavado con tanta fuerza y llegado tan profundo, que no sabía cómo deshacerme de ellas. Urko había sido un compañero, pero por encima de todo, había sido un amigo. Uno que amaba la vida y la vivía sin miedo. Feliz con las cosas pequeñas, transmitía esa felicidad a todos los que le rodeaban. Él jamás habría querido que su muerte convirtiera a alguien, mucho menos a alguien a quien apreciaba, en la cáscara vacía y deprimente en la que yo me había convertido.

Capítulo 5

Lía

Viernes. Se cumplía la primera semana de mi calvario particular. En los días que llevaba en casa de Tesa había llorado, devorado helados de chocolate y menta hasta hartarme, vuelto a llorar, lanzado cosas contra la pared y llorado aún más. Había gritado a las paredes y a mí misma, mi propia frustración y, cuando me cansé, había empezado a gritarle a mi hermana. Gracias a Dios por su infinita paciencia. Seis días después, las gatas huían de cualquier habitación en la que entrara y el bueno de Odín, siempre a la caza de mimos, evitaba acercarse a mí ante el menor signo de mal humor. De los cuales había muchos y no siempre menores. Era consciente de que convivir conmigo no era precisamente una experiencia agradable en aquellos momentos.

El único paréntesis en mi mal humor se había producido el lunes por la mañana cuando Telma me había llamado por teléfono. Al principio había dudado si responder o no, pero su insistencia había decidido por mí. Después de la quinta llamada, harta de escuchar una y otra vez Titanium de David Guetta y Sia martilleando mis oídos, y con cierto miedo de que mi canción favorita dejara de serlo, respondí.

Durante las siguientes horas me había alegrado de haberlo hecho. Recordar la risa de mi amiga mientras me contaba los malabares que Gina estaba teniendo que hacer para cumplir con todas sus obligaciones me hicieron reír a carcajadas. Telma estaba exultante y confusa a partes iguales, Rodrigo le había comunicado su ascenso haciéndolo efectivo en el acto, pero le había pedido que se quedase en la recepción unos días más con la excusa de formar a su sustituta, la cual estaba más cualificada para el puesto y tenía más experiencia que ella misma. Al parecer, el jefe supremo no tenía la menor intención de ponerle las cosas fáciles a su pronto exnovia.

La conversación había cambiado a derroteros menos agradables cuando Telma preguntó el motivo de mi ausencia, explicarle a mi amiga lo sucedido

con Mark y Gina hizo que riéramos juntas al recordarlo, pero también me devolvió todas las sensaciones de traición, suciedad e inseguridad a la mente.

—No me lo puedo creer —la respuesta de mi amiga era bastante obvia, dado el tono de incredulidad de su voz—. Ya te dije en su momento que Mark no era trigo limpio, pero ¿acostarse con tu jefa en tu propia cama? —Ahí, metiendo el dedito en la llaguita, a ver si me desangraba del todo. Si es que mi amiga era la mejor, (nótese el tono de ironía) —. Se les deberían caer todos los dientes a los dos ¡o mejor! los genitales a cachos, —no, no, no. La excitación en la voz de Telma me hizo temer lo peor —¡Hablaré con Mamá Luz! ¡Seguro que conoce algún conjuro o hechizo para hacer que lo paguen!

Y ahí estaba. Me eché las manos a la cabeza, meneándola de un lado a otro, mientras mi amiga hablaba de los hechizos y conjuros de venganza tan efectivos de su adorada tía. Ese era el único “problemilla” que teníamos entre las dos. Mi querida amiga era demasiado crédula y fantasiosa, aunque ella prefería denominarse a sí misma con palabras como “mística” y “en armonía con todas las realidades del universo, visibles o no”. Su tía era la orgullosa dueña de una tienda de amuletos y objetos esotéricos, en la que también hacía lecturas de manos y echaba el tarot. Para mí, la señora no era más que una adorable solterona a la que le encantaban los gatos y que seguramente había cometido demasiados excesos en su época hippie. Me recordaba a la Señorita Trelawney de Harry Potter. Con su pelo cardado hasta límites insospechados, su ropa vaporosa y miles de colgantes y pulseras tintineando a cada paso. Era un personaje cuando menos peculiar. Telma la adoraba y se bebía cada una de las palabras que salían de su boca, hasta el punto de tener una fe ciega en todo lo que Mamá Luz era capaz de hacer. Si algo le salía mal, decía que era por haberse saltado su limpieza mensual de aura, si algo salía bien era porque había seguido los consejos de Mamá Luz y realizado algún hechizo, o gracias al más reciente amuleto que le había proporcionado. No os equivoquéis. Me encanta la magia, adoro los libros de Harry Potter y cada año espero recibir mi carta de Hogwarts. Considero la fantasía y la ilusión como algo fundamental en mi vida, pero también soy consciente de la necesidad de vivir en el mundo real y, en ocasiones, tenía la sensación de que mi amiga se alejaba cada vez más.

Obviamente, dada mi incapacidad para mantener la boca cerrada, Mamá Luz y yo habíamos tenido no pocos enfrentamientos verbales, hasta el punto de que Telma evitaba a toda costa que ambas coincidiéramos. Las

discusiones con mi amiga acerca de que su vida no podía regirse por las fases de la luna o la alineación de los planetas, tampoco habían sido pocas y habíamos llegado a un acuerdo: ella no me insistía sobre la necesidad de que adoptara alguno de sus rituales en mi vida y dejaba de regalarme amuletos, y yo me mantenía al margen de sus visitas semanales a su tía. El acuerdo funcionaba por lo general, pero en momentos como aquel, le salía la vena esotérica y no había manera de cortarla.

Telma había seguido hablando sobre la multitud de hechizos que conocía su tía, los variados efectos de los mismos y los fantásticos resultados que había obtenido cada vez que los había realizado para alguno de sus múltiples clientes. Yo la escuchaba a ratos, y admito que me reía de la imaginación de la gente al oír los supuestos efectos sufridos por aquellos ingenuos que habían osado ofender a alguno de los fieles asiduos de Mamá Luz. Mi sonrisa se ensanchó al imaginar a Mark sufriendo una erección constante que se bajaba irremediamente en el preciso instante en el que iba a entrar al tema, o a Guillermina perdiendo sus adoradas uñas y su perfecto pelo. La verdad es que no sonaba del todo mal.

—¡Bueno! Al menos he conseguido que te rías —dijo mi amiga interrumpiendo mis dulces pensamientos de venganza—. Tranquila, sé que a ti no te van estas cosas, pero siempre te ríes cuando las cuento y... bueno, ya sabes que nunca me ha gustado notarte triste, ni hundida, no pega con tu aura... Perdón, con tu personalidad.

Aquel desliz me hizo reír aún más fuerte. Mi amiga era quien era y la adoraba, era perfecta tal y como era, con sus locuras y misticismos. Después de todo, no se podía decir que yo no tuviera mis propias idas de olla.

Aquella conversación me había mantenido animada durante las horas siguientes, pero el efecto de las palabras de mi amiga y las risas compartidas había pasado, devolviéndome a mi estado de alma errante y atormentada, cabreada con el mundo y con cualquier persona, animal o mueble que se cruzara en mi camino.

Me había permitido a mí misma llorar y lamentarme durante demasiado tiempo, después de todo, tampoco estaba realmente enamorada de Mark. Eso era algo que había sabido siempre, él no era el hombre de mi vida. Su traición le había hecho más daño a mi amor propio que a mi corazón y ya era hora de que retomara las riendas de mi vida y dejara de lamentarme. La había cagado,

había confiado en quien no debía y ahora tocaba seguir adelante teniendo más cuidado la próxima vez. No iba a perder ni un segundo más llorando, ni iba a dejar que aquello afectase a mi personalidad ni a mi forma de vivir la vida.

Había tomado la decisión el jueves por la noche, así que el viernes por la mañana me había levantado a las ocho, me había puesto ropa de deporte y cogido la correa de Odín, dispuesta a salir a que me diera el aire y llevarlo conmigo. Iba a empezar a hacer las paces con mi entorno y a mostrarles que, en realidad, no era el ogro que había sido los últimos días y, empezar por el cachorro de mi hermana era tan buena opción como cualquier otra.

Llevé a Odín a un sendero que discurría próximo a la playa, por el que la gente solía correr o pasear. En realidad, era un camino de tablas entre pinares con algunos miradores dispersos por el recorrido que unía varias playas del litoral.

A sus nueve meses el mastín de Tesa, a pesar de su tamaño, no era más que un cachorro y, en ocasiones, aún le costaba coordinar sus cuatro patas y su enorme cuerpo, pero parecía feliz trotando sobre las tablas y olisqueando plantas y árboles alrededor del sendero. En aquel momento, después de una semana de compadecerme de mí misma, sintiendo el calor del sol y el aroma del mar, empecé a sentir que volvía a ser yo y aquello me llenó de felicidad. Odín tiraba de la correa con insistencia, pidiéndome que aligerara el paso, había muchas cosas nuevas para ver y oler y estaba emocionado. Eso sin contar a los otros perros que paseaban por la zona acompañados de sus amos.

En un arranque de autoconfianza me decidí a correr un rato. No me preguntéis por qué, como ya he dicho me parece un ejercicio absurdo y sin sentido, pero en aquel momento me pareció una buena idea. La sensación de libertad, al haberme quitado de encima toda la autocompasión que me había lastrado los últimos días, hacía que sintiese mis pies ligeros. Dejé que Odín impusiera el ritmo, tirando de vez en cuando, al percibir que se emocionaba en exceso y no podía seguirle, o cuando se desviaba hacia alguna zona de dudosa estabilidad. Una sonrisa enorme ocupó mi rostro y dejé que mi mente se vaciara de cualquier pensamiento, después de todo, lo mismo correr no estaba tan mal. Me sentía ligera, despejada y libre, aunque mis pulmones, poco acostumbrados al ejercicio, probablemente no pensaban lo mismo.

Mi carrera se vio abruptamente interrumpida en el instante en que mi pie derecho fue a encajarse entre dos tablas rotas. La correa de Odín se escurrió

de mis dedos mientras caía cuan larga era sobre la madera y la arena, con el tobillo aún atrapado. A pesar de que usé mis manos para frenar la caída, el aire escapó de mi pecho al chocar con el suelo. Logré incorporarme no sin dificultad, aún aturdida por el golpe. Llamé a Odín a la vez que revisaba los daños en mis manos y brazos, antes de comprobar mi pie. El tobillo estaba inflamado y me molestaba, pero no parecía nada grave. Una pareja de mediana edad, vestida con ropa deportiva, se apresuró hasta donde estaba interesándose en mi estado. La mujer se inclinó sobre mi pie y revisó mi tobillo con toques suaves de sus dedos, mientras el hombre acariciaba a Odín que había decidido volver junto a mí y le cubría la cara de lametazos a su nuevo amigo.

—Va a ser que el problema no eran los tacones. Tal vez deberías aprender a andar.

Esa voz provocó cosas raras en mi cuerpo. Como que todo él se tensara y mi mandíbula se cerrara con tanta fuerza que temí hacerme daño. Levanté la vista a tiempo de ver una camiseta rosa fosforito que se alejaba corriendo. Giró la cabeza en mi dirección sin bajar el ritmo y sus ojos se encontraron con los míos, los mismos que había visto una semana antes pero que esta vez parecían brillar con humor. Deseé que tropezara con algo y cayera de cara contra el suelo, a ver si le aplastaba su prepotencia y, de paso, borraba esa estúpida sonrisa de su cara. El color de esos ojos, que parecía aún más hermoso cuando sonreía, me había acompañado en mis sueños en las pasadas noches, pero eso era algo que jamás admitiría. Al igual que el hecho de que aquella enorme sonrisa, había provocado cosas extrañas en mi cuerpo, que de repente temblaba y se tensaba, como esperando algo... o deseándolo. Aquellas sensaciones indeseadas trajeron a mi mente y de allí, directamente a mi boca, palabras aún menos amables que las tuyas. Me mordí la lengua, aún a sabiendas de las elevadas posibilidades de envenenarme, consciente de la pareja que permanecía a mi alrededor y con el recuerdo de la última vez muy presente en mi memoria. Me obligué a mí misma a apartar la vista del manchurrón rosa que continuaba alejándose y a calmar mi ira.

—¡Qué maleducado! ¿Le conoces? —preguntó la mujer al tiempo que volvía la mirada hacia mí. Ella también había estado observando al corredor.

—No exactamente —. Respondí en un susurro con los dientes apretados. Temerosa de que, si hablaba más alto, la sarta de insultos e improperios que

intentaba retener escapara a través de mis labios. Después de todo, parecía que aún duraba el efecto de los pellizcos de Telma. Gracias a Dios.

—Hay gente que no tiene educación —esta vez fue el hombre quien habló, sin dejar de acariciar a Odín—. Un caballero se habría parado, al menos para interesarse.

—Dudo mucho que se le pueda considerar un caballero y, créame si le digo, que mejor que no se haya parado—. Aún tenía muy presente nuestro último encuentro. El recuerdo de sus manos sosteniendo mis caderas para evitar mi caída, me causó un escalofrío que preferí no analizar.

—Pensé que habías dicho que no os conocíais—. La mujer me miraba con curiosidad.

—Dije “no exactamente”. La verdad es que tuvimos un encontronazo hace unos días. Tropecé en unas escaleras y él evitó que golpeará contra el suelo.

—Espero que fuese más amable en aquella ocasión.

—Créame, no lo fue —respondí negando con la cabeza.

Mientras hablábamos la pareja me había ayudado a ponerme en pie. La mujer me sostenía para que pudiese probar a apoyarme sobre el tobillo dañado poco a poco hasta que comprobé que, aunque me molestaba, era una molestia leve y podía sostenerme sin problemas. Di un par de pasos temblorosos antes de afianzarme sobre ambos pies.

—Muchas gracias por la ayuda —dije extendiendo la mano hacia el hombre, para que me diera la correa de Odín.

—No parece nada grave, pero deberías ir al médico si te sigue molestando. Sólo para asegurarte.

—Lo haré. Gracias, de verdad.

—Es lo mínimo —La mujer desechó mi agradecimiento con una enorme sonrisa y un gesto de la mano y ambos continuaron su camino dejándome a solas con Odín.

—Será mejor que volvamos a casa —le dije al cachorro mientras le rascaba detrás de sus enormes orejas—. Creo que ya he tenido suficiente ejercicio por hoy.

Su lengua salió rauda lamiendo mi cara en lo que yo interpreté como un claro asentamiento y puse rumbo a casa, más convencida que nunca de que correr no podía traer nada bueno.

Capítulo 6

Iván

Una enorme sonrisa ocupaba mi cara y, en esta ocasión, no estaba dispuesto a impedirlo. Después de la conversación con Mateo, había estado reflexionando mucho sobre sus palabras. Quizás tenía razón, volver a sonreír no significaba olvidar a Urko, ni que su recuerdo no me acompañase cada minuto de cada día y, además, era cierto que él nunca habría querido que me convirtiese en un amargado, borde, desagradable y antipático. Al menos no más de lo que ya era normalmente.

Aquella mañana había salido a correr como cada día intentando que mi cabeza dejara de dar vueltas alrededor de lo mismo y sin el más mínimo éxito. Como siempre, salvo por el hecho de que el recuerdo del incidente de unos días atrás, se colaba en mi mente cada vez con más asiduidad y sin que pudiera controlarlo. Durante la última semana, mis sueños se habían vuelto confusos. Mis pesadillas se mezclaban con el recuerdo del cuerpo de una mujer morena, de brillantes ojos azules, entre mis manos. Durante unos segundos conseguía sostenerla y evitar su caída, pero de repente sus ojos se abrían con asombro mientras se escurría de mis manos y estaba de vuelta entre el humo y el fuego, con el cuerpo de Urko entre mis brazos. Definitivamente el psicólogo se haría rico conmigo. Lo que más confundido me tenía era, que la parte del sueño que ocupaba aquella mujer, cada vez era más larga y más... íntima y aquello me tenía cada vez más confuso y también más irascible. Mi frustración empezaba a tomar unos derroteros que no acababan de gustarme. Una cosa era sonreír y otra tener sueños de los más calientes con una completa desconocida. Sí, se haría rico.

Aquella disfunción onírica, había agriado, si es que aquello era posible, aún más mi carácter. Nunca me había dejado llevar por aquel tipo de impulsos, al menos no desde que superé la pubertad y, si sonreír me había parecido una traición hacia mi difunto amigo, tener sueños calientes que se mezclaban con pesadillas no me hacía sentir precisamente mejor.

Corría con todos aquellos pensamientos dando vueltas en mi cabeza, intentando encontrarles la lógica, cuando me percaté de que alguien tropezaba unos metros por delante de mí. Apreté el paso, aun consciente de que ya se había parado una pareja a socorrer a la accidentada, por si podía ser de ayuda. Mi trabajo me había aportado no pocos conocimientos sobre primeros auxilios y, quizás, ocupar la mente en otra cosa me distrajera un rato.

El hombre que se había detenido a ayudarla sujetó al perro que la chica debía estar paseando y que me resultaba conocido. Aminoré el paso mientras pensaba de qué conocía a aquel enorme mastín, y mi mirada fue a la chica en el suelo. Una coleta de pelo negro y unos ojos azules que recordaba demasiado bien fueron suficientes para hacer desaparecer mi sonrisa. Mi reacción no fue intencionada, lo juro. Pero verla allí después de la semana que llevaba por su culpa, me hizo hervir la sangre. Las palabras salieron de mi boca sin ser casi consciente de ello. Su gesto, primero de sorpresa y después de frustración, devolvió la sonrisa a mi cara mientras apretaba el paso una vez más, solo que, en aquella ocasión, para alejarme de allí. Esperé escuchar sus insultos al igual que la vez anterior y no pude evitar volverme al no oírlos. Ver su cara roja de enfado, mientras se mordía la lengua para no escandalizar a la pareja que había parado a ayudarla hizo que mi sonrisa se ampliara aún más. Seguro que acabaría envenenándose.

La sonrisa aún me duraba al llegar a casa. Había corrido todo el último tramo con la imagen de la cara roja de rabia de aquella chica y aquello sólo había conseguido aumentar mi buen humor. Cuando salí de la ducha, me di cuenta de que, por primera vez en no poco tiempo, no me había sentido amargado ni resentido durante un buen rato y, lo que era aún mejor, no me sentía mal por ello.

—¡Vaya! Eso sí que es un cambio a mejor —Mateo entró en mi habitación mientras me secaba el pelo con una toalla y rebuscaba en el cajón en busca de unos pantalones—. Supongo que, ya que estás sonriendo, no te importará que salgamos esta noche a divertirnos.

Me envaré antes si quiera de girarme para mirar a mi amigo. Sí, era cierto que llevaba unos días más animado y que comenzaba a mirar la vida con otra cara, pero eso no significaba que me apeteciera salir de marcha. Siendo realistas, hacía años que no me apetecía y eso no había cambiado. La idea de

meterme en una discoteca o cualquier local parecido, rodeado de veinteañeros borrachos intentando ligar como idiotas, me revolvía las tripas.

—Sabes de sobra que mi idea de diversión no coincide con la tuya.

—Vamos Iván, no seas capullo. Te vendrá bien salir a hacer algo que no sea correr... y yo necesito apoyo esta noche.

Ese último comentario me hizo mirar por fin a Mateo, que me observaba apoyado en el marco de la puerta de mi habitación.

—¿Apoyo? —pregunté burlón.

—Han organizado una fiesta para recoger fondos para las protectoras de animales de la zona y...

—No me digas más. La veterinaria estará allí.

Mateo tardó en contestar y, cuando por fin lo hizo, parecía muy interesado en un hilo que sobresalía de su pantalón.

—Al menos eso es lo que espero.

—¿Y se puede saber desde cuando el gran rompecorazones necesita “apoyo” para ligarse a alguien?

Mi amigo me miró con verdadero odio en los ojos y, si no fuera por el tiempo que hacía que nos conocíamos, probablemente me habría sentido intimidado.

—No me toques las narices, Iván y déjate de cachondeo. Sabes de sobra que esta vez es diferente.

—¿Diferente?

Que dijera aquello me hizo dejar de lado las bromas y prestar atención a sus siguientes palabras. Mateo había sido y, al menos hasta donde yo sabía, seguía siendo un Don Juan. Le encantaba ligar con mujeres en discotecas y despedirse a la mañana siguiente, sin compromisos ni monsergas. De hecho, la mayoría de las veces, ni siquiera recordaba sus nombres a la mañana siguiente.

—Sí, diferente, —su actitud cambió en el acto, irguiéndose tan largo como era —así que esta noche vas a venir y apoyar a tu mejor amigo que, por si lo has olvidado, ahora también es tu casero, sin hacer ni una sola pregunta

más, ¿estamos?

—Estamos.

Mateo cabeceó en respuesta antes de salir de la habitación y yo me esforcé en tragarme una carcajada.

—Así que el mujeriego se ha enamorado... —murmuré.

—¡He dicho que ni una palabra!

La voz de Mateo llegó desde el pasillo y en esa ocasión fui incapaz de contenerme. La carcajada sonó tan alta y clara que casi me sorprendió a mí mismo, a pesar de haber salido de mis labios.

La cara de Mateo volvió a asomar por el marco de la puerta y, por un segundo, me pareció ver algo parecido a la sorpresa dibujado en ella, pero desapareció al instante transformándose en un aparente gesto de indignación que disimulaba sus ganas de reírse.

—Tú riéte, que ya verás cuando te toque a ti.

Aquella frase, que en mis oídos sonó más como una profecía, me dejó mudo al instante y con una sensación extraña en el estómago. Quise responder con algo sarcástico, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, así que me limité a encogerme de hombros y volver a rebuscar en el cajón de mi ropa. Cogí la primera camiseta que pillé y me la puse, era azul, de un azul oscuro y brillante, del mismo tono que... Me la quité con brusquedad y la lancé al cajón hecha un ovillo. A la mierda mi buen humor.

El resto del día lo había pasado con la misma sensación extraña en el estómago, intranquilo y de mal humor. Había aprovechado la tarde, y mi exceso de energía, para arreglar el garaje de Mateo y montar un par de muebles que había comprado hacía poco para la oficina que se había construido encima. Así que durante unas horas me había convertido en el manitas que mi padre siempre había querido que fuera, a pesar de que nunca se me habían dado bien las chapuzas y mucho menos el bricolaje. Me había centrado en aquello en lugar de salir a correr. Podía haberlo hecho, es más, era lo que mi cuerpo me había estado pidiendo todo el tiempo: que soltara la adrenalina con una buena carrera. Siempre había sido mi forma de liberar tensión, de despejar mi mente, después de una buena carrera pensaba con más claridad, pero en aquella ocasión me había resistido al impulso con todas mis

fuerzas. ¿Por qué? Esa era una buena pregunta. La primera razón era porque en algún momento me había dado cuenta de que lo que mi cuerpo me pedía no era salir a correr sino salir corriendo, que suena parecido, pero no es lo mismo ni por asomo. En segundo lugar, me descubrí a mí mismo pensando en los mismos ojos azules y en que, en las dos ocasiones en que me había cruzado con ellos, yo estaba corriendo. Una parte de mí se preguntaba si habría una tercera. Después me di cuenta de que no era “si habría una tercera” lo que me inquietaba, sino cuándo sería. Ahí fue cuando casi me machaqué el dedo por enésima vez con el martillo, ya había dicho que el bricolaje no era lo mío.

Cuando me metí en la ducha era como si mi interior se estuviera desgarrando. Mis pensamientos tiraban de mí en dos direcciones distintas. Unos sólo querían volver a encontrarse con ella, los otros correr lo más lejos posible y yo, ni entendía qué me estaba pasando, ni cómo una loca que despotricaba como un camionero borracho y que parecía ser incapaz de dar más de dos pasos sin acabar en el suelo, podía haberse colado en mi cabeza de aquella manera.

Por suerte, para cuando salí de la ducha Mateo había llegado y estaba tan nervioso que por un momento pensé que se había colado en casa un adolescente antes de su primera cita.

—¡Para ya! —grité —Vas a conseguir terminar de volverme loco, ¿se puede saber qué te pasa?

Cuando entré en el cuarto de Mateo cansado de oírle lanzar improperios, me encontré con que un huracán había pasado por allí. Su armario estaba prácticamente vacío y la mayor parte de su ropa yacía tirada entre el suelo, la cama y la butaca de cuero negro que tenía junto al ventanal que daba al balcón. Él, en cambio, sólo vestía unos boxers y observaba el desastre con exasperación. Al oírme levantó la vista y me miró sorprendido, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—¿Iván? ¿Qué haces aquí?

—Llevo viviendo aquí casi dos meses —respondí sarcástico —tú me invitaste, ¿recuerdas?

—Sí, sí, es sólo que pensaba que habías salido... —murmuró mientras se apresuraba a recoger la ropa desperdigada y a guardarla de cualquier manera

en el armario.

—¿Cuál es el problema? —pregunté con la mirada clavada en el inmenso yggdrasil tatuado en su espalda. Las ramas del árbol de la mitología nórdica se tensaron cuando el cuerpo de mi amigo lo hizo.

—¡Esto es ridículo! —exclamó lanzando de nuevo al suelo las camisas que sostenía.

—¿El qué?

Mateo se giró hundiendo sus hombros y cuando observé su rostro me percaté de que mi amigo estaba más que colorado.

—Prométeme que no te reirás.

No, realmente no podía ser lo que estaba pensando. Le miré sin saber qué contestar.

—Prométemelo —repitió con convicción.

—Lo... ¿prometo? —ahora el que se sentía ridículo era yo.

—No sé qué ponerme...

Mateo y yo nos miramos con incredulidad durante unos segundos antes de romper a reír a carcajada limpia. Aquello era realmente ridículo.

—Nervioso, ¿eh? —dije cuando logré dejar de reírme.

—Tú ríete, pero te juro que no me había sentido así en mi vida. ¡Parece mentira que a mi edad y con la cantidad de mujeres que llevo a mis espaldas, me sienta inseguro por una con la que no he intercambiado una sola palabra sobre nada que no tenga que ver con Buffy!

—Será porque ya has hablado con ella más que con cualquiera de tus ligues.

—Será... —Mateo puso cara de circunstancias mientras paseaba su mirada por el desastre en que había convertido su habitación —Bueno, ¿me echas una mano o qué?

—A decidir lo que te pones, puede. A recoger todo esto, ni lo sueñes.

Dos horas después hacíamos cola en el local donde se celebraba la fiesta benéfica. Al final, Mateo se había decidido por unos vaqueros y una camisa

blanca de manga larga que llevaba remangada hasta los codos. Por mi parte también iba en vaqueros y, sin saber cómo, había acabado con la dichosa camiseta azul puesta. La había visto al abrir el cajón en el que la había lanzado horas antes y no había podido resistir el impulso de ponérmela.

Al entrar nos entregaron un tríptico con las distintas actividades que tendrían lugar a lo largo de la velada. Al parecer, la entrada a la fiesta incluía consumiciones gratuitas y a lo largo de la noche se realizarían sorteos, también habría una especie de tómbola en la que los asistentes podrían conseguir distintos artículos y cuyos beneficios irían destinados íntegramente a las protectoras de la provincia. Al final del tríptico ponía algo de una subasta sorpresa sólo para solteros. Iba a preguntarle a mi amigo sobre aquello cuando una pareja que discutía a unos metros de la barra llamó mi atención.

Como si un hilo invisible tirase de mí, me acerqué hasta donde estaban. La mujer, una morena con un cuerpo plagado de curvas, llevaba un vestido corto de tirantas anchas en color blanco calado, que dejaba ver la tela negra de debajo y unas sandalias negras con un tacón de vértigo. Discutía con un guaperas rubio con pinta de gorila de discoteca con un tribal que asomaba bajo la manga de su camiseta gris llegándole hasta la muñeca y que la miraba con cara de perdonavidas. Me acerqué un poco más sin acabar de entender qué era lo que me atraía tanto de aquella escena hasta que estuve lo bastante cerca para oír la voz de ella. Quizás podría haberme confundido, pero aquella forma de hablar, más propia de un camionero, era inconfundible. Aquella mujer era mi pesadilla particular, literal y figuradamente. Sin saber por qué, me acerqué aún más a ella y enlacé mi brazo en su cintura.

—¡Hola, preciosa! Te estaba buscando.

Su cuerpo se tensó bajo mi brazo y se giró con brusquedad. No tenía clara cuál había sido mi intención al hacer aquello, pero sabía que no me había gustado nada ver toda su atención, y sus insultos, centrados en otro. Cuando se giró y me vi frente a aquellos ojos sentí un nuevo impulso y, dado que llevaba horas sin resistirme a ninguno, no iba a ser aquel el primero.

Capítulo 7

Lía

¡Menos mal que aquel iba a ser el día en el que iba a pasar página y tomar de nuevo las riendas de mi vida! Al menos mi accidente mañanero no había tenido consecuencias y había podido ponerme taconazos. Asistir a aquella fiesta benéfica con manoleínas había sido mi principal preocupación durante el día. Llamadme superficial, pero había decidido dejar de pensar en lo malo y centrarme en disfrutar de mis vacaciones y mi nueva vida de soltera. Otra vez. La idea de acompañar a mi hermana de fiesta me pareció estupenda, lo que necesitaba era una buena juerga para dar carpetazo al asunto de forma definitiva. El plan me había parecido genial, al menos hasta que un invitado no deseado hizo acto de presencia.

Ver a Mark de nuevo me provocó muchas cosas, principalmente asco y cabreo. Un cabreo que casi podía sentir como un monstruo inmenso y deforme que cobraba vida en mi interior. Que se acercara a mí con su radiante sonrisa y su cuerpazo de modelo como si no hubiera pasado nada e intentara besarme, lo único que consiguió fue que el monstruo saliera por mi boca.

—¿Qué coño haces?! —espeté empujándolo con fuerza para alejarlo de mí.

—Besar a mi novia, claro.

Respondió con su sonrisa perfectamente ensayada para hacer caer a sus pies a cualquier mujer con sangre en las venas. Suerte que en aquel momento las mías llevaban lava, ardiente y espesa, y un montón de mala leche, eso también.

—¿Novia? Al final va a resultar que eres incluso más gilipollas de lo que ya creía que eras.

—Cariño, un error lo tiene cualquiera y lo nuestro es mucho más fuerte

que eso.

El capullo se acercó a mí una vez más y mi rodilla impactó contra su muslo derecho. Si es que no aprendía.

—La próxima vez que me toques, el golpe irá más a la izquierda —. Coloqué en mi rostro la sonrisa más falsa de mi repertorio —Lárgate de aquí y no vuelvas, por si no lo tenías claro hemos terminado.

—¡Pero Lía! No puedes hablar en serio.

Por un segundo me dio la sensación de que iba a echarse a llorar, y la sensación de que quizás estaba siendo demasiado dura y había una explicación razonable para todo lo sucedido, pasó fugaz por mi mente. Después recordé que había intentado ganarse la vida como actor y que lo único que había sacado de aquella experiencia era una inusitada capacidad de echarse a llorar en cualquier momento y lugar. El monstruo en mi interior creció un poco más.

—¡Te he dicho que te largues! —Escupí las palabras con rabia.

—Vamos, cariño...

—Mira Mark, estoy intentando controlar mi lengua, pero ya veo que no te enteras, así que voy a ser muy clarita. Cuando quiero cerdo voy a la carnicería, no necesito mantener a uno en casa —. Mark me miró con cara de no entender nada. Vale, quizás no había sido tan clara como pretendía, así que cogí aire y volví a empezar —. Se acabó Mark, eres un cabrón aprovechado que ha estado viviendo a mi costa durante seis meses y te lo permitía porque, idiota de mí, pensaba que te quería. El hecho de que te haya pillado con otra ha sido sólo la guinda del pastel. Lo que me ha dejado extremadamente claro lo poquísimo que te importo y, lo que es más importante, lo poquísimo que necesito en mi vida a un cabrón insensible incapaz de mantener subida la cremallera de sus pantalones. Yo sólo he sido la última de una larga lista de gilipollas que se ha dejado cegar por tu aspecto y tu aura de chico malo que está buscando a la mujer adecuada para que lo meta en vereda, cuando la realidad es que no tienes dónde caerte muerto. Eres un egoísta, un inútil, un vago y un sinvergüenza que se ha acostado con mi jefa en mi propia cama y ahora viene como si no hubiera pasado nada, ¿pero tú que te crees? Si vas de Dandy por la vida y no llegas a la suela de los zapatos del feo de los Calatrava^[ii].

—¿Y tú quién te crees que eres Lía? —respondió rojo de ira y con los puños apretados —Dudo que haya un hombre en el mundo dispuesto a aguantarte ¡Estás loca! Eres borde, desagradable, antipática y no vales un duro en la cama y eso cuando tienes tiempo para ir a la cama. ¿Por qué te crees que me estaba tirando a Gina? Eres incapaz de satisfacer a un hombre aunque te lo propongas, pero yo estaba dispuesto a darte una oportunidad, a sacrificarme para que no estuvieras sola el resto de tu vida.

No, si al final iban a tener que nominarlo al nobel de la paz por su naturaleza altruista. Escuchar aquellas palabras provocó un estallido de palabrotas e insultos por mi parte que sí, quizás sólo le dieran la razón en cuanto a que era una borde y una desagradable, pero... ¿y lo a gusto que me estaba quedando yo?

Un brazo rodeó mi cintura dejándome muda de repente.

—¡Hola, preciosa! Te estaba buscando.

Aquella voz... no podía tener tan mala suerte. Un escalofrío muy diferente a la ira que había estado sintiendo hasta ese instante recorrió mi columna antes de que llamara a mi cuerpo al orden. Me giré bruscamente hacia aquel individuo al tiempo que intentaba deshacerme de la mano que quemaba, incluso a través de la ropa, en su recorrido hasta afianzarse en mi cadera. Recé porque fuera un pobre tipo que me había confundido con su novia y no quién yo creía que era, pero mis oraciones no fueron escuchadas. O eso, o quien quiera que las oyese tenía un sentido del humor muy retorcido y muy poco cariño hacia mí, porque mis ojos chocaron con otros de color azul grisáceo que reconocería en cualquier parte. No en vano los había visto aquella misma mañana, primero brillar con rabia y después con diversión. Cómo era capaz de distinguir las emociones en los ojos de un completo desconocido era algo que no podía entender y que prefería no cuestionarme. El modo en que mi estómago se había hecho un nudo aquella mañana al ver su sonrisa, después de lo borde que había sido en nuestros dos únicos encuentros y los esfuerzos que estaba haciendo en aquel mismo momento para evitar que mi traicionero cuerpo se derritiera contra el suyo, me hicieron sentir débil y estúpida. Dos sensaciones nada agradables. Apreté los puños con fuerza, dispuesta a dejar salir toda la frustración que sentía en aquel momento. Ya está. Eso era todo. Si no había tenido bastante con Mark, ahora el corredor capullo venía también a tocarme los ovarios. Iba a explotar de

rabia en 3, 2, 1...

Unos labios un poco torpes se unieron a los míos y todo mi cabreo salió por la ventana junto a mis neuronas, y recé porque nadie, y mucho menos él, se diera cuenta de que mis bragas tenían toda la pinta de querer ser las siguientes. Ese fue mi último pensamiento antes de que la última de mis neuronas se apagara, dejándome a merced de un beso que había pasado de torpe a devastador y que tenía a mis hormonas bailando la conga al son de las manos que acariciaban mis caderas al tiempo que me acercaban a él, hasta que nuestros cuerpos estuvieron firmemente pegados.

—¡Toda tuya, tío! A ver cuánto tardas en darte cuenta de lo loca que está —la voz de Mark se coló en mi pequeña nube de placer —Volverás a mí, Lía. Me buscarás, pero no pienso esperarte.

¿Conocéis la expresión “pasar de cero a cien en un segundo”? Pues a mí me bastaron milésimas para olvidarme de mi libido, despertar una vez más a todas mis neuronas o, al menos a la mayoría de ellas, y volver a ser yo.

Deshaciéndome de la niebla de lujuria que se había apoderado de mi mente, aplané mis manos contra el cuerpo, caliente y perfectamente formado, pegado al mío y lo empujé para alejarme de él. Una parte de mi mente, que me apresuré a silenciar, gimió por la separación. Me volví, dispuesta a liarme a gritos con Mark una vez más. Pero se ve que el tiempo no pasa igual cuando te dan un beso derrite-huesos y que habían pasado más de milésimas de segundos, porque no había ni rastro de Mark. En su lugar, mi hermana me observaba con un gesto que oscilaba entre la risa y el asombro, y un claro tic en los ojos que hacía que su mirada bailase entre mí y el hombre a mi espalda. Justo antes de taparse la boca y romper a carcajadas. Que digo yo... ¿Para qué te tapas la boca si te vas a reír tan alto que se te va a escuchar en todo el pueblo?

—Bueno, parece que después de todo, no los vamos a tener que presentar...

Mi atención pasó al hombre junto a mi hermana, que parecía más un G.I. Joe que un ser humano normal. Alto, muy alto, demasiado alto, ¡qué coño! ¡Aquel tío tenía que medir al menos 1'90!, con más músculos de los que era capaz de contar, una sonrisa canalla a juego con unos ojos verdes y una cara de rasgos suaves, que no acababa de encajar con el resto de su cuerpo, pero

que le sentaba genial. Aquel mastodonte estaba parado demasiado cerca de mi hermana, de hecho, una de sus manos parecía estar posada en la espalda baja de Tesa y, lo más sorprendente, a ella no parecía molestarle aquel gesto lo más mínimo.

—¡Quita tu sucia zarpa de mi hermana pequeña!

La risa de mi hermana se cortó de golpe, me miró con los ojos muy abiertos, como si no entendiera mi reacción. Vale, lo mismo no estaba siendo lógica, pero ¿es que acaso mi noche estaba siendo “lógica”? Pues eso. Lo más sorprendente fue la reacción de su acompañante que, de un salto, apartó la mano de mi hermana y se separó unos pasos de ella.

—¡Lía! —cuando Tesa habló su expresión había pasado de sorpresa a enfado y, teniendo en cuenta que ella no se enfadaba nunca, decía mucho sobre el hombre a su lado y su relación. Aquel bicharraco no sería “ÉL”... ¿verdad? —¿Podrías comportarte, aunque sólo sea por una vez? —¡ups! Iba a ser que sí que era —. Este es Mateo, un cliente de mi clínica.

—A ver, pinta de bestia tiene, pero creía que tus clientes por lo general eran más peludos... —y ahí iba mi boca sin filtro una vez más.

El rostro de mi hermana se puso rojo y, por primera vez, no estaba segura si era de vergüenza o de furia. ¿Había conseguido cabrear a mi hermana pequeña por primera vez en la vida? ¿Y por un tío? Aquel día había que marcarlo en rojo en el calendario. ¿Mira que si al final los días de “Tesa la independiente”, *noquierounhombreenmividaporquenolonecesitoparanada*, habían llegado a su fin? Fuera como fuese, aquel hombre le importaba a mi hermana y, por ella, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Hasta acercarme al desconocido, extender mi mano y disculparme.

—Perdón, soy Natalia, la hermana de Tesa —mi cuello crujió al levantar la cabeza para mirarle, pero que tío más alto, ¡por dios! —Me temo que nací sin filtro entre mi cabeza y mi boca, espero no haberte molestado.

La sonrisa en los labios del desconocido -perdón, Mateo-se ensanchó y casi me deslumbra. Empezaba a entender qué había visto mi hermana en aquel hombre. Le devolví la sonrisa al tiempo que daba un último apretón a su mano, una enorme que casi se tragaba la mía, antes de dar un paso atrás.

—Encantado de conocerte, Natalia. Tu hermana me ha hablado mucho de ti.

—No te creas nada de lo que te ha dicho. En realidad, no soy tan mala... —un carraspeo a mi espalda me interrumpió a mitad de frase y me recordó que había alguien más. ¡Mierda! ¿Por qué no podía haber aprovechado la distracción para desaparecer?

—Iván, —Mateo cabeceó hacia el hombre tras de mí y la sonrisa pícaro en su rostro no me gustó nada —veo que ya conoces a la hermana de Tesa.

—Algo así, aunque no hemos sido presentados debidamente —el corredor capullo se colocó delante de mí y, por primera vez, me permití el lujo de recorrerlo detenidamente con la mirada. Y para mi desgracia me gustó lo que vi. Mucho. Debía rondar los cuarenta años, pelo corto canoso, barba perfectamente recortada, alto, aunque no tanto como Mateo, afortunadamente. Un cuerpo delgado y fibroso, con los músculos adecuados en los lugares correctos y que se sentía genial cuando estaba pegado al mío. Me permití babear mentalmente. Era un capullo, sí, pero una chica puede soñar y aquel hombre era un sueño hecho realidad. Lástima que no lo soportara. —¿Te gusta lo que ves?

Vale, quizás no sólo había babeado mentalmente, pero... ¿tenía que decir lo obvio? Aquel tío disfrutaba haciéndome quedar mal.

—La verdad es que sí, al menos hasta que has abierto la boca —respondí con mi mejor cara de aburrimiento —pero claro, ¿qué se puede esperar de alguien que va por ahí insultando y besando a desconocidas? —lo deseché con un gesto de la mano.

—Vaaaaaaaale, cada uno a su rincón —mi hermana se interpuso entre nosotros antes de que pudiera contestarme —Soy Tesa, la hermana de Natalia. Encantada de conocerte, Iván.

Miró a mi hermana durante al menos un segundo, antes de desviar su atención hacia mí una vez más.

—Natalia... bonito nombre —mi nombre en sus labios sonó demasiado bien, me permití disfrutarlo durante un segundo antes de contestar.

—Iván —respondí con un cabeceo brusco, intentando parecer lo más indiferente posible —te pega. Frío, contundente y bastante corto. Exactamente como tú.

—¡Lía! —esa era mi hermana otra vez, mirándome con cara de pocos

amigos —Disculpadnos, necesito ir al baño y mi hermana tiene que acompañarme.

Sin más, me agarró de la mano y me arrastró en dirección a los aseos. Mientras me alejaba, una sonrisa de victoria colgaba de los labios de Iván. Iván... me permití paladear su nombre, aunque sólo fuera en mi mente, y disfrutar de su sonido. Le pegaba, pero no por lo que había dicho. Era un nombre fuerte, varonil y, si no recordaba mal, significaba “hombre con bendición divina” y vaya si aquel hombre no había sido bendecido por los dioses.

Capítulo 8

Iván.

Aquella mujer me volvía loco. Natalia. Saboreé su nombre mentalmente mientras la veía alejarse. Aún podía sentir sus labios sobre los míos, la calidez de su cuerpo bajo mis manos. Se hacía la dura, pero juraría que la había sentido derretirse entre mis besos y caricias, y no podía esperar para volver a hacerlo. Que una mujer con tanto carácter se hubiese vuelto maleable con mi contacto hacía bien a mi ego.

Mateo palmeó mi espalda con más fuerza de la necesaria para atraer mi atención. Miré a mi amigo con mala cara, demasiado consciente de que esta se debía más a haber tenido que perder de vista a Natalia, que al golpe.

—¿Qué? —gruñí. Literalmente. Me gustaban las vistas que estaba teniendo y las imágenes que se habían formado en mi cabeza.

—¡Eh, tranquilo! —Mateo levantó las manos en señal de rendición, mirándome extrañado—. Sólo quería saber qué te parece.

Mi mirada volvió a desviarse hacia la puerta de los aseos <<¿Que qué me parecía? Un sueño hecho realidad. Lo más bonito que he visto en mi vida. Moriría feliz besando esos labios, enredado en su cuerpo.>> Un momento. ¿Cómo? ¿De dónde demonios habían salido esos pensamientos? Esa mujer me volvía loco, pero en el mal sentido y yo estaba allí babeando como un colegial ante su primer amor. Sacudí la cabeza intentando deshacerme del aturdimiento. ¡Era un hombre adulto, por Dios!

—No está mal —. Respondí con un encogimiento de hombros intentando aparentar la mayor indiferencia posible.

—¿Que “no está mal”? —la voz de mi amigo sonó un poco demasiado aguda—. ¡Es perfecta! Guapa, inteligente, divertida. Tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida... —su voz se fue suavizando a medida que enumeraba todas sus virtudes, al mismo tiempo que la vena en mi cuello se

iba hinchando y aparecía un desagradable tic en mi ojo derecho. El mismo que me salía siempre que alguien me sacaba de mis casillas —¿no sabes las ganas que tengo de besar esos perfectos labios!

¡Se acabó! La imagen de Mateo besando los dulces labios de Natalia que se formó en mi mente, fue demasiado. Apreté los puños, no estaba bonito atizar a mi mejor amigo por una tía a la que acababa de conocer. Era perfectamente consciente de que mi reacción no tenía la más mínima lógica, pero tampoco podía evitarla.

—Ni se te ocurra tocar a Natalia —mi propia voz sonó extraña en mis oídos, demasiado agresiva. Parecía más un neandertal que un humano civilizado en aquel momento y me sentía muy tentado a barrer el suelo con mi amigo. A pesar de que era muy consciente de que tenía pocas posibilidades contra él. Mateo era diez centímetros más alto que yo y experto en artes marciales.

—Pero ¿qué...? —me miró confuso hasta que algo pareció hacer “clic” en su mente —¿Natalia? —y de repente empezó a reírse.

—Lo digo en serio Mateo, no te acerques a ella.

—¡Oh, tío! —palmeó mi espalda sin parar de reír, mientras yo me mantenía firme en mi postura agresiva —Esto va a ser digno de ver —dijo secándose las lágrimas de risa —¡Relájate Iván! No tengo la menor intención de tocar a tu chica, —que se refiriera a Natalia como “mi chica” hizo que me relajara un poco, pero no del todo. Mateo me miró con una ceja levantada — Estaba hablando de su hermana, Tesa. La veterinaria, ¿recuerdas?

Alivio corrió a través de mi cuerpo al recordar cómo mi amigo llevaba semanas hablando de la veterinaria. Era Tesa, no Natalia. Al final no iba a tener que pelearme con él después de todo. El alivio se convirtió en vergüenza cuando mi amigo volvió a echarse a reír. ¿Podía haber hecho más el ridículo? Allí estaba yo, todo un hombre adulto, serio, responsable y formal, convertido en un neandertal amenazando a mi mejor amigo por una mujer a la que acababa de conocer. Yo no era así.

—Vaya, veo que os lo pasáis bien sin nosotras.

Tesa miraba a Mateo con los ojos brillantes de diversión al verlo reírse, junto a ella estaba Natalia, mirándome con una expresión que era incapaz de descifrar. Aquella mujer me había hecho algo, aquello no podía ser normal.

—Te veo en casa, Mateo. Encantado de conocerte, Tesa.

Pasé junto a aquella mujer en mi camino hacia la salida y sólo había una cosa que quería decirle. Me acerqué a su oído y murmuré “bruja”, antes de continuar. No quería mirar atrás, pero el impulso era más fuerte que yo y me giré. Natalia me observaba seria, sus ojos me parecieron tristes durante un instante y casi me sentí culpable. Al menos hasta que pegó una sonrisa en sus labios y me enseñó su dedo corazón a modo de saludo. Definitivamente, aquella mujer era una bruja.

Capítulo 9

Lía

¡Bruja! ¡Me había llamado bruja! Pero eso no era lo peor, no. Lo peor era la forma en que me lo había dicho. Nunca había imaginado que tanto veneno pudiera caber en una sencilla palabra de cinco letras. Aquel hombre había aparecido de la nada, me había besado hasta derretir cada uno de mis huesos y, media hora después, se había largado dejándome claro cuánto me odiaba. ¿Y yo era la que estaba loca? ¡Con hombres así lo difícil era mantenerse cuerda! Y encima acababa de prometerle a mi hermana que iba a hacer lo posible y lo imposible por llevarme bien con él... Si es que quién me mandaba a mí hacer promesas.

Cuando Tesa dijo que tenía que ir al baño y me arrastró con ella, pensé que me tocaba rapapolvo. Que “doña perfecta” se saltara la cola por todo el morro y nos encerrara a las dos en un cubículo de no más de un metro cuadrado, desoyendo las quejas del resto de mujeres que se hacinaban en el lugar a la espera de su turno, me hizo pensar que aquello era más grave de lo que esperaba... pero no. Cuando se dejó caer sobre la pared del baño, ignorando las consecuencias que ese sencillo gesto podía traer sobre su impoluta camisa blanca, me preocupé.

—¿Qué he hecho ahora? —pregunté, mientras intentaba poner algo de distancia entre las dos (y con el váter) en el minúsculo baño.

Mi hermana elevó la cabeza, me miró con ojos soñadores y suspiró con una sonrisa bobalicona en su cara... ¡¡suspiró!! ¿¿Desde cuándo mi hermana pequeña suspiraba??

—¿A que es guapo?

¿¿Guapo?? ¿¿Pero de qué estaba hablando?? ¿¿Qué coño le pasaba?? ¿¿Habíamos viajado en el tiempo de vuelta a los quince años y de repente Tesa era una adolescente hormonal babeando por el capitán del equipo de fútbol cual peli americana adolescente??

—Vale, ¿quién eres y que has hecho con mi hermana? —pregunté ignorando la punzada de celos al conjurar la imagen de Iván en mi mente. La palabra guapo no le hacía justicia, lástima que fuera un borde.

—Tengo la sensación de que es él, Lía. El hombre que he estado esperando toda mi vida.

Vale, que incluyera en una misma frase las palabras “hombre” y “vida” no era un problema. Salvo que normalmente había una negación en esa frase y no ponía tanto énfasis en el posesivo...

—Vamos a calmarnos, porque creo que me he perdido algo.

Tesa me miraba como si fuera tonta por no entender lo obvio y, probablemente, fuera bastante obvio de qué estaba hablando, pero todo parecía indicar que algunas de mis neuronas no habían vuelto a ser las mismas después del beso con Iván. Una parte de mí susurró algo sobre que no eran sólo mis neuronas. Preferí ignorarla, en aquel momento tenía otras cosas en las que pensar, aunque no pude evitar removerme inquieta en el pequeño espacio.

—Mateo...

Ahí estaba la mirada soñadora otra vez y se veía tan extraña en Tesa que tuve que hacer un esfuerzo titánico para no rodar los ojos. <<¡Esto es serio, Lía. No la lées!>> ¡Mira! A mi subconsciente no se le daban mal los juegos de palabras. Se me escapó una risita nerviosa y su mirada pasó de soñadora a fulminante en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Esto es serio, Lía!

—Justo eso estaba pensando —me golpeó al subir las manos para cruzarse de brazos. Algo me hizo pensar que no sólo por el reducido espacio en el que nos encontrábamos —. ¡Eh! ¡Que lo digo en serio, coño! Lo que pasa es que me resulta un poco difícil permanecer seria cuando estoy encerrada en un minúsculo baño con mi hermana que, sin saber cómo, ha pasado de ser una mujer adulta e independiente, a una adolescente de ojos brillantes que babea por el buenorro de turno.

—¿A qué está bueno?

¡Venga ya! ¿Eso era lo único que había oído?

—¿Vas a mear?

—¡No! —respondió con un encogimiento de hombros al tiempo que miraba alrededor como si se acabara de dar cuenta de dónde estábamos.

—Genial.

Sin más, agarré su mano, tiré de la puerta para abrirla y salir de allí lo antes posible. No fue fácil ya que la puerta se abría hacia dentro, con lo que ahora éramos un váter, dos mujeres adultas y una puerta en un metro cuadrado. No por primera vez me pregunté cómo lo hacían esas chicas que siempre van al baño de tres en tres.

Al salir me encontré con varias miradas desagradables por parte de las mujeres que permanecían en la cola que mi hermana tan hábilmente se había saltado en su deseo de encerrarse en el baño conmigo porque... Vale, aún no tenía claro porqué, pero había tantas cosas que no tenía claras que tampoco me importaba. Me escurrí entre ellas esquivando miradas ceñudas, insultos y algún que otro pie despistado, murmurando palabras de disculpa y sin dejar de tirar de Tesa. Hay que ver lo agresivas que nos ponemos las mujeres cuando se nos cuelan en la cola del baño.

Conseguí llegar al pasillo exterior y me deslicé hacía el fondo, lejos del bullicio del local y de la cola del aseo. No es que hubiera mucha distancia, pero al menos podríamos tener una cierta intimidad.

—A ver, empieza por el principio.

—¿Recuerdas la conversación del otro día?

Me estrujé el cerebro, llevaba casi una semana viviendo en su casa y habíamos hablado mucho, resistiendo el impulso de gritarle ¿¿cuál de ellas?¿, cuando se me encendió la luz.

—El miedo a enamorarte. Hablabas de Mateo —respondí seria. De repente todo empezaba a encajar.

Ella se limitó a asentir mientras mantenía la mirada fija en algún punto a sus pies.

—Él es... No sé cómo explicarlo. Desde que le conocí es como si... encajáramos. Hay algo en él que me llama. Como si hubiera encontrado algo que llevaba toda la vida buscando y ni siquiera sabía que había perdido,

¿tiene sentido?

Levantó la cabeza y me di cuenta de que tenía las mejillas rojas, avergonzada de su confesión. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

—Tiene todo el sentido del mundo, hermanita —susurré en su oído —y mamá va a dar saltos de alegría cuando se entere de que su pequeña se ha enamorado por fin —. Tesa soltó una carcajada nerviosa y ambas nos echamos a reír.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —preguntó cuando nos separamos, mirándome nerviosa.

—¿A qué te refieres?

—¡Sabes a lo que me refiero! Nunca había sentido algo así y no quiero cagarla... —ruborizada, volvió a mirar al suelo.

—Tesa... —acaricié su mejilla con suavidad animándola a levantar la vista —no tienes que hacer nada. Sólo ser tú misma, seguir conociéndolo e ir pasito a pasito.

—¿Y si no le gusto?

—Él se lo pierde —dije encogiéndome de hombros, a lo que me devolvió una mirada en plan ¿de qué estás hablando? —A ver, no te voy a mentir. Si las cosas no funcionan entre vosotros no va a ser fácil y lo vas a pasar mal, pero si no lo intentas, ¿cómo puedes saberlo? Y, si no funciona, será porque no es el indicado para ti —Tesa abrió la boca para protestar como si le hubiera dicho una locura y la frené alzando la mano —. Para. Sé lo que vas a decir y que estás convencida de que él es el único, pero la realidad es que eso solo lo sabrás con el tiempo. Así que, lo mejor que puedes hacer es ir paso a paso y ver a dónde os lleva.

Pareció pensarlo durante unos instantes. Tuve la sensación de que no se había quedado muy tranquila, por lo que me preparé para continuar con aquella conversación el tiempo que fuera necesario. Lo que no me esperaba en absoluto fue lo que finalmente salió de sus labios.

—Te gusta Iván.

Y no, señores, no era una pregunta. Boqueé cual pez recién salido del agua en busca de aire, mientras intentaba buscar una respuesta adecuada a

aquella aplastante afirmación. Creo que esa fue una de las causas de que mi respuesta no resultara creíble a pesar de mis esfuerzos.

—¿Iván? ¿Pero qué dices? ¡Si es un capullo insufrible!

Intenté parecer lo más seria e indignada posible, lo juro, y habría apostado a que había colado si no fuera por la sonrisa triunfante de “¡te pillé!” que lucía Tesa. Así que no me quedó más remedio que insistir en mi defensa.

—¿Lo dices por el beso? —gesticulé con mi mano desechándolo y casi pude sentir como una parte de mí se rebelaba por el gesto —Él me besó, —continué intentando parecer lo más molesta posible por algo que me había hecho vibrar como nada antes —no significa nada, Tesa. Mark estaba molestándome y aproveché la distracción para...

—¿Has dicho Mark? ¿Estaba aquí?

¡¡¡Toma ya!!! ¡¡Salvada por la campana!! Acogí la distracción con los brazos abiertos, aunque implicara tener que hablar de mi ex. Cualquier cosa, lo que fuera, antes de analizar lo que sentía o no por el corredor capullo.

Durante unos minutos nos quedamos allí, mientras le explicaba mi reciente encuentro con Mark y, cuando por fin nos decidimos a salir a la sala otra vez, de verdad creí que entre los nervios de Tesa por volver junto a Mateo y la conversación sobre mi ex, Iván había quedado totalmente olvidado. Me di cuenta de mi error cuando mi hermana me paró en seco agarrándome del brazo y me miró mortalmente seria.

—Lía, no voy a insistir sobre el tema porque es bastante obvio que no quieres hablar de ello, pero Iván es el mejor amigo de Mateo —hizo una pausa dramática que casi hace que me ponga a saltar de los nervios. Vale, eran amigos ¿y eso qué tenía que ver conmigo? Viendo que, una vez más, no caía en lo que parecía ser evidente, exhaló desesperada antes de continuar — Lo que significa que, si todo va bien, vais a tener que veros muy a menudo —. ¡Mierda! Esa vez sí que caí, o más bien, me caí con todo el equipo. A la mierda la posibilidad de evitarlo. Puse una mueca de desagrado, había pensado mantenerme lo más lejos posible de él y, ahora, mi plan parecía imposible —. ¿Ves? ¡No pongas esa cara! Prométeme que harás lo posible por comportarte y no sacarlo de quicio.

—¿Yo? ¡Pero si ha empezado él! ¡Siempre empieza él! —Lo sé, era un

argumento más propio de una cría de diez años que de una mujer adulta, sólo me faltó patear.

—¡Me da igual! —elevó la voz y paré mis quejas en seco. Tesa nunca gritaba —. Por favor, Lía... —habló con una voz tan empalagosa que por un momento temí que me subiera el azúcar —hazlo por mí. Prométeme que vas a intentar llevarte bien con él y que no vas a liarla... ¿Por favor?

Aquello era más una súplica que una petición. Al parecer, era muy importante para ella que nos lleváramos bien. No podía negarle nada a mi hermana pequeña, menos cuando me lo pedía así... y ella lo sabía ¡mierda, mierda, mierda!

—Lo prometo, —gruñí entre dientes —pero que sepas que no me hace ni pizca de gracia.

Como si mi gruñido hubiera necesitado más explicación.

Así que durante los dos minutos aproximados que tardamos en llegar a ellos, me dediqué a autoconvencerme a mí misma de que podía comportarme como una persona normal cuando estuviera cerca de Iván por muy capullo que fuera conmigo y casi lo había conseguido. Al menos hasta que, nada más llegar nosotras, dijo que se iba, se despidió de Mateo y Tesa, ignorándome a mí salvo para susurrar “¡bruja!” en mi oído con tanto odio que casi me enveneno sólo de oírlo, antes de continuar hacia la puerta. ¿Cómo iba a llevarme bien con él? ¡Si es que no ponía nada de su parte! Me quedé inmóvil, mordiéndome la lengua como había prometido y mirando su espalda con intensidad, mientras deseaba desarrollar algún superpoder que me permitiera atravesarlo con la mirada, carbonizarlo, o lo que fuera, siempre que le doliera. Mucho. Cuando se giró y nuestras miradas se cruzaron hice lo único que podía hacer sin que mi hermana se percatara de lo poco que había durado mi promesa. Me giré disimuladamente poniéndome de espaldas a ella, sonreí, con toda la falsedad del mundo, y dejé bien a la vista el dedo corazón de mi mano derecha.

El resto de la noche transcurrió con normalidad, al menos hasta que Mateo salió a responder una llamada y una de las organizadoras aprovechó el momento para acercarse a mi hermana con toda la cara de estar al borde de un ataque de nervios.

—¡Teresa! ¡Por fin te encuentro! ¿Dónde te habías metido? ¡La subasta

está a punto de empezar!

La pobre mujer, que no debía medir más de metro y medio y si llegaba a los 45 kilos era un milagro, tiraba de mi hermana con todas sus fuerzas sin conseguir que ésta se moviera un ápice.

—¿Subasta? ¿qué subasta? —preguntó extrañada.

—¡La subasta benéfica! —la mujer dudó un instante antes de continuar —Dijiste que podíamos contar contigo, ¿verdad?

—¡Sí, claro! Es que cómo no me pedisteis nada para subastar pensé que al final no era necesario.

Con una sonrisa, decidió ceder a los tirones y comenzó a caminar, mientras la mujer se reía con ganas.

—¡Qué graciosa! Es una subasta de solteros, ¡nos basta contigo!

Tesa se puso blanca como la nieve parándose en seco.

—¿Una... subasta de solteros?

La mujer miró a mi hermana aturdida.

—¿Es que no te lo han dicho?

—No —. Respondió mirándome con los ojos muy abiertos.

Palmeó la espalda de Tesa con suavidad antes de seguir caminando llevándosela con ella, aprovechando que su cuerpo se había quedado flojo de la impresión.

—¡Oh, vamos! ¡Es muy simple! Sólo tienes que subir al escenario y los solteros pujan por conseguir una cita contigo... ¡lo que hagáis en ella es asunto vuestro!

La mujer se rio mientras Tesa se ponía más pálida por segundos y no dejaba de mirarme.

—Lía... —murmuró, pidiéndome auxilio con la mirada.

—¡Ah, no! ¡A mí no me lías! De eso nada. Así aprenderás a preguntar la próxima vez.

Llegamos al escenario al tiempo que el DJ bajaba el volumen de la música y otra de las organizadoras comenzaba a presentar a los solteros que

iban a ser subastados. Por un momento me sentí culpable al verla allí arriba, blanca como la leche y con cara de ir a echar hasta la primera papilla de un momento a otro. Después se me pasó. En el instante en que recordé que me iba a tocar tener que llevarme bien con el corredor capullo.

Tesa era la tercera. Justo cuando empezaba la subasta de la segunda, Mateo llegó a mi lado.

—¿Qué hace tu hermana ahí arriba? —preguntó extrañado.

—Subasta de solteros —. Respondí, como si fuera lo más normal del mundo, sin apartar la vista del escenario.

—¿Qué?

—Subasta de solteros —. ¿Es que no estaba claro? —Ya sabes, un soltero se sube al escenario y la gente puja por conseguir una cita. Los beneficios son para las protectoras y lo que hagan en la cita es asunto de ellos. ¿Es que nunca has estado en una? —Pregunté como si yo fuera a una cada semana, en lugar de acabar de enterarme de que esas cosas existían fuera de los libros y las películas.

—Sé lo que es. Simplemente, no imaginé que tu hermana se prestara a algo así.

—Ella tampoco.

—Entonces, ¿qué hace ahí? —Los nervios y la exasperación empezaban a dejarse ver en sus palabras y era muy consciente de que yo no estaba ayudando.

—Aprender que, cuando alguien te pide ayuda, hay que preguntar no sólo para qué, si no también cómo. O después, pasa lo que pasa —alargué la mano en dirección al escenario.

—¿Se ofreció voluntaria para la subasta sin saber de qué iba?

—Le pidieron ayuda para una subasta y ella pensó que querían que donara algunos artículos de la clínica o algunas consultas gratuitas, así que aceptó sin dudarlo. Acaba de enterarse de que se ofreció para que la subastaran a ella.

Mateo comenzó a reírse y no pude evitar unirme a él.

—Es única—. Dijo, con cara de bobo, sin apartar la mirada de ella.

—Es la mejor. Y como le hagas daño te la corto, ¿capicci? —Sí, cuando se trata de mi familia me sale la vena mafiosa, ¿qué pasa?

Mateo me sonrió y pude ver a lo que se refería mi hermana al decir que era guapo y estaba bueno.

—Eres una pequeña cosa fiera. Me gustas. Le haces mucho bien a Iván.

Tragué al escuchar aquello. ¿Qué tenía que ver Iván con lo que estábamos hablando? Afortunadamente, en aquel momento empezaron a presentar a Tesa y centré mi atención en ella que, aunque había recuperado algo de color, aún parecía al borde del desmayo.

<<Nuestra siguiente soltera se llama Teresa, tiene 31 años y es una de las mejores veterinarias de Andalucía. Es inteligente y una auténtica belleza, como podéis ver. Adora los animales y dar paseos por la playa al anochecer... >>

<<¿Paseos por la playa al anochecer? ¿Se puede ser menos original? >>

—Juraría que mi hermana prefiere ver amanecer en la playa..., pero no me hagas mucho caso.

Le murmuré a Mateo entre dientes, mientras la organizadora continuaba enumerando las virtudes de Tesa.

—Lo tendré en cuenta—. Respondió con un guiño y una sonrisa.

<<...La subasta empieza en 100€ ¿qué menos para una mujer tan increíble? >>

Sonreí y miré a Mateo al tiempo que empezaban a sonar pujas a nuestro alrededor. La sonrisa se congeló en mis labios cuando una voz que conocía demasiado bien gritó entre la multitud: ¡500 euros!

Mis ojos recorrieron la sala para encontrar a Mark a escasos metros de mí, mirando en mi dirección en lugar de hacia el escenario, con una sonrisa estúpida colgada de sus labios. La puja apenas había llegado a los 150 euros hasta que él habló, y estaba segura de que la única vez que en su cuenta había 500 euros juntos era el día de paga, ¿a qué estaba jugando? Le devolví una mirada cargada de odio.

—¿Quién es ese tío? —Preguntó Mateo.

—Un cabrón que piensa que, si sale con mi hermana, va a conseguir ponerme celosa y que vuelva con él. O hacerme daño —. Respondí antes de girarme hacia Mateo —. Me voy a casa, ya he tenido bastante por esta noche.

—¿Te vas? —sus ojos se abrieron como platos —¿Y qué pasa con tu hermana?

—Los dos sabemos quién va a ganar la puja esta noche, ¿verdad? — Pregunté sonriente palmeando su pecho—. Buenas noches, Mateo. Asegúrate de que Tesa llegue bien a casa... o de que me avise si no va a venir. Un WhatsApp será suficiente.

Con un guiño me giré en dirección a la salida. Antes de llegar a la puerta, escuché a Mateo gritar: ¡1000 euros! La sala rompió a aplaudir y pude imaginar la cara de alivio de mi hermana. Esperaba de verdad que Mateo tuviese ese dinero. Con una sonrisa, salí de allí dispuesta a olvidarme de Mark, de Iván y de los hombres en general por una temporada. Otra vez.

Capítulo 10

Lía

Sin darme cuenta mis pasos me llevaron a la playa. A mitad de camino me descalcé, cansada de ir tambaleándome con los tacones entre los adoquines. Parecía que caminar descalza por las calles de aquel pueblo empezaba a convertirse en un hábito y no estaba segura de que pudiera considerarse saludable.

Cuando mis pies tocaron la fría arena sentí un escalofrío de placer. Casi a mediados de octubre las noches comenzaban a refrescar. Mi vestido corto de tirantas y el delgado chal que había escogido como complemento, no eran la vestimenta más adecuada para la humedad que se sentía tan cerca del mar, pero la paz y tranquilidad que se respiraba en aquel lugar compensaban con creces.

Extendí el chal en la arena, al otro lado del murete que separaba el paseo de la playa, para protegerme un poco del aire frío, y me tumbé sobre él, dispuesta a observar las estrellas. Las luces del paseo marítimo no tenían la intensidad suficiente para impedir que pudiera disfrutar de ellas, y dejé que mi mente vagara con el arrullo de las olas. Un grupo de chavales pasó riendo, cantando y hablando a gritos, trayendo una sonrisa a mis labios. Había sido una noche tensa. No esperaba volver a ver a Mark, de hecho, si no hubiera vuelto a verle nunca, habría sido demasiado pronto, y el beso de Iván había provocado cosas raras en mi interior que prefería no analizar.

Cuando las voces dejaron de oírse, volví a centrarme en el sonido de las olas y dejé que mi cuerpo se relajase mientras mi mente vagaba. Creo que en algún momento me quedé dormida, porque cuando mi móvil sonó tenía el cuerpo entumecido y la piel de gallina a causa del frío. Me incorporé un tanto aturdida, frotando mis brazos para intentar entrar en calor y eché mano de mi bolso en busca del teléfono. Tenía una llamada perdida de mi hermana y un mensaje de voz. Me levanté de la arena fría y recogí el chal, sacudiéndolo mientras le daba al botón de reproducir. La voz de Tesa sonaba feliz,

ilusionada, incluso se le escaparon un par de risas tontas cuando dijo que iba a pasar la noche con Mateo. Sonreí. No recordaba haberla visto nunca tan emocionada con un chico. Sentí un ligero pellizco de pánico en el estómago. Mi hermana pequeña estaba enamorada por primera vez en su vida y, aunque Mateo parecía un buen tío, me preocupaba que pudiera hacerle daño. Mi lista de fracasos era lo bastante extensa como para dejar claro mi escasa o nula capacidad para juzgar correctamente a los hombres. No quería que le rompieran el corazón, pero también era perfectamente consciente de que Tesa necesitaba vivir aquello, disfrutarlo con toda la intensidad de la que fuera capaz y, si no salía bien... Bueno, ella era una mujer fuerte y no estaría sola para superarlo. Respecto a él... más valía que se despidiese de sus partes nobles porque tenía toda la intención de arrancárselas por dañar a mi hermana pequeña.

Respondí al mensaje de Tesa con una sonrisa, feliz por ella, porque por fin hubiese encontrado a un hombre que la hiciera temblar, en el buen sentido. No es que pensara que una mujer no puede ser feliz sin un hombre a su lado, no os equivoquéis, la que piensa eso es mi madre. Pero sí estaba convencida de que el amor era algo que todo el mundo debería experimentar al menos una vez en la vida, aunque no saliese bien, aunque al final doliese como una perra. Querer a alguien y sentirse querido a cambio por esa persona especial que consigue hacer que tu mundo se tambalee tan solo con una sonrisa, que las manos te piquen por las ganas de tocar su piel al verle, que tus piernas se conviertan en gelatina con un simple beso... Ese último pensamiento trajo a mi mente la imagen de Iván y sacudí la cabeza para alejarla. Me senté en el murete para colocarme las sandalias de tacón. Tenía los pies helados, no es que los zapatos de tiras fueran a hacer que se calentaran, pero no estaba dispuesta a caminar descalza una vez más y correr el riesgo de que terminaran peor de lo que ya estaban. Mientras lo hacía mi mirada se desvió hacia los escalones frente a mí, los mismos en los que Odín me había hecho tropezar una semana antes, haciendo que acabase en los brazos de un corredor capullo. Un ruido de pasos rápidos me hizo girar la cabeza hacia la derecha. El vistazo de una camiseta rosa fosforito bajo la escasa luz de una de las farolas que alumbraba el paseo marítimo hizo que mi cuerpo se pusiera en tensión. Mis manos se aferraron con fuerza al borde del murete. Era como si mi pensamiento le hubiera conjurado y no sabía si estaba preparada para el siguiente round. El corredor entró en el círculo de luz de la siguiente farola y mi cuerpo se relajó. Un suspiro de alivio mezclado con algo

que parecía... ¿decepción? -no, imposible-dejó mis labios cuando la imagen del hombre fue claramente visible a la luz. Sus brazos cubiertos de tatuajes y el color chocolate oscuro de su piel me hicieron identificarlo automáticamente como uno de los americanos de la cercana base. Me levanté con un encogimiento de hombros, ¿quién iba a salir a correr a las dos de la mañana sino un americano? Estaban locos.

Un paseo de menos de diez minutos me llevó a la puerta de casa de mi hermana. Las ventajas de un pueblo pequeño. Había conseguido no caerme a pesar de que había tropezado un par de cientos de veces, ¡mierda de adoquines! Estaba helada y los pies me dolían más de lo que podía recordar que me hubieran dolido nunca. Me quité los zapatos nada más cruzar el umbral y, por primera vez, agradecí que Tesa hubiera puesto el suelo de madera en la planta baja. Cuando lo hizo me había reído de ella, ¿qué frío quieres aislar en un pueblo costero de Andalucía? Moví los dedos contra la cálida madera intentando hacer que entraran en calor y la sangre volviera a circular con normalidad. Freyja y Nerthus me recibieron con maullidos, frotándose contra mis piernas.

—¿Hambrientas? Dadme un minuto y os pondré algo de comer.

Colgué mi chal húmedo en el perchero de la entrada y me dirigí a la cocina con las dos gatas enredándose entre mis pies. Milagrosamente llegué a mi destino sin tropezar ni pisar a ninguna de las dos. Odín roncaba en su enorme cama en la esquina de la cocina. Menudo perro guardián, ni se había inmutado porque alguien entrara en casa. El olor de la comida de las gatas sí que hizo que se levantara, babeándome como saludo y colocando sus enormes patas sobre la encimera en la que estaba rellenando los cuencos de comida.

—¡Menudo perro guardián estás hecho! ¿Qué pasa si entra un ladrón? ¿Lo babearás hasta la muerte? —le dije con una sonrisa mientras le acariciaba detrás de las orejas.

Lo empujé con la cadera suavemente para que se bajara de la encimera y cogí los cuencos de las gatas para dejarlos en su sitio. Rellené con agua y comida los de Odín antes de desearles buenas noches y subir las escaleras hasta mi habitación.

Por si os lo estabais preguntando la respuesta es sí, hablo con los

animales y si eso sólo hace que parezca aún más loca, me da igual. Estoy segura de que ellos me entienden. Bueno, no a mí, sino a los humanos en general, al menos los animales domésticos... respecto a los salvajes no estoy tan segura, tendría que hablarlo con Tesa que para eso es veterinaria.

Abrí el grifo del agua caliente para llenar la bañera mientras me quitaba la ropa. Necesitaba entrar en calor y deshacerme de la sensación de humedad que se había aferrado a mis huesos. Me encantaba la playa en invierno, pero tenía que admitir que quizás mi idea de quedarme dormida en la arena por la noche no había sido tan buena. Aunque no lo hubiera hecho intencionadamente.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, quité el tapón y salí de la bañera. Me envolví en mi albornoz azul grisáceo, <<el color de los ojos de Iván>>, alejé el pensamiento y la imagen de sus ojos cargados de pasión y calidez después de nuestro beso con un manotazo al aire y, sin pensarlo más, me enfundé en mi pijama de franela, de Harry Potter y dos tallas más grande, regalo de mi hermana en los últimos Reyes y me escurrí entre las sábanas. Mañana sería otro día.

El domingo por la tarde estaba que me subía por las paredes. No podía más. Había pasado el sábado encerrada en casa, saliendo sólo para pasear a Odín, dando de comer a los tres bichos de mi hermana y tirada en el sofá viendo películas ñoñas. El viernes por la noche le había dicho en mi mensaje que no se preocupara por ellos y se tomara el tiempo que quisiera, que yo me encargaría de sacarlos y darles de comer. Cuando el sábado por la noche me envió otro mensaje diciéndome que tampoco venía a dormir le había respondido de la misma manera. Tesa necesitaba aquello y era su momento de disfrutarlo. Pero dos noches seguidas cargadas de sueños húmedos protagonizados por mí, un corredor capullo y un montón de sábanas revueltas, y el recuerdo constante de un beso que, a todas luces, me había afectado más de lo que quería aparentar dejándome con muchas ganas de más, tenían mis nervios crispados.

Mi móvil sonó y recé porque no fuera Tesa diciéndome que aquella noche tampoco vendría a dormir. Respondí a la llamada sin mirar, dispuesta a cantarle las cuarenta a mi hermanita por ser una desvergonzada.

—¿Qué pasa, perdida? Hay que ver que desde que te has dado a la buena vida no hay quién sepa de ti...

¿¿”Buena vida”?? ¿Esa era la que se estaba pegando mi hermana, no yo! El saludo de Telma terminó de sacarme de quicio.

—¿Una buena vida que te cagas! Cuidando de los bichos de mi hermanita —lo admito, cuando me referí a ella lo hice con retintín —mientras se pega la juerga padre con un tío al que acaba de conocer. ¡Si es que no sé para qué me he venido aquí! Me vengo con ella porque estoy hecha polvo con lo de Mark y necesito apoyo y va la muy perra, se enamora y se larga a pasar el fin de semana fuera dejándome sola con sus mascotas ¡lo que me faltaba para acabar siendo definitivamente la loca de los gatos!

—¿Tesa se ha enamorado? —Telma interrumpió mi furiosa argumentación preguntando ilusionada... y eso sólo me cabreó más.

—¿Ves? ¡Eso es lo único que importa! ¡Que la niña se ha enamorado! ¡Y a mí que me zurzan, como siempre! ¡Cómo si no hubiese gente enamorándose y desenamorándose todos los días!

Continué durante un rato, maldiciendo sobre la poca consideración de mi hermana al dejarme sola en aquellos momentos, lo injusto que era el mundo y lo hartita que estaba de los hombres.

—¿Qué te pasa, Lía? —Telma aprovechó el momento que me tomé para coger aire y coló la pregunta.

—¿Que qué me pasa? ¿Pero no te lo estoy diciendo? —grité al teléfono llena de frustración.

—¿Lo que me estás diciendo? ¿Pero tú te estás escuchando? —su voz sonaba preocupada y eso me hizo parar. Eso y que Telma sonaba furiosa y Telma nunca perdía los nervios —¿Eres consciente de cómo estás sonando?

—¿Cómo estoy sonando, a ver?

—Como una perra envidiosa.

Escuchar esas palabras de la boca de mi amiga fue un auténtico impacto. La línea se quedó muda un instante, antes de que Telma continuara, con una voz mucho más dulce.

—Tú no eres así, Lía. Adoras a tu hermana y llevas siglos deseando que se enamore y descubra lo que es el amor de verdad. La Lía que yo conozco estaría feliz e ilusionada por su hermana, no sería un monstruo verde, lleno de

envidia y deseosa de destrozarla.

Respiré hondo y dejé que sus palabras calaran a través de la bruma de ira y amargura que se había apoderado de mi mente. Telma tenía razón, aquella no era yo. Yo me había alegrado por mi hermana, me había ofrecido a hacerme cargo de Odín y las gatas durante el tiempo que fuera necesario. Era yo quien había insistido hasta convencerla, cuando la noche antes había querido volver a casa para cenar y pasar tiempo conmigo. ¿Por qué de repente me había vuelto una sicótica con ganas de destrozarla? La imagen de dos cuerpos desnudos enredados entre sábanas blancas flotó en mi mente directamente desde mis sueños de la noche anterior. Estaba frustrada, pero mi frustración no tenía nada que ver con que Tesa no estuviera en casa, si no con lo que seguramente ella estaba haciendo y yo no, aunque había pasado las últimas dos noches soñando con ello. La frustración sexual es una perra, y me había convertido a mí en otra.

—Tienes razón, Telma. Lo siento, no sé qué me pasa. Estoy hecha un lío...

—Sí sabes qué te pasa, así que empieza a largar.

Vale, quizás tuviese una ligera idea de cuál era el problema, pero no era algo de lo que quisiera hablar en aquel momento. Probablemente nunca. Así que le hablé de la noche del viernes, mi encuentro con Mark, la interrupción de Iván, la llegada de Tesa y Mateo, la charla en el baño... Nos reímos como locas mientras le contaba cómo mi hermana había acabado en una subasta de solteros y como su caballero andante la había rescatado de las garras de mi ex y de cualquier otro baboso con su puja.

—Y eso es todo. El resto del finde lo he pasado en casa, viendo pelis y sacando a pasear al caballo de mi hermana —. Concluí refiriéndome a Odín.

—Eso no es todo, y lo sabes —respondió con voz cantarina.

—¡Claro que lo es! —respondí indignada, ¿qué más quería que le contase?

—Háblame de Iván —contestó tajante.

—¿Iván? ¿Qué pasa con él?

—Justamente eso es lo que quiero saber. Has dicho que interrumpió tu discusión con Mark e hizo que se largara, ¿no?

—Sí...

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? —mi voz salió tensa. Estaba de los nervios, no me gustaba nada el rumbo que estaba tomando aquella conversación —. Me besó, después nos separamos, llegaron Mateo y Tesa y él volvió a ser el mismo borde de siempre, con la misma sonrisa canalla.

—¡Párate ahí! —gritó mi amiga —¿¿Te besó?? ¡Eso no me lo habías dicho! ¿Y qué es eso de que “volvió a ser el mismo borde de siempre”? ¿Es que ya os conocíais?

<<¡Mierda, mierda, mierda y más mierda! ¡Pillada!>> Precisamente para evitar aquello apenas había pasado de puntillas por el incidente de Iván. Había bordeado la historia, mencionando sólo que interrumpió mi discusión con Mark haciéndose pasar por mi novio y que había resultado ser amigo de Mateo. Había estado segura de haber sonado convincente, y había caído en mi propia trampa ¡mierda! ¡Eso me pasaba por bocazas! Las alarmas sonaron en mi cabeza llamando a cada una de mis neuronas a sus puestos mientras intentaban establecer el protocolo de control de daños. Desgraciadamente, eran un ejército tan bien organizado como un montón de niños de jardín de infancia al grito de ¡helados!

Mi mente cortocircuitó. Inventarme una historia convincente era demasiado complicado y tampoco engañaría a Telma. Mi amiga acababa de demostrarme que era demasiado lista. Además, en lo más profundo de mi psique, me permití admitirme a mí misma que necesitaba hablar con alguien. Contarle lo que estaba sintiendo, cómo Iván, un corredor capullo y borde al que apenas conocía, me hacía sentir. Quizás eso metiera algo de cordura en mi cerebro.

Mark sólo era el último de la nada desdeñable lista de desastres amorosos y malas elecciones que contaba en mi haber y una parte de mí cada vez estaba más convencida de que mi destino era acabar sola, en una casa con jardín y rodeada de gatos. Hasta hacía poco, la imagen de mi futuro incluía a mi hermana y a algunos perros, pero después de conocer a Mateo y verlos juntos parecía que me esperaba una muy solitaria existencia. Salvo por los gatos, claro, ellos me harían compañía.

—Vamos, Lía. Cuéntame lo que está pasando por esa cabecita.

La voz de Telma sonó mucho más dulce y logró sacarme de la tormenta de pensamientos que se agitaba en mi mente. Cogí aire y lo dejé salir lentamente antes de comenzar a hablar. Ella ya sabía de mi primer encuentro con Iván, aunque cuando se lo conté solo era el corredor capullo.

—¿Recuerdas el tipo que evitó que me cayera de culo la semana pasada?

—Sí, claro, ¡menudo capullo!

—Coincidimos de nuevo el viernes por la mañana.

Probablemente, Telma estaba volviéndose loca intentando averiguar que tenía que ver eso con Iván o lo que había pasado el viernes por la noche, pero necesitaba empezar por el principio. Así que, mientras iba narrando todo el día, desde mi absurdo impulso de salir a correr que hizo que se partiera de risa, al momento en que descubrí que el corredor capullo se llamaba Iván, era el mejor amigo del novio de mi hermana y besaba como los dioses, Telma pasó de no entender nada a reírse, sorprenderse y cabrearse por la forma en que nos despedimos, a quedarse sospechosamente callada cuando terminé de hablar.

No me había guardado nada, ni siquiera los sueños que habían poblado mis noches desde la primera vez que nos vimos. Se los había contado con la boca chica, sin entrar en más detalles de los estrictamente necesarios, muy consciente de la forma en que mi rostro se calentaba y mis mejillas se volvían rojas mientras hablaba. No es que no hablara de sexo con mis amigas, lo hacíamos con bastante naturalidad, pero admitir que había estado teniendo sueños eróticos con un borde que cada vez que me dirigía la palabra sacaba lo peor de mí, no era plato de buen gusto. Me hacía pensar que había algo en mi interior que no funcionaba bien, ¿cómo podía sentirme atraída de aquella manera por alguien a quien no conocía y con el que lo único que había intercambiado eran insultos? Cierto que algunos de ellos habían sido muy originales, pero aun así habían sido insultos después de todo. Cuando por fin habló, preferí que no lo hubiera hecho.

—Vaya, parece que Tesa no es la única a la que han cazado, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Lo admito, mi voz salió un poco más aguda de lo que debería y Telma disfrutaba de la situación más de lo que debía a juzgar por su respuesta cantarina.

—Te gusta Iván.

—¿Qué me...? ¿Pero qué estamos, en secundaria? ¡Esto es ridículo!

—No Lía, no estamos en secundaria y puedes pretender hacerte todo lo indignada que quieras, pero tú y yo sabemos la verdad. Te gusta Iván. Mucho. Aunque no sepas ni entiendas porqué.

Abrí la boca para responder y volví a cerrarla. No sabía qué decir. Telma tenía razón. Me gustaba Iván. Mucho. Demasiado, me atrevería a decir. Mi voz salió en un hilo de voz cuando por fin pude poner en palabras lo que había estado incomodándome desde la primera vez que le vi.

—Pero él me odia... —luché por retener el sollozo que se había anudado en mi garganta. No iba a llorar por un tío al que no conocía. No podía haberme enganchado tan rápido y fuerte con alguien a quien sólo había visto tres veces y con quien sólo había compartido insultos y un beso. Por muy bueno que hubiera sido el beso.

—No te conoce —. La respuesta de mi amiga salió fuerte y contundente.

—Tampoco creo que quiera conocerme.

—Él se lo pierde.

Y sus palabras me recordaron tanto a las que le había dicho a Tesa dos noches antes que casi me dieron escalofríos. Telma tenía razón. No me conocía y yo tampoco a él. Nuestra atracción o, al menos la mía ya que no estaba muy segura de que él... No. La atracción era en ambos sentidos, eso lo tenía muy claro desde el beso. Él me había besado a mí y, si bien yo me había derretido entre sus brazos, había sentido como sus manos acariciaban cada parte de mi cuerpo a la que podía llegar anhelando y buscando, como si nunca fuera a tener bastante. Podía no gustarle lo poco que conocía de mí, si es que conocía algo, del mismo modo que a mí me desagradaba la forma en que él me había tratado, pero no podíamos negar que nuestros cuerpos habían encajado a la perfección y que nos atraíamos el uno al otro como el fuego a una polilla. Ese último pensamiento trajo un escalofrío al hacerme consciente de algo. Iván podía ser mi muerte. No en el sentido literal, algo en mi interior estaba completamente seguro de que jamás me haría daño físico. Se trataba más bien de la sensación de que él era el punto de inflexión, quien marcaría la diferencia entre una vida al lado de la persona amada y una en un jardín rodeada de gatos.

Telma había continuado hablando, repitiendo casi palabra por palabra el mismo razonamiento que le había hecho yo a mi hermana dos noches antes. Si no lo intentas nunca lo sabrás, si no funciona es que habrá alguien mejor para ti..., bla, bla, bla, bla. Había dejado de escucharla mientras mi mente divagaba hasta alcanzar mi más reciente revelación y ésta me tenía de repente llena de energía. No sabía qué hacer ni cómo hacerlo, pero tenía que hacerlo y, definitivamente, no podía hacerlo con Telma al teléfono. El timbre de la puerta fue la excusa perfecta. Adoraba a mi amiga y una parte de mí, (una muy pequeña) se sentía mal por cortar la llamada. Le había soltado mi rollo, me había ayudado y ahora yo estaba deseando deshacerme de ella para poder hacer... algo, no sabía qué. Así que, mientras iba hacia la puerta y me despedía de ella, le pregunté si todo iba bien, al menos para calmar a esa pequeña parte de mi conciencia. Su respuesta fue un ¡genial!, tan alegre que me dejó profundamente intrigada y paré a mitad de camino.

—¿Hay algo que no me estás contando?

—Ve a abrir la puerta, ya hablaremos en otro momento, ¡Te quiero!

—¡Ey! No, no, espera...

Pero ya había colgado. En ese momento fui consciente de una terrible verdad. Telma me la había jugado. Algo estaba pasando en la vida de mi amiga de lo que ella no quería hablar y había estado dando vueltas a la mía para evitarlo... ¡qué cabrona! Iba a volver a llamarla en cuanto me deshiciera de quien fuera que estuviese en la puerta, y que parecía bastante insistente.

Corrí, antes de que el dedo del visitante se quedara irremediabilmente pegado al timbre, aunque parecía que era exactamente eso lo que pretendía. Abrí la puerta con una sonrisa que se quedó petrificada en mis labios cuando vi quién estaba al otro lado.

Iván me observaba desde la entrada. La luz que iluminaba el diminuto porche delantero hacía que sus ojos parecieran aún más brillantes. Una especie de sonrisa colgaba de la comisura de sus labios y yo sólo pude quedarme allí, observándolo, sin entender qué demonios hacía Iván en la puerta de mi casa y deseando que esos labios que me volvían loca volvieran a estar pegados a los míos.

—Bonita camiseta.

¿Camiseta? Agité la cabeza aturdida y bajé la vista para mirarme de arriba

a abajo. ¡Perfecto! Dado que mi fin de semana se había reducido a ver pelis tirada en el sofá y lamerme mis heridas, no podía decirse que estuviera “vestida para matar” precisamente. Llevaba una camiseta de “Mi pequeño pony” que, definitivamente, había visto tiempos mejores, al igual que mis mallas negras plagadas de agujeros y manchas de lejía. Para terminar el conjunto, mis pies estaban cubiertos con unas enormes zapatillas que imitaban las garras de un dinosaurio. Eran súper calentitas y me encantaban, pero seguro que no eran las más indicadas para recibir al más reciente objeto de mis deseos. Pasé una mano por mi cabeza rezando por que al menos mi pelo estuviese en orden, pero como era de esperar mis oraciones no fueron escuchadas. Algo que en algún momento debió ser un moño mal hecho, ahora era un montón de pelos escapando de un coletero. Me tragué un gemido desesperado y eché mano de la enorme rebeca de lana que llevaba abierta para cerrarla en mi pecho en un absurdo intento de ocultar lo que a todas luces ya había visto y que no debía ser atractivo en absoluto. Balbuceé un “gracias” mientras lo hacía y empujé la puerta apartándome para dejarle paso. Mis ojos se desviaron a la mirilla y me pateé mentalmente por no seguir los consejos de mi madre de nunca abrir la puerta sin mirar antes quién es. Cuando éramos pequeñas, ella siempre nos asustaba diciendo que podía haber ladrones al otro lado. En aquel momento me di cuenta de que, si nos hubiera advertido de que al otro lado podía estar el hombre de nuestros sueños y no queríamos que nos viera con las pintas que yo llevaba en aquel momento, habría sido mucho más efectivo. O quizás no.

—¿Quieres pasar?

—Sí, gracias. Espero que no seas vegetariana.

Mi mirada cayó a la enorme caja de pizza que llevaba y de la que yo no me había percatado. Mi boca se hizo agua. No había tenido hambre en todo el día y el olor del queso y la carne hizo rugir mis tripas. Era de mi pizzería favorita.

—No, para nada. Me encantan las pizzas de ese sitio. Son mis favoritas
—. Respondí mientras lo guiaba hasta la cocina.

Iván me siguió en silencio. Lo mantuve vigilado por el rabillo del ojo, quizás con miedo a que desapareciera si dejaba de mirarlo. ¿Qué hacía allí? Dejó la pizza sobre la encimera y sus ojos se clavaron en los míos, inmovilizándome, justo antes de que las tres palabras que nadie quiere

escuchar de la boca del hombre que ocupa sus fantasías salieran de sus labios.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 11

Iván

¿Cuánto puede soportar un hombre? Esa pregunta había estado martilleando mi cabeza durante todo el fin de semana. ¿Cuántos besos y caricias? ¿Cuántos “cariños” y “cielitos”? ¿Cuántas miradas embobadas? ¿Cuántas sonrisas tontas y suspiros de amor puede soportar un hombre en el rostro de su mejor amigo antes de volverse loco? O de que le den ganas de vomitar.

Cuando el viernes salí del local, estuve dando vueltas sin rumbo durante casi una hora antes de volver a casa. Quería salir a correr, pero era consciente de que no eran horas, así que me limité a pasear por las calles. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y el dulce sabor de Natalia persistía en mis labios. Aquella mujer era una bruja. Cuando se lo dije al despedirme, si es que aquello podía haberse llamado una despedida, no pretendía que sonase como un insulto. En contra de lo que pudo parecer solo pretendía expresar lo obvio. Desde que la vi por primera vez se había adueñado de cada uno de mis pensamientos, había convertido mis noches y mis sueños en su feudo particular, transformando mis pesadillas de incendios en sueños repletos de un fuego muy diferente. Sus labios habían sido... lo mejor que había probado en mi vida y un tremendo error. ¡Joder! Había estado a punto de liarme a tortas con mi mejor amigo en un absurdo ataque de celos sin sentido, hasta que me di cuenta de que él estaba hablando de Tesa. Aquella mujer me volvía loco, en todos los sentidos, el bueno y el malo. Me hacía sentir cosas que nunca había sentido, desear cosas que nunca me había planteado y perder los nervios. Yo nunca perdía los nervios. Hasta que la conocí. Sin duda, debía haber trabado un hechizo a mi alrededor, convirtiéndola en lo único en lo que podía pensar.

Mis pasos me habían llevado a los mismos escalones en los que la había visto por primera vez y no sabía cómo. Me quedé allí, observándolos como si fueran a morderme de un momento a otro, recordando nuestro primer

encuentro. El recuerdo de su cuerpo entre mis manos cuando evité que cayera me llevó a otro muy diferente de aquella misma noche, en el que la había sentido derretirse bajo mi tacto. Volverse maleable como masilla en mis manos y mi cuerpo tembló, deseando volver a tenerla allí, entre mis brazos.

Regresé a casa con pasos rápidos, planteándome seriamente la posibilidad de dejar la casa de Mateo. Volver a mi casa parecía la opción más rápida para dejar a Natalia y la forma en que había vuelto mi vida del revés, atrás. Cada vez que el pensamiento afloraba en mi mente, sus enormes ojos azul oscuro y su sonrisa envuelta en unos labios rellenos, aparecían en mi cabeza. Nada de aquello tenía sentido. Era un hombre maduro, tenía 40 años, era bombero, aunque en aquel momento estuviese de baja, tenía hombres a mi cargo y manejaba situaciones de riesgo a diario en mi trabajo. No iba a salir corriendo. No iba a huir. Hacía mucho que había dejado de ser un adolescente al que controlaban sus hormonas. Una mujer, por mucho que me atrajese, por hermosa que fuera, no iba a convertirme en un babeante descerebrado y mucho menos a controlar mi vida.

Mi cabeza no había parado de dar vueltas cuando llegué. Había intentado dormir solo para acabar enredado en las sábanas, incapaz de conciliar el sueño. Necesitando hablar con alguien, me había dirigido al salón a esperar a que Mateo llegara. Cuando escuché el sonido de sus llaves en la puerta me incorporé del sofá en el que me había quedado un tanto traspuesto esperando a que mi amigo entrara. Desde luego no estaba preparado para lo que vi. Mi boca se cerró de golpe antes de pronunciar su nombre en el instante en que me percaté de que no venía solo. Para el momento en que me asomé a la puerta del salón, Mateo sostenía a la que suponía era Tesa, contra la pared de la entrada. Las piernas de ella envueltas en su cintura mientras sus manos arrastraban la camiseta de mi amigo fuera de su cuerpo. Vaaaaaaaaaaaaaaaaale, aquello no era algo que deseara ver. Me escabullí en silencio por el pasillo hasta mi habitación, aunque estaba bastante seguro de que ni una manada de elefantes en estampida los hubiera interrumpido en aquel momento, deseando arrancar la imagen de Mateo y Tesa de mi mente y silenciar los sonidos que llegaban a mis oídos. ¿Es que se habían olvidado de que había alguien más en la casa?

Conciliar el sueño no fue fácil. A mis pensamientos se unieron los sonidos provenientes de la otra habitación que se mezclaban con imágenes de Natalia, y más preguntas llegaron a mi mente. ¿Gemiría? ¿Sería tan

apasionada como su hermana? Algo me decía que, si Tesa había parecido apasionada en la entrada, Natalia lo sería aún más. Cuando los sonidos cesaron el amanecer estaba cerca. El sueño me alcanzó poco después, sumergiéndome en un mar de brazos y piernas revueltas, unos labios dulces y carnosos e infinidad de sonidos de placer.

Las risas me despertaron poco tiempo después ¿es que no necesitaban dormir? Me costaba creer que no estuvieran cansados después de la maratón de la noche anterior. Me deslicé de la cama y me vestí con rapidez, dispuesto a salir de casa y no volver en un buen rato. O, a ser posible, hasta bien entrada la noche.

Pasé el sábado dando vueltas por el pueblo, cosa que no había hecho desde que llegué. Mis salidas se habían limitado a correr y, de vez en cuando, salir a tomar una cerveza y algunas tapas con Mateo y sus amigos. Aquel día me arrepentí de no haber hecho ningún esfuerzo por conocer el lugar en todo el tiempo que llevaba allí. Tenía algunos rincones realmente preciosos. Paseé por el puerto, visité el antiguo castillo en el que ahora se ubicaba el ayuntamiento y me perdí entre callejuelas. Aproveché para recorrer la playa. A pesar de estar en otoño aún hacía calor suficiente para poder disfrutar de la sensación de las olas lamiendo mis tobillos mientras caminaba por la orilla. Por la tarde fui al cine, hacía años que no iba y menos aún solo, pero me atrajo una de las películas que se anunciaban en la cartelera y necesitaba hacer algo con mi tiempo. No fue buena idea. Un par de parejas en las filas traseras, que no parecían estar viendo la película precisamente, desviaron mi atención de la trama y trajeron a mi mente el beso de la noche anterior.

Regresé a casa cerca de la medianoche para encontrar a Mateo y Tesa sentados en el sofá, envueltos el uno en el otro. La juerga nocturna parecía haberles pasado factura y debían haberse quedado dormidos viendo la televisión, ya que estaba encendida. Una mezcla de alivio y envidia se enredó en mis entrañas al verlos allí. Alivio porque no tendría que dar explicaciones sobre por qué no había aparecido en todo el día e iba a poder dormir sin banda sonora. La punzada de envidia prefería no analizarla, aunque sabía muy bien a qué se debía. Había tenido un día entero para reflexionar o más bien para comerme la cabeza. Natalia no había salido de mis pensamientos, al igual que Urko. La sensación de que de algún modo estaba traicionando a mi difunto amigo no se alejaba de mi pecho. Era consciente de la irracionalidad del pensamiento, pero no podía evitarlo. Si a eso le unías el hecho de que

todo lo relacionado con la morena de ojos azul oscuro me traía de cabeza, el resultado era que estaba hecho un auténtico lío. No podía entender cómo alguien a quien no conocía y con quien había intercambiado poco más que insultos y palabras airadas podía atraerme del modo en que Natalia lo hacía. Sabía que si me acercaba a ella podía acabar quemándome. Casi había vuelto patas arriba mi cabeza y mi vida con tres encuentros y un beso ¿qué podría hacer con más tiempo?

Aquella mujer se parecía demasiado al fuego y yo llevaba toda la vida combatiendo ese elemento. Era impredecible, fuerte y hermoso en pequeñas dosis, pero si se descontrolaba podía destruirlo todo a su paso. En una ocasión un pirómano había prendido un monte y, cuando conseguimos apagar el incendio, encontramos su cadáver calcinado. Un sicólogo nos había comentado que, dado que los pirómanos se sienten atraídos por el fuego, probablemente aquel había querido observar su obra desde demasiado cerca, durante demasiado tiempo y había acabado siendo víctima de su propia osadía. Tenía miedo de acabar como él, de estar encendiendo un fuego que podría acabar consumiéndome.

Odiaba y deseaba a Natalia con demasiada fuerza. Quería zarandearla y besarla hasta que perdiera el sentido y ni siquiera sabía por qué. A ver, sabía por qué la deseaba. El beso de la noche anterior sólo había sido un aperitivo que me había dejado con ganas de más, de mucho más. La pregunta era, ¿por qué la odiaba? ¿Qué era lo que me molestaba tanto de ella?

Apagué la televisión y dejé dormir a los tortolitos en el sofá. Una sonrisa asomó a mi rostro al ver a Buffy descansando plácidamente acurrucada en el sofá, con su pequeña cabeza apoyada sobre las piernas de Tesa. Mateo nunca dejaba que la perra se subiera a las camas, ni a los sillones ni, por supuesto, al sofá. Parecía que la veterinaria estaba cambiando las cosas. Miré a mi amigo pensando en las veces que se había quejado por tener que hacerse cargo de la perra de su hermana, de lo mucho que había insistido en que los animales no eran para él, y mi sonrisa se ensanchó aun más. Pensar en la tortícolis que iban a tener al despertar me pareció divertido. Sí, lo sé, no era de buen amigo alegrarse del dolor ajeno, pero dada la noche que me habían dado no me sentía culpable por ello.

Después de una ducha rápida me metí en la cama y caí rendido al instante. Natalia volvió a acompañarme aquella noche. Di la bienvenida al

amanecer con los ojos abiertos, nervioso y, por qué no decirlo, más excitado de lo que había estado desde que era un adolescente. Necesitando correr para quemar la energía sobrante de alguna forma, me levanté, me puse la ropa de deporte y salí de casa.

Cuando regresé, casi dos horas más tarde, la casa permanecía en silencio. El sol ya había salido y eran casi las nueve de la mañana. Me daría una ducha y volvería a pasar el día fuera, Mateo y Tesa necesitaban toda la intimidad que pudieran conseguir y, aunque ese debería ser mi motivo principal para permanecer fuera de la casa, lo cierto era que mis razones no eran tan altruistas. Ver lo que ellos tenían me dolía. Nunca había tenido algo así. Había tenido relaciones, pero no habían durado el tiempo suficiente para que pudiera llamarlas “ex”, mucho menos novias. Mi vida, mi amor y mi primer pensamiento cada mañana siempre había estado dirigido a mi trabajo, mi vocación de la infancia, mi razón para levantarme cada día. Ahora que todo se estaba desmoronando a mi alrededor empezaba a darme cuenta de que quizás había dejado cosas importantes por el camino y no sabía si estaba a tiempo de solucionarlo.

Mi plan de fuga se dio al traste en el momento en que pasé por la cocina en busca de una taza de café. El silencio en la casa me había hecho creer que la parejita aún no se había despertado. Error. Allí me encontré con unos más que acaramelados Mateo y Tesa compartiendo gajos de naranja. Él estaba sentado en uno de los taburetes, sosteniéndola a ella sobre su regazo y en los ojos de ambos había tanta dulzura que temí que me diera un subidón de azúcar. Saludé con un gruñido y me fui directo a la cafetera, queriendo salir de allí lo antes posible. Quizás debería salir otra vez a correr, de repente necesitaba quemar energía y esa parecía la única forma de hacerlo en aquel momento, aunque no la más satisfactoria en la que podía pensar.

El minuto y medio que tardaba en calentarse el café en el microondas se me hizo eterno. Podía escucharlos cuchichear a mi espalda y la sensación de ser un intruso me llenó. La idea de estar imponiendo mi presencia a Mateo cuando a todas luces él preferiría tener su casa para ellos solos me hizo replantearme la posibilidad de largarme de allí y volver a la mía. No se trataba de huir, si no de dar a mi amigo la intimidad que necesitaba. El microondas sonó por fin y casi me achicharro al sacar la taza en mis prisas por abandonar la cocina y dejarlos solos. Al darme la vuelta me encontré de frente con Mateo que me miraba con los ojos entrecerrados y los brazos

cruzados a la altura de su pecho, al más puro estilo gorila de discoteca. No había ni rastro de Tesa.

—Ni lo pienses.

Puse mi mejor cara de póker y di un sorbo al café. Mi lengua se resintió por la elevada temperatura del líquido, pero no dejé que mi rostro lo mostrara. Mateo continuaba mirándome fijamente, su postura no se relajó ni un ápice. Dejé la taza sobre la encimera y me encogí de hombros.

—No sé a qué te refieres.

—Te conozco lo suficiente para saber cómo piensas Iván. No voy a dejar que utilices el hecho de que Tesa y yo estamos empezando algo como excusa para que vuelvas a tu casa y te escondas.

Podría ganarse la vida como adivino. La verdad en sus palabras me hizo dudar, ¿era tan transparente? Intenté parecer asombrado y debí fallar estrepitosamente, porque continuó hablando sin dejarme si quiera explicarme.

—No te molestes en negarlo.

Bien, una excusa menos que inventar. Mateo iba a saco y no pude evitar ponerme a la defensiva.

—Y, según tú, ¿de qué se supone que me voy a esconder?

Mateo aparentó relajarse, apoyando su cuerpo contra la encimera y dejando que sus brazos cayeran a ambos lados de su cuerpo, pero su cara permaneció seria. Imité su postura apoyándome frente a él mientras daba otro sorbo al café.

—Iván, en la última semana has mejorado más que en todo el tiempo que llevas aquí. Has empezado a hablar sobre cómo te sientes, has vuelto a sonreír y ya casi no pareces un zombi.

—Muchas gracias por el piropo —respondí mordaz.

Mateo desechó mi comentario con un gesto de su mano y continuó hablando.

—Sabes tan bien como yo que nada de eso habría sucedido sin un detonante, y es de eso de lo que quieres huir.

—Deja de dar rodeos Mateo, no te pega —mi cuerpo se tensó y hablé con

más rudeza de la que pretendía —al grano.

—Natalia.

Oír su nombre me hizo sentir escalofríos. Me volví hacia el fregadero y fregué mi taza intentando hacer tiempo para recuperar el control de mi cuerpo y de mi mente. Durante todo el proceso pude sentir los ojos de Mateo clavados en mi espalda.

—¿Qué pasa con Natalia?

Me giré hacia mi amigo cuando no me quedó más remedio, una taza de café no daba para fregar tanto, esforzándome en controlar mi voz y mi expresión para que mostraran la mayor indiferencia posible. Pero era Mateo, mi mejor amigo, y me conocía mejor de lo que me gustaría en aquel momento.

—Sientes algo por ella. Probablemente ni siquiera tú sepas qué es dado que has huido de las relaciones desde que te conozco, pero eso no significa que no esté ahí. Esa chica te atrae y tu forma de actuar cuando no controlas algo es huir. No pienso permitirte.

—¿Vas a encerrarme en casa? ¿Atarme a la cama, quizás?

—Lo de atarte a la cama se lo dejaré a ella, —dijo con una carcajada — parece una mujer de armas tomar.

Aunque lo de estar atado no me convencía, la idea de Natalia, yo y una cama, trajo una sonrisa tonta a mi rostro que fui incapaz de detener. Tosí e intenté recuperar la compostura lo más rápido posible, pero la sonrisa canalla de Mateo me dejó claro que no había sido lo bastante rápido en ocultarla.

—No somos capaces de estar más de un minuto juntos sin insultarnos.

Las palabras salieron de mi boca, dándole voz a mi temor, antes incluso de que pudiera formar el pensamiento en mi mente.

—No os conocéis. Por lo que Tesa me ha dicho, ella no está pasando por su mejor momento y tú tampoco, así que ya tenéis algo en común —. Respondió incorporándose y poniendo su mano en mi hombro —Tendréis que conoceros y encontrar la forma de llevaros bien. Sea como sea, es la hermana de la que espero sea la mujer de mi vida y tú eres mi mejor amigo. Si todo sale bien, y espero que sea así, me temo que vais a veros muy a

menudo. Será mejor que intentes mantener una relación cordial con ella para empezar. Lo que venga después... ya se verá.

Dio un apretón en mi hombro antes de dejar caer su mano y dirigirse a la puerta.

—Por cierto, —dijo volviendo la cabeza sobre su hombro antes de salir —Tesa y yo vamos a pasar el día fuera, así que no es necesario que huyas de casa hoy también —. La sonrisa en su rostro me hizo saber que agradecía el detalle. Sus siguientes palabras lo confirmaron —. Gracias por dejarnos la casa para nosotros ayer y no te preocupes, cuando necesite que nos dejes a solas te lo haré saber.

Asentí con la cabeza, incapaz de responder a mi amigo. La razón de que no hubiera aparecido el día anterior era bastante obvia, sobre todo teniendo en cuenta que no había salido apenas de la casa desde que llegué. El hecho de que no lo hubiera hecho solo para darles intimidación, sino para no pensar en lo que no tenía, preferí no sacarlo a colación. Aún no estaba preparado para sincerarme hasta ese punto.

Recogí la taza de donde la había puesto a escurrir y me serví otro café dejando que las palabras de Mateo giraran en mi mente. Mi amigo tenía razón en dos cosas. No conocía a Natalia y, si su relación con Tesa continuaba, que esperaba que fuera así, íbamos a tener que coincidir bastante a menudo. Tenía que encontrar la forma de llevarme bien con ella o, al menos, de que no estallásemos en insultos cada vez que nos veíamos.

Había pasado el día dándole vueltas a la mejor manera de conseguirlo. La parejita feliz no había aparecido por casa en todo el día, tal y como habían dicho. La sonrisa tímida de Tesa al despedirse de mí, y su disculpa por haber pasado dos noches allí, cuando se fueron me había hecho sentir un poco mal. Hacer que se sintiera incómoda pensando que me había echado de mi casa había sido mi última intención. Se lo había dicho y su sonrisa había brillado de alivio. Después de aquello, Natalia y la necesidad de conocerla y llevarnos bien había sido el único pensamiento en mi mente hasta que se me había ocurrido un plan. O algo parecido.

Llamé a Mateo, esperando no interrumpir ningún momento comprometido, para preguntarle la dirección de Tesa antes de arrepentirme y le conté mi plan. Cuando su recién estrenada novia gritó el nombre de la

pizzería favorita de Natalia a través del teléfono, supe que ambos lo aprobaban. Me duché, me vestí y salí antes de que pudiera arrepentirme y allí estaba. En la puerta de su casa. Mirando el timbre como si fuera un dragón a punto de incinerarme. Con las manos sudorosas y, aunque lo negaría ante un juez, no sólo por el calor que desprendía la pizza familiar que sostenía entre ellas. Estaba más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca, por lo que tardé un par de minutos en reunir el valor suficiente para llamar a la puerta y debo admitir que quizás mi dedo se quedó pegado al timbre durante más tiempo del necesario, ¡malditos nervios! No debió tardar más de treinta segundos en abrirse, y no fui consciente de que había estado conteniendo el aliento hasta que éste salió de golpe al verla de pie en el umbral.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Bastaba echarles un vistazo a sus pintas para darse cuenta de que, obviamente, no esperaba visita. Ni tenía planes para aquella noche. Mi mirada la recorrió empezando por sus enormes zapatillas ¿eran unos pies de dinosaurio? La sonrisa en mi rostro se fue ensanchando a medida que ascendía por su cuerpo. Las mallas que llevaba habían visto tiempos mejores, pero le sentaban de maravilla a sus piernas y la piel que asomaba por los agujeros en sus rodillas me llamaba a gritos. Mi sonrisa llegó a límites insospechados cuando llegué a su pecho y no pude evitar hacer un comentario.

—Bonita camiseta.

No era precisamente el dibujo de un colorido pony lo que había llamado mi atención hacia ella, pero informarle de que estaba sin sujetador no entraba en mis planes. Me gustaban demasiado las vistas. Desgraciadamente se fueron al traste cuando mi comentario hizo que se percatara de su indumentaria y envolvió su cuerpo en la enorme chaqueta de lana que llevaba puesta, lo que dificultó mi disfrute.

Mis nervios volvieron en el instante en que nuestros ojos se cruzaron. La idea había parecido mucho mejor en mi mente. Bueno, no lo había parecido. Más bien me había plantado allí antes de darme tiempo a pensarlo demasiado y parecía que todo el valor que me había llevado hasta allí se había disipado en algún momento del camino.

El peso en mi mano derecha me recordó la pizza y de repente no me parecía buena idea haberla pedido de ternera, beicon y extra de queso.

—¿Quieres pasar? —murmuró haciéndose a un lado.

—Sí, gracias. Espero que no seas vegetariana.

Sus ojos se desviaron a la caja en mis manos y se abrieron con asombro, como si hasta aquel momento no se hubiera dado cuenta de que la llevaba.

—No, para nada. Me encantan las pizzas de ese sitio. Son mis favoritas —. Respondió mientras entraba en la casa.

La seguí en silencio, embobado por los reflejos de la luz en su pelo. En algún momento debió haber tenido un moño que ahora parecía deshecho y eso trajo a mi mente multitud de ideas sobre cómo me gustaría que fueran mis manos las que la despeinaran. Tragué saliva. Mis manos volvían a sudar. Cuando llegamos a la cocina y se giró para mirarme, supe que estaba esperando a que dijera algo. Normal, después de todo era yo quien había aparecido en su casa sin venir a cuento un domingo por la noche. Así que, hipnotizado por el brillo de sus ojos, dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 12

Iván

Supe que había cometido un error cuando sus ojos se abrieron como platos y me miró como si acabase de aparecerme en su cocina.

—Normalmente hace falta más que una semana y un simple beso para que escuche esa frase de un hombre—. Respondió con sorna.

Si las miradas matasen estaría hecho pedacitos y a mucho más de dos metros bajo tierra. Froté mis manos contra las perneras de los pantalones en un intento de recuperar el control y calmar los nervios. Aquello no estaba empezando como había esperado. Quizás lo mejor fuera ir al grano, tal vez así podría evitar más malentendidos.

—No se trata de nosotros...

—¿Es que acaso hay un nosotros?

Interrumpió mi frase y esta vez podía ver el odio y la burla vibrar en sus ojos azules. No. Definitivamente aquello no iba bien. Apreté mis puños con fuerza intentando contener mi propio genio. ¿Es que no podía ponérmelo fácil? Estaba allí para intentar que nos lleváramos bien, no para acabar en otra de nuestras absurdas discusiones. Respiré hondo antes de volver a hablar.

—Se trata de Mateo y Tesa.

Ignorar su comentario e ir al tema me pareció la mejor forma de evitar el conflicto. Lo que no esperaba es que su cara se descompusiera en preocupación.

—¿Les ha pasado algo? ¿Mi hermana está bien?

Sus manos retorcían el cinturón de su chaqueta de lana mientras escupía las preguntas una tras otra. El impulso de acercarme a ella y colocar mi mano sobre su brazo para intentar calmarla fue superior a mis fuerzas. El hecho de que, en lugar de retirarse se apoyara en mi toque, me hizo pensar que quizás

sí que teníamos una oportunidad de llevarnos bien.

—Tranquila, están bien —. Mi mano acarició su brazo con suavidad mientras le hablaba —. Siento haberte asustado. Es sólo que ahora que están juntos parece que, dado que Tesa es tu hermana y Mateo mi mejor amigo, ambos esperan que nos llevemos bien.

Su rostro se relajó antes de que sus ojos cayeran sobre mi mano, que continuaba acariciando su brazo, y dió un paso atrás, alejándose de mi contacto.

—Sí, claro. Eso tiene sentido.

Parecía un tanto aturdida cuando se giró hacia la cajonera de la cocina y empezó a sacar manteles individuales y cubiertos. Así que continué hablando.

—Parece ser bastante obvio que no hemos empezado con buen pie y... bueno, Mateo me ha pedido que intente llevarme bien contigo. Así que, aquí estoy. Digamos que la pizza es una especie de “ofrenda de paz”

La sonrisa que me dedicó por encima de su hombro casi me hace caer de rodillas.

—Sí, Tesa me pidió algo parecido el viernes. Aunque tengo que admitir que no lo hice demasiado bien —. Contestó volviéndose y señalándome una de las banquetas que rodeaban la isla de la cocina —. ¿Quieres hacer los honores? —Me tendió unas tijeras al tiempo que giraba la pizza hacia mí —. Me muero de hambre.

De repente parecía tímida. Sus mejillas se habían sonrosado y su mano temblaba ligeramente cuando rozó la mía al darme las tijeras. Al menos no le era indiferente. Mordió su labio inferior en un gesto de timidez y las ganas de besarla casi me hacen gritar de impotencia. Quizás algún día tuviera la libertad de probar sus labios siempre que quisiera, pero aquel no era el momento y quizás nunca lo fuera. Sería mejor que me centrara en lo que me había llevado allí aquella noche: intentar llevarnos bien. Si conseguíamos eso... bueno, ya veríamos qué más podíamos conseguir.

Corté la pizza mientras ella tomaba asiento y le ofrecí un trozo antes de sentarme en el taburete que me había indicado. Comimos en silencio y, por extraño que pareciera, no se hizo incómodo. Era como si, ahora que ambos sabíamos por qué estábamos cenando juntos y que no tenía nada que ver con

nosotros, el ambiente se hubiera relajado.

Cuando Natalia terminó su segundo trozo de pizza levantó la vista de su plato y se me quedó mirando con una sonrisa en sus labios. Cogí la servilleta más cercana y me apresuré a limpiarme, pensando que debía tener la cara llena de grasa y por eso parecía estar conteniéndose la carcajada.

—¿Qué pasa?

Pregunté cuando me hube limpiado, cansado de que continuara mirándome de esa forma.

—Estaba pensando que lo único que sé de ti es que te llamas Iván, vives con el novio de mi hermana, te gusta correr, eres un poco borde y besas de muerte.

—¿Beso de muerte?

Ni pude ni quise evitar que una sonrisa de autosuficiencia se formara en mis labios.

—No te vengas arriba que no es para tanto —. Respondió con indiferencia —. Lo que quiero decir es que no sabemos nada el uno del otro y, quizás deberíamos empezar por ahí, ¿no crees?

—No es mala idea, ¿qué quieres saber?

Conseguí librarme de la autosuficiencia antes de responder, pero no de la sonrisa. Esa iba a quedarse allí por mucho tiempo.

—¿De dónde eres? Por tu acento juraría que no eres andaluz.

—No, no lo soy —respondí entre risas — Nací en Valladolid, pero llevo más de diez años trabajando como bombero en la provincia de Sevilla.

—Así que... bombero, ¿eh? —Su mirada me recorrió de arriba a abajo y pude sentirla sobre mi piel como si estuviese desnudo —No sé si te pega.

La sonrisa en su voz me dijo que aquello era una trampa. Una en la que de repente estaba muy interesado en caer.

—¿Y eso?

—No sé, normalmente los bomberos son más... musculosos, más fuertes, más... ¿varoniles?

Y ahí estaba, un golpe bajo entregado con una sonrisa y un brillo pícaro en sus ojos. No sabía por qué, pero estaba seguro de que Natalia estaba bromeando conmigo y no poniendo en duda mi hombría. Así que me reí y decidí que ella no era la única que podía jugar.

—Te sorprendería saber lo musculoso y varonil que soy debajo de la ropa.

—Yo no...

Su rostro estaba pálido y titubeó al hablar. Vale. Quizás me había pasado. Probablemente mi tono de voz había sido demasiado brusco o... quizás sólo era el hecho de que no estaba acostumbrado a bromear y las palabras habían salido más como una amenaza que como una sugerente insinuación, que era lo que había pretendido.

—Lo siento, Natalia. Sólo estaba bromeando. O eso pretendía. Como puedes ver, no se me da demasiado bien.

—Lía.

—¿Qué?

—Mis amigos me llaman Lía. Nadie me llama Natalia a no ser que esté cabreado conmigo. Y tú... no estás cabreado conmigo, ¿verdad?

La duda en su voz casi me hace romper a carcajadas, pero logré controlarlo. Si me reía en aquel momento probablemente fuera ella la que se cabreara y no era eso lo que queríamos.

—No, no estoy cabreado — sonreí para intentar relajar de nuevo el ambiente antes de continuar —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Una enorme sonrisa cubrió su rostro al responderme y sentí que podía perderme en ella. Esa sonrisa podía convertirse en mi sol con demasiada facilidad. Si la tuviese en mi cama, no volvería a necesitar una manta por muy fría que fuese la noche. Podría envolverme en ella y ser el hombre más feliz del mundo. Si además pudiera volver a besar esos labios, sería perfecto. El recuerdo del único beso compartido devolvió a mi mente la pregunta que había estado a punto de hacerle antes de que mis pensamientos comenzaran a babear romanticismo. Eso no era propio de mí. Sacudí la cabeza para

centrarme en la conversación. Más me valía volver al tema o acabaría vomitando arco iris.

—¿Quién era el tipo de la otra noche?

Sentí más que vi cómo se tensaba en su asiento, la temperatura pareció bajar diez grados de repente, antes de levantarse y empezar a recoger las cosas de la encimera.

—¿Te apetece una copa? —Preguntó dándome la espalda —Yo voy a necesitar una si esperas que responda a tu pregunta.

—Una copa suena bien.

La incomodidad en su postura unida al hecho de que estuviera dispuesta a hablar conmigo de algo que a todas luces no le apetecía, me hizo darme cuenta de que estaba más que dispuesta a esforzarse para que nos llevásemos bien. Darme cuenta de eso me hizo pensar en que realmente no sabía nada de ella y, si tenía que ser sincero conmigo mismo, quería saberlo todo.

Me levanté para ayudarla a recoger y a preparar las copas y empezamos a hablar de Mateo y Tesa. De lo buena pareja que hacían y lo bien que se les veía juntos. Natalia, perdón, Lía, comenzó a contarme cómo su hermana había acabado siendo subastada el viernes anterior. Algo que yo me había perdido por culpa de mi propia estupidez.

Mientras hablaba me entregó mi copa y me indicó que la siguiera. Salimos por unas puertas francesas que había en una pared del salón y llegamos a un pequeño jardín lateral en el que dormitaba un perro que, por su tamaño, bien podría haber sido un pony. El animal levantó ligeramente la cabeza y movió la cola como único gesto de reconocimiento. Parecía estar demasiado cómodo como para levantarse a saludarnos.

—No te preocupes por Odín —dijo Lía señalando al perro — no es más que un cachorro, no dejes que su tamaño te engañe. Es totalmente inofensivo, siempre que no intente subirse encima de ti cuando estás en el sofá. Pesa una barbaridad.

El perro, Odín, sacudió la cabeza pareciendo indignado, como si hubiera entendido lo que Lía acababa de decir de él. Le saludé con la mano antes de seguirla hasta un pequeño sofá de mimbre con cojines grises y morados ubicado a un lado de la puerta. Frente a él, había una mesa baja de cristal, con

las patas de hierro. Me señaló el sofá y tomé asiento, mientras ella se sentaba en una butaca a juego colocada junto a él.

Escuché un bufido y algo golpeó mis piernas al salir corriendo desde debajo de mi asiento.

—Vaya, lo siento. Freyja y Nerthus tienden a esconderse por la casa.

—¿Quiénes?

—Las gatas de mi hermana. Freyja y Nerthus —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Dos gatas y un perro?

—¿Qué esperabas? Es veterinaria.

Lo dijo encogiéndose de hombros, como si ese detalle lo explicara todo y fuera lo más obvio del mundo.

—A Mateo le gustan los animales, ¿verdad? —preguntó con el rostro lleno de duda.

—Hasta hace un mes te habría dicho que no, pero ahora parece que se está encariñando con Buffy.

—¿Buffy?

—La perra de su hermana. Una larga historia —. Dije, apartando el tema con un gesto de la mano.

—Pues más vale que se vaya acostumbrando a ellos.

—No creo que el perro sea un problema y las gatas no parecen dar mucha lata.

—No lo entiendes... Estos son los de Tesa. Los inquilinos permanentes, por decirlo de alguna manera, pero siempre hay “visitantes” —recalcó la última palabra haciendo el gesto de comillas con las manos.

—¿Visitantes?

—Tesa tiene una clínica veterinaria. En ocasiones se trae pacientes a casa, o mascotas a las que han abandonado, y se queda con ellas hasta que se recuperan o les encuentra un hogar. ¿Cómo crees que acabaron estos aquí?

Lo dijo abarcando con la mano desde donde estaba Odín hasta el lugar en

el borde del porche en el que estaba sentada una gata que juraría me miraba con cara de pocos amigos. Imaginé a mi amigo anti-mascotas en una casa rodeado de ellas y no pude evitar sonreír.

—Me gustaría ver esa conversación.

Lía me miró y se echó a reír.

—Algo me dice que no será bonita, ¿verdad?

Negué con la cabeza antes de responder.

—¿Quién crees que ganará? —pregunté.

—Tesa.

—Tesa.

Respondimos los dos a la vez y ambos reímos con fuerza.

Sentado en aquel jardín, con una copa en la mano, hablando y riendo con aquella mujer, me sentí más a gusto y relajado de lo que me había sentido en mucho tiempo. Aquella revelación me sorprendió y frustró a partes iguales. Después de la forma en que se habían desarrollado nuestros primeros encuentros, nunca habría imaginado sentirme relajado y a gusto junto a Lía. Lo que me llevaba a la parte de la frustración. Quizás si no hubiese sido tan desagradable, habría descubierto a esta Natalia mucho antes.

—Un penique por tus pensamientos —dijo observándome con curiosidad.

Al parecer me había sumido en mis reflexiones durante más tiempo del que creía. Dado que no estaba dispuesto a compartirlas con ella, preferí cambiar de tema.

—No terminaste de contarme lo de la subasta. Te quedaste en cuando empezaron las pujas.

—Cierto.

La palabra salió de sus labios sin una pizca del entusiasmo que había mostrado durante la conversación y, por un segundo, temí haber hecho algo mal y haber destrozado el momento. Cuando continuó hablando me di cuenta de que yo no era el problema.

—Hubo una última puja antes de la de Mateo. Lo que me lleva a tu pregunta anterior.

—¿Qué pregunta?

—La de quién era el tipo de la otra noche, —me miró extrañada —¿no era eso lo que querías saber?

—Sí, claro.

Al parecer, después de todo, no había estado evitando la pregunta sólo había dado un rodeo bastante largo. Por la forma en que sus manos retorcían el cinturón de su chaqueta cuando comenzó a hablar, supuse que había sido su manera de prepararse y me sentí un poco mal al pensar que estaba forzándola a hablar sobre algo que no le apetecía.

—¡Ey! No te preocupes, no hace falta que me lo cuentes si no quieres, de verdad. Sólo era curiosidad.

—No, tranquilo —una pequeña sonrisa formándose en sus labios — Después de todo estamos haciéndonos amigos, ¿no? ¿Quién no le cuenta a un amigo que ha encontrado a su novio en la cama con otra?

Su sonrisa se transformó en una mueca y yo me quedé blanco y sin saber cómo reaccionar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Mmmm, veamos... —dijo golpeándose el labio inferior con su dedo índice — ¿hoy es domingo?

—Ajá.

—Una semana y dos días. No es que esté llevando la cuenta.

Su respuesta fue acompañada de un encogimiento de hombros. Subió los pies a la butaca en la que estaba sentada y abrazó sus rodillas, como si quisiera hacerse más pequeña. O protegerse.

—¿Quieres hablar de ello o es demasiado reciente?

—No, está bien. Tampoco es que haya mucho que contar. Estaba de viaje por trabajo y decidí volverme unas horas antes para darle una sorpresa a Mark. Llevaba un par de meses con mucho trabajo y había descuidado nuestra relación. Cuando llegué a casa, lo encontré en la cama con otra. Los eché, llamé a mi jefe para cogerme unos días de vacaciones y me vine a casa de Tesa.

Otro encogimiento de hombros y supe que en aquella historia había más de lo que acababa de contarme, pero acabábamos de conocernos y por su actitud podía adivinar que no estaba preparada para contarme nada más. No iba a insistir. Acababa de contarme algo obviamente doloroso para ella y sentí que debía corresponder a su confesión.

Sin saber cómo, me encontré hablándole de mi trabajo como bombero, de Urko y de cómo el sueño de mi vida se había convertido en una pesadilla. Por primera vez, me sinceré con alguien y el hecho de que fuera prácticamente una desconocida no importaba. Necesitaba sacar todo lo que había en mi interior y Lía me escuchaba con interés. Cuando comencé a hablar del día en que mi compañero murió, su mano se alargó hacia mi brazo, como si quisiera tocarme para mostrarme su apoyo. La retiró demasiado pronto, como si hubiera sido un impulso y, al darse cuenta de lo que iba a hacer, se hubiera arrepentido. La segunda vez que su mano se extendió en mi dirección, la agarré, asiéndome a ella como si fuera el único trozo de madera entre los restos de un naufragio. Mi única tabla de salvación. Lo único que podía mantenerme a flote en la tormenta en la que se había convertido mi vida.

Terminé de hablar y me sentí liberado, más ligero de lo que me había sentido en mucho tiempo. Al final iba a resultar que Mateo tenía razón y lo que necesitaba era hablar con alguien. Mantuve la mano de Lía entre las mías, pero mi agarre duro del principio se había ido transformando en uno mucho más suave en el que mis dedos acariciaban su piel, disfrutando de su tacto.

Natalia apretó mi mano con suavidad antes de levantarse y darme un beso en la mejilla.

—Creo que ambos necesitamos otra copa.

Entró en la casa y yo me quedé allí sentado. Repasando lo que acababa de ocurrir. Acababa de contarle que estaba viviendo uno de los momentos más duros y difíciles de mi vida. No me había interrumpido ni una sola vez. Se había limitado a escucharme con atención y a apretar mi mano cada vez que se me hacía un nudo en la garganta. No me había dado ningún consejo, en contra de lo que todo el mundo solía hacer, no me había dicho que estaba equivocado, que no había sido mi culpa. Se había limitado a estar ahí y compartir mi dolor, simplemente escuchándome. Tener su mano entre las mías y aquel beso en la mejilla, me habían resultado más reconfortantes que

todos los abrazos, palmadas en la espalda, conversaciones y charlas, que había tenido en los últimos meses con cualquiera de mis amigos, conocidos, médicos o psicólogos.

Natalia volvió y me tendió mi copa. Sin duda necesitaba una. Aunque soltar todo aquello había sido liberador para mí, algo me decía que me había cargado el ambiente distendido y alegre que habíamos tenido hasta aquel momento. Estuvimos bebiendo sin pronunciar una palabra durante un buen rato. Disfrutando del silencio de la noche, el cielo sobre nuestras cabezas y la mutua compañía. Dejé que la paz que sentía en aquel momento y que me había evadido durante tanto tiempo, me inundara. Me relajé, algo que no había hecho desde hacía demasiado. Por primera vez los pensamientos sobre Urko, la culpa, los remordimientos, no estaban los primeros en mi mente, ocupándolo todo y era gracias a la misma mujer que me había sacado de quicio durante toda la semana. Irónico, ¿no?

—¿Alguna vez pensaste que podríamos estar así? —pregunté rompiendo el silencio que nos envolvía.

—¿Quieres decir cómodos y en silencio, sin gritarnos e insultarnos? —Asentí con una sonrisa —. La verdad es que no.

Ambos reímos y la conversación derivó a Mateo y Tesa, y a cómo reaccionarían si nos vieran hablando tranquilamente y compartiendo nuestros sentimientos sin gritar ni una sola vez.

—Ayer descubrí un bar con muy buena pinta, podríamos comer juntos mañana y probarlo, ¿te apetece? —La boca de Lía se torció en un gesto extraño y pensé que había metido la pata. Aquella noche no significaba que ahora fuésemos los mejores amigos, ni que ella quisiera compartir su tiempo con alguien tan dañado como yo —Olvídalo. No he dicho nada.

—No, no —respondió con rapidez —me encantaría —. Una sonrisa volvió a iluminar sus facciones —Es sólo que mañana pensaba ir de compras a Jerez. Me vine con lo justo y voy a necesitar algunas cosas.

—¿Unas mallas nuevas, por ejemplo?

—No me vendrían mal, ¿eh? —dijo acariciando uno de los pequeños agujeros en su rodilla.

El sonido de su risa hizo que mi corazón se ensanchara en mi pecho hasta

límites insospechados, haciéndome difícil respirar.

—¿Te gustaría venir conmigo? —continuó después de un breve silencio. La pregunta me dejó un tanto aturdido y no supe contestar —. Ya, bueno. Supongo que ir de compras no está en tu lista de actividades favoritas.

Volvió a encogerse de hombros, algo que hacía demasiado a menudo y que empezaba a asociar a cuando estaba nerviosa o insegura.

—La verdad es que me encantaría —. Respondí sonriendo — También necesito hacer algunas compras.

Quedó en recogerme sobre las diez. Iríamos en su coche, ya que ella conocía mejor aquellas carreteras que yo. No pudimos hablar mucho más, Tesa apareció acompañada de Mateo. Había dado por hecho que se quedaría en casa, pero al día siguiente trabajaba y tenía que llevar algunas cosas a la clínica. Supuse que aquella noche le tocaría a Lía taparse los oídos y una parte de mí deseó que, tenerlos en la habitación de al lado, le provocara los mismos sueños que había tenido yo las dos noches anteriores.

Nos despedimos. Los dos tímidos besos en la mejilla que compartimos me supieron a poco, sobre todo comparados con el soberano morreo que se estaban dando Mateo y Tesa. Me sorprendió ver que mi amigo salía conmigo de la casa. Al parecer él también tenía una mañana ajetreada al día siguiente y, además, ambos habían decidido darse un poco de espacio y tomarse las cosas con calma. A buenas horas...

Caí entre las sábanas con una estúpida sonrisa en la cara. Aquella noche, los sueños ardientes se transformaron en otros mucho más dulces e igual de intensos. Natalia, por algún motivo me gustaba mucho más el sonido de su nombre completo que el de Lía, estaba cambiando algo en mi interior y, aunque no sabía si era bueno o no, no tenía ni fuerzas ni ganas, de luchar contra ello.

Capítulo 13

Lía

La noche del domingo me dejó con resaca y no precisamente por las dos copas que tomé. Lo que había empezado siendo una visita sorpresa para limar asperezas, ya que era lo que deseaban dos personas importantes para nosotros, había acabado en un momento de sinceridad plagado de confesiones personales que no había esperado.

Lo último que había imaginado era que Iván pudiera abrirse a mí, una desconocida por la que no había expresado afecto alguno, del modo en que lo había hecho. Estaréis pensando que el beso que compartimos fue más que afectuoso, pero, al fin y al cabo, liarse con alguien una noche no tiene porqué implicar sentimientos, sólo atracción. Y mi cuerpo y yo habíamos llegado a un acuerdo para dejar de intentar negar que Iván nos atraía físicamente. Mucho.

Me había sentido como una estúpida allí sentada, en silencio, mientras él desnudaba su alma. Teniendo en cuenta por lo que estaba pasando encontrar a mi ex en la cama con otra, aunque la otra fuera mi jefa, de repente no parecía tan importante. Pero ¿qué podía decirle? No había nada que pudiera decir que hiciera que la pérdida de su amigo doliera menos, ni que mitigara su culpa. Aunque desde mi punto de vista no tuviera nada de lo que culparse. Como decía el anuncio de una aseguradora, los accidentes ocurren y no hay nada que pueda hacerse para evitarlo porque eso es lo que son: accidentes. Inesperados, devastadores, imparables e implacables. En cualquier caso, tampoco tenía ni idea de cómo funcionaban los incendios o del modo en que trabajaban los bomberos y estaba bastante segura de que, cualquier cosa que pudiera decirle, ya la había escuchado de labios más expertos, con más conocimientos y en los que confiaba más, que los míos.

Aun así, necesitaba hacer algo. Demostrarle de algún modo que no estaba solo en ese momento, que le estaba escuchando y que me importaba lo que decía. Mi mano se acercó a él antes de que pudiera frenar el impulso. Quería

hacer mucho más. Abrazarle, estrujarlo contra mi pecho y que se sintiera libre y protegido, pero nuestra confianza, si es que existía alguna, era frágil y apenas empezaba a formarse.

La primera vez fui rápida y recogí mi mano antes de llegar a tocarle. Pensé que no se había dado cuenta de mi pequeño desliz, inmerso como estaba en su historia. La rapidez con la que me agarró en la segunda ocasión me hizo saber que había sido muy consciente de mi anterior gesto. La forma en que apretó mis dedos y acarició mi piel, me demostró que él estaba tan necesitado de apoyo y consuelo, como yo de dárselo.

La velada había sido sorprendente. Descubrir que detrás de la imagen de Iván que se había formado en mi mente había mucho más de lo que pensaba no debería haberme sorprendido. Después de todo yo también tenía mis propias máscaras y escudos que evitaban que la gente conociera o viera a la auténtica Natalia. Los necesitaba para proteger esa parte de mí que podía ser dañada. Esa pequeña niña necesitada de aceptación y cariño, insegura e indecisa, que permanecía a la espera de encontrar a la persona adecuada para dejarse ver.

No había querido que la noche acabara. Con Iván me había sentido mejor, más cómoda, más libre de ser yo misma, de lo que me había sentido con nadie en mucho tiempo. Era consciente de la contradicción presente en el sentimiento, sobre todo, teniendo en cuenta que no nos conocíamos y la forma en la que se habían desarrollado nuestros anteriores encuentros. Cuando me invitó a comer con él al día siguiente fui consciente de que la velada tocaba a su fin y cada fibra de mi ser se revolvió ante ese pensamiento. No podía retrasar las compras y, además, nunca estaba mal saber cómo un hombre se desenvolvía en esa situación. Algo me decía que sería del tipo que se aburre a los cinco minutos y se sienta a esperar. Pero, por encima de todo, me había dado cuenta de que Iván necesitaba salir, divertirse y ver que la vida ofrecía mucho más que remordimientos, arrepentimientos y culpa. Que tenía un lado luminoso y divertido que hacía que mereciese la pena disfrutarla y vivirla intensamente a cada instante y yo estaba más que dispuesta a ser quien se lo enseñara. Además, tampoco me vendría mal recordármelo a mí misma.

El lunes por la mañana me vestí con más nervios que el día que fui a mi primera entrevista de trabajo. Al final me decidí por unos vaqueros, una camiseta blanca y mis Converse del mismo color. La intención es que nos

hiciéramos amigos. No quería dar la sensación de que quería seducirle, aunque por dentro me muriese de ganas de volver a sentir sus labios sobre los míos... y ya puestos, el resto de su cuerpo. También había que tener en cuenta que mis expediciones de compras era muchas cosas salvo cortas y aquella no sería menos. Por mucho que me encantaran mis tacones era mejor dejarlos para momentos más apropiados. Cogí una chaqueta verde de entretiempo y un fular en tonos azules y verdosos y salí corriendo.

Tesa me esperaba en el coche, con la mano pegada al claxon. Había quedado en llevarla a la clínica y ayudarla con un par de cosas antes de ir a recoger a Iván porque Nati, su asistente, tenía médico e iba a llegar un poco tarde. Al ritmo que iba, mi hermana debía temer que, incluso yendo tarde, llegara antes que nosotras.

Exactamente eso fue lo que sucedió, pero más porque a Nati le habían cancelado la cita al llegar al centro de salud debido a una emergencia, que por el tiempo que me había tomado a mí salir de casa.

Dejé a las dos en la clínica, soportando las miradas airadas de mi hermana, de la que me despedí con un beso mientras no dejaba de repetirme que era un desastre. Nadie diría nunca al ver cómo nos relacionábamos que yo era la mayor. Las dos éramos muy conscientes de cómo nos veía la gente. Ella era la seria y responsable, yo la alocada e impulsiva y nos parecía bien. Los que nos conocían sabían cómo éramos en realidad, el resto nos daba igual. Tesa me había devuelto el beso con una sonrisa, susurrando en mi oído que fuera a por todas, justo antes de volver a su imagen de jefa estresada por culpa de su hermana. Sabía que en realidad no era más que teatro. A ella se le habían pegado las sábanas y estaba segura de que era por la falta de sueño y el exceso de ejercicio de las últimas dos noches. Me alegraba por ella. Mateo parecía un buen tipo y Tesa se merecía al mejor. El brillo de sus ojos al mirar a su pareja, la dulzura al hablar con él o de él y la sonrisa boba que no se despegaba de sus labios eran signo inequívoco de que estaban en pleno periodo de “luna de miel”. Deseché las dudas de lo que pasaría cuando esa etapa pasara y si mi hermana pequeña no acabaría con el corazón roto. Pasaríamos ese puente cuando llegara, si es que llegaba alguna vez.

A pesar de que llegué a las diez en punto, gracias a Dios el pueblo no era tan grande, encontré a Iván esperándome en la puerta con una enorme sonrisa en sus labios. La perdió en los veinte minutos que tardamos en llegar a Jerez.

Cuando aparqué el coche sus labios estaban apretados y sus nudillos blancos de sujetar con fuerza la manecilla de la puerta y el salpicadero. Lo admito, me encanta la velocidad y, al parecer a él no tanto.

—A la vuelta conduzco yo.

Fueron sus primeras palabras desde que habíamos salido del pueblo y yo había acelerado el coche.

—¿No te gusta mi forma de conducir? —respondí con una sonrisa, en un intento de bromear para relajar el ambiente.

—¿A eso lo llamas conducir? —su voz salió con un deje de furia.

—¡Vamos! ¿No me digas que no disfrutas de la velocidad?

Me esforcé por mantener mi tono ligero, a pesar de que empezaba a sentir como la sangre se aceleraba en mis venas. Las ganas de responderle en su mismo tono y mandarle a la mierda crecían en mi interior.

—¿Disfrutar de la velocidad? ¡Estás loca! ¡Podíamos habernos matado!

El deje de furia se había transformado en una en estado puro, sus puños estaban cerrados a ambos lados de su cadera y su rostro mostraba cuán enfadado estaba. Me pateé mentalmente a mí misma. Parecía que todo lo que habíamos empezado a construir la noche anterior se estaba yendo por el desagüe a marchas forzadas. Fui consciente de lo reciente que tenía la pérdida de su amigo y me sentí mal por haberle hecho temer por nuestras vidas. Aunque fuera sin motivo. Conocía aquella carretera como la palma de mi mano y tampoco había ido tan rápido, la verdad. En cualquier caso, si no quería que el día fuera de mal en peor, no me quedaba más remedio que contener mi propia respuesta e intentar suavizar la situación. No era algo propio de mí y normalmente hacerlo requería de un esfuerzo sobrehumano por mi parte, pero por algún motivo que me negaba a analizar, en aquel momento, al mirar sus ojos azul grisáceos cargados de temor, me resultó tremendamente fácil. Le tendí las llaves del coche, mi precioso mini de tres puertas color rojo sangre, con las franjas y los acabados en negro. MI COCHE. Al que adoraba casi tanto como mi hermana adoraba a sus animales, el mismo que no dejaba que nadie condujera, y cuyas llaves le di sin dudarle un instante.

—Lo siento. Si te sientes más cómodo, aquí tienes las llaves.

La tensión del cuerpo de Iván desapareció con la misma velocidad con la que sale el aire de un globo al pincharlo con una aguja, pero sin estallido. Sus ojos pasaron del temor a la sorpresa para devolverme una mirada agradecida y una enorme sonrisa en su cara.

—Creo que mantenerte a salvo de ti misma va a ser un trabajo a tiempo completo, —dijo cogiendo las llaves —entre tu tendencia a las caídas y tu gusto por la velocidad, será mejor que no te quite la vista de encima.

Agarró mi mano junto a las llaves, tomándome por sorpresa, y tiró de mí hacia la entrada del centro comercial. Le seguí con una sonrisa tonta en el rostro pensando que, la idea de un Iván sonriente y juguetón, pendiente de mí, no me molestaba en absoluto.

Tal y como había imaginado, una hora después mi acompañante comenzaba a estar bastante harto de ir rodando de tienda en tienda y empezaba a convertirse de nuevo en un gruñón. Me dirigí a la sección de ropa interior de la tienda en la que nos encontrábamos, dispuesta a demostrarle con hechos lo divertido e interesante que podía ser ir de compras.

—¡Ni de coña! —exclamó entre dientes al darse cuenta de la zona en la que nos encontrábamos

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la lencería? —respondí con mi sonrisa más pícara.

La cara de Iván se puso de color rojo en el momento en que cogí un par de conjuntos a los que ya les tenía echado el ojo y me fui a los probadores. Me siguió entre murmullos ininteligibles mientras mi sonrisa se ensanchaba a cada paso al pensar en lo que le esperaba.

Cuando entré en el probador me quedé solo con los vaqueros y me probé uno de los sujetadores. Era negro, de encaje y, aunque jugaba más con la imaginación que lo que dejaba ver, se veía bastante. Las tirantas anchas y el profundo escote resaltaban la forma de mis senos. Me encantaba. Miré de reojo a la puerta y el diablillo que todos llevamos dentro comenzó a hacer de las suyas, metiendo ideas locas en mi cabeza. Molestar a Iván se había convertido en uno de mis deportes favoritos, pero verlo ponerse colorado o sonreír ganaba posiciones rápidamente. Miré mi reflejo en los espejos que cubrían tres de las paredes una vez más. Estaba nerviosa, me sudaban las manos y mentalmente agradecí que, siendo lunes por la mañana, no hubiera

apenas gente en la tienda. El exhibicionismo no era lo mío. Cogí aire y me animé mentalmente, antes de abrir la puerta y asomarme. Miré a ambos lados del pasillo, no había ni rastro de Iván. Debía haberse quedado al otro lado de la puerta de acceso a los probadores. Respiré hondo, afortunadamente había cogido el probador más cercano a la puerta, sólo esperaba que no le hubiera dado por pasearse por la tienda. La cosa perdería la gracia si tenía que buscarle por todo el recinto en sujetador.

Di un paso al frente antes de que pudiera cambiar de opinión. Mi intención era asomarme, buscarle y pedirle que se acercara. Cuando lo localicé no parecía nada feliz, su nerviosa mirada oscilaba entre la puerta de los probadores y el suelo, como si temiera que alguien le pillara mirando la lencería a su alrededor. En el momento en que me vio comenzó a caminar en mi dirección, dando largas zancadas y con cara de pocos amigos. Di un paso atrás, bajando mis brazos que habían permanecido abrazados a mi pecho y dejándolos a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Podemos irnos ya? —sus ojos permanecían clavados en sus zapatos —Al final me confundirán con un perver...

La palabra se quedó a la mitad cuando levantó la vista. Sus ojos clavados en mi pecho. El movimiento de su nuez al tragar con fuerza no me pasó desapercibido. A Iván le gustaba lo que veía y una parte de mí se relajó ante ese pensamiento.

—Pero ¿qué...?

Un segundo después estaba aplastada contra un enorme pecho que me empujaba hacia atrás obligándome a entrar de nuevo en el probador, mientras la cabeza de Iván giraba de un lado a otro, imaginaba que asegurándose de que no había nadie mirando. La puerta se cerró con un portazo y supuse que la había empujado con el pie, ya que sus manos seguían aferradas a mi espalda. Las mías se habían agarrado a su cintura en un intento de no perder el equilibrio. El sonido de la puerta al cerrarse me hizo consciente de la situación y por un momento temí que la cosa se me hubiera ido de las manos. La calidez del cuerpo de Iván contra el mío, la sensación de la tela de su camiseta acariciando mi piel desnuda, el tacto de sus manos en mi espalda. Mi cabeza se llenó de imágenes que hicieron que mi temperatura subiera hasta límites desconocidos en cuestión de segundos. El gruñido en mi oído me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Se puede saber a qué juegas paseándote por ahí en sujetador?

Su cuerpo permaneció tenso contra el mío unos segundos más.

—¿No te gusta?

Pregunté con picardía al tiempo que levantaba la vista para mirarle a los ojos y aleteaba mis pestañas.

—¿Qué si me... gusta?

Se separó de mí con brusquedad y sentí el contacto del aire demasiado frío contra mi piel que comenzó a anhelar su calor en el preciso instante en el que lo perdió. Sus ojos permanecieron fijos en algún punto por encima de mi cabeza, negándose a mirarme.

—Haz el favor de ponerte algo encima —. Concluyó con un gruñido.

—Vamos, ¿es que no has visto nunca a una mujer en bikini en la playa? Pues es lo mismo. De hecho, algunas enseñan más.

Lo dije entre risas, queriendo quitarle hierro al asunto. Vale que mi intención había sido ponerlo en un cierto compromiso, aquel hombre tenía que aprender a relajarse y reírse más. Aunque en aquel momento parecía cualquier cosa menos relajado. Además, los nervios que había sentido en un primer momento, al ser consciente de que estaba encerrada con un hombre que me tenía arrinconada contra la pared en un probador medio desnuda, habían dejado paso a la excitación. Algo en mi interior sabía que Iván nunca haría con una mujer nada que ella no quisiera, la nobleza era algo que brotaba de él de forma natural. El problema era precisamente ese, que yo quería, ¿y qué mujer no ha soñado alguna vez con encontrarse con un “empotrador”? Un hombre que se deje llevar por la pasión y te empotre contra la pared para demostrarte cuánto te desea. La pregunta de si Iván sería uno de esos y cómo se sentiría estar entre sus brazos de esa manera, me tenía con las hormonas revolucionadas y la piel de gallina. A pesar de que tenía muy claro que no iba a hacerlo en un probador, una puede soñar, ¿no?

—Claro, seguro. Haz el favor de cubrirte.

Continuaba sin mirarme y empezaba a verse más como un animal acorralado que como un hombre disfrutando de las vistas.

—Vamos, solo echa un vistazo y dime si te gusta —. Respondí con

picardía.

Sus ojos bajaron lentamente por mi cuerpo, abriéndose al tiempo que apreciaba la vista y mi piel sintió su mirada como una caricia, aunque demasiado breve. En cuestión de segundos, se giró dándome la espalda. Mala suerte que lo que quedara frente a él fuera otro espejo. Nuestros ojos se encontraron a través del cristal y le dediqué una enorme sonrisa.

—Bueno, ¿qué te parece?

El color rojo se deslizó desde su cuello inundando sus mejillas. Nunca había conocido a nadie que se pusiera colorado desde el cuello. Era gracioso y, no sé por qué, me resultó enormemente tierno.

—Muy bonito, ahora cúbrete, por favor.

—Como quieras.

Percibí el movimiento de su nuez al tragar con fuerza mientras sus ojos recorrían mi cuerpo a través del espejo antes de volver a cerrarlos justo en el momento en que mis manos se fueron a mi espalda para desabrocharlo y cambiarme. El modo en que apretó la mandíbula y sus manos se cerraron en puños a ambos lados de sus caderas me hizo pensar que quizás no había sido una buena idea.

—¿Qué estás haciendo? —su voz salió un tanto ahogada.

—Me has dicho que me vista, tendré que ponerme el mío, ¿no? —respondí con toda la lógica del mundo.

—Será mejor que te espere fuera.

Su mano tanteó en busca de la puerta, aún con los ojos cerrados y no pude evitar reírme.

—Como quieras.

—Haz el favor de darte prisa —. Dijo dando un portazo al salir.

—Gallina.

Pronuncié la palabra entre dientes mientras salía. El gruñido al otro lado de la puerta me hizo saber que la había escuchado y mi sonrisa se amplió.

Apoyé la espalda contra la puerta y respiré aliviada, aunque había sido divertido, había mostrado más valentía de la que realmente tenía y era

consciente de que las cosas podían haber salido muy mal. De haber sido Iván otro tipo de persona, la situación podría haberse vuelto en mi contra. Pero lo cierto era que a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos, sabía que Iván no era de los que se dejaban llevar por sus impulsos. Una parte de mí se preguntaba cómo habría sido sentir a Iván perder el control, acariciarme y besarme contra la pared del probador. ¿Hasta dónde le habría dejado llegar? Me cambié de ropa mientras la imagen de Iván empotrándome contra alguno de aquellos espejos llenaba mi mente una vez más.

Salí del probador y fui directa a la caja a pagar ambos conjuntos con Iván siguiéndome a una distancia prudencial. Su cara aún conservaba algo de rojo y contener la risa al darme cuenta fue todo un logro.

—Venga, no me digas que no ha sido divertido —. Dije dándole un suave empujón con mi cadera mientras salíamos de la tienda.

—¿Sueles hacer eso con todos los hombres con los que vas de compras?

Más que la pregunta fue el tono en que la hizo lo que me ofendió. Sólo había pretendido hacerle reír y que pasara un buen rato. Además, lo decía en serio cuando comparé el sujetador con la parte de arriba de un bikini, de hecho, tenía algunos en mi armario que cubrían bastante menos que el que llevaba en el probador y los usaba en la playa.

—¿Qué insinúas? —pregunté parándome en medio del centro comercial y mirándolo furiosa. A la mierda las buenas intenciones, no estaba dispuesta a permitir que nadie, y mucho menos él, me hablara de ese modo.

—¿Yo? Aquí la única que se insinúa eres tú. ¿Así es como sueles ligar? Porque, personalmente, no tengo el menor interés en una mujer que se desnuda delante de cualquiera.

—¡¡Serás capullo!!

Mi exabrupto resonó a través de las paredes del centro comercial prácticamente vacío y sentí, más que vi, como las cabezas de los pocos clientes y empleados se giraban en nuestra dirección.

Aquello era demasiado, pero ¿qué se había creído? Yo sólo pretendía hacerle reír. Vale que quizás no había sido la forma más acertada, pero es que no me lo ponía nada fácil, joder. ¿No podía haber dado con un tío menos complicado?

Mi cara ardía de ira y vergüenza mientras me dirigía a zancadas hacia la salida sin mirar atrás. Quería gritarle muchas más cosas y ninguna de ellas era bonita, pero una parte de mí era consciente de que no nos conocíamos, no teníamos confianza y probablemente yo en su lugar, si fuera un amargado y estirado, habría pensado lo mismo. O quizás no. Después de todo podría haber salido del probador en cualquier momento, ¿no? Tampoco era como si yo le hubiese obligado a quedarse.

Llegué junto a mi coche y me puse a buscar las llaves en el bolso. Estaba a punto de volcar todo el contenido en el suelo, cuando recordé que las tenía él. Simplemente per-fec-to. Quién me mandaría a mí dejarle las llaves de mi coche a nadie y menos a él. Levanté la vista del bolso para encontrarme de frente con la mirada de suficiencia de Iván, que sacudía las llaves frente a mis narices, con una sonrisa de oreja a oreja. Así que ahora sí que sonreía, ¿no? <<¡Será cabrón!>> Pensé al tiempo que extendía la mano para intentar cogerlas. Se limitó a subir su mano más alto mientras sonreía aún más. <<Lo mato. Te juro que lo mato.>>

—Ni lo intentes, —dijo sin perder la sonrisa e indicando el maletero con la cabeza —es mi turno de conducir.

Fui hacia la parte de atrás a guardar las compras, esperaba que fuera eso lo que había querido indicar, porque si lo que había pretendido era que fuese yo en el maletero íbamos a tener problemas, y de los gordos.

El camino de vuelta se me hizo eterno. No sólo porque el coche iba a una velocidad a la que tenía la sensación de que, en cualquier momento, nos adelantaría una tortuga. En serio, mi abuelita, que en paz descansase, habría conducido más rápido. Sino porque mi cabeza y mi cuerpo no conseguían ponerse de acuerdo, (¡qué novedad!) y me estaban sacando de quicio. El cabreo bullía en mis venas a una temperatura tan alta que podía estar cocinándose en el infierno, el único motivo para que no hubiera dado un portazo al subirme que hubiera convertido la puerta en giratoria, había sido que era mi coche. Iván no sólo no se había disculpado, sino que no había dicho ni una sola palabra más y, para colmo, la enorme sonrisa de suficiencia continuaba colgada de sus labios. Brillando como un luminoso de neón y provocando cosas raras en mi interior.

El coche había permanecido en completo silencio durante todo el viaje. La primera vez que había encendido la radio, Iván se había limitado a

dedicarme una mirada de soslayo y apagarla sin perder la sonrisa ni por un instante. Mis manos se habían cerrado en puños sobre mis muslos en un intento de contener mi cabreo, ¡era mi coche! ¿Desde cuándo no podía poner la radio en mi propio coche?! Había alargado la mano dispuesta a encenderla y comérmelo a gritos si se oponía, pero fue interceptada a mitad de camino. Sin apartar la vista de la carretera, Iván se limitó a sujetar mi mano y colocarla bajo la suya sobre el cambio de marchas. Me había mordido la lengua para evitar gritarle, con la imagen de Tesa y Mateo en mi cabeza. Lo que se hace por una hermana no está pagado.

El problema surgió cuando el dedo gordo de Iván comenzó a acariciar la piel de mi mano y, de repente, mi cuerpo empezó a convertirse en plastilina. Había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para recordarme que estaba cabreada con él, que pensaba que yo era una chica fácil que llevaba a los hombres a los probadores para que me vieran en ropa interior como si fuera un pollo en el escaparate de una carnicería. A ver si alguno picaba y me compraba. Aquel pensamiento era denigrante y ofensivo, además de muy alejado de mis intenciones. Cierto que Iván me atraía y que, durante un breve instante, (vale, quizás no tan breve), había deseado que me empotrara contra una de las paredes y me besara hasta dejarme sin respiración, ¡pero eso no era lo que había pretendido en un principio! ¿Es que acaso no importaba?

La cuestión era que el aroma de Iván llenando el coche y las caricias que sus dedos prodigaban a mi mano, estaban comenzando a volverme loca, pero por algún extraño motivo, era incapaz de retirarla. Mi cuerpo se negaba a obedecerme y esa traición por su parte, en un momento en que estaba tan sumamente molesta, me hacía sentir débil y muy, muy cabreada conmigo misma.

Respiré aliviada cuando paramos frente a su casa, deseando dar por finalizada mi autoimpuesta tortura. Sentía cada centímetro de mi piel extremadamente sensible y eso me irritaba aún más. Para colmo, Iván se limitó a retirar su mano de encima de la mía como si nada. Un momento estaba cubriéndola de calor y caricias y al siguiente sólo había aire sobre ella. Uno extremadamente frío a mi parecer, por cierto. Vi cómo salía del coche y se dirigía hacia la puerta incapaz de levantarme de mi asiento, con mi cuerpo debatiéndose entre el cabreo, la excitación y más cabreo. Cuando abrió se limitó a mirarme con la misma sonrisa que había conservado desde que salimos del centro comercial, agitó su mano en mi dirección despidiéndose y

sin más, entró y cerró la puerta. Me quedé allí, mirando fijamente al pedazo de madera tras el que se había escondido, aturdida y furiosa, pero por encima de todo confundida. Definitivamente, las cosas no habían salido como pretendía. Tenía ganas de gritar, de llorar, de correr hacia la casa y echar abajo la puerta a patadas, solo para zarandearle y preguntarle de qué coño iba. A qué demonios estaba jugando conmigo.

Bajé del coche en modo zombi, sin apartar la vista de la puerta, incapaz de hacer que las piezas encajasen en mi cerebro. Subí al asiento del piloto y puse dirección a casa, muy consciente de que aquella escapada se me había ido de las manos y que, probablemente, la idea de que Iván y yo fuésemos amigos o, al menos, nos lleváramos bien estaba cada vez más lejos de la realidad. Y lo peor es que no podía decir que toda la culpa fuera suya.

Capítulo 14

Iván

Cerré la puerta y apoyé la espalda sobre la fría madera. ¡Joder! ¡Esa mujer iba a acabar con mi cordura! La imagen de Natalia en sujetador se había quedado grabada a fuego en mis retinas y, desde que la había visto, era incapaz de pensar en otra cosa. Era consciente de que me había comportado como un capullo y de que mis palabras la habían ofendido, pero no había sabido cómo reaccionar. El tiempo que había estado esperando a que saliera de los probadores rodeado de conjuntos de ropa interior de lo más sugerentes casi me había vuelto loco. No es que fuera un puritano ni mucho menos, el problema es que no había podido dejar de imaginarla a ella con todos y cada uno, hasta el punto de que, cuando la vi asomarse estaba más que preparado para salir de allí lo antes posible. A ser posible en dirección a algún sitio con una enorme cama o una superficie plana, a aquellas alturas me serviría casi cualquier cosa. Percatarme de que, de cintura para arriba, lo único que llevaba era un sujetador negro de encaje que realzaba cada una de sus virtudes, casi me vuelve loco. Me había costado lo que no hay en los escritos no ponerme a babear como un adolescente frente a su primera mujer desnuda. ¿Qué narices me estaba pasando? Por suerte, el ser consciente de que estábamos en un lugar público hizo que mis intenciones se enfocaran más en no permitir que nadie compartiera mi privilegiada vista que en babear. Ocultarla de miradas indiscretas había sido mi prioridad, y un gran error en el preciso momento en que me di cuenta de que habíamos acabado encerrados en un estrecho probador, rodeados de espejos y con la vista más atractiva que podría haber llegado a soñar justo al alcance de mis manos. Alejarme de su cuerpo había sido un requisito indispensable para recuperar la cordura y un ejercicio de fuerza de voluntad. ¡Dios, su piel se sentía tan suave bajo mis manos! Mantener la vista alejada de ella había sido imprescindible para lograr controlar mi cuerpo y evitar hacer realidad todas y cada una de las eróticas imágenes que habían empezado a girar en mi mente. Sabía que me estaba comportando de manera ridícula, ¡si hasta me había puesto colorado!

En cambio, ella había estado allí, tranquila y relajada, incluso bromeando, como si la situación no le afectase en lo más mínimo y todo aquello fuera normal. Me había sacado de quicio. Yo luchando contra mis impulsos e intentando comportarme como un caballero en lugar de como un adolescente salido y ella como si nada le afectara. Cuando había echado sus manos a la espalda para desabrochar el sujetador casi me da un pasmo. La necesidad de salir de allí antes de hacer algo de lo que pudiéramos arrepentirnos casi me ahoga. No es que no quisiera tenerla, en aquellos momentos no había nada que quisiera más. Pero no iba a ser en un probador, en medio de un centro comercial, en donde cualquiera podía interrumpirnos. Cuando sucediera, y la cuestión no era “si sucedía” sino “cuándo tendría lugar”, quería poder tomarme todo el tiempo del mundo para devorar y recorrer aquel cuerpo que me volvía loco.

Cuando salió totalmente vestida, algo que agradeció mi salud mental, pero rechazó el resto de mi ser, tan tranquila y relajada, con una sonrisa en los labios y comportándose como si nada hubiera pasado, fue superior a mis fuerzas. ¿Es que aquella mujer no se inmutaba por nada? Yo estaba casi temblando por el deseo contenido y ella impasible, ¡no era justo! Las palabras habían salido de mi boca antes de que las registrara mi cerebro y cuando me llamó capullo una parte de mi ser sonrió satisfecha, al menos había conseguido hacerla reaccionar. Necesitaba saber que podía provocarla de algún modo, que le afectaba de alguna manera, aunque fuera cabreándola. Sentir y ver que podía provocar una reacción en ella que no fuera capaz de controlar. ¿Retorcido? Quizás, pero Natalia era puro fuego cuando se enfadaba y me estaba muriendo por descubrir si también lo era en circunstancias más íntimas.

Había disfrutado chinchándola con las llaves del coche, con la sensación de que quien tenía la sartén por el mango era yo y ella la que tenía que luchar por controlarse. No dejarla encender la radio sólo había sido otra excusa para molestarla. El impulso de coger su mano y colocarla bajo la mía no sabía de dónde había venido, aunque estaba bastante seguro de que la necesidad de sentir el tacto de su piel una vez más había tenido algo que ver. Había disfrutado de cada segundo del viaje, Natalia era sumamente transparente, sus emociones se filtraban a través de su piel sin control. Había sido consciente del modo en que se derretía bajo mis simples caricias y del modo en que se esforzaba por permanecer enfadada. Soltar su mano había requerido un

esfuerzo descomunal, pero era mi turno de dejarla confundida y anhelante. ¿Quería jugar? Bien. Pero era necesario que recordase que dos podían jugar a ese juego.

—Vaya, parece que ha ido bien.

La voz de Mateo me sacó de mis pensamientos e intenté disimular la enorme sonrisa que permanecía en mi rostro. Por primera vez en mucho tiempo me estaba divirtiendo. Me sentía ansioso por planear mi próximo movimiento, nunca había tenido buen perder y aquel juego estaba más que dispuesto a ganarlo. Pero eso no significaba que tuviera el más mínimo interés en hacer partícipe a Mateo. Después de todo estaba saliendo con su hermana, casi era su cuñado y eso le convertía en un potencial espía y, lo que era peor, alguien que podía interferir cuando eso era lo último que necesitaba. Carraspeé e intenté que mi rostro adoptara un gesto que mostrara indiferencia, hastío o algo así.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas ir al baño?

—¿Qué?

—Has puesto cara de estreñido.

Mateo respondió con un encogimiento de hombros y una enorme sonrisa. Decididamente, no iba a ganarme la vida como actor. Me separé de la puerta acercándome a mi amigo dispuesto a pasar al plan B: cambio de tema. Porque lo que estaba claro es que no iba a hablar con él de lo que pasaba o no entre Natalia y yo. Era un buen amigo, pero nunca había aprendido a mantener la boca cerrada. Iría con el cuento a Tesa y ella se lo largaría a su hermana y era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

—¿Qué haces en casa tan temprano?

—Ventajas de ser el dueño de tu propia empresa.

—Mateo, no has faltado al trabajo ni has salido antes de tiempo ni un solo día desde que abriste el negocio.

—Pues ya iba siendo hora, —entró en la cocina abriendo y cerrando las puertas de los armarios —¿qué tal las compras?

—Un coñazo.

—Pensé que Lía tenía que comprar ropa interior...

Mateo me miró por encima de su hombro con una estúpida sonrisa en su cara, subiendo y bajando las cejas. La imagen de Natalia volvió a ocupar mi mente y negué con la cabeza intentando deshacerme de ella.

—Nada tan interesante, ¿qué tal con Tesa?

—Bien, supongo.

Los hombros de Mateo cayeron al tiempo que apoyaba las manos en la encimera y dejaba caer la cabeza hacia su pecho.

—¿Supones? —me acerqué a mi amigo colocando una mano en su hombro —¿qué ha pasado?

Mateo levantó la cabeza y la volvió para mirarme.

—No sé si lo estoy haciendo bien.

—Por los sonidos que salían de tu habitación durante el fin de semana yo diría que lo estás haciendo bastante bien —. Respondí entre risas.

—Capullo —. Mateo sonrió y se giró golpeándome mi hombro —. No me refería a eso. El fin de semana ha sido genial, pero ahora que hemos vuelto a la normalidad no sé cómo manejarlo. He salido antes del trabajo porque la echaba de menos, necesitaba verla y quería invitarla a comer, pero cuando he llegado a la clínica estaba en medio de una operación. Ni siquiera me había dicho que tuviera una, ¿no se supone que las parejas se cuentan esas cosas?

—¿Tú le dijiste que ibas a pasar a recogerla para comer?

—No, —respondió mirándome extrañado — simplemente se me ocurrió que podía estar bien que comiésemos juntos.

—A ver, en primer lugar, quiero que quede claro que mi experiencia en lo que se refiere a relaciones de pareja es escasa o nula. Dicho esto, vamos a echar mano de la lógica, ¿te parece?

Mateo me miró raro, pero asintió, así que continué hablando rezando para no meter la pata.

—Habéis pasado todo el fin de semana juntos. Básicamente no os habéis separado más que para ir al baño y eso no ha sido real.

—¿Qué quieres decir con que no ha sido real? —Los ojos de Mateo me miraban con furia —¿Es que acaso piensas que lo que siento por ella es

mentira?

—No me refiero a eso, haz el favor de tranquilizarte —levanté ambas manos con las palmas hacia él pidiéndole calma—. Lo que quiero decir es que ambos, Tesa y tú, sois dos personas independientes, con negocios propios y un montón de responsabilidades. No estáis acostumbrados a dar explicaciones ni a pedir permiso a nadie para nada y os va a llevar un tiempo, y muchas charlas, llegar a compaginaros en vuestro día a día. Estoy seguro de que podéis hacerlo, pero Mateo, lleváis juntos dos días mal contados, tómatelo con calma. Habla con ella antes de empezar a pensar que estás metiendo la pata y que la vas a cagar.

—Tiene sentido, —murmuró entre dientes mientras acariciaba su barbilla —no es que hayamos hablado mucho durante el fin de semana sobre lo que pasaría después —dijo riéndose —y supongo que eso es lo que me tiene más nervioso, ¿y si ella piensa que solo ha sido algo esporádico, un rollo de fin de semana y no quiere saber nada más de mí?

—Algo me dice que no es así y que, probablemente, ella se esté haciendo ahora mismo esa misma pregunta.

—Pero ¿y si no es así?

—Bueno, —respondí con un encogimiento de hombros —según tengo entendido el viernes ganaste una cita con ella y por lo que sé no te salió nada barata. Si Tesa piensa que lo vuestro era cosa de un fin de semana, siempre puedes aprovecharla para convencerla de lo contrario, ¿no te parece?

—No me acordaba de la subasta —dijo con un brillo de diversión en sus ojos —Tenías que haberla visto allí subida, por un momento temí que vomitara sobre todos los que estaban en primera fila —Mateo se rio con fuerza —y su cara cuando se dio cuenta de que yo había hecho la puja ganadora... Te lo juro Iván, me sentí como si hubiera crecido tres metros.

Negué con la cabeza haciendo un esfuerzo por no reírme. Nunca le había escuchado hablar así y no lograba acostumbrarme a esta faceta romántica de enamorado baboso de mi mejor amigo, pero no podía negar que, al oírlo hablar, la punzada de envidia crecía en mi interior. Por más que me repetía a mí mismo que no quería acabar como él, lo cierto era que una parte de mí anhelaba encontrar a una persona que me hiciera sentir de tres metros de alto. Mis pensamientos se desviaron una vez más a Natalia, ¿qué pensaría si le

dijera en voz alta todos esos pensamientos bobos y románticos que vagaban últimamente dentro de mi cabeza? Quería pensar que los correspondería, pero tenía que admitir que, en aquel momento y tal y como estaban las cosas, era mucho más probable que me hiciera una demostración de su extenso vocabulario justo antes de arrancarme las bolas, masticarlas y escupírmelas a la cara. Aquel pensamiento fue demasiado gráfico y no pude evitar estremecerme de dolor. Natalia tenía genio, mucho, y espera que encontrara otra forma de desahogarlo con mis partes nobles que no incluyera arrancármelas.

—Tío, ¿estás bien? —Mateo me miraba extrañado.

—Sí, claro, ¿por qué?

—No me estás escuchando y tu cara está haciendo gestos raros, como si te doliera algo, ¿seguro que estás bien?

Definitivamente, tenía que encontrar la manera de que mi cara no reflejase todos y cada uno de mis pensamientos.

—Sí, tranquilo. Voy a darme una ducha y si quieres te acompaño a la clínica a ver si Tesa ha salido ya de la operación, ¿te parece?

—No necesito carabina para ir a comer con ella —gruñó al tiempo que cruzaba sus brazos en su pecho.

—¡Pretendía darte apoyo moral por el camino, no ir a comer con vosotros! —le miré exasperado —Además, si quisiera acabar cubierto de babas me iría a jugar con su perro.

La última frase la dije entre dientes al tiempo que salía en dirección a mi habitación. Cómo si lo que necesitase en aquel momento fuera comer con dos personas rebosantes de amor y energía sexual.

Mientras me duchaba, imágenes de la hipotética comida con Mateo y Tesa, cuya idea me había causado horror hasta un segundo antes, se transformaron en una que incluía a Natalia. Así de simple, la idea pasó a parecerme la mejor del mundo, mientras nos imaginaba a los cuatro sentados alrededor de una mesa, bromeando. Los mimos, guiños de enamorados y carantoñas de repente no me parecían tan desagradables cuando me imaginaba a mí mismo compartiéndolos con Lía. Saboreé el apodo. Aunque su nombre completo me gustase muchísimo más, tenía que admitir que le

pegaba. No porque se llamase Natalia, sino porque era una auténtica lianta. Sonreí preguntándome si alguna vez lo habría pensado.

Dejé a un Mateo hecho un manojo de nervios en la puerta de la clínica de Tesa, con una palmada en la espalda y una enorme sonrisa intentando transmitirle ánimo. Personalmente, las dudas de mi amigo me parecían absurdas. Estaba más que claro que su chica estaba totalmente colada por él y que quería mucho más que un fin de semana juntos. La faceta insegura de mi mejor amigo no dejaba de sorprenderme y no podía evitar preguntarme si yo me sentiría igual en su pellejo.

Pregunta absurda dada mi situación. Sobre todo, teniendo en cuenta el trabajo que me costó resistirme a la tentación de plantarme otra vez en casa de Lía e invitarla a comer. Las imágenes de aquel hipotético almuerzo que se habían formado en mi mente durante la ducha continuaban colándose entre mis pensamientos haciendo que me sintiera en un extraño estado de anticipación. Como si no pudiera encontrar el momento de que se hicieran realidad. Algo que estaba muy lejos dado el modo en que había terminado nuestra cita de aquella mañana. ¿Podía considerarse si quiera una cita? Una parte de mí quería creer que sí, que era exactamente eso lo que había sido. La idea de que Lía acostumbrara a enseñar cómo le quedaba la ropa interior a cualquier amigo que la acompañara de compras hacía que se me revolviera el estómago. No tanto por el hecho de saber que cualquiera podía disfrutar de la perfecta vista que había tenido el placer de contemplar aquella mañana, sino porque eso significaría que yo sólo era uno más. Un amigo al que trataba como a todos los demás. Nadie especial. Y eso era lo que me aterraba. La frase había salido de mis labios sin si quiera pensarla, como un impulso, y sólo ahora, horas después, comenzaba a analizar todas las posibles ramificaciones. No me gustaba ninguna de ellas. En todas acababa sintiéndome como un inseguro y nervioso adolescente. Yo ni era inseguro ni me ponía nervioso y hacía mucho que había dejado de ser un adolescente.

A pesar de que había luchado contra ello, me di cuenta de que mis pasos me habían llevado justo a la calle en la que vivían Lía y Tesa y una vez allí, no pude evitar la tentación de echar un vistazo. Repitiéndome en mi mente una y otra vez que no podía llamar a la puerta de su casa, estrecharla entre mis brazos y besarla hasta que olvidara su nombre por mucho que quisiera hacerlo, me acerqué hasta que estuve parado en la acera de enfrente del chalé de dos plantas.

La visión de Lía en el jardín delantero, jugando con Odín fue directa a mi pecho, arrancando el aire de mis pulmones como si hubiera recibido un puñetazo. Mientras la veía con el cachorro y luchaba por no acercarme a ella, me sentí como un acosador y esa era precisamente la razón por la que no podía ir hasta allí y hacer realidad todas y cada una de las imágenes que tenía en mente. Necesitaba recuperar el control de mi vida y de mis impulsos, algo que parecía perder en el preciso instante en que la veía. Necesitaba saber que ella estaba tan descolocada como yo, que se sentía tan insegura y estúpida a mi alrededor como yo me sentía al suyo. Necesitaba sentir que yo también le afectaba de alguna manera.

Lía levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron durante apenas unos segundos. La sonrisa que había ocupado su rostro mientras jugaba con Odín titubeó un instante antes de fijarse en sus labios. Todo mi cuerpo me exigía acercarme a ella y di un tambaleante paso al frente, dispuesto a cruzar la calle e invitarla a comer o simplemente hablar, lo que fuera que ella quisiera. Fue ese último pensamiento el que me hizo cambiar de idea. No iba a actuar como un idiota sin cerebro. Si ella quería jugar era exactamente eso lo que íbamos a hacer. Le dediqué una sonrisa de suficiencia, la misma que había tenido en mis labios durante todo el camino de vuelta en el coche y me fui calle abajo sin mirar atrás. La partida había empezado y no se había inventado el juego en el que yo no saliera vencedor.

Estaba en la puerta de casa peleándome con las malditas llaves, cuando sentí vibrar mi móvil en el bolsillo de los pantalones. Un número desconocido me había enviado un WathsApp. Abrí la aplicación y el mensaje.

“¡Hola! ¿Sigue en pie tu invitación a comer?”

No tenía ni idea de quién me lo había enviado y era muy consciente de que hacía mucho tiempo que no invitaba a nadie a comer. Miré la imagen del remitente, por si me daba una pista, pero lo único que mostraba era una frase: “si la vida te da la espalda, tócale el culo”. Iba a contestar diciendo que se habían equivocado cuando entró otro mensaje.

“Soy Lía.”

Me quedé mirando la pantalla del móvil en mi mano sin saber cómo reaccionar. ¿Y ya está? Primero me vuelve loco, luego se cabrea conmigo,

después me sonríe... ¿y ahora quería que comiéramos juntos? Dejé el móvil sobre la mesa mientras me paseaba nervioso por la habitación. Definitivamente aquella mujer estaba loca y lo peor es que estaba volviéndome loco a mí también. Cogí y solté el teléfono un par de veces sin saber si contestarle ni qué decirle si lo hacía. Las imágenes de los dos comiendo entre bromas y gestos de complicidad que había imaginado un rato antes volvieron a mi mente, pero tenía que ser realista. Nuestros encuentros no acababan bien. Los recuerdos de la noche anterior regresaron contradiciendo esa afirmación. Aquellas horas compartidas habían sido perfectas, ¿por qué no podía ser siempre así?

El timbre de la puerta sonó y agradecí la distracción. Al menos hasta que abrí la puerta y me encontré de frente con Lía. Eso es lo que pasa cuando no usas la mirilla. Que te encuentras de cara con la última persona a la que quieres ver y ya no sirve la excusa esa de: “lo siento, había salido de casa”.

—¿Puedo pasar?

Lía me miraba con las manos en los bolsillos y cara de no tener muy claro qué estaba haciendo allí exactamente. Perfecto. Porque yo tampoco tenía muy claro qué hacía exactamente en la puerta de mi casa. Me hice a un lado e hice un gesto con la mano indicándole que pasara. Cogí aire con fuerza mientras cerraba la puerta, mentalizándome antes de volverme hacia ella. Algo tenía que decirle.

—Lo siento.

Lía habló sin levantar la vista del suelo y con las manos aún en los bolsillos de sus vaqueros. Aquellas dos palabras me dejaron aturdido por un instante. No sabía por qué, pero algo me decía que Lía no era una persona que se disculpase muy a menudo. Me quedé en silencio unos segundos esperando a ver qué pasaba. Cuando levantó la vista pude comprobar que su mandíbula estaba apretada y sus mejillas coloreadas de rojo. Casi como si decir aquellas dos palabras le hubiera resultado más difícil que tragar veneno. Sabía que debía dejarlo pasar, Mateo y Tesa esperaban que nos llevásemos bien, pero la tentación era demasiado grande.

—Exactamente, ¿qué es lo que sientes, Lía?

Me relajé contra la puerta cerrada y la observé mientras dejaba que una enorme sonrisa ocupara mi rostro.

—Ya lo sabes.

La respuesta salió entre dientes al tiempo que enderezaba su postura y hacía un gesto con la mano, como si quisiera quitarle importancia al asunto.

—Quiero que lo digas.

No iba a ponérselo fácil. Quería que se sintiera tan incómoda y frustrada como me había sentido yo aquella mañana. Aunque fuera por motivos diferentes.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

Sus ojos destilaban odio cuando me miró de refilón.

—No sé de qué hablas —dije al tiempo que mi sonrisa se hacía aún más grande.

Vi cómo llenaba sus pulmones de aire a la vez que apretaba y soltaba sus puños un par de veces en un claro intento por relajarse.

—Siento si esta mañana te he hecho pasar un mal rato en los probadores... —la sonrisa que se dibujó en sus labios debió haberme dado una pista de lo que venía después —debí darme cuenta de que alguien tan aburrido y estirado como tú no sería capaz de aceptar una broma.

—¿Aburrido y estirado? —Ahora era yo el que necesitaba calmarse —
¿De verdad te parece normal quedarte en sujetador con un desconocido dentro de un probador?

—Para ser exactos, fuiste tú el que nos metió en el probador. Yo sólo salí para que me dieras tu opinión.

El encogimiento de hombros con el que acompañó sus palabras, como si nada de aquello tuviese la más mínima importancia y fuera yo quien estaba sacando las cosas de quicio, me sentó peor que una patada en el estómago.

—Así que sólo pensabas pasearte por la tienda en ropa interior hasta que alguien te diera su opinión, ¿no? ¡Pero tú estás loca!

Su rostro se descompuso en una expresión de pura furia.

—¡No estoy loca! ¡Sólo quería que te rieras! Dime una cosa, ¿ya naciste con un palo en el culo o es cosa de la edad?

—¿Me estás llamando viejo?

—No, pero ya que lo dices...

La muy... sonrió. ¡Sonrió!

—¡Qué tenga la madurez suficiente para saber cómo comportarme en cada momento y no tomármelo todo como si fuera una broma no me convierte en un viejo ni en una persona aburrida!

—Porque tú lo digas.

—¿"Por qué tú lo digas"? ¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Si esa respuesta es la prueba de tu madurez...

—¡No necesito probarle a nadie mi madurez y menos a ti! —Lía cogió aire, sus hombros cayeron y bajó la vista al suelo — Mira, está claro que esto no va a funcionar —sus ojos se cruzaron con los míos por un segundo antes de volver a los azulejos de la entrada y el dolor que creí ver en ellos casi me deja sin aliento —Vine a disculparme porque Tesa y Mateo necesitan que, si no conseguimos llevarnos bien, al menos nos toleremos. Así que sólo quería pedirte perdón por cualquier cosa que haya dicho o hecho que haya podido sentarte mal y decirte que creo que lo mejor es que, de ahora en adelante, nos limitemos a vernos cuando no quede más remedio. Por mi parte intentaré que sea el menor número de veces posible y, cuando nos veamos, evitaré cualquier cosa que pueda causar un enfrentamiento entre nosotros. Sólo espero que puedas hacer lo mismo, aunque sólo sea porque Mateo es importante para ti y mi hermana lo es para él.

Me quedé allí, observándola sin saber qué decir mientras se dirigía hacia la puerta y salía de mi casa. ¿Por qué tenía la sensación de que acababan de cortar conmigo? Natalia y yo no teníamos una relación, pero en aquel momento sentía como si una parte de mi ser hubiese salido con ella. Y debía ser una muy importante por la sensación de vacío que podía sentir crecer en la boca de mi estómago. No sé cuánto tiempo permanecí allí, observando sin ver la puerta por la que acababa de marcharse y sin tener muy claro qué había pasado exactamente. Lía se había disculpado, habíamos vuelto a gritarnos como posesos y de repente... ¿qué? Me había dado una bofetada sin manos. Y de las que duelen. Había cortado la discusión y demostrado una madurez y frialdad que no esperaba de ella. Los dos juntos éramos una bomba de relojería a punto de estallar. Se había limitado a constatar un hecho sobre el que yo mismo había estado pensando y había propuesto una solución, o al

menos una posible vía, para que la forma en que nuestras personalidades chocaban no afectase a dos personas a las que queríamos o que lo hiciesen lo menos posible. Tenía todo el sentido del mundo y probablemente también toda la razón. Hasta no hacía mucho, la idea de no tener que volver a verla me habría hecho saltar de alegría. Entonces, ¿cuál era el problema?

Capítulo 15

Lía

Las cosas no habían salido como esperaba. Cuando Tesa me había sugerido ir a casa de Iván y pedirle disculpas me había puesto hecha una furia con mi hermana. Pero ella había insistido, haciendo hincapié en lo diferente que éramos y en cómo lo que para mí era una broma, para él podía ser una situación incómoda y hacerle sentir mal. Había apelado a la empatía. Casi me había convencido y cuando me recordó lo importante que era para Mateo y ella que nos lleváramos bien, me decidí a hacerlo. Debí haberme negado.

Disculparme me había resultado difícil. No porque no fuera capaz de admitir mis errores, sino porque no creía que fuera la única que tenía que hacerlo y no me gusta ser la primera en pedir perdón. Siempre he creído que eso da a la otra persona la sensación de que ha vencido y a mí no me gusta que me ganen ni a las canicas. Mi hermana me había recordado que aquello no era una competición de ningún tipo y que no se trataba ni de Iván ni de mí, sino de ellos. Había querido tirarme de los pelos, ¿no podía haberse enamorado de alguien que no tuviera un mejor amigo tan irritante?

Al final había cedido, Tesa me había recordado que él había dado el primer paso el domingo por la noche y tenía razón. Él había tendido el puente entonces, por lo que era mi turno de hacerlo. Además, cuando le había visto parado frente a mi casa, mirándome, había sentido cómo cada célula de mi cuerpo tiraba de mí en su dirección. Iván tenía algo que me llamaba, como si fuéramos parte de un imán y la energía vibrase entre nosotros atrayéndome hacia él. Nuestras miradas se habían cruzado un momento y, a pesar de su sonrisa de superioridad, sus ojos me habían mostrado el mismo anhelo que sentía en mi interior. Vestirme y poner rumbo a su casa había sido algo impulsivo, ni siquiera había pensado en lo que estaba haciendo hasta que me encontré a pocos pasos de su puerta.

La disculpa se me había atragantado. Aunque racionalmente sabía que era mi turno de ceder y dar el paso, una parte de mí se rebelaba ante el hecho de

que yo no había sido la única que había metido la pata convirtiendo nuestra excursión de compras en un desastre. La forma en la que todo había explotado y habíamos acabado gritándonos una vez más... A pesar de que había sido previsible me había dolido en lo más hondo. La idea de que realmente fuéramos incapaces de mantener una conversación normal sin acabar atacándonos el uno al otro no me gustaba en absoluto, pero no hacía más que reafirmarse en cada uno de nuestros encuentros. Salvo el del domingo por la noche. Y una parte de mí se había aferrado a aquel recuerdo en un intento, a todas luces absurdo, de convencerme a mí misma de que podíamos llegar a mantener una relación normal. Quería eso con Iván, en realidad quería mucho más que una amistad con él, pero ¿cómo iba a ser posible si ni siquiera éramos capaces de estar en la misma habitación sin acabar tirándonos los trastos a la cabeza?

No teníamos ninguna posibilidad. Éramos como el agua y el aceite, imposibles de mezclar. Fuera lo que fuese lo que me atraía de él, no tenía sentido luchar por ello. Lo único que conseguíamos era hacernos daño. Iván pensaba que yo era una inmadura incapaz de tomarme la vida en serio, ¿por qué no podía entender que el hecho de que eligiese divertirme y disfrutar cada momento con una sonrisa no significaba que no me tomase las cosas en serio? Me había sentido juzgada, despreciada al tacharme de infantil e inmadura y, para colmo, me había llamado loca.

En otro momento, o quizás de otra persona, esas palabras me habrían dado igual. En cambio, en esta ocasión habían traído a mi mente la última discusión con Mark. Aún la tenía demasiado presente, después de todo sólo habían pasado algo más de dos días. Él me había llamado loca. También había dicho que nadie nunca querría estar conmigo por eso, que no había un hombre que pudiera aguantar mi forma de ser. Yo quería creer que lo había y que tarde o temprano daría con él, pero lo que tenía cada vez más claro era que ese hombre no era Iván. Por mucho que me atrajese, por mucho que su cuerpo llamase al mío, no sería más que una pérdida de tiempo. Probablemente podríamos pasar un buen rato en la cama, más que bueno, siempre que fuéramos capaces de estar el tiempo suficiente sin discutir. Pero eso sería todo.

No me hubiese importado sino fuera porque en esa ecuación entraban Mateo y Tesa. No en la cama, no os equivoquéis, nunca me han ido esas cosas y menos con mi hermana (¡puag!). Simplemente sabía que para mí no

sería solo un rollo de una vez y acabaría afectándome. Era una soñadora enamoradiza, lo había aceptado hacía mucho. Acostarme con una persona siempre acababa llevándome a querer más, sin importar cómo empezase y las veces que me repitiese a mí misma que sería cosa de una sola vez. Nunca funcionaba y con Iván no sería diferente. De hecho, sabía que sería peor y no ayudaría a conseguir lo que Mateo y Tesa querían: que nos llevásemos bien y pudiéramos comportarnos cuando coincidiéramos.

Todos aquellos pensamientos habían pasado por mi cabeza a la velocidad del rayo y me habían hecho llegar a la única conclusión posible. Cada una de las palabras había dolido al salir de mis labios como si una cuchilla se estuviese clavando en mi corazón. No podía entender por qué, pero admitir en voz alta que éramos incompatibles y que jamás podríamos tener una relación normal, ni siquiera como amigos, había dolido. Pero el dolor no lo hacía menos real, sino todo lo contrario. Teníamos la prueba ante nuestras narices.

Salí de allí como alma que lleva el diablo. Sin querer mirar atrás y con la sensación de que dejaba una parte de mí atrás. Nada de aquello tenía sentido. No nos conocíamos, sólo habíamos compartido una conversación en la que no hubiésemos acabado discutiendo. Iván me parecía un estirado incapaz de sonreír o disfrutar de la vida y era muy consciente de que la decisión de mantenernos alejados, vernos sólo cuando no quedase más remedio y hablar lo justo y necesario, era lo mejor que podíamos hacer. Pero dolía tanto... el nudo en mi estómago casi no me dejaba respirar.

Abrí los labios para tomar aire y al volver a cerrarlos probé en ellos la sal. Limpié mis mejillas con los puños, furiosa y frustrada a partes iguales. No podía creerme que estuviera llorando y ni siquiera me hubiera dado cuenta. Habían pasado tres días desde que dejé de llorar por Mark y no iba a empezar a hacerlo de nuevo por Iván. Mi ex había resultado un cabrón infiel con el que había perdido seis meses de mi vida durante los cuales había estado viviendo a mi costa. Aunque sólo fuera por la traición, mi amor propio herido y el tiempo de convivencia, tenía motivos de sobra para llorar. A Iván lo conocía desde hacía poco más de una semana, si contábamos nuestros primeros encuentros. De lo contrario habían pasado tan sólo tres días, aunque una parte de mí sintiera como si hubiésemos pasado juntos una eternidad.

Los recuerdos de la noche del domingo, la complicidad, lo cómodos que

nos habíamos sentido hablando de lo que nos preocupaba, las bromas, las confesiones, presionaban en mi mente. Decidí rechazarlos. Unas horas no significaban nada frente a todo lo demás. Seguramente aquella noche debió haber alguna alineación de planetas o algo extraño. Tendría que preguntarle a Telma a ver si su querida Mamá Luz sabía algo. Quizás incluso sabría cómo conseguir que siempre fuera así.

Ahí fue cuando me di cuenta de que necesitaba aire. Si estaba pensando en recurrir a la tía chiflada de mi mejor amiga es que algo en mi cabeza no funcionaba como debía.

Entré en casa y me fui directa a mi habitación. Odín se acercó a saludarme y lo alejé con un grito que hizo que el pobre bicho huyera despavorido. Me sentí mal por gritar al cachorro, pero tenía demasiadas emociones bullendo en mi interior como para dedicarle más de un simple pensamiento. Subí las escaleras corriendo. Las lágrimas deslizándose por mi rostro una vez más. Me sentía sin fuerzas para luchar contra ellas y sin ganas de cuestionar los motivos por los que estaba llorando. Simplemente necesitaba hacerlo y dejé que cayeran. Me lancé de cabeza sobre el colchón, ocultando mi rostro en las almohadas, dejando que se empaparan de humedad y ocultaran mis sollozos.

En algún momento debí quedarme dormida. No sé si fue por el cansancio, la tensión acumulada o el llanto, pero cuando desperté tenía un tremendo dolor de cabeza y los ojos tan hinchados que apenas podía ver a través de mis pestañas. Parpadeé intentando aclarar la vista en busca del reloj sobre la mesilla de noche. Aún faltaba una hora para que Tesa volviera de la clínica. Me preguntaría qué tal me habían ido las cosas con Iván. ¿Qué iba a decirle? Después de todo habíamos llegado a un acuerdo para llevarnos bien. O eso esperaba, porque él no había dicho nada. Tampoco es que le hubiese dado tiempo a responderme dada la forma en la que salí de su casa. Las cosas entre nosotros habían quedado claras. No podíamos ser amigos, pero trataríamos de llevarnos bien cuando tuviéramos que coincidir. Era sencillo y podía funcionar. ¿Cómo iba a explicarle a mi hermana mis ojos hinchados y el ataque de llanto? ¿Cómo iba a contarle que tenía el corazón roto cuando ni siquiera yo entendía por qué?

La solución debió llegar a mis músculos antes que a mi cerebro porque sin más, me encontré a mí misma recogiendo mis cosas y metiéndolas en la

maleta. Le dejaría una nota a Tesa diciéndole que me volvía a casa. Quizás lo único que necesitaba era volver al trabajo, retomar mi vida. Podía ser que todo aquel vaivén emocional fuera consecuencia de los meses de estrés. Seguro. También podía deberse a un mal de ojo de Mamá Luz. O al efecto de un parásito alienígena. Las probabilidades eran las mismas.

La cuestión era que me vendría bien volver a trabajar. Mantener mi mente ocupada, creando, diseñando, imaginando. Cualquier cosa que no tuviera nada que ver con hombres, sentimientos, ni nada que se le pareciera.

Echaba de menos la oficina, a mis compañeros. Bueno, a todos menos a Gina. No sabía si Rodrigo habría terminado ya con su plan de venganza, pero si no lo había hecho siempre podía trabajar desde casa. Cualquier cosa, lo que fuera, mientras estuviera lejos.

Qué curioso. Había ido a casa de mi hermana huyendo y ahora huía de allí para volver justo a dónde estaba al principio. Una parte de mi mente se quejó. No estaba huyendo, no había nada de lo que huir. Sólo volvía a la realidad, a mi rutina. A mi vida tranquila lejos de corredores capullos, hermanas enamoradas y cosas que no podían ser.

Escribí una nota rápida para Tesa diciéndole que me volvía a casa y la dejé sobre la encimera antes de salir. Había tenido que lavarme la cara innumerables veces con agua helada hasta conseguir que la hinchazón de mis ojos bajara, pero me encontraba mejor. Después de un par de pastillas el dolor de cabeza había disminuido y ya podía abrir los ojos lo suficiente para ver la carretera. Subí al coche y puse rumbo a mi casa. Dispuesta a dejar los últimos diez días y a Iván en el pasado y volver a retomar las riendas de mi vida. Repitiéndome a mí misma que, con la distancia y la vuelta a la rutina, mis emociones y yo volveríamos a la normalidad. Ojalá.

Conduje a menos velocidad de la que solía y con la música a todo volumen. Canté a voz en grito cuando la voz de Fergie llenó el aire con “Big girls don’t cry”. Cuando las lágrimas amenazaron con desbordar mis ojos una vez más, los froté con fuerza y canté aún más alto cuando la canción llegó a la que desde aquel momento sería mi frase favorita:

“(...) I’ve got to get a move on with my life. It’s time to be a big girl now and big girls don’t cry.”

“(...) tengo que seguir adelante con mi vida.

Es hora de ser una chica grande y las chicas grandes no lloran.”

Estaba buscando el móvil para llamar a Rodrigo, antes incluso de soltar la maleta. Necesitaba volver a trabajar lo antes posible y la mañana siguiente me parecía demasiado lejos. Cuanto antes ocupara mi cabeza con el trabajo, mejor.

El teléfono sonó en mi mano y el nombre de mi hermana parpadeó en la pantalla. No tenía ganas de hablar con ella, pero tampoco quería preocuparla. En mi nota sólo le decía que me volvía a casa sin más explicaciones y la conocía lo suficiente para saber que no pararía hasta saber por qué me había ido. Descolgué con una sonrisa de lo más falsa, intentando mostrar una felicidad que no sentía en aquel momento.

—¡Hola, hermanita! Siento haberme ido tan rápido, pero Rodrigo me llamó. Necesita que vuelva al trabajo lo antes posible. Así que parece que mis vacaciones se han acabado. Siento haberme ido tan de repente, pero tengo que incorporarme mañana a primera hora y necesito revisar mucha información antes de volver al trabajo.

Mi abuelo siempre decía que la mejor defensa era un buen ataque. Así que, solté mi excusa recién inventada de un tirón, sin dejar que me interrumpiese. Esperando que el tono de mi voz no dejara ver la tormenta de emociones y sentimientos que se estaba desarrollando en mi interior. No quería preocupar a mi hermana, pero, sobre todo, no quería hablar del tema. ¿Cómo iba a explicarle lo que sentía y por qué, si ni siquiera yo lo sabía?

—Vaya, estás un poco acelerada, ¿no, hermanita?

—Es que ha sido todo muy precipitado. De hecho, me pillas entrando en casa ahora mismo, ni siquiera he soltado la maleta aún.

—Entonces no te entretendré mucho, sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—¡Estoy genial, no tienes de qué preocuparte!

—¿Significa eso que Iván y tú habéis hecho las paces?

—¡Por supuesto!

—Genial, porque el jueves es el cumpleaños de Mateo y vamos a cenar los cuatro juntos para celebrarlo.

La lengua se me hizo un nudo ante las palabras de mi hermana y tuve que tragar fuerte para aclarar mi garganta antes de hablar. Aun así, supe que mi voz había salido temblorosa e insegura.

—¿Este jueves?

—Sí, ¿algún problema?

Las palabras de mi hermana sonaron serias en mis oídos, como si mi actuación no le estuviese engañando en lo más mínimo y supiese perfectamente que había algo que no le estaba diciendo.

—Es solo que no sé si podré. Me reincorporo al trabajo mañana y ya te he dicho que tengo mucho que hacer.

—Estoy segura de que podrás disponer de un par de horas de la noche del jueves para celebrar el cumpleaños del novio de tu hermana pequeña. A no ser que haya algo que no me estés contando. ¿Lo hay?

—No, claro que no.

Hasta yo me di cuenta de que no había sonado nada convincente.

—¡Genial! Nos vemos el jueves. Te llamaré con los detalles. Cuídate y no trabajes mucho. ¡Te quiero!

Tesa colgó antes de que pudiera responder. Había sonado tan feliz al despedirse que supe que no había excusa que pudiera inventar para no estar en aquella cena. La única opción que me quedaba era mentalizarme. Parecía que la distancia entre Iván y yo solo iba a durar tres días. No era mucho. Desde luego era bastante menos de lo que había esperado. Había confiado en que tendría tiempo de sobra para mentalizarme antes de volver a verle, que pasaría tiempo antes de que tuviéramos que coincidir de nuevo y que, durante ese intervalo, mi mente y mi corazón se habrían aclarado. Tendrían que hacerlo rápido porque en algún lugar de mi cerebro se había activado una cuenta atrás. Los segundos ya habían empezado a correr y lo peor era que una parte de mí sentía que no pasaban lo suficientemente rápido. Al final iba a resultar que estaba loca de verdad.

La llamada a Rodrigo para decirle que me reincorporaba al trabajo

tampoco salió como esperaba. Últimamente parecía que nada lo hacía. Por lo visto estaba disfrutando demasiado haciendo que Gina lo pasara mal y Telma tenía todo el trabajo controlado. Me exigió, más que pedirme, que continuara con mis vacaciones. Me las había ganado, dijo, y además las necesitaba. ¿Cómo podía saber él lo que necesitaba? Porque yo desde luego tenía muy claro que lo que no necesitaba era pasarme las horas en casa mirando las paredes y dándole vueltas a la cabeza. Insistí, incluso le dije que podía descontarme los días que quisiera de las vacaciones y que no me los pagase. Se limitó a desechar cada uno de mis argumentos entre risas y a repetirme una y otra vez que disfrutase de mi tiempo libre.

Algo me decía que Rodrigo estaba disfrutando un poco demasiado de la situación y no acababa de entender exactamente por qué. Cuando colgué el teléfono estaba al borde de las lágrimas. Tenía por delante tres días antes de la cena y sin nada que hacer para tener otra cosa en que pensar. Iban a ser unos días muy largos.

El jueves llegó más rápido de lo que esperaba y no sabía si alegrarme o no. Gracias a Lola había estado ocupada los últimos tres días. Nunca había imaginado que un sex shop pudiera dar tanto trabajo. Ni que fuera tan divertido.

Mi amiga estaba ansiosa por saber qué tal me habían ido las cosas con Mark y si mi sorpresa había tenido los resultados esperados. Cuando le conté lo sucedido... Nos reímos. Por primera vez desde que pasó no me sentí mal. Fui realmente consciente de lo estrambótico de la situación y de mi reacción. Me reí con ganas, sintiéndome liberada, no sólo del sentimiento de traición, sino de Mark. No había sido lo que quería de una pareja, no era el tipo de relación que quería en mi vida y, por fin, me di cuenta de que había sido lo mejor que me podía pasar. Encontrar a tu pareja en la cama con otra no es plato del gusto de nadie, pero era muy consciente de que, de no haberlos encontrado, habría seguido en una relación que no me llenaba, no me hacía feliz y no me aportaba nada. Así que, mirando atrás, sólo podía alegrarme de lo sucedido.

Mientras hablábamos alrededor del mostrador de su tienda había entrado un grupo de chicas que estaban preparando una despedida de soltera y ahí había empezado mi primera experiencia como dependiente de un sex-shop.

Observar a Lola desenvolverse entre los distintos juguetes, disfraces, aceites, lubricantes y mil y un objetos que no tenía ni idea de para qué podían servir, había sido divertido y revelador. Había permanecido atenta a cada una de sus explicaciones, algunas de las cuales me habían sorprendido. No es que fuera una mojigata en lo referente al sexo, pero mis relaciones habían sido bastante típicas, por decirlo de alguna manera. Me había empapado de todo lo que Lola decía, había observado con detenimiento algunas de las cosas que más me habían llamado la atención y me había esforzado en mantenerme alejada de otras. Simplemente no iban conmigo. Me había sorprendido a mí misma visualizando en mi mente las múltiples posibilidades que ofrecían algunos de los juguetes de la tienda y, aunque me había esforzado en pensar en las cosas que podría hacer con ellos estando sola o con un desconocido, era algo que solo había logrado estando despierta.

Definitivamente, mi subconsciente y yo teníamos que hablar seriamente. La primera noche después de visitar el sex-shop había sido una tortura. Se habían repetido las mismas escenas en mi mente, solo que de una forma más realista y con Iván como estrella invitada en todas y cada una de ellas. Me había levantado furiosa y sexualmente frustrada como nunca antes lo había estado.

Los dos días siguientes había logrado echarle una mano a Lola sin pensar en las posibilidades que ofrecían los artículos de su tienda. Básicamente, me había limitado a cobrar a los clientes, ordenar el almacén y hacer cualquier cosa que no implicara oír sus explicaciones. Logrando así mantener mi mente lejos de cualquier pensamiento sexual. O eso creía. Mi subconsciente estaba demasiado feliz recordándomelos cada noche.

El miércoles la tienda había estado tranquila toda la tarde. Cerca de la hora del cierre, Lola se fue al almacén a revisar las entregas y pedidos dejándome sola tras el mostrador. Levanté la vista del móvil al escuchar la puerta abrirse y la imagen del nuevo cliente me dejó muda y sin saber cómo reaccionar. Un hombre de poco más de metro sesenta venía directo hacia mí. Lo de que era un hombre fue más una conclusión fruto de un proceso deductivo que algo que pudiera confirmar a simple vista, ya que, el “cliente”, llevaba un sombrero calado hasta las orejas y una gabardina con el cuello alzado y con el cinturón tan apretado que no tenía claro cómo aún le circulaba

la sangre por su prominente barriga. Aquella imagen me recordaba tanto a la del típico “pervertido” que visita sex-shops que nos meten en las películas cómicas americanas, que me quedé aturdida un instante. Incluso llevaba gafas de sol a pesar de que hacía un rato que había oscurecido fuera.

Vino directo hacia el mostrador sin dejar de mirar a todos lados, aunque dudaba que viese algo entre las gafas oscuras, el cuello de la gabardina y el ala de su sombrero.

—Disculpe señorita... —murmuró como si me estuviera contando un secreto sin dejar de mirar a todos lados.

—¿En qué puedo ayudarle? —me estaba costando lo más grande aguantar sin reírme.

—Verá... ¿esto tiene tallas?

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo color carne, con el aspecto de una mancuerna de las pequeñas y con una... un momento ¿eso era una vagina? Sentí cómo mi cara comenzaba a calentarse por segundos.

—Verá, es que me lo llevé el otro día y no me entra. Así que me preguntaba si era posible cambiarlo por una talla mayor porque la verdad...

Mi mente volaba pidiendo auxilio a gritos y acordándome mentalmente de toda la familia de mi querida Lola por haberme dejado sola en la tienda. El hombre continuaba hablándome, en voz muy bajita, pero con unas descripciones y comentarios que parecía que nos conociéramos de toda la vida y, para colmo, en un tono tan serio y formal que estaba llegando a un punto en el que no sabía si reírme o echarme a llorar. Solo podía balbucear, sin ser capaz de decir ni una sola palabra y buscando con la mirada a Lola, o a cualquiera, que pudiera echarme una mano o servirme de excusa para escapar de aquella situación totalmente surrealista. Un agujero que me llevara directamente a las profundidades del infierno también me habría servido en aquel momento. Seguro que aquel lugar no estaba tan caliente como mi cara. Dejé de escucharle. No podía apartar la mirada de aquella... cosa que había dejado sobre el mostrador. ¡Joder! ¿Por qué me tenía que pasar a mí?

—Espere un momento que se lo enseño, así se hace una idea más clara.

Esa simple frase, acompañada del gesto de abrirse la gabardina, fue lo

que me hizo salir de golpe de mi estado de estupor y aturdimiento.

—¡Cómo me la enseñes te la corto!

Así de claro. Sin paños calientes, ni voz de dependienta servicial. ¡A la mierda lo de cuidar la atención al cliente y eso de “el cliente siempre tiene la razón”! ¿Esto sería un día normal en la vida de Lola? Había trabajos que no estaban pagados.

—Pero si solo será un momento...

Alargué la mano para frenar la del hombrecillo que seguía peleando para deshacer el nudo que amarraba su gabardina cuando la risa de Lola inundó el local.

—Déjala, Gabi, o acabará dándole un síncope —dijo mientras se limpiaba las lágrimas de la risa.

—¿Ahora que se estaba poniendo interesante? —respondió.

El tal Gabi comenzó a reírse también y yo pasé por todos los colores del arco iris entre la vergüenza y el cabreo hasta que no pude evitar dejar que las carcajadas que había estado reteniendo por lo surrealista de la situación, rompieran a través de mi garganta.

—¡Qué cabrona! —miré a Lola negando con la cabeza —¿Esta es tu idea de una broma?

—¡Venga ya! ¡Si ha sido genial! Lástima no haberlo grabado... tenías que haber visto tu cara.

Otra ronda de risas y mi amiga me presentó al supuesto cliente, también llamado Gabi, que resultó ser un buen amigo suyo. Entre los tres, lo dejamos todo listo y cerramos el local, sin dejar de reír, mientras los dos comentaban cada uno de mis gestos y expresiones faciales durante la broma.

Me habían pillado, tenía que admitirlo y nunca me había costado reírme de mí misma. Gabi resultó ser un tío simpático y muy divertido, con una habilidad asombrosa para el chiste fácil y una risa de lo más contagiosa.

Al cerrar la tienda, el hecho de que al día siguiente sería jueves y que, por tanto, se me había acabado el tiempo cayó de golpe sobre mí. Rechacé la invitación a tomar unas cervezas y unas tapas en un bar cercano y me fui

directa a casa. La mirada de Lola cuando nos despedíamos me hizo saber que se habían acabado las risas y que no estaba nada contenta con que no los acompañara, pero tenía demasiadas cosas en las que pensar y el buen humor me había abandonado de golpe.

El jueves por la mañana me levanté con una mala leche descomunal y un ataque de nervios. Había llegado el día y, aunque mientras estaba despierta había conseguido mantener a Iván alejado de mis pensamientos, las noches habían sido todo lo contrario.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Las primeras palabras de Lola al traspasar la puerta de su tienda no me sorprendieron tanto como la cara con la que me miraba.

—¿A mí?

—No, a mi vecina del quinto...

—¿Por qué crees que me pasa algo?

—¿Quieres que te enumere las razones por orden alfabético?

La miré un tanto aturdida, no estaba acostumbrada a esa brusquedad viniendo de Lola. Suspiró y su mirada cambió a una cargada de preocupación, provocando un pellizco en mi estómago, antes de continuar hablando.

—Mira, sé que no es por Mark, pero algo te pasa. Te has estado escondiendo en mi tienda durante tres días y que conste que no me quejo. Creo que nunca lo había tenido todo tan ordenado ni las cuentas tan al día, pero no es normal. No has gastado ni una sola broma, ni un comentario sarcástico, ni te has reído por los comentarios de las clientas, ni has sacado los pies del plato. No te he escuchado decir ni una sola palabra más alta que otra en tres días y esa no eres tú. Así que dime, ¿qué está pasando?

Me dejé caer sobre la silla tras el mostrador como un peso muerto. Como si todas las fuerzas hubieran escapado de mi cuerpo y ya no pudiera dar ni un paso más.

—Conocí a alguien, pero es un imposible.

—¿Está casado?

—No.

—¿Tiene pareja?

—No.

—¿Es gay?

—No.

Lola me miró con los ojos como platos.

—No será cura, ¿verdad?

—¡¡No!!

—Lástima, —dijo chasqueando la lengua —ya me estaba imaginando una historia a lo “Pájaro espino”^[iii] y molaba, la verdad.

No pude evitar reírme ante su cara de decepción y durante ese instante volví a sentirme yo misma.

—Sería la prueba patente de que mi ojo clínico a la hora de enamorarme está totalmente estropeado.

—Vale, entonces... si ni está casado, ni tiene pareja, ni es gay y, definitivamente, no es cura... ¿cuál es el problema? —preguntó Lola cuando conseguimos dejar de reír.

—No somos... compatibles.

La última palabra surgió como un susurro. El hecho de decirlo en voz alta lo convertía una vez más en algo real. En un imposible. Y dolía como una perra. El Iván que había conocido el domingo por la noche me había llegado muy hondo. Me había enamorado de aquel hombre sensible, divertido, que sufría por la pérdida de un amigo de la que se culpaba. ¿Por qué no podía ser siempre así?

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

Le conté a Lola toda la historia, interrumpiendo el relato cada vez que un cliente entraba en la tienda. No dejaba de sorprenderme la cantidad de gente que la visitaba al cabo del día. Nunca había imaginado que ese tipo de negocios tuviera tanta clientela. Siempre había pensado que los únicos que

iban a un sex-shop eran los que preparaban una despedida, grupos de amigas de cachondeo o salidos envueltos en una gabardina y con sombrero calado para que nadie los reconociese, vamos, las pintas exactas que había llevado Gabi la tarde anterior. Lo admito, definitivamente tenía prejuicios, pero en aquellos tres días se habían desmontado uno a uno.

—Así que, si no he entendido mal, el problema es que os conocéis desde hace una semana y no podéis veros sin acabar discutiendo, ¿es eso?

—Más o menos —respondí con un encogimiento de hombros.

—Vaya, pensé que sería algo más grave.

—¿Es que no te parece grave?

—Habéis empezado con mal pie, ¿y qué? Acabáis de conoceros y tenéis caracteres diferentes, pero lo importante es que, cuando los dos os habéis relajado, os habéis sentido lo suficientemente cómodos como para contaros cosas muy personales y dolorosas y en ese momento no habéis chocado, sino todo lo contrario. ¿No lo ves? Estáis tan concentrados en que tenéis que llevaros bien por tu hermana y su nuevo novio que se os está olvidando lo más importante: conoceros. Las personas chocan, las relaciones no son como balsas de aceite, eso ni siquiera ocurre en las películas. ¿Qué tendría de divertido o emocionante si los dos fueseis idénticos? Conociéndote, te aburrirías a los diez minutos. Eso sin contar con que, si fuera igual que tú, el mundo explotaría sin remedio, ¿una pareja en la que los dos tienen tu misma personalidad? No, gracias. Te quiero como una hermana, y lo sabes, pero necesitas a alguien que te calme, que ponga el contrapunto a tu locura. De lo contrario, vuestras peleas podrían desencadenar la tercera guerra mundial antes de lo que canta un gallo. Creo que solo tenéis que encontrar el equilibrio, el punto intermedio, y seríais totalmente compatibles. Claro que solo es mi opinión. No le conozco ni os he visto juntos, pero, si realmente te gusta, no creo que debas rendirte solo porque vuestros primeros encuentros no han salido como esperabas.

Miré a Lola mientras hablaba dejando que sus palabras calaran en mi mente. ¿Y si tenía razón? ¿Y si estábamos tan preocupados por llevarnos bien para que Tesa y Mateo fueran felices que esa misma presión era lo que nos hacía saltar? Tenía demasiado en lo que pensar y tan solo unas horas antes de

encontrarnos de nuevo. Me levanté de la silla y abracé a Lola.

—Gracias, me has dado mucho en lo que pensar —susurré con la cabeza enterrada en su hombro.

—Para eso están las amigas —me separó de ella tomándome por los hombros y me miró fijamente a los ojos —la Lía que conozco no se rinde, nunca lo ha hecho, así que no lo hagas ahora.

Volví a abrazarla intentando contener la emoción que me habían provocado sus palabras. No iba a llorar, ya estaba bien de tanta lágrima. Le di un beso en la mejilla con fuerza y me despedí de ella. Mientras salía me guiñó un ojo, con una enorme sonrisa.

—¡¡Suerte!!

Sonreí. Sin lugar a duda iba a necesitarla.

Pasé la tarde dándole vueltas a las palabras de Lola, pensando en cuánto de verdad había en ellas y cuál era la mejor forma de afrontar la cena de cumpleaños de Mateo. Aunque mi amiga podía haber tenido un punto al señalar que quizás el sentirnos forzados a llevarnos bien estaba afectando al modo en que nos relacionábamos, no quería hacerme ilusiones al respecto. La posibilidad de que la personalidad de Iván y la mía fueran incompatibles seguía existiendo.

Después de mucho pensar y con la amenaza de un dolor de cabeza, decidí que la mejor opción era dejarlo estar. Mantendría lo que le había dicho a Iván, intentaría ser lo más cordial y educada posible y evitaría en la medida de lo posible entrar en discusiones. Si había algún momento en el que no quería comenzar una discusión era la primera cena de cumpleaños del primer novio de mi hermana pequeña.

Decidir qué ponerme para la cena me llevó casi más reflexión que la conversación con Lola. No quería ir demasiado provocativa y que Iván pensara lo que no era, (aunque una parte de mí quisiera que se le cayera la baba al verme), tampoco podía ir demasiado informal porque no tenía la menor idea de dónde sería la cena. Los trajes de chaqueta que usaba para el trabajo me parecían demasiado profesionales, lo que estaba bien porque esa era su función, pero los descartaba como vestimenta. Al final me decidí por

un vestido ajustado de lana gris oscuro, con el cuello vuelto ancho y lo acompañé con mis botas altas negras de medio tacón. Decidí dejarme el pelo suelto y aplicarme solo el maquillaje justo para disimular mis ojeras y no parecer una muerta viviente.

Cogí las llaves, mi bolso negro tipo saco y la pequeña mochila en la que había puesto lo necesario para pasar la noche en casa de mi hermana si la cosa se alargaba. Observé mi reflejo en el espejo de la entrada antes de salir y me dediqué a mí misma una sonrisa de ánimo. Solo éramos cuatro adultos cenando juntos para celebrar el cumpleaños de uno de ellos, ¿qué podía salir mal?

Capítulo 16

Iván

Habían pasado tres días y seguía sin entender muy bien qué había pasado la última vez que vi a Natalia. Sabía que lo que había dicho tenía sentido e incluso, probablemente, tuviera parte de razón, pero la idea de comportarnos como extraños educados y respetuosos cuando nos encontráramos me sonaba demasiado fría e impersonal y sabía que sería raro. Además, por lo que conocía de Natalia, dudaba mucho que fuera capaz de controlarse. Era impulsiva, tenía mucho carácter y me volvía loco, ¿por qué iba a seguir negándolo?

Me quedé mirando fijamente la camiseta que acababa de quitarme, la misma que en una ocasión había arrojado al cajón con furia porque su color me recordaba al de sus ojos. Ahora se había convertido en mi prenda favorita y apenas me la quitaba. Tenía miedo de que con tanto lavado acabara perdiendo el color, pero no podía evitar querer sentirla sobre mi piel. Era como un pálido recuerdo de lo que sentía cuando los ojos de Natalia se centraban en mí o el calor de su sonrisa o la furia que brillaba en sus ojos cuando conseguía hacerla enfadar.

Entré en la ducha preguntándome en qué momento me había convertido en un bobo romántico, queriendo achacarlo a los nervios por la cena y sabiendo que era algo mucho más profundo. Confiaba en que Natalia no fuera capaz de mantener lo que había dicho, que no pudiera permanecer indiferente a mi presencia, comportándose como si no fuéramos más que dos desconocidos. Habíamos compartido demasiado. No por las discusiones, ni siquiera por el beso. Ese único beso que seguía colándose en mi mente de manera incansable. No podía dejar de imaginar cómo sería si Natalia dejase salir toda la furia y pasión que había en su interior en un beso, del mismo modo en que lo hacía cuando se enfadaba y dejaba que los insultos y las palabras malsonantes desbordaran sus labios. Probablemente sería como un

terremoto de magnitud diez en la escala Richter. De los que son capaces de partir el mundo por la mitad y tras los cuales nada de lo que había antes permanece en pie.

Pero al margen de las peleas y los besos, reales o soñados, habíamos compartido algo mucho más profundo. Cierto que solo había sido durante unas pocas horas robadas. Una sola noche en la que ambos habíamos abierto nuestros corazones y nos habíamos sentido cómodos al hacerlo. Sacando a la luz las partes más rotas y sensibles de nosotros mismos, dejándolas a la vista para ser evaluadas, valoradas y juzgadas, pero con el secreto conocimiento de que el otro las guardaría como lo que eran en realidad: un tesoro. Algo que no mostrábamos a cualquiera y que cedíamos libremente, en confianza, con la esperanza de que el otro le diese el valor que realmente tenía.

Sabía que Natalia había valorado aquel momento tanto como yo y no podía dejar de esperar que llegaran muchos más momentos como ese. Pero para que sucediera, necesitaba que ella se diese cuenta de lo estúpida que era su idea de tratarnos como desconocidos. No lo éramos y, si yo tenía algo que decir al respecto, nunca lo seríamos.

Me quedé plantado frente al armario en ropa interior, observándolo con detenimiento y sin tener la menor idea de qué ponerme. Recordé el día de la fiesta benéfica y cómo me había reído de Mateo cuando me confesó que no sabía qué ponerse.

—¡Mira cómo caen los poderosos! —Mateo me observaba apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa burlona en su rostro —No me digas más, ¿no sabes qué ponerte?

—¡Vete a la mierda! —contesté riendo mientras le lanzaba la toalla empapada que acababa de quitarme.

Mateo la cogió al vuelo mientras se acercaba y se sentó sobre mi cama, cruzando las piernas y adoptando una pose que quería parecer femenina, pero que en él solo parecía ridícula.

—¿Quieres que te ayude a pintarte las uñas?

Acompañó la pregunta con un aleteo de pestañas al tiempo que me miraba poniendo morritos.

—¡Serás capullo! —exclamé mientras me doblaba de la risa —Deja de hacer el tonto y échame una mano.

—Así que... ¿necesitando consejos del Doctor Amor?

Sus cejas subían y bajaban mientras hablaba y yo ya no sabía sin reírme o mandarle a la mierda definitivamente. Volví la mirada hacia el armario y dejé salir todo el aire de mis pulmones.

—¡Esto es ridículo! —exclamé indignado por mi propia inseguridad.

Yo no era inseguro, nunca lo había sido, pero por algún motivo, Natalia sacaba a la luz partes de mí que ni siquiera sabía que existían hasta que la conocí. La mano de Mateo sobre mi hombro hizo que me sobresaltara, no me había dado cuenta de que se había movido. Y esa era otra, últimamente era como si estuviese constantemente en las nubes lo que era extraño dado que ya casi no pensaba en la muerte de Urko. No había olvidado a mi amigo, pero los recuerdos eran cada vez más del tiempo que habíamos pasado juntos y de todo lo que habíamos compartido, que del día de su muerte. Y todo era culpa de ella.

—Estás nervioso, es normal, te gusta Natalia y ya va siendo hora de que te lo admitas a ti mismo.

—Ya me lo he admitido —mascullé entre dientes.

—¡Genial! ¡Bienvenido al club de los patanes enamorados! En breve recibirás tu carné de socio y perderás el derecho a molestarte cuando tus amigos te llamen “calzonazos”.

—¡No tan rápido! ¿Quién está hablando de amor? Natalia me gusta, me atrae..., pero de ahí a la palabra con A hay un camino muy largo.

—Cariño... —me miró aleteando las pestañas una vez más —niégatelo cuanto quieras, pero te tiene bien pillado —. Le miré con cara de cabreo y levantó las manos con las palmas hacia fuera, aparentando rendirse —Está bien, no he dicho nada. Claramente, son imaginaciones mías.

—¿Vaqueros o pantalones de vestir? —pregunté en un intento de cambiar de tema.

—Hasta las trancas... —murmuró Mateo con una sonrisa mientras

señalaba los vaqueros oscuros que tenía en mi mano derecha.

Decidí ignorar el comentario, no quería entrar en una discusión sobre lo que sentía o no por Natalia con Mateo, después de todo, era la hermana de su novia. <<Por lo que si lo mío con Natalia salía adelante... ¿seríamos cuñados?>> Aparté el pensamiento. Acababa de decirle a mi amigo que iba demasiado deprisa y yo estaba pensando en parentescos familiares. El timbre sonó sacándome de mis preocupantes pensamientos y logrando poner mis nervios en primer plano.

—Esas deben ser nuestras chicas, —volví a mirarle molesto mientras me abrochaba los vaqueros y cogía la primera camisa que pillé del armario — perdón, quise decir mi chica y su hermana.

—¿Vas a ir a abrir o vas a dejarlas en la puerta?

—Ya voy, ya voy ¡joder! ¡Si que estamos sensibles!

Mateo salió a abrir y yo me permití a mí mismo coger aire con fuerza y soltarlo lentamente un par de veces en un intento de liberar los nervios que atenazaban mi garganta. Solo esperaba que aquella noche fuera bien y que a Natalia le gustase con aquella camisa... ¡blanca con dibujos de palmeras y pin-ups! ¡Mierda! Me deshice rápidamente de ella, también era mala suerte haber cogido precisamente esa.

Me la había comprado para la despedida de soltero de un compañero de trabajo, el chaval, aunque muy buena gente, era de lo más clásico y estirado vistiendo, así que no se nos había ocurrido otra cosa que aparecer en su despedida con las camisas más horteras y las pintas más estrafalarias posibles. Casi le dio un chungo, pero al final lo pasamos genial.

Poniendo un poco más de atención esta vez, a pesar de que podía escuchar las voces que venían del salón cantando el cumpleaños feliz, cogí una camisa gris acero de mangas largas y me apresuré a abrocharla. Enrollé las mangas a la altura de los codos y me miré por última vez al espejo dándome una sonrisa de ánimo, antes de dirigirme al salón.

El sonido de la risa de Natalia casi consigue que me quede paralizado en el pasillo. No me había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta ese instante. La necesidad de oírla cada día de mi vida mordió con

fuerza en mi pecho. No entendía de dónde venían todas aquellas emociones y sentimientos. Natalia me aturdí, había puesto mi mundo del revés y, aunque la sensación de no controlar nada de lo que sucedía a mi alrededor me volvía loco, no cambiaría nada de lo que había pasado. Bueno, quizás lo que nos había hecho llegar al punto en que ella estaba dispuesta a tratarme como a un desconocido. Pero no creía que pudiera hacerlo, bien sabía Dios que yo me sentía incapaz de verla y comportarme como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Entré al salón con una sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos, para que nadie notase el modo en que me temblaban por tocarla. Tesa se acercó a mí abrazándome y besándome en las mejillas con fuerza, como si hiciera años que no nos veíamos a pesar de que habíamos comido juntos ese mismo día. Mis ojos no paraban de buscar a la dueña de todos y cada uno de mis pensamientos hasta que la localicé saliendo por la puerta que unía la cocina con el salón, con una bandeja de aperitivos en las manos. Estaba preciosa. Con un vestido de lana gris oscuro que acariciaba y moldeaba cada una de sus curvas y unas botas altas de color negro. Su larga melena suelta caía en ondas sobre sus hombros y las manos me picaban por acariciar el rebelde mechón que se escurría sobre sus ojos y colocárselo detrás de la oreja. Antes de besarla hasta hacerle perder el sentido, obviamente. Busqué su rostro, deseando perderme en sus ojos azules y la hermosa sonrisa que me volvía loco. En cambio, encontré un gesto serio, casi cortante. Unos ojos fríos que casi me dejaron congelado y una sonrisa más falsa que una moneda de chocolate. Natalia dejó la bandeja y se acercó a mí extendiendo su mano.

—Hola Iván, ¿qué tal estás?

Su saludo me sonó igual de frío que el que le das al médico antes de que te diagnostique una enfermedad venérea, e igual de desagradable. Me quedé allí, observando su mano durante un instante, sin saber qué hacer o cómo responder a aquel saludo tan impersonal. Natalia me miraba como si estuviéramos en una sala de juntas y no en una cena entre amigos, pero según lo que había dicho la última vez que hablamos no éramos amigos, ¿no? Es más, según sus palabras nunca podríamos llegar a serlo porque éramos incompatibles. La posibilidad de que realmente fuera a comportarse como si no nos conociéramos de nada me golpeó con fuerza. Había desechado aquella

conversación por absurda y sin sentido, pero todo parecía indicar que había ido muy en serio. Hasta el punto de que estaba dispuesta a llevar a cabo su descabellado plan.

Natalia seguía allí, con la mano tendida hacia mí. Comenzó a retirarla al ver que yo no reaccionaba, así que me apresuré a sacar mis manos de los bolsillos y sujetarla. La primera impresión no daba pie a pensar que fuera a tener muchas oportunidades para tocarla y no estaba dispuesto a desaprovechar ninguna de ellas. Envolví su mano con las mías, queriendo aferrarme a ella y no soltarla, deseando... Natalia apartó su mano de un tirón y se excusó, volviendo a la cocina a por el resto de las bandejas. Tesa fue tras ella y yo me quedé mirando la puerta por la que había salido sabiendo que la noche no había empezado bien y temiendo que solo fuera a empeorar. Mateo se limitó a mirarme con una ceja levantada y cara de no entender nada, antes de encogerse de hombros y volverse hacia la mesa para ayudar a las chicas a colocar las cosas que traían de la cocina.

Aunque mi amigo cocinaba bastante bien y, por lo que me había contado, Tesa también, habían decidido encargarse la cena a un catering. Más que nada porque los dos trabajaban, era jueves por la noche y no querían tener que meterse en la cocina, aunque solo fuera para cuatro personas. Les había planteado la posibilidad de irnos a cenar fuera, pero los dos se habían negado. Tenían que trabajar al día siguiente y habían reservado una habitación de hotel para aquella noche que querían aprovechar. Si salíamos después habría copa, o copas, y acabaríamos a las tantas. Preferían cenar en casa y largarse pronto para disfrutar de su noche en pareja. Como si no tuvieran “noche en pareja” todas las noches.

La comida estaba deliciosa y la cena transcurrió tranquila. Demasiado tranquila, quizás. Aunque Natalia hablaba y se reía con Mateo y Tesa, cada vez que yo le preguntaba algo o intentaba entablar conversación con ella, se tensaba en su asiento. Sus respuestas eran formales y casi se limitaban a monosílabos. Cuando se levantaron a traer el segundo plato y nos dejaron solos decidí intentarlo una vez más.

—Tesa me dijo que habías tenido que volver al trabajo, pero aún no sé en qué trabajas.

—Soy diseñadora de interiores.

—Suena interesante —dije con una sonrisa.

—Si tú lo dices —respondió con un encogimiento de hombros sin apartar la vista de la pantalla de su móvil.

Lo había cogido en cuanto su hermana y Mateo se habían levantado de la mesa. Empezaba a estar de los nervios. Tenía ganas de cogerla por los hombros y zarandearla. Aquella no era la Natalia que yo conocía. Echaba de menos sus bromas, sus palabras airadas, sus desplantes, cualquier cosa que demostrara que era consciente de que yo estaba sentado a la misma mesa que ella y que mi presencia le afectaba de algún modo, por pequeño que fuera. Apreté la servilleta con fuerza, cansado de aquel teatro.

—¿No te gusta tu trabajo?

Por fin levantó la cabeza del móvil y me miró extrañada. Después de todo, quizás no le fuera tan indiferente. Y si la única forma de que lo demostrara era cabreándola, estaba más que dispuesto a hacerlo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La forma en que has dicho “si tú lo dices”.

Se limitó a encogerse de hombros una vez más antes de devolver toda su atención a su teléfono. Estrujé la servilleta luchando por resistir la tentación de alargar la mano, arrancárselo de las suyas y estamparlo contra la pared. ¿Quién me iba a decir que iba a acabar sintiendo celos de un aparato electrónico? Competir con un móvil por la atención de Natalia no hacía bien a mi ego, sobre todo si teníamos en cuenta que, a todas luces, iba perdiendo yo.

Mateo y Tesa regresaron y la velada continuó con la misma dinámica. Natalia reía y bromeaba con ellos y me ignoraba o me respondía con monosílabos cuando intervenía en la conversación. Para el postre estaba al borde de una apoplejía por la tensión acumulada. La situación se me hacía insoportable por momentos y cada vez me costaba más no preguntarle a gritos a qué demonios estaba jugando y qué esperaba conseguir con eso. Pero hacerlo sería echar a perder la cena de cumpleaños de Mateo y amargarles la noche a él y a Tesa, y tampoco quería eso.

Natalia se levantó y comenzó a recoger la mesa, llevando las cosas a la

cocina. Su hermana iba a seguirla, pero me apresuré a levantarme y quitarle los platos de las manos.

—Deja que me encargue yo, ¿por qué no os relajáis en el sofá y mimas un rato al cumpleaños?

Acompañé la pregunta con una sonrisa inocente, pero Tesa no parecía muy convencida.

—Vamos, cariño. Este cumpleaños necesita relajarse un poco, deja que ellos se ocupen.

Mateo tiró de su novia hacia el sofá, pero los ojos de ella se dividían entre él, yo y la puerta de la cocina, sin parecer muy convencida de dejarme a solas con su hermana. Mi amigo me dedicó una sonrisa cómplice antes de abrazarla y murmurarle algo al oído, momento que aproveché para dirigirme a la cocina.

La encontré de espaldas a la puerta, enjuagando los platos antes de meterlos en el lavavajillas, y me permití un instante para disfrutar de las vistas. Aquel vestido le sentaba genial.

—¿Quedan muchas cosas en la mesa?

—Esto es lo último.

Me di cuenta de que no sabía que era yo quien había entrado en la cocina porque casi se le cae el plato que estaba enjuagando. El respingo que dio al oír mi voz fue la gota que acabó con mi paciencia.

—¿Se puede saber qué te pasa, Natalia?

—Nada.

Se recompuso con rapidez volviendo a actuar como si no pasara nada y sin girarse ni una sola vez para mirarme.

—¿Nada? Llevas toda la noche ignorándome o respondiéndome con monosílabos...

—“Nada” tiene dos sílabas; Na-da —había dejado lo que tenía entre las manos, poniéndose recta, y agarraba con fuerza el borde del fregadero, pero seguía sin mirarme.

—Natalia... —no iba a gritar, ni a cabrearme, si acabábamos discutiendo

otra vez, lo mismo decidía que lo mejor era que no nos viéramos en absoluto y, después de lo que estaba viendo aquella noche, ya no estaba para nada seguro de que no fuera capaz de hacerlo —sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Sabes perfectamente lo que estoy haciendo, lo único que puedo hacer y lo mismo que deberías estar haciendo tú. Decidimos que esta era la única forma en la que podíamos comportarnos, así que madura y afróntalo. No se trata de ti, ni de mí, solo importan Mateo y Tesa —. Agarró un paño del mostrador y se secó las manos antes de lanzarlo con furia sobre la encimera y girarse al fin —Termina tú con los platos.

Pude ver que su mirada, aunque nuestros ojos se encontraron por un solo segundo, estaba cargada de furia...y de dolor. Fue descubrir ese último sentimiento en sus ojos azules lo que me hizo cerrar la boca con fuerza y que me quedara allí parado, sin saber qué hacer o qué decir, mientras la veía pasar por mi lado en dirección al salón.

Mientras terminaba de colocar las cosas en el lavavajilla, mi cabeza no dejaba de dar vueltas ¿y si había leído las señales mal? ¿y si lo había interpretado todo de manera errónea y Natalia en realidad ni sentía nada por mí, ni yo le importaba en lo más mínimo? Quería aferrarme a ese atisbo de dolor que había detectado en sus ojos, pero podía haberlo leído igual de mal. Quizás solo estaba viendo lo que quería ver, quizás solo estaba preocupada porque fastidiásemos la relación de su hermana. Quizás... Necesitaba saberlo, hablar con ella, que me explicara qué demonios estaba pasando y hacerle saber que su idea de tratarnos como desconocidos era una soberana estupidez, pero no podía hacerlo con Mateo y Tesa delante y estaba bastante seguro de que Natalia no aceptaría quedarse a solas conmigo. Así que solo me quedaba una opción.

Volví al salón y acepté la copa que me tendía Mateo tomando asiento en una de las butacas. La parejita y Natalia estaban en el sofá. Saboreé mi Jack Daniels con hielo observándoles y sin intervenir en la conversación. Mi cabeza estaba demasiado ocupada dando forma a mi plan, solo esperaba que mi amigo me echara una mano y que Natalia no hubiera hablado con Tesa sobre no dejarnos a solas. Aunque estaba bastante seguro de que no lo había hecho, ya que eso sería como decirle que no nos llevábamos bien lo cual sería contraproducente, a esas alturas de la noche no estaba dispuesto a dar nada

por sentado.

En el momento en que se disculpó para ir al baño yo ya estaba más que preparado para poner mi plan en marcha.

—Vaya, ¡qué tarde es! —murmuré mirando el reloj y estirándome en la butaca.

—¿Tarde? —preguntó Mateo mirándome extrañado —Si no son ni las diez y media.

—¿Y eso no te parece tarde? Con la magnífica habitación que tenéis esperándoos debéis estar deseando poder disfrutarla.

Le dirigí una mirada cómplice a mi amigo acompañada de un guiño que pareció hacerle reaccionar.

—Cierto, sí que se nos ha hecho tarde. Será mejor que nos vayamos yendo para el hotel, ¿no, cariño? —dijo mirando a Tesa.

La mirada que ella le devolvió podría derretir los casquetes polares y me hizo saber que mi plan iba a funcionar. Solo necesitaba sacarlos de casa antes de que Natalia saliera del baño, cosa que ocurriría pronto, así que más me valía darme prisa.

—¡Pues nada! Será mejor que os pongáis en marcha —dije poniéndome de pie y recogiendo el abrigo y el bolso que Tesa había dejado sobre una silla en la entrada.

—Pero Lía está aún en el baño... —murmuró nerviosa mientras los empujaba a ambos hacia la puerta.

—No te preocupes, le diré que habéis tenido que iros —le dije con un guiño —tu hermana seguro que lo entiende.

—Vamos, cariño, seguro que a Lía no le importa. Además, Iván cuidará de ella y se asegurará de que llegue bien a casa, ¿verdad?

Mateo me miró con una sonrisa cómplice y me alegré de que mi mejor amigo estuviera de mi parte.

—Por supuesto.

Dejé salir el aire que inconscientemente había estado reteniendo cuando los vi caminar hacia el coche. Al menos hasta que Tesa se dio la vuelta y vino

corriendo en mi dirección.

—¡Mi bufanda!

Me giré con rapidez y alcancé el trozo de tela que reposaba en el respaldo de la silla junto a la entrada con la intención de tendérselo antes de que llegase a la puerta. Natalia debía estar a punto de salir del baño y no quería a Tesa en casa cuando lo hiciese.

—¡Gracias! —se acercó a mí y pensé que iba a darme otro beso, pero me equivocaba —Eres un buen amigo y una gran persona, Iván, —murmuró en mi oído —pero como le hagas daño a mi hermana, te la corto, ¿capicci?

Tessa me miró con una sonrisa de oreja a oreja y una clara amenaza, que hizo que mis bolas se encogieran dentro de mis calzoncillos, asomando en sus ojos, antes de decirme adiós con la mano y correr hacia donde estaba Mateo esperándola. Tesa era dulce y encantadora, pero acababa de dejarme claro que podía dar miedo.

El sonido de la puerta del baño al cerrarse me hizo sentir un miedo muy diferente. La última vez había escuchado yo a Natalia. Ahora era ella la que iba a tener que escucharme a mí.

Cuando entré al salón, ella venía de la cocina. Nuestras miradas se cruzaron por un instante y en la suya pude ver incomodidad y temor, lo que me descolocó aún más.

—¿Y Mateo y Tesa? —preguntó casi en un susurro.

—Me temo que han tenido que marcharse, me pidieron que me despidiera de ti de su parte.

—Entonces será mejor que yo también me vaya.

Natalia intentó escabullirse, pero yo permanecía en la puerta, bloqueándola.

—Tenemos que hablar.

Se enderezó, clavando sus ojos en los míos y por un segundo pensé que mi Natalia estaba de vuelta, pero la sensación duró apenas un instante antes de que volviera a encogerse y ocultase su mirada. Una pregunta golpeó mi mente con fuerza ¿me tenía miedo? No creía haber hecho nada que pudiese justificar las oleadas de temor que salían de su cuerpo. Jamás le había hecho

daño a una mujer físicamente y, si la había herido emocional o sentimentalmente nunca había sido de manera intencionada. Repasé mentalmente una vez más todas las situaciones que habíamos compartido y comprendí que, quizás, sí que ambos nos habíamos herido en más de una ocasión, pero sabía que en ninguna de ellas lo habíamos hecho queriendo. Aun así, nada justificaba que no se sintiera segura en mi presencia.

Di un paso atrás queriendo dejarle espacio para que se sintiera más cómoda y su postura se relajó un poco.

—No creo que quede nada de lo que hablar.

Intentó salir y desplazé mi cuerpo bloqueándole la salida. Me miró con una ceja levantada, antes de encogerse de hombros y girarse hacia la puerta de la cocina. Desde allí podía llegar al pasillo de entrada y salir de la casa, algo que yo no estaba dispuesto a permitir. La agarré del brazo antes de que pudiera salir de la habitación. Mi intención solo había sido la de detenerla, teníamos mucho de qué hablar, no iba a permitir que las cosas entre nosotros siguieran así. Tiré de ella para hacer que se girase y colocándonos frente a frente. Sus ojos permanecían bajos y esa Natalia tímida y apocada me cabreaba tanto o más que la formal y educada con la que había compartido la cena. Necesitaba hacerla reaccionar, quería que se cabrease, que me gritase, que volviera la chica que conocía. La que me sacaba de quicio, la misma que me volvía loco y durante un instante pude verla en sus ojos cargados de furia, antes de que se mordiera el labio inferior y volviese a agachar la mirada. Saber que estaba ahí me animó a presionarla un poco más. No quería un atisbo de Natalia, la quería a ella en estado puro. Avancé, obligándola a dar un paso atrás hasta arrinconarla entre la mesa y mi cuerpo.

Acaricié su mejilla con suavidad, necesitando sentir su piel, antes de colocar dos dedos bajo su barbilla y hacer que levantara la cabeza. Cuando nuestras miradas se encontraron, lo que vi en aquellos ojos azul oscuro casi me vuelve loco. Había tanto anhelo. El temor y la furia tan propia de Natalia se mezclaban con la esperanza y el deseo arrancando el aire de mis pulmones y dejándome sin saber cómo reaccionar. Apartó su rostro con brusquedad, a la vez que empujaba sus manos contra mi pecho queriendo poner distancia entre nuestros cuerpos. Di un renuente paso atrás, dejando algo de espacio entre nuestros pechos, pero no el suficiente para que huyera. Coloqué mis manos sobre la mesa a ambos lados de su cuerpo y observé cómo la más pura

rabia arrasaba con cualquier otra emoción en el azul de sus ojos.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —repitió entre dientes empujándome con más fuerza contra mi pecho.

—¿Eso crees?

Sabía que la sonrisa que llenaba mis labios en aquel momento era comparable a la del gato que se comió al canario, pero no podía evitarlo. Ahora la tenía justo donde la quería y no pensaba dejar que se marchara hasta que no escuchara todo lo que tenía que decirle.

—Ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos la última vez que nos vimos.

—Si no recuerdo mal, tú llegaste, dijiste lo que pensabas y te fuiste. En ningún momento acepté tu ridículo plan de comportarnos como desconocidos y nunca dije que estuviera dispuesto a llevarlo a cabo.

Su boca se abrió y cerró un par de veces, como un pez fuera del agua buscando aire, supuse que buscando algo que decir.

—No he sabido nada de ti en los últimos tres días, me parece que eso es más que suficiente como confirmación.

No podía negarlo. Aunque había querido llamarla, a pesar de que había estado tentado a escribirle muchas veces en los últimos días, no lo había hecho y no había manera de que ella lo supiera.

—Tienes razón. Quise hacerlo, pero me dejaste con mucho que pensar. Llegaste a mi casa, soltaste una bomba y desapareciste...

¿Cómo podía explicarle todo lo que había pasado por mi mente en los últimos días? Separé mi cuerpo del suyo y le di la espalda intentando poner en orden todo lo que había sentido y pensado, buscando la mejor manera de explicarle algo que ni siquiera yo llegaba a entender. Las palabras nunca habían sido lo mío, toda aquella situación era nueva para mí. Nunca había conocido a nadie como Natalia, que me afectase del modo en que ella lo hacía. Nadie que me sacara de quicio y me volviera loco de tantas formas diferentes, pero que al mismo tiempo se había convertido en el centro de mis pensamientos. Discutíamos, los dos éramos cabezotas, a ninguno nos gustaba ceder, éramos impulsivos y en ocasiones un tanto bordes. Ella, además, tenía un sentido del humor que me ponía de los nervios, una forma de ver y vivir la

vida demasiado alocada e inconsciente para mi gusto. Pero todo eso, lejos de hacerme querer perderla de vista, solo hacía que imaginar mi vida sin ella, ahora que la había conocido, me resultara aburrido, plano y triste. Sin nada que mereciese la pena. Me había dado cuenta de lo serio, aburrido y amargado que me había vuelto con los años y eso solo se había acentuado después de la muerte de Urko. Mi baja se había convertido en una sucesión de días sin sentido en los que me limitaba a levantarme, salir a correr, pensar que mi vida era una mierda y esperar a que llegara el día siguiente. Hasta ella. De repente mis días se habían vuelto emocionantes, se habían llenado de luz, había disfrutado de cada encuentro, cada discusión, cada choque de personalidades, hasta volverme adicto a ellas, ¿cómo era eso de retorcido?

Los primeros acordes de “[No me doy por vencido](#)” de Luis Fonsi, empezaron a sonar en el equipo de música. Mateo lo había encendido de fondo durante la cena, pero ahora las notas llenaban el aire de la habitación en silencio. Me giré para verla en la misma posición en que la había dejado, respirando al ver que no había aprovechado mi momento de reflexión para escabullirse. Había estado tan sumido en mis propios sentimientos que lo más probable es que ni siquiera me hubiese dado cuenta. Mi error. Sin saber por qué le tendí la mano.

—Baila conmigo —miró mi mano y luego a mí, extrañada —Nunca hemos bailado juntos.

La mano temblorosa de Natalia se extendió colocándose sobre la mía. Cerré los dedos entorno a los suyos y acaricié la suave piel. Tiré de ella, acercándola a mi pecho y deslicé mis brazos alrededor de sus caderas, apoyando mi barbilla sobre su cabeza.

—¿Iván?

Su palabra sonó temblorosa y la sensación de su aliento en mi cuello me provocó un escalofrío. Agaché la cabeza, hasta colocarla en el hueco entre su hombro y susurré en su oído:

—Shhh. Solo baila... y escucha.

*Me quedo callado. Soy como un niño dormido
que puede despertarse con apenas solo un ruido.
Cuando menos te lo esperas. Cuando menos lo imagino.*

*Sé que un día no me aguanto y voy y te miro
y te lo digo a los gritos y te ríes y me tomas por un loco atrevido
Pues no sabes cuánto tiempo en mis sueños has vivido, ni sospechas cuándo
te nombré.*

*Yo, yo no me doy por vencido. Yo quiero un mundo contigo.
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro.
Una señal del destino*

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido.

Mis manos acariciaron su espalda, podía sentir como las suyas se aferraban a la mía y, sonreí. Aunque solo fuera por aquel instante, por lo que durase aquella canción, podía mantener viva la ilusión de que Natalia se sentía igual que yo. Tan confusa y emocionada, tan insegura ante todo lo que estaba pasando y compartiendo mi mismo anhelo. No quería rendirme, ni que ella lo hiciera. Habíamos tenido un comienzo difícil, nos llevaría tiempo aprender a relacionarnos sin tirarnos los trastos a la cabeza, pero todo mi ser sabía que merecía la pena el esfuerzo, que la mujer que en aquel momento bailaba entre mis brazos podía ser la respuesta a todas mis plegarias. Lo que nunca había buscado, pero siempre había necesitado en mi vida. Aunque no lo hubiese sabido hasta el momento exacto en que sentí que podía perderla para siempre.

*Tengo una flor de bolsillo, marchita de buscar a una mujer que me
quiera
y reciba su perfume hasta traer la primavera y me enseñe lo que no aprendí
de la vida.*

*Que brilla más cada día. Porque estoy tan sólo a un paso de ganarme la
alegría,
porque el corazón levanta una tormenta enfurecida desde aquel momento en
que te vi.*

*Yo, yo no me doy por vencido. Yo quiero un mundo contigo.
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro.
Una señal del destino.*

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido.

*Este silencio esconde demasiadas palabras.
No me detengo, pase lo que pase seguiré...*

La canción terminó, pero nuestros cuerpos continuaron meciéndose al ritmo de nuestras emociones, envueltos en el silencio de la habitación. No quería soltarla, el miedo a que aquel baile no hubiese significado lo mismo para los dos tenía sus garras clavadas en mi estómago. Natalia levantó la cabeza mirándome con ojos soñadores y en ese momento supe que, si no podía decírselo con palabras, iba a demostrárselo con gestos.

Me perdí en sus ojos azules durante un instante antes de bajar mi cabeza y presionar mis labios en los suyos con suavidad, poniendo en aquel beso todo lo que habitaba en mi interior. La besé con cuidado, con toda la dulzura que no sabía que poseía, acariciando sus labios, al tiempo que mis manos delineaban cada línea de su cuerpo. Pude sentir como temblaba entre mis brazos, su aliento salió en un suspiro, chocando contra el mío y animándome a continuar. Sujeté con fuerza las riendas de mi deseo, quería dejar salir toda la pasión de lo que sentía por ella, pero primero necesitaba persuadirla, hacerle saber que ni lo que estaba pasando, ni lo que esperaba que viniese, era fruto de la lujuria sin control, sino que había mucho más detrás de cada gesto, cada caricia, cada aliento y cada beso.

Sus manos se enredaron en mi pelo, acercándose a su boca. Sus labios se separaron en una muda invitación que no dudé en aceptar. Dejé que mi lengua acariciara la suya, bromeando, seduciéndola, a pesar de que nunca había intentado hacerlo antes. Atraje su cuerpo hacia el mío, deseando sentirla más cerca, que nos fundiéramos en uno solo y así pudiera comprender lo que no era capaz de explicarle.

Mi boca vagó hacia su cuello, lamiendo el arco de su oreja, acariciando y mordisqueando cada centímetro de piel al alcance. Deslicé el cuello vuelto de su vestido, agradeciendo que fuera amplio y caído, permitiéndome un mejor acceso a la piel que ocultaba. Recorrí con besos el camino entre su cuello y la clavícula antes de regresar a sus labios.

Las manos de Natalia se tensaron en mis hombros y, por un instante temí que me pidiera que parase. Hacerlo me costaría una parte de mí mismo, pero lo haría si era lo que ella quería.

—Iván... por favor.

Sus palabras sonaban entrecortadas junto a mi oído, mientras sus dientes mordisqueaban el lóbulo de mi oreja. Me estaba volviendo loco y no

conseguía encontrar ni una sola fibra en todo mi cuerpo que se opusiera a ella.

—Dime lo que quieres.

Murmuré antes de enterrar mi rostro en su cuello una vez más y aspirar su olor mientras besaba, lamía y mordisqueaba con suavidad su suave piel.

—A ti.

Nunca pensé que una mujer podría hacerme caer de rodillas con tan solo dos palabras, pero aquella no era una mujer cualquiera y esas dos palabras, en aquel momento, lo significaban todo para mí. Teníamos mucho que hablar, mucho que aclarar y un largo camino por delante si queríamos tener una relación, cosa que yo deseaba más que nada, pero en aquel momento eran nuestros cuerpos los que necesitaban expresarse y el mío tenía tantas cosas que decirle...

Capítulo 17

Lía

Había sido una noche mágica. Por muy ridículo o cursi que sonase, no encontraba otra forma de describirla. Aún sentía las piernas como si fueran gelatina cuando desperté envuelta en los brazos de un Iván profundamente dormido. Me permití a mí misma disfrutar de la sensación de su cuerpo contra el mío, del calor de su abrazo, durante un instante antes de levantarme al baño. Había ciertas cosas que nadie podía hacer por mí.

Observé mi rostro en el espejo. Tenía el pelo revuelto y no pude evitar que el rubor cubriera mis mejillas al recordar cómo se me había enredado. Lo que había empezado como una discusión, se había convertido en el baile lento más romántico de mi vida para acabar en el beso más dulce y sensual que me habían dado nunca. La ternura con la que me había tratado en todo momento, el cuidado que había puesto en cada instante, acariciando, mimando, besando cada centímetro de mi cuerpo con verdadera devoción habían causado pellizcos en mi corazón y que tuviera que controlar las lágrimas. Nunca en mi vida me había sentido tan cuidada, tan apreciada, tan... amada.

Pero esa no había sido la única faceta de Iván que había descubierto aquella noche. Nos habíamos quedado dormidos sobre la cama en algún momento y, alrededor de las tres de la mañana, había sentido la necesidad de levantarme a beber agua. Me había puesto su camisa sobre mi cuerpo desnudo y había ido a la cocina descalza, intentando hacer el menor ruido posible. Las dudas sobre lo que acabábamos de hacer habían empezado a rondar mi cabeza en el mismo momento en que me encontré sola en la cocina. Al menos hasta que el cuerpo caliente de Iván se había apretado contra mi espalda arrinconándome contra la encimera. Aquella ocasión no había tenido nada de dulce o suave, había sido pasión y deseo en estado puro, como si hubiera sentido los miedos que habían empezado a crecer en mi interior y se hubiese propuesto eliminarlos con placer. Había sido salvaje,

como si ambos quisiéramos devorarnos enteros y no dejar ni las migajas. La pasión nos había arrollado en cada beso, roce y caricia, haciendo que mis dudas salieran por la ventana con cada empuje. Y, a pesar de todo, los ojos de Iván, en cada mirada, me habían mostrado más amor y cariño que los de ningún otro. Me había devuelto a la cama en brazos, entre besos, caricias y arrumacos, porque mis piernas eran incapaces de mantenerme en pie después de aquel asalto. Nos había cubierto con el edredón, envolviendo mi cuerpo con sus brazos, sin dejar de acariciarme. Solo había pronunciado tres palabras: no te alejes, antes de caer dormido. Estaba segura de que él pensaba que no las había escuchado, pero habían echado raíces en mi mente, haciendo que una sonrisa tonta se dibujase en mis labios antes de caer rendida por fin en los brazos de Morfeo.

No quería alejarme, quería muchas más noches como aquellas y las quería todas con él. Aún teníamos mucho que hablar, no quería engañarme a mí misma. Una noche maravillosa, dos, si contábamos la del domingo, que también lo había sido, aunque de otra manera, no arreglaba nuestras diferencias. Sabía que nos quedaba un largo camino por recorrer si queríamos llegar a alguna parte juntos.

Salí del baño y le observé durmiendo en la cama. El edredón enredado en sus caderas, su pecho delgado y perfectamente definido y su rostro sereno y en calma. Nunca le había visto tan relajado. Quería que abriese los ojos y perderme una vez más en ellos y, de repente, me entró pánico. Si se despertaba, cuando se despertase, tendríamos que hablar y no sabía muy bien qué iba a decirle, ni qué iba a decir él. Todo lo sucedido me hacía pensar que no había sido una simple noche y que Iván quería algo más, pero mi lista de relaciones fallidas no me convertía precisamente en una experta leyendo las intenciones de los hombres. ¿Y si despertaba y volvíamos a discutir? ¿Y si no esperaba encontrarme en su cama? ¿Y si, con la luz de la mañana, se arrepentía de lo que había pasado entre nosotros?

Lo admito, en aquel momento actué como una cobarde. Cogí mi ropa y me la puse lo más rápida y silenciosamente que pude antes de garabatear una nota, dejarla sobre la almohada y salir de la casa. Si se arrepentía de lo sucedido, la nota solo haría que se riese de mí, pero si no era así y no había interpretado mal las señales, le haría saber que no tenía intención de alejarme. Si quería que volviésemos a vernos y hablásemos, solo tendría que llamarme. Si, por el contrario, para él solo había sido una noche más, (*<<por favor que*

para él no haya sido una noche más>>), con no dar señales de vida pillaría la indirecta. Ya me encargaría yo de recoger los pedazos de mi destrozado corazón y volver a recomponerlo.

Salí a la calle y el frío aire de la mañana se sentía como cristales sobre mi rostro. Apenas eran las siete y las calles estaban desiertas. Subí el cuello de mi abrigo y bajé la cabeza todo lo que pude intentando que la bufanda cubriera la mayor cantidad posible de piel, metí las manos en los bolsillos dispuesta a dar un paseo hasta casa de Tesa.

Cuando llegué, después de saludar a los bichos, me preparé un baño caliente. Necesitaba entrar en calor después del frío y la humedad que parecía haber echado raíces en mi cuerpo a pesar de que apenas había caminado un par de manzanas. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, el aire fresco y el paseo no habían ayudado a aclarar mis pensamientos, así que decidí acostarme un rato y descansar con la esperanza de amanecer más despejada y con las cosas más claras en mi mente. Además, no podía dejar de mirar el móvil. Cada notificación que recibía esperaba que fuera un mensaje de Iván y cada vez que veía un correo spam o del trabajo, un comentario en Facebook o cualquier otra red social o un WhatsApp de otra persona, sentía cómo una parte de mí cada vez más grande se venía abajo. Era absurdo, probablemente ni siquiera se hubiera despertado aún y yo estaba toda ansiosa por tener noticias suyas.

Me metí en la cama sintiendo el frío de las sábanas acariciando mi piel y echando de menos un cuerpo caliente a mi alrededor, para ser exactos el suyo. ¿Podía haberme vuelto adicta a dormir entre sus brazos después de unas pocas horas? Me obligué a mí misma a relajarme y dormir, intentando expulsar de mi mente todas las preguntas e inseguridades, decidí centrarme en lo que había sentido entre sus brazos y volví a quedarme dormida echando de menos sus brazos, pero con una sonrisa en mis labios.

Desperté varias horas después, sintiendo todos los músculos agarrotados y un picor en los dedos de las manos que me impulsaba a mirar el móvil. Haciendo uso de mi, por lo general inexistente, fuerza de voluntad, me levanté ignorando la tentación. Lo metí en el bolsillo de mi bata sin mirarlo y entré al baño. Solo una vez que puse en marcha la cafetera me dije a mí misma que ya era hora de echar un vistazo, después de todo eran más de las doce de la mañana e Iván ya debía llevar un buen rato despierto.

Un vacío se asentó en mi estómago cuando repasé una a una las notificaciones solo para comprobar que ninguna era suya. Dejé la manzana a la que tan solo había dado un mordisco, se me había quitado el hambre, y mi mirada se perdió en las ventanas de la cocina. Ya estaba. Eso era todo. Parecía que mi radar para señales estaba más averiado de lo que creía y aquello no había sido más que un polvo, o un par de ellos, sin ningún sentido o intención más que disfrutar. Sentí algo húmedo sobre mi mano y bajé la cabeza. Odín tenía un sexto sentido para saber cuándo los humanos necesitaban mimos, como casi todos los animales, y estaba intentando mostrarme su apoyo a su manera. Me dejé caer de rodillas sobre el suelo de la cocina, agradeciendo que mi hermana lo hubiera puesto de madera, y me abracé al enorme cachorro. Durante un rato dejé que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas prometiéndome a mí misma que era la última vez, pero de verdad. Cuando conseguí recomponerme, le puse de comer a Odín y a las gatas antes de darme una ducha rápida y vestirme, dispuesta a salir a la calle a darle un paseo al cachorro y a continuar con mi vida como si no hubiera pasado nada. Después de todo parecía que había sido así. Me obligué a dejar el móvil en casa para evitar la tentación de seguir mirándolo a la espera de unas noticias que cada vez estaba más segura de que no llegarían nunca y salí a la calle. Quizás debería hablar con mi hermana y plantearme adoptar un par de gatos o tres. Si mi destino era convertirme en la loca de los gatos, cuánto antes lo asumiera y empezara a prepararme para mi papel, mejor.

—¿Lía?

Apenas había caminado unos metros pensando en gatos cuando alguien me llamó. Me giré y vi un rostro que hacía años que no veía.

—¿Candela?

Mi amiga de la infancia corrió hacia mí cruzando desde la otra acera sin mirar, haciendo que el único coche que circulaba tuviera que pegar un frenazo. Nos abrazamos y saltamos como dos idiotas mientras la gente, pasaba a nuestro alrededor mirándonos entre gestos de burla y sonrisas. Odín se unió a nosotras entre ladridos y saltos, pareciendo tan excitado por el reencuentro como la loca de mi amiga y yo.

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas en Cádiz.

—¿Que qué hago aquí? ¿Qué haces aquí tú? ¿No se supone que te casaste con un americano y te habías ido a vivir a Nueva York, Florida o algún sitio chic de esos?

—¡Nueva York, dice! ¡Más quisiera! No, hija, sí que me casé con un americano, pero nada tan estiloso. Te aseguro que, si hubiera sabido lo que me esperaba, no me habría casado con un granjero de Wyoming. ¡Qué hartura de frío, por Dios!

—¿De Wyoming, en serio? Ya podías haberte buscado uno de un estado más divertido.

—¿A que sí? Eso mismo pensé yo la primera vez que llegué allí. Tanto frío, tanto pasto... ¡¡tan poca gente!! Que sí, que lo de casarse con un vaquero pone mucho, pero cuando llegas allí y te ves en un pueblo de poco más de 500 habitantes, rodeada de pastos, sin nada que hacer más que mirar caballos y vacas. Ni una tienda, ni un cine, ni un bar decente, levantándote al amanecer para dar de comer a las gallinas y acostándote a las tantas reventada del trabajo en la granja... Que no, nena, que eso no era para mí. A mí déjame en la ciudad. Con sus tiendas, sus Starbucks, su gente, su calorcito en verano, la playita...

—Pues qué quieres que te diga, esto precisamente tampoco es Nueva York. Olvídate de encontrar un Starbucks por las cercanías —respondí entre risas.

—Tú sabes lo que quiero decir...

Odín empezó a tirar de la correa, inquieto, cansado de estar a pie parado y deseando el paseo que le había prometido. Miré a mi amiga un tanto apurada, Odín necesitaba estirar las patas, pero hacía años que no veía a Candela y me moría de ganas por seguir con nuestra charla y saber qué había sido de ella durante todo ese tiempo.

—Tengo que seguir paseando al perro —dije con desgana.

—¿Perro? En el rancho de Matt había caballos más pequeños —respondió entre risas.

—Y eso que solo tiene nueve meses...

—Pues no sé cómo lo vas a meter por la puerta cuando cumpla el año —concluyó mientras ambas reíamos.

—Oye, ¿por qué no quedamos en media hora y desayunamos juntas? La verdad es que me apetece un montón que nos pongamos al día.

—Tengo una idea mejor. Acompáñame a hacer un recado mientras paseas al perro y a la vuelta lo dejamos en casa y nos vamos a desayunar, así me aseguro de que no te escapes sin escuchar todas y cada una de mis penas y lamentos.

Enganchó mi brazo entre risas y empezó a tirar de mí en dirección a la Calle Ancha, una de las más céntricas del pueblo. El paseo no duró más de veinte minutos y lo aprovechamos para ponernos al día de nuestras familias. Candela y yo nos habíamos conocido siendo aún muy pequeñas. Nuestros abuelos eran vecinos y, aunque sus padres vivían en Sevilla, pasaba los veranos y todas las vacaciones en casa de sus “yayos”. Habíamos aprendido a nadar juntas, habíamos participado en todos los concursos de castillos de arena hasta que fuimos demasiado mayores para que nos dejaran inscribirnos. Bueno, más bien hasta que, cuando teníamos catorce años, los organizadores se dieron cuenta de que lo que había en nuestros vasos promocionales de refresco no era precisamente una bebida azucarada sino más bien zumo de cebada. A esa edad ni siquiera nos gustaba la cerveza, pero nos habíamos creído que pareceríamos muy “guays”. Lógicamente, no habíamos pensado en lo que pasaría si nos descubrían y se lo decían a nuestros padres y tampoco en el mes de castigo que nos costó la gracia, pero sí que conseguimos que todos los niños nos miraran al pasar y nos señalaran como las chicas malas de la playa. Habían sido buenos tiempos. Las primeras salidas, los primeros amores de verano, las primeras juergas y también borracheras, porque a ciertas edades, aunque siguiera sin gustarnos del todo la cerveza, sí que habíamos hecho nuestros pinitos con otras bebidas alcohólicas.

Al final, como suele pasar, habíamos acabado distanciándonos. No había habido ningún motivo concreto, empezamos la universidad, ella estudiaba en Sevilla y yo me había ido a Madrid. Habíamos dejado de pasar todo el verano en el pueblo para irnos de viaje con amigos o ligues y, poco a poco, habíamos perdido el contacto pasando a vernos muy de tarde en tarde y de ahí a cruzarnos por el pueblo por casualidad, hasta que había dejado de verla. Con el tiempo, a través de amigos comunes, me había enterado de que se había casado con un americano de la base y se había ido a Estados Unidos con él. Para ser sincera, no había vuelto a pensar en ella desde entonces, pero el reencuentro había traído muchos recuerdos y el cariño seguía ahí. En

realidad, se sentía como si solo hubieran pasado un par de días desde la última vez que nos vimos en lugar de años.

Me acompañó a casa de Tesa a dejar a Odín sin parar de cotillear sobre el resto de los miembros de nuestra antigua pandilla. No pude esconder mi sorpresa ante algunas de las cosas que me contó sobre ellos y, poniéndome al día de nuestros antiguos amigos como estaba, tampoco puede resistir la tentación de preguntar por Lolo, el guaperas del grupo. Había estado secretamente enamorada de él durante la mayor parte de mi adolescencia y había sido testigo de cómo se liaba con casi todas las chicas del grupo. El “casi”, como era de esperar, había sido yo. Era tan pava en aquella época y estaba tan coladita por él, que me había limitado a suspirar por sus huesos a una distancia prudencial de más de dos metros y a llorar en la almohada cada vez que se liaba con otra, pero sin ser capaz de hacerme notar, aunque me fuera la vida en ello, y sufriendo en secreto mi enamoramiento. El caso era que Lolo, el “machomen” al parecer se había casado a los diecinueve después de haber dejado embarazada a la hija de quien no debía, la del jefe de su padre, vamos. Aquello lo sabía porque el rumor había corrido por el pueblo como la pólvora y había sido la comidilla de las marujas durante mucho tiempo. De lo que no me había enterado es de que se había separado hacía un par de años después de que su amante esposa y madre de sus tres preciosos churumbeles, le encontrara en la cama con Diego, el mejor amigo de Lolo de toda la vida y padrino de su hijo mayor... Si es que una no gana para sorpresas. A esas alturas de la conversación ya íbamos por el segundo café después de haber devorado nuestras tostadas y yo no podía parar de reírme.

—¿Lolo? ¿Gay? ¿y con Diego? ¡Eso sí que no me lo esperaba! —dije secándome las lágrimas de la risa al tiempo que me sujetaba el estómago por miedo a que se descolgase de tanta carcajada.

—Seguro que su mujer tampoco... —la voz de Candela sonó ausente al tiempo que su mirada se perdía en la gente que pasaba frente a la terraza. Por si eso no fuera poco para escamarme, no se estaba riendo. No necesitaba más para saber que allí había algo que se me estaba escapando.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Mi amiga puso una sonrisa falsa en su rostro antes de girarse hacia mí y mirarme como si acabara de acordarse de que no estaba sola.

—¡Nada, tonta! Es que acabo de acordarme de que tengo algo pendiente.

Eché mano a su bolso con toda la intención de pagar e irse, pero sabía que había algo que le preocupaba. Podía no haber estado en su vida durante los últimos diez años, pero en aquel momento estaba allí y pensaba ayudar a mi amiga en lo que fuese.

—Candela, nos conocemos desde que llevábamos pañales —dije con una sonrisa sosteniendo su mano —puede que llevemos años sin vernos, pero aún sé cuándo hay algo que te molesta. Suéltalo. Ya sabes, problema contado... —concluí con un guiño cómplice.

Ella suspiró en su asiento elevando la vista al techo, tuve la sensación de que estaba conteniendo las lágrimas y supe que, lo que fuera que le pasase, era grave. Lo bastante para que jamás me lo contase en un bar lleno de gente en medio del pueblo, donde cualquiera podría escuchar, aunque fuera sin querer.

—Tengo una idea, ¿qué te parece si pago y nos vamos a dar un paseo por el espigón? Por los viejos tiempos... —acaricié su mano una vez más sintiéndome mal porque las cosas se hubieran torcido de aquella manera cuando lo estábamos pasando tan bien —¡Venga, tonta! Que aún recuerdo lo que te gustaba irte allí con tus ligues a darte el lote...

Candela rompió a reír y un poco de la tensión que estaba sintiendo en mi interior al verla tan triste se liberó.

—¿Te acuerdas cuando Nando quiso impresionarme dando una voltereta y acabó en urgencias con una pierna rota? —dijo entre risas y el resto del nudo que tenía en el estómago se soltó al recordar aquel momento.

—Mira que saltar hacia el lado que daba al mar... suerte que solo fue una pierna y no la cabeza lo que se rompió. No sé cómo a nuestras madres no les daba un infarto cada vez que salíamos, no teníamos una idea buena.

Dejamos el bar entre risas, con el buen ambiente recuperado, pero teniendo muy presente en mi mente que había algo de lo que Candela necesitaba hablar y que no iba a dejar estar. Mi amiga siempre había sido muy “de hemorroides”, de las que sufren en silencio, vamos, y ya de adolescente, cuando algo le preocupaba o tenía algún problema, había que sacárselo a tirones. Parecía que la edad no había cambiado eso de ella.

Llegamos al espigón y nos sentamos en el mismo banco del que había saltado el idiota de Nando una noche hacía unos cuantos años. Solo de pensar en la cantidad de tiempo que hacía de aquello me mareaba. Nos relajamos durante un rato observando Cádiz en la distancia, los barcos que salían del puerto, la actividad de los pescadores y el ir y venir de las olas. La mañana era cálida para estar casi a finales de octubre, sobre todo, teniendo en cuenta lo húmedas y frías que habían sido las últimas noches. Y el frío que había hecho aquella mañana cuando salí de casa de Iván. Meforcé a mí misma a sacarlo de mis pensamientos, no era el momento de revolcarme en mis problemas, tenía que centrarme en Candela. Quizás, escuchar a mi amiga podría servirme de terapia, ayudarme a poner distancia con mis propios sentimientos y ver las cosas en perspectiva. Empujé su hombro con suavidad, recordándole que estaba con ella, a su lado para lo que necesitara, pero sin querer presionarla. Cogió aire y elevó la vista al cielo al tiempo que su mano se deslizaba hasta alcanzar la mía y apretarla con fuerza.

—¿Sabes? Te he echado mucho de menos. Eras la única capaz de hacerme hablar —me miró con una sonrisa triste en los labios —y parece que aún conservas ese don.

Sostuve su mano con la izquierda para poder pasar mi brazo derecho sobre sus hombros.

—Aunque no lo creas, yo también te he echado de menos. Aunque no me haya dado cuenta hasta ahora —dije con un encogimiento de hombros y ambas nos echamos a reír.

—¿Sabes? Era feliz en Wyoming. A pesar de que no había más que pastos, hacía frío y el pueblo tenía menos de quinientos habitantes. Era feliz. Se había convertido en mi hogar, mi familia y amaba a Matt. Poder estar con él, lo era todo para mí.

—¿Entonces? ¿Por qué volviste?

—Casarse con un vaquero tiene su lado excitante, pero también es duro. La vida en un rancho es sacrificada y difícil y, si aquí los cotilleos corren como la pólvora, imagina en un pueblo con tan pocos habitantes y en el que la mayoría viven aferrados a las costumbres y creencias del siglo pasado... —la miré sin comprender —Ya sabes, los vaqueros deben ser tipos rudos, machos fuertes y determinados —dijo poniendo voz de “machote” —y Matt

es...

—Gay —dije terminando la frase que sabía que ella no era capaz de acabar. Agachó la cabeza asintiendo. —lo imaginé por tu reacción cuando hablábamos de Lolo —una idea pasó por mi mente —Espera. No lo pillarías en plena faena, ¿verdad?

—No, no, ¡gracias a Dios! No sé si habría sido capaz de superar algo así. Él simplemente... —se encogió de hombros —supongo que se cansó de vivir una mentira. Una noche invitó a cenar al capataz del rancho, su mano derecha, Steve. Después de la cena nos sentamos en el sofá y estuvimos charlando un rato. Debí darme cuenta por las miradas que intercambiaban, por la forma en la que Steve me miraba, como con pena, pero supongo que estaba demasiado centrada en lo perfecta que era mi vida, ¿se puede ser más tonta? —me preguntó girándose para mirarme a los ojos.

—No eres tonta, le amabas y creías que él te amaba a ti. La gente normal no suele pensar que su pareja es gay y menos cuando llevan no sé cuántos años casados.

—Ocho años. Ocho años de mentiras y yo sin darme cuenta —negó con la cabeza dejando caer sus hombros —El caso es que en un momento de la noche sujetó mi mano —apretó la mía con fuerza —y me dijo que era gay, que siempre lo había sido y que estaba enamorado de Steve desde que eran adolescentes. Lo siguiente que hizo fue tenderme un sobre con los papeles del divorcio. Así que ni siquiera me dejó la opción de pensar que había sido algo que no sabía, que lo había descubierto con el tiempo, después de conocerme... No, resultó que yo era la otra, siempre he sido la otra, la tapadera perfecta. No quise escuchar más, firmé los papeles sin leerlos, hice las maletas y me fui del rancho. Dos días después estaba de vuelta a España y de eso hace tres meses. A todo el mundo le he contado la historia de que estaba cansada del pueblo pequeño, el frío y la vida en el rancho y parece haber colado para todos... menos para ti —la abracé con fuerza.

—Creo que necesitabas contarle a Candela, decirle a alguien lo que tiene tu corazón destrozado, porque hasta que no lo saques no podrás empezar a curarlo y volver a avanzar.

Estreché a mi amiga contra mi pecho, abrazándola con fuerza, mientras sentía su cuerpo temblar. Dejé que llorara mientras acariciaba su espalda con

la mano, intentando demostrarle que no estaba sola, que podía dejar de ser fuerte durante un rato y, simplemente, dejarlo ir. Aceptar que nuestra historia de amor soñada no es el sueño que creíamos no es fácil, pero es la única forma de abrir la puerta para que lleguen otras historias, que quizás no sean soñadas, pero seguro que pueden hacernos soñar. Aunque solo sea durante un rato.

A Candela le quedaba mucho camino para volver a abrir su corazón a alguien, sobre todo teniendo en cuenta que su autoestima estaba bajo mínimos. La idea de haber sido la otra durante tanto tiempo había calado con fuerza en ella y le iba a costar recuperarse, pero lo haría. Era fuerte y no iba a estar sola. En ese momento decidí que no volvería a perder el contacto con ella, que me esforzaría por recuperar la relación que tuvimos hace años. Más maduras, con más canas, más kilos, más arrugas y menos locuras... o quizás las mismas. Eso no lo había decidido aún. Quería a Candela en mi vida de nuevo, y no porque lo estuviera pasando mal y necesitase ayuda, ni porque me sintiera en la obligación de estar ahí para ella, ni porque tuviera complejo de Superman, ni de mamá pato, ni de gallina clueca. La quería en mi vida porque unas horas con ella me habían recordado quien era yo.

—¿Sabes? —dijo levantando la cabeza de mi pecho, aún con los ojos cubiertos de lágrimas, rojos por el llanto, pero con una sonrisa tranquila en sus labios —Me he llevado ocho años culpándome a mí misma por no haberme quedado embarazada y los tres últimos meses dando gracias por no haber tenido hijos. Lo habría hecho todo mucho más complicado.

Candela siempre había querido ser madre, y una madre joven, por lo que no haberse quedado embarazada en todo ese tiempo debía haber sido para ella un suplicio. Al menos ahora eso era algo de lo que alegrarse y no un peso más sobre su cabeza.

Continuamos hablando, para liberar tensiones y que no pensara que era la única que compartía cosas dolorosas, le hablé de Mark. No era comparable, claro está, pero al menos se rio con la historia.

—Deberíamos hacernos lesbianas, —dijo después de mirar un rato el horizonte en silencio —los hombres solo dan problemas.

—Pero están tan buenos... —respondí soñadora.

—Depende del hombre... y, además, con los años se quedan calvos y les

sale tripa.

—No a todos, a algunos los años le sientan muy bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que hablas de alguien en concreto? — preguntó poniéndose recta en el asiento y mirándome fijamente.

—Esa es historia para otro día —me levanté del banco sacudiéndome el trasero —¿Una cerveza?

—Al final le cogiste el gusto, ¿eh? —respondió levantándose y enganchándose a mi brazo —Vamos a empezar por una y después ya veremos si me hablas de ese madurito resultón.

Volvimos caminando al pueblo entre risas, haciéndome el firme propósito de no hablar de Iván. Era demasiado reciente. Sentí la tentación de mirar el móvil, pero continuaba en mi mesilla de noche, no había recordado cogerlo cuando dejamos a Odín y le enseñé la casa de Tesa a Candela. Mejor, así no habría nada que me recordara que no había dado señales de vida. Incluso podría engañarme a mí misma unas horas más, pensando que lo había hecho y encontraría miles de mensajes y llamadas perdidas tuyas cuando llegara a casa. Bendita ignorancia.

El resto del día lo pasamos entre risas, confesiones, alguna que otra llantina más, cuando Candela me hablaba de Matt, y muchos recuerdos. La cerveza se convirtió en varias y decidimos, bueno, más bien fue una necesidad llegado el momento en que había más alcohol que sangre en nuestras venas, pasarnos por la pizzería a la que habíamos ido siempre de adolescentes a comer algo. Después del café, a eso de las cinco de la tarde, decidimos que, si conseguíamos llegar a casa rectas, sería todo un logro. Era consciente de que hacía tiempo que las palabras no salían de mi boca todo lo claras que deberían y que no me importaba en lo más mínimo. Nos despedimos en el mismo sitio en que nos habíamos encontrado aquella mañana, al parecer Candela iba a quedarse un tiempo en la antigua casa de sus abuelos, por lo que nos teníamos localizadas. Quedamos en volver a vernos pronto y me dirigí a casa de mi hermana despacio, intentando que mi mareo no fuera demasiado obvio para todo aquel que se cruzara conmigo.

Caí en la cama rendida mientras la habitación daba vueltas a mi alrededor. No estaba acostumbrada a beber más de una cerveza y había perdido la cuenta de cuántas habían sido. Por alguna extraña razón, mi cuerpo

toleraba mejor las bebidas alcohólicas de mayor graduación. Probablemente porque en el tiempo en que me bebía un cubata caían cuatro zumos de cebada, pero estaba demasiado cansada para pensar en ello. Me quedé allí, tumbada sobre el edredón, mirando un punto fijo del techo en un intento de controlar el mareo. Debí quedarme dormida en algún momento porque, cuando sonó mi móvil, seguía allí tumbada, con un rastro de babas que iba de mi boca a la almohada, el jersey enrollado a la altura de mi estómago y el edredón blanco manchado de suciedad gracias a la suela de mis botas. Ni siquiera me había quitado los zapatos. Extendí la mano hacia la mesilla mientras con la otra masajéaba mi frente intentando librarme del dolor de cabeza.

—¿Diga? —respondí sin mirar el identificador de llamadas.

—¿Natalia? ¿Estás bien?

Me enderecé sobre la cama de un salto y lamenté hacerlo cuando mi estómago se revolvió amenazando con expulsar lo mucho que había bebido y lo poco que había comido, sin distinción alguna.

—¿Iván? —miré el teléfono aturdida, preguntándome si estaba teniendo alguna alucinación debida a la borrachera. Eran las cinco y media de la tarde, por lo que apenas había cerrado los ojos unos minutos y el dolor de cabeza crecía a marchas forzadas.

—¡Llevo horas llamándote! ¿Estás bien? Me tenías preocupado.

—Sí, estoy bien...

Mi voz sonaba pastosa y algo ronca, lejos de sonar sexi sonaba más a una borracha que se había bebido hasta el agua de los floreros a la vez que se fumaba toda la fábrica de tabacalera. La boca me sabía como si hubiera hecho precisamente eso, a pesar de que hacía años que había dejado de fumar.

—¿Te he despertado? Lo siento, es que no respondías a mis mensajes ni me cogías el teléfono y...

—Perdona, dejé el móvil en casa, me encontré con una amiga a la que hacía años que no veía y la cosa se nos ha ido de las manos.

—Habéis celebrado el reencuentro a lo grande, ¿eh? —dijo divertido.

—Podría decirse que sí —mi cabeza me estaba matando y mis neuronas

no acababan de conectar como debían —¿te importa si te llamo en un rato? Necesito una ducha y una tortilla de aspirinas.

—Claro, hablamos en un rato, preciosa. Descansa.

La ternura en la voz de Iván al despedirse probablemente habría hecho que me temblaran las piernas si en aquel momento no me encontrase ya hecha polvo. Mi cerebro no estaba en condiciones para procesar el modo en que lo había dicho ni lo que había dicho. Probablemente debería haberme ilusionado saber que me había estado llamando y que se había preocupado por mí. Probablemente, si no fuera por las náuseas, el dolor de cabeza y el malestar general, habría estado dando botes de alegría, abrazando el móvil contra el pecho e imaginando cómo sería mi traje de novia cual estúpida colegiala.

En cambio, lancé el teléfono contra el colchón sin mucho miramiento y corrí hacia el baño dispuesta a abrazarme al inodoro y demostrarle todo mi cariño mientras vaciaba el contenido de mi estómago. Para cuando conseguí levantarme del suelo del cuarto de baño, tenía escalofríos por todo el cuerpo. Me arrastré como pude hacía la cocina en busca de las aspirinas después de cepillarme los dientes, con la persistente sensación de que algo peludo se había muerto en mi boca. Varios días antes. Maldiciendo a las amigas de la infancia, los reencuentros, la cerveza y las malas compañías que te dejaban beber sin control, volví a lanzarme sobre la cama. Esta vez, al menos, me aseguré de quitarme las botas, los vaqueros y el jersey antes de deslizarme bajo el edredón.

Lo siguiente en despertarme fue el sonido del timbre de la puerta. El móvil sonó un par de segundos después, o minutos, vete tú a saber. No podía descartar la posibilidad de haberme vuelto a dormir, ya que me costaba la vida mantener los ojos abiertos. Afortunadamente, la habitación estaba a oscuras. Al menos hasta que encendí la lámpara de la mesilla. Bufé cual vampiro al ver la luz del sol y cerré los ojos con fuerza, ante la brillante iluminación. Palmeé sobre la mesilla de noche, con los ojos cerrados y una mano apretando fuerte sobre ellos, en busca del móvil. Volvió a sonar y sentí algo vibrando a mi izquierda, sobre el edredón y justo en el lado contrario de la mesilla que estaba tocando. Mi mano derecha pasó a ocuparse de que ni la más mínima luz llegara hasta mis ojos mientras la izquierda trasteaba sobre el edredón intentando dar con el aparato que no dejaba de sonar taladrando mis

oídos.

—Móvil del infierno, ¡te pillé! —murmuré entre dientes cuando por fin conseguí tenerlo entre mis dedos.

Pulsé el botón para apagar el sonido respirando aliviada. Retiré lentamente la mano de mis ojos cerrados antes de intentar abrirlos lentamente. Ahora recordaba con claridad por qué hacía años que no me emborrachaba. Las resacas eran lo peor. Alargué la mano para bajar la intensidad de la luz de la lamparita agradeciendo el gusto de Tesa por las pijadas, hasta conseguir poder abrir ambos ojos sin querer arrancármelos.

Descolgué el teléfono que aún vibraba en mi mano, no sin antes echar un vistazo al nombre que parpadeaba en la pantalla. Rodrigo. Perfecto, justo lo que necesitaba en aquel momento era una llamada de mi jefe para hablar de trabajo. Me incorporé en la cama, al tiempo que llevaba el teléfono hacia mi oído.

—Hola, jefe.

—¡Ya era hora! ¿Se puede saber dónde te metes?

¿Por qué todo el mundo parecía tan interesado en localizarme precisamente el día que no estaba para hablar con nadie?

—En casa de Tesa, ¿por qué? ¿ha pasado algo?

—¿En casa de tu hermana? ¡Pero si llevo más de veinte minutos llamando al timbre!

—¿Eras tú? Lo siento, no me encontraba bien y me he echado una siesta.

—No te encontrabas bien... ya —dijo con un tono sospechosamente burlón —anda, ponte algo de ropa y haz el favor de bajar a abrirme la puerta, antes de que me congele el culo.

—Claro, ya bajo, no quiera Dios que tu precioso trasero sufra —dije con retintín colgando el teléfono.

Arrastré mi cuerpo como pude de debajo del edredón, tiré de los pantalones del pijama que guardaba debajo de la almohada y metí mis pies en mis zapatillas de dinosaurio. Rodrigo sería mi jefe, pero había venido a mi casa un viernes por la tarde y estando de vacaciones, más le valía no esperar que lo recibiera vestida de punta en blanco.

Conseguí llegar a la puerta bastante recta. El dolor de cabeza había bajado bastante de intensidad y mi estómago, aunque seguía revuelto, ya no parecía que guardara un alien a punto de salir.

—Hola, Rodrigo, ¿qué puedo hacer por ti? —pregunté con una sonrisa falsa y rezumando sarcasmo por la boca.

Mi jefe, y desde aquel momento ex amigo, me repasó de arriba a abajo antes de contestar con una sonrisa.

—Menudas pintas, cualquiera diría que te ha arrollado un autobús.

—Muchas gracias por tan hermosas palabras, siempre es un placer verte. ¿Pasas o quieres que se nos congele el culo a los dos?

Rodrigo se echó a reír mientras entraba en casa.

—No recordaba lo mal que te sienta el alcohol. Ni lo divertida que eres con resaca.

—Ja. Ja. —Reí con sarcasmo al tiempo que cogía la horrible y enorme rebeca de lana, que colgaba del perchero y solía usar para estar en casa, envolviéndome en ella —¿Puedo saber a qué se debe tan encantadora visita?

Volvió a repasarme con la mirada de la cabeza a los pies sin perder la sonrisa.

—Date una ducha y vístete, voy a prepararte algo para la resaca y después te invito a cenar. Tenemos mucho de lo que hablar.

—¡Señor, sí, señor! —exclamé poniéndome firme, algo de lo que me arrepentí en el acto. No calculé las distancias y acabé, además de con dolor de cabeza por hablar tan alto, con un dedo metido en el ojo —¡mierda, joder, mierda!

No recordé bajar la voz, por lo que las punzadas en mi cabeza no dejaban de repetirse mientras escupía sapos y culebras por la boca y cubría mi malherido ojo. Las risas de Rodrigo solo conseguían hacerme enfadar más. Poniendo una mano sobre mi hombro, con la otra retiró la que mantenía cubriendo mi cara.

—Déjame ver —dijo con dulzura y una sonrisa burlona en sus labios que hizo que quisiera pegarle una patada en sus partes, ¡para cachondeo estaba yo! —Parece que no hay nada dañado —me giró despacio poniéndome de

cara a las escaleras, empujándome con suavidad —ve a ducharte, anda y ponte algo bonito. A ver si conseguimos quitarte la resaca y el mal humor.

Caminé hacia las escaleras despacio, no sin antes girarme y sacarle la lengua igual que una niña de cinco años. Menudo diíta llevaba.

Bajé media hora después, algo más espabilada y relajada después de la ducha. Rodrigo me esperaba en la cocina, apoyado en la barra de la isla central, junto a un vaso que contenía un líquido de color morado y... ¿era un apio lo que sobresalía de él? Miré la bebida con cara de asco antes de girarme hacia mi jefe.

—No me mires así y bébetelo. Hasta el fondo.

Su risa me hizo desconfiar aún más. Me acerqué al vaso y olisqueé el contenido ¿qué demonios era aquello?

—No te he dicho que lo huelas, sino que te lo bebas.

—No pienso beberme eso, ¡huele a alcantarilla!

—Pero mira que eres exagerada... Solo son verduras, te ayudará con la resaca, confía en mí.

Puse cara de asco y miré con desconfianza entre el vaso y él. No sabía de cuál de los dos fiarme menos, si de la bebida o de mi jefe. Acerqué el líquido a mis labios y los humedecí en el potingue morado.

—¡Puag! Ni de coña me bebo eso, ya he echado las tripas dos veces, me niego a pasar más tiempo abrazada al váter.

—Deja de quejarte y bébetelo.

Rodrigo me miró serio con los brazos en jarra, asumiendo su postura de jefazo sin tiempo para chorradas. Suspiré, sabía que cuando se ponía así solo había un resultado posible, que se saliera con la suya. Era genial cuando se trataba de trabajo y se la dirigía a otro, pero apestaba cuando yo estaba en el otro extremo y era la receptora. Volví a coger el vaso, me tapé la nariz y me lo tragué de un tirón. Tenía que admitir que el sabor no era tan malo, claro que me había despertado con la boca sabiendo como si algo hubiera muerto en mi lengua. Después de eso no sabía si habría algo que pudiera saber peor. Dejé el vaso con fuerza sobre la encimera y corrí hacia el grifo sacando la lengua y haciendo gestos de asco. Que no supiera tan mal no significaba que

el sabor fuera agradable. Después de dos vasos de agua, me sentí lo suficientemente mejor como para poder hablar.

—¿Contento? —esta vez era yo quien lo miraba serio y con las manos en las caderas —¿Puedo saber qué era esa mierda que me has obligado a beberme?

—Un remedio casero para la resaca, —dijo encogiéndose de hombros al tiempo que estiraba los puños de la camisa bajo su chaqueta —lleva zanahoria, apio, espinacas y... remolacha hervida —lo último lo dijo mirándome desde debajo de sus pestañas con una sonrisa diabólica en los labios.

—¡¿Remolacha?! ¡Puag! Sabes que la odio.

—No haberte emborrachado —dijo desechando mis quejas y mi mirada de asesina en serie con un simple gesto de su mano —¿a que ahora te encuentras mejor?

—Nunca me encontraré mejor, me has hecho comer remolacha —le miré con odio antes de dirigirme hacia el salón —que sepas que, nada más que por eso, la cena te va a salir cara. Mucho.

Le devolví la diabólica sonrisa antes de girarme sobre mis tacones e irme hacia la puerta.

La cena estuvo bastante bien. Sobre todo, teniendo en cuenta que llevaba años queriendo cenar en el restaurante de lujo del hotel de cinco estrellas que había a pie de playa y, hasta aquella noche, no había podido permitírmelo. Llamadme aprovechada, pero no podía dejar pasar una oportunidad así y Rodri me lo había puesto a huevo. Aun así, me porté bastante bien, podía haberme pedido lo más caro de la carta, pero no. Decidí darle un respiro al hombre y pedirme solo lo segundo más caro. Total, el más caro se lo pidió él y siempre podía probarlo de su plato. Si es que donde hay confianza da asco.

Cenamos entre risas, lo cierto era que, aunque el brebaje me había sabido a rayos, había sido efectivo. La cabeza había dejado de dolerme y mi estómago estaba en la fase post borrachera de “me comería un buey, con cáscara y todo”. Rodrigo me puso al día sobre el trabajo y disfruté, quizás un poco demasiado, contándome lo mal que se lo estaban haciendo pasar a Gina. En Telma había encontrado una fiel aliada para sus planes de venganza y, si el brillo en sus ojos al hablar de ella era indicativo, posiblemente algo más.

Mi amiga había conseguido convencerle para darle uno de los brebajes de Mamá Luz que, según le había contado, era muy popular entre sus clientes con parejas infieles ya que acababa con su libido al provocar picor y escozor en sus partes íntimas. No parecía nada agradable y, durante un instante, casi sentí pena por mi pronto ex jefa. Lo de los picores no sabían si había funcionado, pero le había costado un viaje a urgencias y un par de días con la misma cara que Sloth, el feo de la peli de los Goonies, debido a una reacción alérgica a alguno de los ingredientes. Sabía que el hecho de que nos estuviéramos riendo de aquello podría ser considerado cruel, nunca me ha gustado reírme de las desgracias ajenas, pero después de lo que nos había hecho pasar, sobre todo a Rodrigo, no pensaba compadecerme de ella. Además, la cosa se había arreglado con un chute de urbason^[iv], un par de días de reposo y no beber ningún otro potingue de Mamá Luz.

Después de la cena caminamos por el paseo marítimo hasta llegar a un pub cuya terraza tenía vistas al mar. A Rodrigo le apetecía una copa y, aunque yo tenía las mismas ganas de beber alcohol que de hacerme la depilación brasileña con un hierro al rojo vivo, me lo estaba pasando bien y no tenía ganas de irme a casa. Me pedí un refresco y continuamos hablando de trabajo, venganza y planes de futuro. En algún momento de la noche se me soltó la lengua, me había preguntado por Tesa y había empezado a hablarle de Mateo hasta que, sin saber cómo, acabé contándole todo sobre Iván. Que tampoco es que hubiera mucho que contar, o quizás sí. Recordé que había quedado en devolverle la llamada y no lo había hecho. Cogí mi móvil y encontré varias llamadas perdidas tuyas. La última a las doce de la noche. Miré la hora, eran más de las dos de la mañana, probablemente ya se habría acostado y no agradecería que le llamase en aquel momento. Decidí esperar a la mañana siguiente, disculparme y explicarle el día de locos que había tenido y por qué no le había llamado. Sabía que una sonrisa tonta se había colado en mis labios mientras pensaba en ello. Iván me había llamado, al parecer tampoco había sido una noche más para él, y ese pensamiento hacía cosquillas en partes de mi cuerpo de las que no podía hablar con mi jefe. Bueno, sí podía, pero no creía que fuera lo más indicado.

Rodrigo escuchó con atención todo lo que le conté, sin interrumpirme ni hacer ningún comentario sobre el modo en que había desviado el tema ni hacia dónde. Caminábamos hacia casa de Tesa, le había convencido para que se quedase a dormir ya que mi hermana estaría con Mateo. No quería que

cogiese el coche de madrugada, ni después de haber bebido, aunque solo fueran un par de cervezas y una copa.

—Parece que tus vacaciones están dando para mucho —dijo pasando un brazo sobre mis hombros cuando estábamos llegando a casa.

Sonreí ruborizada y sintiéndome un poco tonta. Últimamente parecía que, cuando se trataba de Iván, tenía regresiones constantes a los quince años. Le di un beso en la mejilla y le abracé. Además de mi jefe era mi amigo y siempre podía hablar con él. Me conocía y no me juzgaba a pesar de mis idas de olla y ataques de histeria. Se limitaba a estar a mi lado y apoyarme y nunca podría agradecerse lo suficiente.

Capítulo 18

Gina

Gina observó cómo Rodrigo llamaba insistentemente a la puerta de un chalé adosado de dos plantas. Era bonito, aunque demasiado rústico para su gusto. Demasiadas plantas en el porche delantero y una construcción para nada moderna.

Llevaba semanas notando a su novio distante y raro. Sabía que algo estaba pasando y cuando le dijo que había hecho planes y ella no estaba invitada había decidido tomar cartas en el asunto. Más aún cuando, al preguntarle a qué hora volvería, se había limitado a responder que no era de su incumbencia. ¡Por supuesto que lo era! Rodrigo era su billete de ida a una vida de lujos sin complicaciones ni responsabilidades y no estaba dispuesta a dejarlo escapar. No le preocupaba que le engañara, siempre que al final del día fuera ella quien estuviera a su lado en los actos de la alta sociedad, los restaurantes caros, las vacaciones de lujo y, por supuesto, al pie del altar, lo que hiciera en sus ratos libre y con quien le traía sin cuidado.

Su boca se abrió hasta casi chocar con su pecho al ver quién salía de la puerta. Natalia. No podía comprender qué veía alguien como Rodrigo en ella. Salió a abrirle en lo que parecía un pijama infantil y con unas zapatillas aún más horrendas. Despeinada y hecha unos zorros. No hubo besos ni gestos cariñosos y, por un momento, pensó que aquello podía ser más complicado que una simple aventura, ¿y si Natalia no cumplía su parte del trato y le contaba a Rodrigo lo suyo con Mark? Se sintió tentada a llamarla y recordarle el pacto al que habían llegado y las muchas maneras en las que podría arruinarle la vida si no cumplía con su parte, pero decidió esperar. En la vida, como en el ajedrez, las decisiones apresuradas no llevaban a nada bueno y aquella era la partida más importante de su vida.

Respiró hondo y se reclinó en el asiento del coche, dispuesta a esperar el tiempo que fuera necesario hasta saber qué estaba pasando exactamente.

Salieron casi una hora más tarde. Natalia con un aspecto muy diferente al que tenía al abrir la puerta. Comenzaron a caminar y decidió seguirlos. A la distancia a la que se encontraba no podía escuchar lo que decían, salvo las risas. Sus manos se crisparon al contemplar la complicidad existente entre ellos. No se besaban, ni se cogían de las manos, pero sí bromeaban y Natalia iba enganchada a su brazo. Aquello era casi peor. Si realmente había algo entre ellos, la complicidad que mostraban lo hacía mucho más peligroso que una simple aventura.

Los vio entrar en el restaurante del hotel de cinco estrellas del pueblo y quiso estrangular a Natalia. Llevaba meses intentando convencer a Rodrigo para hacer una escapada de fin de semana a ese mismo hotel ¿y se la llevaba a ella? Se sentó en un bar cercano, sin querer ver lo que sucedía en el interior y deseando saber lo que estaba pasando. Permaneció allí, con la vista clavada en la entrada del hotel, esperando a verlos salir y dispuesta a descubrir en qué habitación estaban e irrumpir en ella si no salían pronto.

Respiró algo más tranquila al verlos dejar el hotel, se ocultó en el interior del bar para evitar que la vieran y, una vez pasaron, continuó tras ellos.

Pasó la noche siguiéndolos, observándolos y preocupándose cada vez más. A medida que pasaban las horas era más consciente de que no había nada sexual entre esos dos, lo que hacía a Natalia más peligrosa si cabía. Rodrigo confiaba en ella y Gina no se engañaría pensando que contaba con la confianza de su pareja. Eso significaba que, en caso de conflicto, la voz de su subordinada pesaría más que la suya propia. Algo que no podía permitir. No si quería que sus planes siguieran adelante.

Sabía que la había cagado al liarse con Mark. Más bien, al aceptar ir a casa de él. Hasta ese día siempre se habían visto en hoteles, lugares donde no pudieran ser descubiertos o pillados in fraganti. Pero no podía resistirse a los encantos de aquel hombre y, al final, había acabado cediendo. Mark y ella siempre habían pensado que lo tenían todo controlado y que solo podían ganar. No se querían, pero disfrutaban en la cama juntos más de lo que lo hacían con ninguna otra persona. Ella controlaba a Rodrigo, tenía dinero y contactos, por lo que podía ayudar a Mark en su carrera como modelo, actor o lo que le diera la gana. Con el cuerpo que tenía el chico podía hacer lo que quisiera. Y Mark... bueno, no era muy listo, pero no necesitaba serlo para hacer que Gina viera las estrellas cada vez que se acostaban juntos y, además,

su falta de inteligencia hacía que no se guardara ninguna información respecto a Natalia. Alguien a quien Gina siempre había querido tener controlada porque sabía que podía ser un problema, porque temía que se convirtiera en uno, y todos esos temores y dudas estaban poniéndose ahora sobre la mesa.

Solo había una forma de solucionarlo, pero primero tenía que asegurarse de que no hubiese abierto la boca.

Volviendo al coche mientras los observaba abrazarse antes de entrar en el chalé de Natalia, cogió el móvil y llamó a su novio. Rodrigo no tardó en responder, lo que le decía que efectivamente, no se trataba de sexo. Puso su voz más seductora mientras le preguntaba cómo estaba y si iba a tardar mucho en volver. Nada en su respuesta ni en su tono de voz, indicaba que Natalia se hubiese ido de la lengua, por lo que se despidió de él diciéndole que le echaba de menos y que se iba a dormir ya, antes de colgar.

Observó la puerta de la casa mientras un plan se formaba en su mente. Natalia era un problema. Había sido un peón útil durante un tiempo, pero ahora se había convertido en un riesgo. Uno que no podía controlar, además. Eso la dejaba con una sola opción. Lo único que tenía que averiguar era cómo hacer que pareciese un accidente.

Capítulo 19

Iván

No podía sacarme a Natalia de la cabeza. La noche del jueves había sido la gota que había vuelto mi mundo del revés. Cuando había cerrado los ojos, con mi cuerpo envuelto alrededor del suyo, sintiéndola relajada entre mis brazos después de haber hecho el amor con ella, de haberla sentido estremecerse bajo mis besos y caricias, en lo único en lo que podía pensar era en que no quería perderla. Le había pedido que no me dejase entre susurros y deseando que me escuchara, aun sabiendo que ya estaba dormida. Si imaginarme la vida sin ella antes, sin sus sonrisas, sus salidas de tono y sus enfados, ya me había parecido algo yermo y aburrido; después de experimentar cómo se sentían nuestros cuerpos unidos, sus besos, sus manos acariciándome, sus gestos, sonidos y gemidos, una vida sin ella, era algo que ni podía ni quería imaginar.

Por eso me había asustado tanto al despertar y encontrar vacío su lado de la cama. La había buscado por toda la casa, esperando encontrarla en el baño, la cocina o cualquier otro lugar. Pero no había encontrado rastro, ni de ella, ni de sus ropas, ni de nada que demostrara que lo que había sucedido la noche anterior había sido real. Quería gritar, lanzar cosas contra las paredes. Correr tras ella y hacerle entender por qué su lugar estaba a mi lado, en mi cama cada mañana, dándome los buenos días con una brillante sonrisa y sus enormes ojos azules cargados de satisfacción. ¿O se levantaría de mal humor? Daba igual. Estaba convencido de que conocía la manera perfecta de hacerla despertar sonriente y satisfecha. Quizás no, pero no pensaba dejar de intentarlo. Sin embargo, se había ido, y la posibilidad de que aquella noche no hubiera cambiado nada entre nosotros, que para ella todo siguiera igual, me volvía loco.

Regresé a la habitación sintiéndome estúpido. Tenía que haber hablado con ella, haberle explicado cómo me sentía, lo que quería de nosotros. Haberlo intentado, aunque ni siquiera yo supiera cómo ponerlo en palabras.

Dejé que mis ojos se deslizaran a través de las sábanas, en su lado del colchón, imaginando cómo se vería su cuerpo desnudo al despertar, cuando algo llamó mi atención. Había un papel un tanto arrugado sobresaliendo bajo la almohada. ¡Había dejado una nota! Me lancé sobre ella como si fuera mi única posibilidad de supervivencia en medio de un naufragio.

“Iván, lo de anoche fue... no sabría cómo describirlo. No sé si hablabas en serio, o si ni siquiera lo dijiste y lo he soñado. Solo quiero que sepas que no quiero dejarte, pero me asusta no saber qué pensarás o pasará cuando te despiertes. Si aún seguirás queriendo lo mismo que anoche o si solo fueron unas cuantas horas robadas al tiempo. No soportaría verte mirarme como si no debiera estar aquí, como si fuera un ligue más, o algo que preferirías olvidar. Si no es así, si para ti ha significado tanto como para mí, o al menos ha significado algo, tienes mi número. Sé que tendremos mucho de qué hablar, pero también sé que, si es lo que queremos los dos, yo tampoco me daré por vencida.

Natalia.”

Cogí mi móvil al tiempo que la volvía a leer. Podía entender sus miedos y por qué se había marchado antes de que me despertase. Habíamos hecho muchas cosas, pero no precisamente hablar de lo que estaba pasando o de lo que pasaría después. Busqué su número en la agenda y llamé sin apartar mi vista del pequeño papel. No cogió el teléfono. Miré la hora en la pantalla y me sorprendí al darme cuenta de que eran más de las doce de la mañana. Hacía años que no dormía hasta tan tarde. Al menos no sin haber tenido guardia la noche antes. No sabía a qué hora se había ido de mi casa, por lo que no tenía ni idea del tiempo que podía llevar esperando mi llamada, ¿y si se había cansado de esperar? Las dudas empezaron a colarse en mi mente, llenándolas de “y si...” y de posibilidades a cada cual peor. Cuando empecé a pensar que quizás había tenido un accidente camino de su casa o la habían secuestrado, supe que era suficiente. Probablemente estuviera durmiendo, o en el baño, o haciendo cualquier otra cosa, y me devolvería la llamada cuando la viese. Decidí darme una ducha y despejarme, estaba empezando a ponerme paranoico sin ninguna razón.

A media tarde ya no estaba tan seguro de no tener razones para pensar mal. La había llamado una docena de veces y le había escrito infinidad de mensajes en los que se veía claramente cómo había ido aumentando mi

preocupación. Decidí intentarlo una última vez. Mientras los tonos se sucedían estaba listo para salir a buscarla y cantarle las cuarenta por tenerme todo el día en un sin vivir. El aire volvió a mis pulmones y creo que respiré con tranquilidad por primera vez en horas, cuando por fin descolgó el teléfono.

—¿Diga? —su voz sonó cansada y algo pastosa, lo que trajo de nuevo la preocupación a mi mente.

—¿Natalia? ¿Estás bien?

—¿Iván? —parecía sorprendida y algo aturdida.

—¡Llevo horas llamándote! ¿Estás bien? Me tenías preocupado.

—Sí, estoy bien...

El tono aturdido y ronco de sus palabras me hizo pensar que acababa de despertarla.

—¿Te he despertado? Lo siento, es que no respondías a mis mensajes ni me cogías el teléfono y...

—Perdona, dejé el móvil en casa, me encontré con una amiga a la que hacía años que no veía y la cosa se nos ha ido de las manos.

—Habéis celebrado el reencuentro a lo grande, ¿eh? —dije divertido.

Eso explicaba por qué no había respondido a mis anteriores llamadas.

—Podría decirse que sí —lo que pareció un gemido de dolor me hizo recordar otros muy diferentes que había bebido de sus labios —¿te importa si te llamo en un rato? Necesito una ducha y una tortilla de aspirinas.

—Claro, hablamos en un rato, preciosa. Descansa.

Mi voz salió ronca y cargada de ternura. Ahora que había conseguido contactar con ella, sabía que estaba bien y que había una razón para que no hubiera contestado a mis llamadas, podía esperar.

Me preparé un café sonriendo por primera vez desde que me di cuenta de que Natalia se había marchado antes de que me despertara.

Mateo pasó un rato por casa, acompañado, como no, de Teresa antes de salir a cenar con unos amigos.

—¿Dormiréis aquí esta noche?

En esta ocasión mi pregunta iba con doble intención. Según lo que me dijera, tendría que convencer a Natalia para que se viniera conmigo a casa... o para que me dejara quedarme en la suya. Sabía que quizás estaba siendo demasiado optimista al pensar que pasaríamos de nuevo la noche juntos tan pronto. Bueno, siempre me había considerado un hombre positivo.

—¿Te importa? —preguntó serio —¿o es que tienes algo que contarme? —su gesto cambió a uno de diversión.

Sabía que mi amigo quería saber qué había pasado exactamente la noche anterior entre Natalia y yo, pero me resistía a contarle nada antes de hablar con ella, de saber qué había significado realmente lo que había sucedido entre nosotros.

—Solo lo pregunto porque cuando Tesa se queda, eres un compañero de piso infinitamente más agradable —la mejor defensa era un buen ataque y sabía que aquello le haría cambiar de tema.

—¡Como si tuvieras alguna queja! —resopló, cruzando sus brazos a la altura de su pecho y mirándome molesto —Soy el mejor compañero de piso que has tenido y tendrás en tu vida —su dedo índice señaló directamente a mi pecho —y más te vale no insinuar lo contrario si no quieres que le hable a mi cuñada de tus manías.

La sonrisa que me dio antes de marcharse no tenía nada que envidiarle a la de un psicópata victorioso. Menos mal que sabía que Mateo me quería demasiado para malmeter entre Natalia y yo. Aunque eso no quitaba el hecho de que tenía manías, algunas de las cuales podían resultar algo... cargantes. ¿Le molestarían a Natalia? ¡Mierda! Otra vez pensando a largo plazo demasiado pronto. Una de mis manías. Analizar, evaluar y planificar absolutamente todos y cada uno de los pasos. Mateo decía que era insoportable, yo simplemente me consideraba alguien previsor a quien no le gustaban que nada le pillara por sorpresa. Sonreí al pensar en Natalia, su impulsividad y la manera que tenía de sorprenderme. Me volvería loco intentando predecir sus reacciones.

Saqué el móvil del bolsillo. Habían pasado más de dos horas y no me había llamado. Estaba muy tentado a llamarla una vez más, ¿era posible echar de menos la voz de alguien? Durante los días que habíamos estado sin hablar

la había extrañado, pero nada comparable a lo que sentía en aquel momento. Recordar su voz cansada, ronca y pastosa por el sueño y el exceso de alcohol, me inundó de una sensación extraña que supuse debía ser ternura. Probablemente debía haber vuelto a dormirse en cuanto me colgó.

Imaginar su rostro dormido entre las sábanas me recordó que había perdido la oportunidad de disfrutar de esa vista aquella mañana. La ansiedad por volver a tenerla en mi cama y aprovechar la ocasión, me hizo apretar el móvil con fuerza, luchando con la tentación.

Mateo y Tesa me entretuvieron con charlas durante un rato, antes de irse de cena. No hicieron ninguna referencia ni volvieron a preguntar nada sobre la noche anterior, aunque las miradas que me enviaba Tesa me decían que se moría por preguntar. Supuse que ella tampoco había podido hablar con su hermana en todo el día y me lo confirmó al preguntarme mientras se despedían. Todos teníamos un límite mordiéndonos la lengua, hasta la más prudente.

—¿Sabes algo de Lía?

—Hablé con ella hace un rato, al parecer se encontró esta mañana con una vieja amiga y se ve que la celebración se les fue un poco de las manos.

—¡A saber con quién se ha encontrado! Pasaré por casa a ver qué tal se encuentra, las resacas nunca le han sentado bien.

—Debe ser de familia —intervino Mateo con una expresión conocedora.

Tesa golpeó con suavidad el pecho de su pareja con una mirada cargada de amor en sus ojos y las mejillas sonrosadas.

—Te avisé, así que no te quejes.

Mateo la besó con suavidad en los labios antes de tomar su mano y tirar de ella hacia la puerta. La complicidad y el amor entre ellos eran una llama vibrante. La envidia por su relación creció en mi pecho junto al deseo de tener lo mismo que ellos y el miedo a no ser capaz de conseguirlo.

Los minutos pasaron y se convirtieron en horas. Natalia seguía sin llamar y yo estaba cada vez más nervioso e intranquilo. Empezaba a sentirme estúpido, sentado mirando el teléfono esperando a que sonara. Parecía que para ella no era tan importante como para mí. Llevaba todo el día sin poder sacármela de la cabeza, dándole vueltas a lo que había pasado y lo que

pasaría después, sin poder pensar en otra cosa. Ella, en cambio, se había ido de juerga con una amiga, a divertirse. Había dejado su móvil en casa cuando yo no era capaz de separarme de él más de un metro, ¿así era como se sentían las adolescentes de las películas americanas mientras esperaban la llamada del quarterback? ¡Dios! Aquella mujer me había convertido en un capullo inseguro y sentimental y no estaba dispuesto a permitirlo.

Metí el móvil en el bolsillo, cogí las llaves y me eché un último vistazo en el espejo de la entrada antes de dirigirme a su casa. Iba a tener que hablar conmigo quisiera o no y, si aún estaba acostada y encontrándose mal, estaría más que encantado de hacerle compañía. Lo que fuera con tal de no perderla de vista hasta que las cosas estuvieran claras entre nosotros.

Permanecí frente a la puerta de su casa durante más de media hora, intercalando llamadas al timbre y a su móvil. Las opciones me parecieron claras; o tenía un sueño muy profundo, o había salido. La segunda posibilidad no quería planteármela. Solo podía significar que estaba despierta y bien para salir, pero no tenía el más mínimo interés en hablar conmigo.

De camino a casa el cabreo crecía en mi interior, junto con la decepción y el desengaño. Natalia era impulsiva y, al parecer, yo solo había sido un impulso más. O, quizá, simplemente no había cambiado de idea y seguía pensando que éramos totalmente incompatibles. Entonces, ¿por qué había dejado la nota? No tenía sentido. Cuando me metí en la cama, la cabeza había empezado a dolerme. Para colmo, la almohada olía a su perfume aumentando mi frustración.

Mi sueño fue intranquilo, despertándome a menudo a lo largo de la noche. La imagen de Urko me había acompañado en sueños, reprochándome haberme olvidado de él por alguien que no tenía el más mínimo interés en mí. Aquello solo consiguió darme un dolor de cabeza y que mi cabreo creciera hasta límites insospechados.

Salí a correr en un intento de despejarme y ver las cosas con claridad. La frustración, el enfado y la culpa por Urko luchaban en mi interior tirando en distintas direcciones hasta que pensé que iba a volverme loco. Cuando regresé, Mateo y Tesa no se habían despertado. Hablar con ellos tampoco era una opción. Después de todo, Natalia era la hermana de Tesa. Además, tampoco tenía claro qué decir, no tenía ni idea de qué era lo que estaba pasando entre nosotros, si es que pasaba algo. Tampoco entendía por qué me

sentía tan enfadado. Normalmente me alegraba no volver a tener noticias de mis compañeras de cama, pero con Natalia era diferente. Quizás ese fuera el problema, que ella hacía que todo fuera diferente. Incluso yo mismo.

Después de ducharme y vestirme, estaba listo para ir en busca de las respuestas que me debía. Volví a su casa dispuesto a aporrear la puerta o acampar en el jardín delantero hasta que hablase conmigo. Me daba igual que alguien pensara que era un acosador, o que llamaran a la policía. Necesitaba respuestas y no iba a parar hasta conseguirlas. Ya me preocuparía de cómo explicárselo a Tesa cuando llegara el momento.

Pegué el dedo al timbre con intención de no retirarlo hasta que se abriera la puerta, o hasta que se me cayera. A esas alturas perder un miembro era lo último que me preocupaba.

La puerta se abrió apenas un par de minutos después. Ante mis ojos apareció un tío con muy mala cara, envuelto tan solo en una toalla y con el pelo húmedo. Cerré los puños mientras lo repasaba de la cabeza a los pies. ¿Quién coño era? Y, lo más importante, ¿qué hacía en casa de Natalia por la mañana y vestido tan solo con una toalla?

—¿Qué quieres? Además de fundir el timbre, claro —comentó en un tono nada amable.

—¿Que quién soy! ¿Quién eres tú y dónde está Natalia? —espeté furioso.

El individuo se tomó su tiempo para mirarme antes de mostrar una sonrisa que no me hizo ni pizca de gracia.

—Iván, ¿no? —dijo ampliando su sonrisa aún más —¡¡Lía!! —gritó sin apartar su vista de mis ojos, como retándome.

—¿Qué pasa?

Natalia bajaba las escaleras corriendo, envuelta en una bata que le cubría lo justo, con sus largas piernas al aire y su larga melena húmeda y ondulada cayendo sobre sus hombros. Bebí de aquella vista hasta el punto de que, por un segundo, me olvidé del hombre que aún sostenía la puerta abierta frente a mí.

Los ojos de ella se ampliaron al verme en la puerta. Un rubor coloreó sus mejillas, al tiempo que se mordía el labio inferior. Su vista oscilaba entre mi posición y la del hombre de pie a mi lado. Sumé dos más dos y el resultado

no me gustó en absoluto.

¿Así que aquello era lo que la había tenido tan ocupada para no llamarme? Tanto decir que no iba a dejarme para esto. Me sentí estúpido, frustrado y profundamente traicionado.

Me di la vuelta dispuesto a largarme de allí y no volver a verla en mi vida. Ya había tenido bastante de Natalia y de su forma de ver la vida.

—¿No quieres pasar?

El tono calmado y, aparentemente conciliador, del cabrón en toalla me tocó las narices, por no decir otra cosa, pero fue su brazo sobre mi hombro lo que me hizo perder el control.

Le lancé un puñetazo en plena cara. A pesar del tiempo que había pasado desde que me había metido en una pelea, mi gancho de derecha seguía siendo bueno y consiguió lo que quería. Me soltó llevándose las manos a la cara antes de caer al suelo. Miré por última vez a Natalia, que corría hacia nosotros, con todo el asco, la decepción y la furia que sentía en aquel momento, antes de dirigir una última mirada al tipo en el suelo. La sangre se deslizaba entre sus dedos, lo que me hizo pensar que, probablemente, le había roto la nariz. Una sonrisa de satisfacción se coló en mis labios durante un segundo, hasta que Natalia se arrodilló junto a él.

—Que te aproveche —murmuré entre dientes hacia el hombre ensangrentado.

Me di la vuelta y me fui. Podía escuchar a Natalia gritar mi nombre, mientras murmuraba palabras ininteligibles supuse que, dirigidas al otro tipo, pero seguí andando. No había nada más que hacer, ni que decir.

Llegué a casa y fui directo a mi habitación. Saqué la maleta del altillo en la parte de arriba del armario y la lancé sobre la cama. No tenía ni idea de a dónde ir. Aunque volver a casa no me resultaba atractivo en aquel momento, cualquier lugar sería mejor que quedarme allí y seguir viendo a Natalia. Era probable que ella se volviera a Cádiz, pero, aun así, tendría que ver a Mateo y Tesa y sus demostraciones de amor. Un recordatorio constante de lo que no iba a tener.

Mi móvil sonó y me envaré, sintiéndolo vibrar en mi bolsillo. Si era Natalia no pensaba responder, no había nada que pudiera decir que cambiara

lo que pensaba en aquel momento y no estaba dispuesto a seguir jugando a su juego por más tiempo. Lo saqué con cuidado, como si fuera una víbora a punto de mordirme, y respiré al ver el nombre de mi amigo Salva en la pantalla.

No tenía ganas de hablar con nadie, pero recordé que me había ofrecido en varias ocasiones que me fuera a pasar unos días con él. Quizás aquello fuera una señal y fuera el momento perfecto para aceptar su invitación. Trabajaba en el parque de bomberos del Puerto de Santa María, una localidad muy cercana a donde me encontraba, por lo que no tardaría mucho en llegar hasta allí.

—¿Qué pasa, estirado?

El mote con el que me llamaba desde que nos conocimos me hizo sonreír. Siempre había dicho que era demasiado serio y formal para entender a los gaditanos. Aunque con el tiempo había aprendido algunas cosas.

—¿Esa es manera de hablar a un superior? —bromeé.

—¿Superior? —las risas llenaron la línea —Tú no has sido mi superior ni cuando eras mi jefe, así que imagina ahora, que tengo mi propio parque de bomberos para dirigir.

Salva y yo nos habíamos presentado juntos para el ascenso unos años antes y ambos habíamos aprobado. A mí me habían enviado al parque del Aljarafe sevillano y a él al Puerto. Habíamos dejado de vernos a diario en el trabajo, pero no de ser amigos. Nos habíamos mantenido en un estrecho contacto y, dado que vivía cerca de Mateo, nos habíamos visto a menudo los tres desde que me había mudado con él.

—Eso lo dirás tú.

—Y cómo siempre tengo razón... —dijo sin parar de reírse.

—Oye, Salva, ¿sigue en pie tu invitación para pasar unos días en tu casa?

—¿Por fin te has hartado de Mateo? No, espera, ¿es que al fin te ha confesado que está enamorado de ti? ¿o has sido tú el que lo ha dicho y como él no te corresponde no soportas más estar en su presencia y te largas con el rabo entre las piernas? ¡Lucha por él, tío, no se puede renunciar al amor verdadero tan fácilmente!

A pesar de las risas que acompañaban a sus palabras y de que era una broma que nos había hecho a Mateo y a mí constantemente desde que lo conocimos, el comentario dolió. Al fin y al cabo, esos eran los motivos de mi huida. Espera, ¿me había enamorado de Natalia? Sentía algo por ella, pero tanto como para llamarlo amor...

—¡Ey! ¿Sigues ahí? No te enfades, que solo era una broma... joder, lo mal que te está sentando la baja que ya no te queda ni el poco sentido del humor que tenías...

—Perdona, —dije entre risas que debieron sonarle tan falsas a él como me estaban sonando a mí —me he despistado un momento. ¿Te viene bien si voy para El Puerto ahora?

—¡Claro! Estoy de turno en el parque, pero pásate por aquí, te presento a los chicos y te doy las llaves de mi casa para que te instales. Terminó el turno a medio día y tengo un par de días de descanso para enseñarte lo que es divertirse. Que seguro que con Mateo te están saliendo telarañas.

—¡Genial! Pásame la ubicación del parque y en un rato estoy por allí.

Nos despedimos después de intercambiar un par de pullas y comentarios más. Terminé de hacer la maleta y me dispuse a salir de allí. Llamaría a Mateo cuando llegase al Puerto y le diría que por fin me había decidido a aceptar la invitación de Salva. Así evitaría dar más explicaciones de las que me apetecía en aquel momento.

Mis planes se fueron al traste cuando escuché el sonido de la llave en la cerradura de la puerta principal. No sabía si por suerte o más bien todo lo contrario, Mateo venía solo. Me saludó con una sonrisa antes de que su vista cayera sobre mi maleta.

—¿Te vas?

—Me ha llamado Salva y he decidido aceptar su invitación a pasar unos días en su casa. Ya sabes lo pesado que puede llegar a ponerse.

—Claro.

Su actitud tranquila no tenía nada que ver con el interrogante presente en su mirada, ni con la forma nerviosa en la que movía las llaves en su mano.

—Ahora en serio —dijo soltando el llavero en el vaciabolillos de la

entrada —¿qué ha pasado?

—¿Qué va a pasar? —dije con una sonrisa intentando disimular la agitación que no se había calmado en mi interior desde que había ido a casa de Natalia —Salva me ha llamado, ha vuelto a invitarme y esta vez he decidido aceptar.

—¿Y qué pasa con Natalia?

Pude sentir cómo los músculos de mi cara se modificaban para adoptar un gesto de desagrado al escuchar su nombre y supe que Mateo me había pillado.

—¿Qué pasa con ella?

—Eso quiero saber —dijo tomando la maleta de mi mano y dejándola en la entrada —Si quieres irte con Salva no voy a impedírtelo, pero antes me vas a contar exactamente qué es lo que está pasando. No voy a dejar que vuelvas a encerrarte, Iván, estabas mejorando mucho y nunca has sido de los que huyen.

Pasando un brazo sobre mis hombros me guio hacia el salón. Tomé asiento en el sofá y él en el asiento de enfrente. Colocó el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda y continuó mirándome.

—Cuando quieras, estoy esperando.

—¿Dónde está Tesa? —pregunté mirando hacia la entrada del salón.

—En la clínica, la han llamado para una urgencia y ha tenido que irse corriendo. Me avisará cuando acabe.

Conocía a Mateo, no iba a dejarse engañar, ni iba a dejar de insistir hasta saber lo que me pasaba. Así que decidí que cuando antes empezara, antes acabaría. Empecé a hablar y le conté toda mi historia con Natalia, incluida la noche que habíamos pasado juntos, hasta llegar a aquella mañana.

—Estoy bien, de verdad, pero necesito espacio. Me había hecho ilusiones y me siento muy cabreado en este momento.

—No creí que Lía fuera de esas, no lo parece en absoluto.

—Siempre me queda el consuelo de pensar que no soy el único al que tenía engañado.

—¿Estás seguro de que ha habido algo entre ellos?

—¡Estaban recién salidos de la ducha y prácticamente desnudos! Si preguntas si había un cartel de neón sobre ellos indicando lo que habían hecho, no, no lo había, y tampoco pregunté. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Y dices que le has partido la nariz al tipo ese...

—Eso creo.

—Bien hecho —. Mateo se levantó de la butaca —Dale recuerdos a Salva de mi parte y dile que esta noche nos vamos de juerga los tres.

—Pero Tesa...

—Que tenga pareja no significa que no pueda volver a salir con mis amigos. Además, algo me dice que esta noche no va a querer pasarla conmigo.

—No quiero que discutáis por esto, no tiene nada que ver con vosotros.

—Tiene todo que ver con nosotros. Pero tranquilo, lo que quería decir es que seguramente tenga mucho que hablar con su hermana y querrá quedarse con ella.

Nos despedimos en la puerta con la intención de volver a vernos aquella noche. Puse el equipaje en el maletero y subí al coche. Mi móvil se conectó automáticamente y abrí la ubicación que me había enviado Salva antes de arrancar. No quería distracciones mientras conducía, así que me aseguré de tenerlo todo listo antes de ponerme en marcha.

Salí de allí sin mirar atrás. Mateo tenía razón, yo nunca había sido de los que huían. Claro que aquello lo consideraba más una retirada y, como suele decirse, una retirada a tiempo es una victoria.

Capítulo 20

Lía

Me quedé mirando la puerta abierta como una estúpida. Arrodillada junto a Rodrigo sin que mi cabeza fuera capaz de entender lo que acababa de suceder. ¿De verdad Iván acababa de romperle la nariz a mi jefe? No era médico, ni enfermera, pero por la cantidad de sangre que brotaba de ella, estaba dispuesta a apostar que se la había roto.

Rodri permanecía en el suelo, cubriéndose la cara con las manos, en un intento a todas luces fallido, de frenar la hemorragia. Miré a mi alrededor buscando algo con lo que presionar para disminuir el flujo de sangre. Lo primero era lo primero, después ya me devanaría los sesos intentando encontrar una explicación a lo que acababa de suceder.

—¿Puedes levantarte?

—Sí, tranquila, parece que ya no sangra tanto.

Le dediqué un gesto incrédulo, a mí me parecía que seguía sangrando igual o más, aunque agradecía su intento de quitarle hierro al asunto. Le ayudé a levantarse y lo acompañé a la cocina. Esperaba que la sangre saliese bien del suelo de madera. Tesa iba a estar encantada si, al volver, su entrada parecía la de la casa de un asesino en serie. Siempre podía decirle que era mi forma de colaborar con la decoración de Halloween.

Me encogí de hombros mientras cogía un paño del cajón y se lo tendía. Me daba pánico hacerlo yo y dañarlo más de lo que estaba.

—¿Te duele mucho? —pregunté con un hilo de voz y cara de circunstancias.

Su risa sonó ahogada y un gesto de dolor cubrió su rostro.

—No tanto como mi orgullo. Es la primera pelea que pierdo en mi vida.

—También es la primera en la que te metes.

—Yo no me he metido —retiró el paño de su cara y respiré un poco aliviada al ver que ya casi no sangraba — Mierda, duele.

—¿Quieres que vayamos al hospital o llamo a una ambulancia?

—Creo que bastará con una visita al centro de salud. La hemorragia parece que se ha cortado.

—Perfecto, vamos. Espera aquí y te ayudo, no vayas a marearte.

Cogí el bolso y las llaves y volví a la cocina dispuesta a llevármelo al centro de salud. Rodrigo me miró raro cuando me acerqué a él y rodeé su cintura con un brazo para ayudarlo a levantarse.

—Vamos, el ambulatorio está a cinco minutos.

Intenté tirar de él, pero tuve el mismo efecto que un mosquito intentando empujar un muro de piedra. Le miré sin entender.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Rodrigo continuaba mirándome extrañado. Su cara estaba hinchada y manchada de sangre, pero la hemorragia se había detenido.

—¿Piensas que es buena idea ir así?

—¿Ir así? —le miré sin entender —No te me pongas presumido ahora, la hinchazón bajará en unos días y tú necesitas que te vean ahora.

—Lía...

—¡No rechistes y levanta! Nos vamos.

—Está bien —dijo incorporándose —solo espero que no llamen a la policía y acabemos en la cárcel por escándalo público cuando nos vean llegar así vestidos.

Me paré en seco y miré de su cuerpo al mío.

—¡Mierda! —se me había olvidado por completo que estaba en bata y él tan solo llevaba una toalla envuelta en su cintura. El milagro era que no se hubiese movido ni un ápice con todo el barullo. O tal vez lo había hecho, pero yo no había estado para fijarme en esas cosas —Espera aquí —volví a ayudarlo a sentarse —me visto y te bajo unos pantalones de chándal o algo que puedas ponerte.

—Me parece bien.

La sonrisa de suficiencia con la que contestó me dio ganas de darle un puñetazo. Solo para asegurarme de que realmente tenía rota la nariz. Solté el bolso y las llaves en la encimera y corrí hacia la parte de arriba. Me vestí lo más rápido que pude y arrasé el armario de Tesa, rezando porque Mateo hubiera dejado algo de su ropa en casa, a pesar de que llevaban poco tiempo y pasaban la mayor parte del tiempo en casa de él. Lancé un grito victorioso cuando encontré unos pantalones de chándal que a simple vista habían visto mejores momentos, pero tendrían que servir. Agradecí la manía de mi hermana de robarle ropa de faena a nuestro padre.

Decía que le gustaba la ropa ancha para estar en casa, que se sentía más cómoda con ella, pero yo sabía que, en realidad, lo que le gustaba era tener cosas que oliesen a nuestros padres, porque le recordaban a casa. Era la misma razón por la que todas las navidades le regalaba una bata a mi madre y, en el preciso instante en que recibía su regalo, desaparecía misteriosamente la del año anterior. El misterio se resolvía cuando abrías el armario de la habitación de invitados de mi hermana. Probablemente era una manía rara que escandalizaría a más de uno. Pero yo había visto a Tesa dormir envuelta en la bata de nuestra madre, con los pantalones de papá puestos y alguna de mis viejas camisetas que había dado por desaparecidas. Después de un mal día en la clínica, cuando llegaban animales maltratados en muy mal estado y no podía salvarlos, cuando tenía que dar una mala noticia a alguna familia sobre su querida mascota, al volver a casa necesitaba sentirse arropada por sus seres queridos. Envolverse en ellos. Y a mí me parecía un gesto precioso. Al menos sabía que mi hermana me sentía cerca y sabía que estaba a su lado, aunque no me tuviera físicamente, igual que a nuestros padres.

Corrí escaleras abajo con los pantalones en una mano y una camiseta enorme en la otra y me quedé paralizada al mirar hacia la cocina. Rodrigo continuaba sentado en la misma posición que cuando lo dejé, lo que no me esperaba era encontrar a Candela a su lado, tocando su cara con suavidad como toda una experta.

—¿Candela? ¿Qué haces aquí, cómo has entrado?

—Estaba corriendo y vi que la puerta estaba abierta, me asomé, vi sangre en el suelo y me preocupé, así que entré a investigar y me encontré con esto —lo dijo todo sin levantar la vista de lo que estaba haciendo —No parece que

haya nada roto, pero debería verte un médico.

—Gracias, eso pensaba.

Rodrigo contestó con total naturalidad, como si que una desconocida apareciera en la cocina y se encargara de tus heridas fuese lo más normal del mundo. A ver, si hubiésemos llamado a una ambulancia y la desconocida fuera vestida de paramédico sería normal, pero Candela iba vestida como si fuera la modelo del nuevo anuncio de Decathlon.

—Ten más cuidado al abrir la puerta la próxima vez —dijo mientras se lavaba las manos en el fregadero.

Permanecí mirando de uno a otro sin entender nada de lo que estaba pasando. Candela se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Tranquila, Lía, soy enfermera.

—¿Enfermera?

—Sí, me saqué el título en Estados Unidos. Viviendo en un rancho, perdido de la mano de Dios, no estaba de más tener a alguien capaz de atender las heridas más leves —. Se encogió de hombros mientras se giraba recorriendo a Rodrigo con la mirada —Aunque tengo que admitir que es el primer paciente que atiendo que solo lleva una toalla.

—Lo siento —murmuró Rodri —estaba en la ducha y fui corriendo a abrir la puerta.

—Espero que la visita fuera importante... Por cierto, ¿puedo saber quién era? Es para darle las gracias, esta vista no se tiene todos los días.

Candela hablaba sin dejar de mirar a Rodrigo. Un momento, ¿se estaba poniendo colorado? Eso sí que era una novedad, no recordaba haberle visto ruborizado desde... Nunca.

—Era un amigo de Lía.

—¿Y dónde está?

—Tenía prisa.

Rodrigo me miró al decir la última frase y todo lo sucedido cayó sobre mí de golpe. Iván había estado allí, lo había entendido todo mal y se había ido hecho una furia. ¿Cómo iba a arreglarlo? Me obligué a no pensar en ello.

Prioridades. Había que priorizar y lo primero era llevar a Rodrigo al centro de salud.

—Toma, te he traído algo de ropa. No es a lo que estás acostumbrado, pero creo que te servirá y, si vuelves a sangrar, no será sobre tu carísimo traje.

—Gracias —tendió la mano para tomar la ropa —¿os importa?

—¡Para nada! Deja que te ayude a vestirme.

Mi amiga parecía más dispuesta a desnudarlo del todo que a ponerle la ropa y, por la expresión de Rodrigo, él pensaba lo mismo. Sujetó la mano de Candela cuando esta fue a la toalla.

—Puedo solo, gracias, ¿os importaría daros la vuelta mientras me visto?

—Guapo y tímido... —la voz seductora de mi amiga comenzó a hacerme sentir incómoda —mi hombre perfecto.

Rodrigo me miró con una súplica en sus ojos marrones, o eso supuse, porque la verdad es que apenas se le veían bajo la creciente inflamación. Tiré de la mano de Candela y la arrastré hacia la parte más alejada del salón. Lo de tener una planta baja abierta quedaba super mono, pero no era nada práctico cuando necesitabas darle intimidad a alguien.

—¿A ti qué te pasa?

Se lo dije a mi amiga gritando entre susurros. Sí, lo de gritar y susurrar a la vez es una contradicción, pero es lo que hacemos todos cuando queremos gritar a alguien y no podemos hacerlo.

—¡Está buenísimo! ¿Tiene pareja?

Candela ignoró mi pregunta y respondió sin dejar de intentar mirar de reojo hacia donde Rodrigo se estaba vistiendo.

—¡Es mi jefe!

—¿Y qué hace tu jefe desnudo en tu casa, pillina?

Me había encantado reencontrarme con mi amiga y estaba decidida a no perder el contacto con ella. Pero en aquel momento lo único que quería era estranglarla. Tenía a mi jefe en la cocina vestido con una toalla. Iván, mi ¿amigo? ¿novio? ¿amigovio? ¿ex amigovio?, casi le había roto la nariz

porque pensaba que nos habíamos acostado juntos y se había largado sin dejar que le explicara la situación... ¿y Candela quería ligar? Y todo eso antes de las diez de la mañana. Había días en los que era mejor no levantarse de la cama.

—También es mi amigo. Anoche se le hizo tarde y había bebido demasiado para conducir, así que le dije que se quedara a dormir —su mirada y su sonrisa hicieron que la golpeará en el brazo —¡en habitaciones diferentes, malpensada!

—¿Qué quieres que te diga? —dijo encogiéndose de hombros —Los últimos meses antes del divorcio Matt ni me miraba, así que llevo sin probar la carne desde... ni me acuerdo y la de tu jefe-amigo es muy apetecible. Así que dime, ¿tiene pareja?

Sus cejas se levantaron una y otra vez.

—Mira que eres...

—¿Nos vamos?

La voz de Rodrigo a nuestra espalda me evitó tener que terminar la frase. La verdad es que no se me ocurría un apelativo que se ajustase a la situación, lo que era raro en mí, dada mi facilidad para encontrar palabras en situaciones de tensión. Y estaba realmente tensa. Tenía que admitir que mi mente estaba ocupada en aquel momento buscando la forma de hacer que Iván aceptara hablar conmigo y me dejara explicarle lo que había pasado. Si lo conocía algo, no me lo iba a poner fácil y, por un momento, pensé en darme por vencida y dejarlo estar. Después de todo las cosas ya eran bastante complicadas entre nosotros, pero ¿no le había prometido precisamente lo contrario?, ¿que no me daría por vencida?

Candela agarró a Rodri por el brazo y se dirigió a la puerta mientras los seguía, esforzándome en dejar de pensar en Iván. Al menos hasta que hubiésemos llegado al médico.

—Necesito mi cartera —dijo Rodrigo.

—Cierto, voy por ella.

Volví a subir las escaleras corriendo, a ese ritmo iba a hacer en dos horas más ejercicio que en toda mi vida. Entré en mi habitación y revisé las mesillas de noche y la cómoda sin encontrarla. ¿Dónde narices podía haberla

dejado? Mi mirada cayó sobre los pantalones del traje que llevaba la noche anterior, pulcramente colocados sobre el sillón orejero que había junto a la ventana. Revisé los bolsillos hasta dar con ella y volví a bajar corriendo. Me desvié hacia la encimera de la cocina para recoger el bolso y las llaves.

Al salir, encontré a Rodrigo solo esperándome frente a la puerta.

—¡La tengo! —Grité alzándola victoriosa para que pudieran verla —
¿Dónde está Candela?

Me extrañaba mucho que, después del interés que había mostrado, se hubiese largado sin más. Claro que, lo mismo, tenía mejores cosas que hacer que pasar la mañana del sábado en una sala de espera. Como cualquier persona normal que no tuviera la obligación ni la necesidad, vamos.

—Genial —dijo tendiendo la mano para recogerla —Ha ido a por su coche para llevarme al centro de salud.

Mi mano se quedó a medio camino de vuelta y le miré aún más extrañada.

—¿Su coche? ¿Qué le pasa al mío?

Miré entre asustada y ansiosa hacia el lugar en el que lo tenía aparcado. Lo que me faltaba para tener una mañana redonda era que le hubiera pasado algo a mi bebé.

—Tranquila, tu bebé está bien.

Rodrigo puso una mano en mi hombro para tranquilizarme. Es solo que pensé que preferirías pasar la mañana intentando localizar a Iván y hablar con él, en lugar de en la sala de espera. Candela parece encantada con la idea de acompañarme —intento sonreír y un quejido de dolor salió de sus labios.

—Te duele...

—Sí, pero no me dolerá menos porque tú estés.

—No creo que quiera escucharme... —murmuré bajando la mirada

—Lía, ve a buscarle e inténtalo. Avísame si necesitas que se lo explique yo también. Me aseguraré de llevar casco, pero lo haré.

Mi risa me sonó falsa hasta a mí.

—Pero yo... tú...

—Mira, ahí está Candela. Acompáñame al coche y ve a buscarle. Espero que podáis solucionarlo.

—Va a estar complicado.

—Si no está dispuesto a darte, al menos, la oportunidad de explicarte es que no te quiere. Y si no te quiere, no te merece, Lía. Así que míralo por el lado positivo, por lo menos saldrás de dudas.

Asentí con la vista aún clavada en el suelo y sentí los dedos de Rodrigo acariciar mi barbilla antes de elevar mi rostro.

—Pero hazme un favor, ponte algo decente antes de ir a buscarle.

Miré mi ropa y casi me da un pasmo. Llevaba los pantalones burdeos con dibujos de snitchs doradas de mi pijama de Harry Potter, una sudadera rosa fucsia de mi hermana y una zapatilla de deporte negra y otra blanca. Al menos cada una estaba en el pie correcto.

—¿De verdad ibas a dejarme salir así?

—Pensabas salir cubierta solo por una bata y descalza. Yo lo considero un avance.

Se encogió de hombros e hizo un intento de sonrisa que se transformó en un gesto de dolor.

—Pobrecito... Te vas a quedar sin presumir de cara bonita por un tiempo —enganché mi brazo a su cintura y lo acompañé hasta el coche en el que esperaba Candela.

—Pequeña... mi cara es el menor de mis encantos, así que imagina cuántos tengo.

Le ayudé a subir entre risas, pidiéndole una y otra vez que me llamaran en cuanto supieran algo hasta que un coche pitó, instando a Candela a dejar de bloquear la calle.

En cuanto salieron corrí una vez más al interior y escaleras arriba, asegurándome de cerrar la puerta antes, no me apetecía recibir más visitas inesperadas. Cogí mi móvil de la mesilla y llamé a Iván, con el manos libres conectado, mientras comenzaba a desvestirme para ponerme algo decente. Dudaba mucho que respondiera a mis llamadas, algo que se confirmó cuando se agotó sin que nadie descolgara. Podía volver a intentarlo, pero como dijo

Einstein: “*locura es hacer la misma cosa una y otra vez esperando obtener diferentes resultados*”, y, dado que él era un auténtico genio, no iba a ser yo quien le llevara la contraria.

Decidí cambiar de táctica. Si no quería cogerme el teléfono iría a su casa y me plantaría en la puerta hasta que me abriese y si no me abría... bueno, siempre podía gritarle la explicación desde fuera. Se enterarían todos los vecinos y, probablemente, sería la comidilla del pueblo durante una buena temporada. Ya me podía imaginar a las marujas en el mercado “*¿Te has enterado de lo de La Nati? ¿La nieta del Mauricio? Esa niña nunca ha estado bien de la cabeza...*”. Sí, en el pueblo de mis abuelos siempre he sido “La Nati”, ¿algún problema? Pues eso, que cuando escuchaba a alguien llamarme así me salía la vena chungu y...

Devolví mi mente al verdadero problema. Salí disparada hasta el coche diciéndome que después de aquella mañana ir al gimnasio iba a ser un paseo y en menos de cinco minutos estaba en la puerta de casa de Iván. Dejé el coche mal aparcado, pero lo que menos me preocupaba en aquel momento era que me pusieran una multa o la grúa se llevara el coche. Ese pensamiento me sorprendió. Mi mini tenía apenas seis meses y lo cuidaba y lo mimaba como si realmente fuera mi bebé. Lo que hacen las prioridades.

Alterné entre aporrear la puerta cual histérica y presionar el timbre hasta que me dolían todos los dedos de la mano derecha. En el interior no se escuchaba nada y todo parecía indicar que la casa estaba vacía, ¿dónde demonios podía haberse metido Iván?

—¡Coño!, ¡mierda! ¡joder! ¿Dónde coj...?

La mirada acusadora de un anciano asomado a la puerta de al lado hizo que me tragara la última maldición. Yo y mi versión camionera...

—Disculpe... —intenté poner toda la educación y saber estar, que acababa de demostrar que no tenía, al preguntarle al vecino —¿sabe si hay alguien en casa?

El señor, que debía rondar los ochenta años o más, me miró con desagrado.

—En mi época las mujeres conocían su lugar y se comportaban y hablaban como señoritas. Si en mis tiempos hubiese escuchado a una mujer hablando así...

—Afortunadamente, estamos en el siglo XXI y no en la edad de piedra.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó haciendo ademán de volver a entrar en casa.

—¡Espere! —solía ser más educada, aunque no lo pareciese en aquel momento y, después de todo, el anciano no tenía culpa de haber nacido en la sociedad en la que nació... Además, era mi única oportunidad de conseguir algo de información. Me acerqué lentamente hacia él —Lo siento, de verdad, no quería faltarle al respeto. Es que estoy un poco nerviosa y muy preocupada. No consigo localizar a Iván, el chico que vive con Mateo y me preocupa que haya podido pasarle algo.

La cara del anciano no se suavizó ni un ápice, pero contestó.

—A mí me parecía que estaba bastante bien cuando se fue en su coche hace un rato.

—¿Sabe hacia dónde iba?

—¿Me parezco a la vieja del visillo? —respondió en el mismo tono desagradable.

—¡No! No es eso, yo solo me preguntaba si...

—No tengo ni idea de a dónde iba, pero sí te puedo decir que dudo que piense volver pronto.

—¿Y eso?

—Llevaba una maleta —¿Iván se había ido? ¡Mierda! Si eso era verdad y teniendo en cuenta que no me cogía el teléfono, explicarme iba a ser un poco complicado —Claro que, si lo que tiene aquí es a ti, entiendo que se haya ido cagando leches.

Entró en su casa dando un portazo y yo me quedé allí, con cara de no entender nada mirando el pedazo de madera y deseando gritarle cuatro cosas al vecino de Mateo. Lo contento que se iba a poner cuando se enterase de que era la cuñada de su vecino... Algo me decía que, cuando esa información saliera a la luz, a mi hermana iba a costarle ganarse al vecindario. Siempre podían mudarse a casa de ella.

Volví a mi coche a paso lento, evaluando mentalmente mis opciones. Coger el coche e ir a buscarle, sin saber hacia dónde se dirigía, no era una

posibilidad. Necesitaba información y solo había una, bueno dos, personas que pudieran dármele. Todo dependía de si Iván les había contado algo y qué había sido. La posibilidad de encontrarme sin aliados existía. Aunque sabía que Tesa me defendería a muerte, no sabía lo que haría Mateo y no quería crearles problemas cuando su relación aún estaba en pañales. ¿Qué otra opción tenía? Llamaría a Tesa, cruzaría los dedos y esperaría que mi nuevo cuñado, estuviera al menos dispuesto a escuchar mi versión. Después... bueno, seguiría cruzando los dedos. Y, tal vez, volvería a rezar en serio por primera vez desde que hice la Primera Comuni3n.

Sentada en el asiento del conductor miré mi móvil y llamé a Iván, con la absurda esperanza de que, quizás, no me había cogido el teléfono porque estaba conduciendo. El resultado fue el mismo y volví a acordarme de Einstein y su extraordinaria inteligencia. No como la mía, que no daba para más y seguía haciendo lo mismo aun conociendo de sobra el resultado.

Con un suspiro, marqué el número de mi hermana y esperé a que contestara con los nervios a flor de piel.

—¿D3nde estás?

La voz de Tesa sonó tensa y seria al responder. Algo me decía que ya había escuchado al menos una versi3n de la historia.

—En el coche, aparcada frente a la puerta de casa de Mateo — las lágrimas empezaron a derramarse antes incluso de que fuera consciente del nudo en mi garganta — Se ha ido... y ni siquiera he podido explicarle...

—No te muevas de ahí, vamos de camino.

Colgó el teléfono y me quedé allí, con el móvil en la oreja, sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas y sin ser capaz de moverme del sitio. Intentando entender cómo había llegado allí. Cómo habíamos pasado de compartir una noche tan especial para los dos, porque si me había llamado al día siguiente y había reaccionado del modo en que lo había hecho al ver a Rodrigo, para él también tenía que haber sido especial, a estar así. Yo llorando a moco tendido en mi coche y él camino de vete a saber dónde sin contestar a mis llamadas.

La culpa era mía. Tenía que haberle llamado el día anterior nada más despertarme, pero estaba resacosa, había llegado Rodrigo, nos habíamos puesto a hablar... Excusas. Era muy consciente de que lo que había hecho era

boicotearme a mí misma. Había tenido tanto miedo, estaba tan asustada de que Iván no sintiera por mí lo mismo que yo por él que había evitado hablar del tema. Mi subconsciente había estado repitiéndome que solo me había llamado para dar por zanjado el asunto de una manera amable, ya que ninguno queríamos que la relación de Mateo y Tesa se viera afectada. Que cuando hablásemos me diría que había sido muy bonito, había estado muy bien, pero se acabó.

Otra frase vino a mi mente: *“Solo hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. Y no estoy tan seguro de la primera”*. Si es que Einstein tenía respuestas para todo y yo había demostrado una vez más que él era un genio.

—¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!

Golpeé el volante con la cabeza una y otra vez mientras me insultaba a mí misma repetidamente y de esa guisa me encontró mi hermana al llegar.

—¡¡Lía, para!! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —mi hermana abrió la puerta del coche y puso una mano en mi pecho evitando que volviera a golpearme contra el volante.

—Si es que soy estúpida, Tesa, no tengo remedio.

Mi cara estaba empapada en lágrimas. Me giró para que la mirase e intentó limpiarla con los pulgares.

—Baja del coche y entra en casa, me parece que tenemos mucho de lo que hablar.

Miré por encima de su hombro y vi a Mateo. Observándonos con los brazos cruzados y una mirada nada amable, desde la puerta de su casa.

—Mateo me odia y yo no quiero que esto afecte a vuestra relación. Le quieres y te hace feliz y yo lo he estropeado, porque soy estúpida, —hablaba atropelladamente, entre lágrimas y sorbiendo por la nariz —pero te juro que no he hecho nada. Iván llegó y lo entendió todo mal y ni siquiera me dejó explicarle y ahora me odia y yo...

Tesa me abrazó cuando un ataque de llanto me impidió seguir hablando o, más bien, balbuceando.

—Lo sé, cariño. Te conozco y sé que hay una explicación lógica para

todo esto. Solo tienes que salir del coche y entrar en casa. Hablaremos y encontraremos una solución. Te lo prometo.

Me ayudó a salir del coche y me guio hasta casa de Mateo sin dejar de abrazarme y murmurándome palabras cariñosas durante todo el camino. Al llegar junto a su novio le dedicó una mirada ceñuda mientras este abría la puerta. Me llevó hasta el salón e hizo que ambas nos sentáramos en el sofá sin dejar de abrazarme.

—Voy a traerte un té calentito, ¿vale? Te ayudará a calmarte —se levantó del sofá y estaba llegando a la puerta de la cocina cuando se giró hacia su novio —Ven conmigo.

El tono que utilizó no dejaba opción a discusión y Mateo se fue tras ella, no sin antes dedicarme una mirada de decepción que me dolió casi tanto como si hubiera venido de Tesa. Si cuando escuchase mi explicación no la creía, la relación de ambos se vería afectada. Mi hermana me conocía a la perfección y me defendería a muerte, incluso en contra de su pareja, por mucho que lo quisiera y, en aquel momento, esa certeza solo me hacía sentir peor. Podía aceptar que Iván me odiase, que no quisiera volver a verme, aunque me destrozara el corazón. Había sido mi error, mis miedos. Eran mis sentimientos, mis emociones, y si lo nuestro no podía ser, por mucho que me doliese, era yo la que había corrido el riesgo y la que debía asumir las consecuencias. Yo. Ni mi hermana, ni Mateo. Yo. ¡Qué estúpida había sido al pensar que las cosas entre Iván y yo no tendrían por qué afectarlos a ellos! Si su historia no funcionaba debía ser por ellos, no porque la estúpida de la hermana de Tesa, fuera una lianta que siempre acababa jodiéndolo todo.

Nunca podría volver a mirar a mi hermana a la cara si perdía a Mateo por mi culpa. ¡Nunca podría volver a mirarme yo misma a un espejo! ¿Cómo podía haber sido tan egoísta?

Salieron de la cocina en silencio, intercambiando miradas acusadoras por parte de mi hermana y de circunstancias por la de Mateo. Era obvio que las cosas estaban tensas entre los dos, lo que me hacía sentirme más ruin y egoísta por segundos.

—Toma, es té de menta.

Tesa se acercó tendiéndome la taza y tomando asiento a mi lado. Agarré el recipiente de cerámica con las dos manos. En parte porque me temblaban

tanto que temía dejarla caer, en parte porque necesitaba el calor. La temperatura no había bajado mucho aún, pero sentía un frío por dentro que me tenía helada hasta los huesos.

Me tomé un momento para disfrutar de la sensación cálida en las yemas de mis dedos y aspirar el aroma a menta. Necesitaba tranquilizarme y comportarme como una persona adulta y madura, no como una adolescente histérica y llorona. Necesitaba que Mateo y Tesa, pero sobre todo Mateo, entendieran que lo que había sucedido había sido un simple malentendido y que lo que pasara entre Iván y yo a partir de ese momento, no debía afectarles de ninguna de las maneras.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Tesa acariciando mi rostro con cariño.

—Sí, gracias —. Respiré hondo y busqué la mirada de Mateo antes de comenzar a hablar, sabiendo que era a él a quien tenía que convencer —No sé qué te ha contado Iván...

—Me lo ha contado todo, así que puedes ir directamente a esta mañana.

—Mateo... —la mano de Tesa aferró la mía con fuerza mientras reñía a su novio con la mirada —me has prometido escucharla.

—Tienes razón —respondió volviendo su mirada hacia mí —Lo siento.

—¿Deduzco que tú también lo sabes todo?

Mi hermana asintió.

—Pero solo una versión —sus ojos se desviaron una vez más hacia su novio —así que puedes empezar por donde quieras.

Hice un resumen rápido de lo que supuse les había contado Iván. Les expliqué por qué me había vuelto a Cádiz, por qué había necesitado distancia. E insistí, una vez más, en que, pasara lo que pasara entre nosotros, no debía afectarles a ellos.

—Eso deberías...

—¡Mateo!

El grito de mi hermana me sobresaltó, haciéndome dar un respingo en el sofá. Tesa no solía gritar, de hecho, no lo hacía casi nunca, podía contar con

los dedos de una mano las veces que la había visto elevar la voz.

—No pasa nada Tesa —dije acariciando su mano, que continuaba sosteniendo la mía con fuerza —es su mejor amigo y lo entiendo. Tú estarías igual si fuera al revés.

—O peor... —murmuró Mateo con una sonrisa —tu hermana tiene más genio del que aparenta. Y eso es algo que adoro de ella.

El gesto bobalicón en su cara al mirar a Tesa representó un cambio refrescante en su actitud y me ayudó a relajarme. Ella le devolvió la sonrisa y le envió un beso desde donde estaba sentada. Mi corazón se encogió un poquito ante el gesto dulce. Quizás, después de todo, lo que sentían era demasiado fuerte para que se viera afectado por mis problemas con Iván. Ojalá.

Continué hablando. Les conté lo que había pasado entre nosotros después de la cena de cumpleaños de Mateo. Sin entrar en detalles, obviamente. Les conté sobre las dudas y miedos que había tenido la mañana siguiente y que me habían impulsado a irme antes de que despertara dejando solo una nota tras de mí. Después de eso continué hablando mirando a Tesa. No porque no quisiera enfrentarme a Mateo, sino porque ella conocía a las personas de las que iba a hablar y, más importante, me conocía a mí. Podía entender lo que iba contándoles mejor que ninguna otra persona en el mundo.

Le conté que había dejado el móvil en casa por miedo a venirme abajo al no tener noticias de Iván, mi encuentro con Candela, el exceso de cervezas, la resaca, la breve conversación que tuve con él y cómo volví a dormirme sin darme cuenta. Cuando mencioné que había sido Rodrigo quien me había despertado llamando al timbre y al móvil, saltó en su asiento.

—¿Rodrigo era el que estaba esta mañana en tu casa?

—Sí, tenía que contarme algunas cosas del trabajo y necesitaba a alguien con quien hablar de Gina...

—¿Está bien? ¿Le ha roto la nariz de verdad? —Tesa me interrumpió ansiosa, conocía a mi jefe desde hacía tanto tiempo como yo y también lo consideraba un buen amigo.

—Creo que no... al menos eso dijo Candela antes de llevarlo al centro de salud para que le viera el médico.

—¿Cándela? ¿También pasó la noche en casa? —las cejas de Tesa se alzaron ante la posibilidad y sabía que en su cabeza estaba maquinando una historia digna de la mejor novela romántica.

—No te emociones, que te conozco. Pasó corriendo por delante de casa y al ver la puerta abierta se asomó a ver si todo iba bien. Vio a Rodrigo y lo revisó. Es enfermera.

—¿Y qué hacía abierta la puerta de mi casa? —su voz sonó molesta.

—Si dejas de interrumpirme te lo cuento todo.

Mateo nos observaba como si estuviese viendo un partido de tenis. Sus ojos saltaban de una a otra sin acabar de entender lo que estaba oyendo.

—¿Alguien puede explicarme quién es ese tal Rodrigo?

—Lo conocemos desde que éramos niñas —respondió Tesa —Sus padres son amigos de los nuestros y pasaban aquí los veranos. Es uno de los mejores amigos de mi hermana, además de su jefe... y el novio de la mujer a la que Lía pilló en la cama con su ex.

Mateo nos miró aturdido.

—¿Cómo?

—Soy diseñadora de interiores en la empresa de Rodrigo desde que la montó. Al volver de nuestro último viaje de trabajo, cuando llegué a casa me encontré al que hasta entonces había sido mi novio en la cama con mi jefa y novia de Rodrigo. Rompí con él, los eché de mi casa, me cogí unas vacaciones y me vine a pasar unos días a casa de Tesa.

—¿En tu casa? ¡Qué cabrón!

—También es el que ofreció quinientos euros en la subasta de Tesa —dije con una sonrisa pícaro.

—Como lo vuelva a ver lo mato —gruñó y Tesa y yo no pudimos evitar reírnos.

—El caso es, cariño, que Lía nunca tendría nada con Rodrigo, —mi hermana se levantó del sofá y se acercó a Mateo sentándose sobre su regazo —él es como un hermano para nosotras y eso sería...

—Asqueroso —concluí con un gesto de asco.

—Exacto —. Tesa besó con dulzura los labios de Mateo antes de poner ambas manos sobre sus mejillas —Te dije que habría una explicación lógica para todo esto y que Iván se había equivocado.

—Y tenías razón —respondió devolviéndole el beso.

—Deberías recordarlo para futuras ocasiones. Siempre suelo tener razón.

Lo que comenzó como un beso dulce se convirtió en un morreo en toda regla y comencé a sentirme incómoda. Se querían, salían juntos, pasaban la mayoría de las noches juntos y sabía que no precisamente jugando al parchís, pero Tesa no dejaba de ser mi hermana pequeña. Carraspeé.

—Vaaaaaaale. Entonces, ¿podéis decirme dónde puedo encontrar a Iván antes de empezar a desnudaros delante de mí? ¿Por favor? De verdad os lo agradecería mucho.

Lo peor era que, en aquel momento, no sabía si les agradecería más que me dijeran dónde estaba Iván o que mantuvieran la ropa puesta.

—Déjame llamarle —dijo Mateo después de aclararse la voz y recolocar a mi hermana sobre su regazo, (los motivos de ese último gesto prefería no analizarlos) —a mí me cogerá el teléfono. Puedo explicarle lo que me has contado y pedirle que vuelva.

—Te lo agradezco, de verdad, pero prefiero hacerlo yo. Puede parecer una tontería, pero necesito hablar con él, ser yo quien se lo explique y preferiría hacerlo en persona.

Lo que me había dicho Rodrigo, que si ni siquiera podía darme la oportunidad de explicarme era que no le importaba y, por tanto, no me quería, estaba muy presente en mi mente en aquel momento.

—Como quieras. Está en El Puerto de Santa María. Ha ido a pasar unos días con un amigo en común. Te paso sus datos por WhatsApp, por si necesitas contactar con él. De todas formas, llamaré a Iván para decirle que estás de camino y que más le vale escuchar lo que tienes que decirle. El resto... dependerá de vosotros.

—Gracias —sonreí poniéndome de pie y encontrándome mucho más animada que cuando entré —ahora será mejor que me largué antes de que vea algo que no podré borrar de mi mente.

Les dediqué una sonrisa, lanzándoles un par de besos y salí a la calle dejándolos en su burbuja de amor. Mateo me había creído y las cosas entre ellos estaban bien. Algo menos de lo que preocuparse. Subí a mi coche y arranqué el motor, dispuesta a poner rumbo hacia El Puerto. Ahora solo me faltaba que Iván me escuchase, ¿por qué tenía la sensación de que eso sería mucho más difícil?

Capítulo 21

Gina

Gina había pasado la noche en el hotel más caro de la ciudad. El mismo en cuyo restaurante habían cenado Rodrigo y Natalia la noche anterior. La idea de que su novio hubiera llevado a aquella insulsa mujer allí antes que a ella, le hacía hervir la sangre y no le había dejado dormir. Le incomodaba de tal manera que había disfrutado de su estancia como si se hubiese tratado de un motel de mala muerte.

Había pasado horas dando vueltas en la cama, intentando encontrar la manera de eliminar a Natalia de la vida de Rodrigo o, al menos, conseguir que dejara de confiar en ella. Necesitaba hacer algo que los distanciara. Cualquier cosa que le diera a ella la ventaja. Pero por más que se había devanado los sesos, nada de lo que se le ocurría parecía lo suficientemente efectivo. Demasiados riesgos, demasiadas variables que no podía controlar.

Sabía de sobra que no contaba con aliados dentro de la empresa. Tampoco entre la familia o amigos de Rodrigo y empezaba a preguntarse si no había cometido un error desde el principio al permitir que Natalia permaneciese en la vida de su pareja. Siempre la había considerado inofensiva. Una simple empleada. Amiga de Rodrigo, sí, pero sin ambición ni un ápice de inteligencia táctica. Impulsiva, mal educada, vulgar y poco interesante. Unos ojos bonitos y poco más.

Tenía que admitir que le había resultado útil. La chica era muy buena en su trabajo y no le importaban las horas extras, lo que le había permitido a Gina hacer lo que quería sin tener que preocuparse. Ni siquiera necesitaba gritar para que el trabajo estuviera hecho sin que ella tuviera que mover un solo dedo. Exactamente lo que había querido. Recibir un muy abultado sueldo a final de mes y llevarse todo el mérito a ojos de Rodrigo. O eso había pensado. En aquel momento no estaba tan segura de que la segunda parte

fuera así.

Tomó un desayuno rápido en el restaurante del hotel y se dirigió al garaje en busca del coche que había alquilado el día anterior. En el momento en que se dio cuenta de que algo no iba bien, había sabido que no podía llevar a cabo su plan utilizando su propio coche. Rodrigo lo conocía demasiado bien. Después de todo, había salido de su bolsillo.

Gina supo que su día no iba a mejorar en el momento en que metió la llave en el contacto del Peugeot 208 de tres puertas y al girarlas el motor no hizo el menor sonido. Había escogido aquel coche porque era un modelo bastante común con el que pensó que no llamaría la atención y, en el alquiler de coches, le habían asegurado que funcionaba a la perfección y tenía un buen motor. Bajó del vehículo hecha una furia y pateó con ganas la rueda delantera. No tardó en lamentar aquel arranque de genio. Por el dolor en su pie y por el daño que podían haber sufrido sus preciadas botas de Jimmy Choo.

Volvió a sentarse en el asiento del conductor, dejando los pies hacia fuera y sacó el móvil del bolso. Llamó al alquiler de coches al tiempo que revisaba el estado de sus preciosas botas negras, comprobando que estaban intactas. Menos mal.

El empleado que descolgó un par de tonos más tarde no estaba preparado para lo que se le venía encima. Gina descargó toda su furia y frustración sobre el pobre infeliz y continuó haciéndolo cuando le pasó con el gerente, cansado de intentar razonar con ella. A pesar de sus gritos, insultos y amenazas, Gina no obtuvo lo que quería. El encargado continuó disculpándose educadamente e insistiendo en que no podrían enviarle, ni al mecánico ni el coche de sustitución en menos de dos horas. Al parecer, ella no había contratado el servicio de asistencia urgente y, por tanto, tenía que esperar igual que todo hijo de vecino. Eso fue lo que más la indignó.

Colgó hecha un auténtico basilisco y cerró la puerta del coche con todas sus fuerzas. Odiaba cuando las cosas no salían como quería y, sobre todo, odiaba que le llevaran la contraria. Se fue directa a recepción, esperando que el hotel tuviera servicio de alquiler de coches y pudiera solucionarle la papeleta.

Aunque la noche anterior habían vuelto tarde a casa de Natalia, sabía que Rodrigo era madrugador. Estaba perdiendo un tiempo precioso si quería volver allí antes de que se marcharan vete a saber dónde. No podía permitirse perderlo de vista, necesitaba tenerlo controlado o todos sus planes podrían irse al traste.

En la recepción del hotel le atendieron con una sonrisa y se esforzaron en intentar ayudarla. Al menos hasta que le informaron de que el modelo que había pedido, un Mercedes GLS todoterreno ya que no estaba dispuesta a correr riesgos alquilando otro vehículo de gama media, tardaría al menos una hora en llegar. Ninguna de las educadas explicaciones que el recepcionista intentó darle evitó que su furia se desatara una vez más. Tampoco le ayudaron a conseguir que su vehículo llegara antes, pero sí que le ofrecieran un masaje en el spa del hotel, por cuenta de la casa, mientras esperaba y una noche gratis en sus instalaciones. ¡Como si pensara volver a aquel pueblucho!

Más relajada después del masaje y habiendo llegado su coche quince minutos antes de lo esperado, salió de allí tan rápida como pudo y fue directa a casa de Natalia. Al llegar allí su frustración solo creció al ver que esta parecía vacía y que, aunque el coche de Rodrigo seguía aparcado en el mismo lugar en que lo había dejado la noche anterior, no podía decir lo mismo del de su subordinada.

Arrancó dispuesta a dar vueltas por el pueblo hasta que los encontrara, aun sabiendo que las posibilidades eran escasas. Si no lo conseguía, volvería y esperaría hasta que los viera regresar. Frenó en seco en una calle a pocas manzanas al ver a Natalia salir sola de una casa. Quizás había dejado a Rodrigo esperándola en algún sitio mientras iba a visitar a alguien. La siguió a una distancia prudencial mientras salía del pueblo y se incorporaba a la carretera.

Gina no tenía ni idea de hacia donde se dirigían. Continuó conduciendo por aquella carretera secundaria por la que tan solo circulaban unos pocos coches y una idea se fue formando en su cabeza. Necesitaba librarse de ella. Su intención había sido liarla en alguno de sus proyectos para hacer que perdiera la confianza de Rodrigo y que la echaran de la empresa, pero... ¿no había estado pensando en que pareciese un accidente? Quizás el destino estaba de su parte, después de todo, la manera más fácil de que pareciese uno

es que lo fuera. Como solía decirse, a grandes males, grandes remedios y Natalia era un gran mal en su vida. Sin pensarlo dos veces, en un momento en el que no había más coches en la carretera, aceleró hasta colocarse junto a ella. Le dedicó una sonrisa cruel y falsa a través de la ventanilla del copiloto, justo antes de girar el volante y estrellarse contra el lateral del Mini.

La satisfacción que sintió al ver a Natalia mirarla con el rostro lleno de confusión y miedo solo la convenció de que estaba haciendo lo correcto. Volvió a envestirla una vez más, pero el Mini había acelerado por lo que solo consiguió darle de refilón en el lateral trasero. Pisó a fondo el acelerador de su coche golpeándola desde atrás. El coche se tambaleó por el impacto y perdió algo de velocidad, momento que Gina aprovechó para embestirlo una vez más y lograr sacarlo de la carretera. Continuó conduciendo mientras observaba por el retrovisor como sus problemas se despeñaban dando vueltas de campana por el terraplén junto al arcén de aquella carretera secundaria y sonrió. Un problema menos. Ahora solo le quedaba volver a casa y esperar a Rodrigo, ¿qué mejor forma de reafirmar su relación que siendo la novia solícita, atenta y sensible que ayuda y apoya a su novio a superar la trágica muerte de su mejor amiga?

Capítulo 22

Iván

Llevaba media hora en el parque de bomberos en el que trabajaba Salva cuando mi móvil sonó. Había estado enseñándome las instalaciones, pero le habían llamado por teléfono y había ido a atender la llamada dejándome en la sala de estar. Miré la pantalla deseando que fuera y no fuera Natalia a partes iguales. Me había costado la misma vida no responder a sus anteriores llamadas. Quería gritarle el daño que me había hecho y todo lo que pensaba de ella, pero sabía que hacerlo sería poner punto final a todo lo que había, o no, entre nosotros y no estaba seguro de querer hacerlo. Estaba hecho un lío.

Respiré mejor al ver que era Mateo. Descolgué suponiendo que sería para asegurarse de que había llegado bien y concretar los planes para aquella noche. Mi amigo arrancó a hablar en cuanto respondí.

—Natalia va para allá.

—¡¡¿¿Cómo??!! ¡Creí que eras mi amigo! ¿Por qué le has dicho...?

—Iván, soy tu amigo y créeme cuando te digo que necesitas escuchar lo que tiene que decirte —Mateo interrumpió mi explosión de ira, pero esta no disminuyó ni un ápice.

—¡¡No quiero escucharla!! Necesito tiempo y espacio ¿es que no lo entiendes o es que te importa una mierda lo que yo quiera?

—La escucharás, —dijo tajante, como si no me diera alternativa.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque quieres que sea feliz y Tesa me hace feliz. Así que, como no quieres que tenga problemas con ella, escucharás a su hermana.

—No te pega nada el chantaje emocional —dije tenso —¿Se supone que, simplemente tengo que escuchar cómo se disculpa por haberse acostado con otro el día después de hacerlo conmigo, perdonarla y pasar página?

—Tú escúchala, quizás seas tú quien acabe teniendo que disculparse.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Sólo escúchala. Hablamos luego.

Mateo colgó y yo me quedé mirando la pantalla del móvil. Obviamente él sabía algo que yo no y no me lo estaba diciendo. Quería estrangularlo por ponerme en aquella situación. La duda sobre si había malinterpretado las cosas y actuado desproporcionadamente se coló en mi mente. Lo había visto tan claro aquella mañana... No, era imposible que hubiese sacado conclusiones erróneas. Ambos estaban recién salidos de la ducha y prácticamente desnudos, ¿qué otra cosa podría haber sido?

La sirena del parque sonó sacándome de mis pensamientos. En el momento en que la voz de megafonía informó de un accidente en la carretera mi chip de bombero se puso en marcha y corrí hacia el camión. Como si no llevara varios meses sin poder hacer mi trabajo. Me quedé parado al darme cuenta de que aquel no era mi parque, estaba de baja y no había nada que pudiera hacer.

—¡Iván! —Salva me llamaba desde el otro lado del camión —¡Sube! Te vendrá bien recordar cómo se siente entrar en acción.

No esperé a que me lo repitiera. Prefería no correr el riesgo de que cambiara de opinión. Subí de un salto y tomé asiento en un hueco libre entre dos de sus compañeros. Sentía la adrenalina correr por mis venas, el cosquilleo impaciente que me hacía estar en tensión y que había echado tanto de menos en los últimos meses.

—Un coche se ha salido de la carretera en la A-491, no están claras las causas, pero al parecer ha caído por uno de los terraplenes junto al arcén —la voz del conductor informando sonó por encima del estruendo de la sirena.

—¿Víctimas?

La pregunta salió de mis labios a la vez que la hacía Salva. Mi amigo me miró con una media sonrisa e ignoró mi desliz, centrándose en su trabajo. El ser bombero estaba tan dentro de mí que me salía sin que pudiera controlarlo. Era algo que tenía interiorizado, una parte tan profunda que me salía sin si quiera pensarlo.

—No está claro. No hay señales del conductor, por lo que es probable que

esté atrapado en el interior del vehículo, una ambulancia va para allá por si fuera necesaria.

—¿Qué carretera ha dicho? —pregunté.

—La A-491 —contestó el bombero sentado a mi derecha.

Aquel número me sonaba de algo y no sabía de qué. Solía trabajar en Sevilla y, aunque llevaba un par de meses en la zona de Cádiz, no podía decirse que me hubiera dedicado a recorrer los alrededores para investigar.

—La misma por la que has venido hasta aquí —dijo Salva —es la que une Rota con El Puerto.

Sentí un sudor frío bajar por mi espalda al tiempo que mi estómago daba un vuelco. Mateo acababa de decirme que Natalia venía de camino. No podía ser ella, ¿verdad?

—¿Se sabe el modelo del coche accidentado?

Tuve que esforzarme para que las palabras surgieran a través de mis dientes apretados.

—Han dicho que es de color rojo, el modelo no lo han especificado, aunque dicen que parece un Mini.

—¡Mierda!

Solté el exabrupto sin poder controlarlo. Salva me miró serio.

—¿Hay algo que tenga que saber?

—Es posible que conozca a alguien con ese modelo de coche que, probablemente, esté circulando por esa misma carretera.

—¡Mierda! —esta vez fue Salva el del exabrupto —Mantente al margen, Iván, no me obligues a dejarte encerrado en el camión.

Su mirada era seria y sus ojos no se apartaron de los míos mientras esperaba mi respuesta.

—Lo intentaré.

Las palabras dolieron como si estuviera masticando cristales. Era todo lo que podía decir. No pensaba hacer promesas. Quedarme al margen iba a resultarme más que difícil. Si resultaba ser el coche de Natalia... ¡Joder! No

quería pensar en esa posibilidad.

—No lo intentes. Hazlo.

El camión frenó y salimos de un salto. El terraplén no era muy profundo, pero el coche parecía haber dado algunas vueltas de campana antes de acabar empotrado contra unos árboles. Lo que en algún momento debió ser un Mini era ahora un amasijo de hierros retorcidos. Aquellos daños no podían haberse debido solo a la caída. Tenía que haber pasado algo más.

—Mujer joven, consciente, posibles fracturas y conmoción cerebral. Está atrapada en el asiento del conductor.

La ambulancia había llegado antes que nosotros y el sanitario informaba a Salva con voz urgente. Lo único que escuché con claridad fue “mujer joven, consciente” antes de salir corriendo hacia el coche.

—¡Natalia! ¡Natalia!

Grité llamándola deseando que, por un milagro del cielo, no fuera ella. Que no fuera su coche. Que todo aquello no fuera más que una pesadilla y me despertase en cualquier momento en mi cama, con su cuerpo pegado al mío y viendo el brillo de sus ojos.

—¡Hay una fuga de gasolina, el coche puede arder en cualquier momento! —dijo uno de los compañeros de Salva intentando detenerme.

Empecé a dar órdenes a diestro y siniestro. Aunque no fuera mi equipo, aunque estuviera de baja. Aunque llevase puestos unos vaqueros y una cazadora en lugar de la vestimenta y el equipo reglamentario. Lo único que me importaba era llegar hasta Natalia y sacarla de allí.

—Iván, cálmate —la voz de Salva sonó firme en mi oído en contraste con el apretón reconfortante que dio a mi hombro —tienes que dejarnos trabajar o ponerte un traje.

Intenté zafarme de su brazo para correr hacia el camión a por el equipamiento, pero Salva me lo impidió agarrando mi hombro con más fuerza.

—Recuerda que esta es mi unidad. Estás de baja y permitirte participar va en contra de las normas. No hagas que me arrepienta.

Me soltó y volvió al trabajo. Corrí hacia el camión y comencé a

colocarme todo el equipamiento. Salva tenía razón, yo no debía estar allí y si algo salía mal y se enteraban de que había participado, nos costaría el puesto de trabajo a los dos. Estaba dispuesto a jugarme mi puesto de trabajo y mi vida por Natalia, pero ¿el de Salva?

Una chispa y se desató el caos.

—¡Daos prisa! ¡Hay que sacarla antes de que el fuego la alcance!

Llevaba más de dos meses bloqueándome al ver una simple llama, incapaz de reaccionar ante el fuego, pero en aquel momento, viendo cómo el coche de Natalia comenzaba a arder mientras los bomberos se esforzaban en sacarla, mis pies reaccionaron de forma automática.

Corrí hacia allí, quité a uno de los miembros del equipo y empecé a darle órdenes al otro que me miró sin entender lo que estaba pasando. Salva asintió con la cabeza en su dirección dándole a entender que hiciera lo que yo le estaba diciendo. No había tiempo para aquello. Entendía que el bombero necesitaba el permiso de su superior y que yo era un extraño que no pintaba nada allí, pero Natalia estaba en peligro y cada segundo era precioso.

Salva se encargó de asegurarse de que cubrían el motor y toda la parte delantera del coche con espuma retardante para evitar que explotara, mientras el resto de su equipo se esforzaba por apagar las llamas que habían llegado a los árboles y la maleza cercana. Por mi parte, tenía un único objetivo: sacarla del coche lo antes posible. Utilizando la cizalla conseguimos romper la puerta lo suficiente para poder sacarla y, por primera vez, me permití a mí mismo observar a Natalia.

Retener las lágrimas casi hace que me ahogue. Estaba inconsciente, su cara llena de magulladuras y heridas, probablemente a causa de los cristales al romperse. Extendí la mano sin guantes temblando, solo me había dado tiempo a ponerme la chaqueta y el casco antes de que las primeras llamas saltaran. Necesitaba tocarla, acariciarla, comprobar su pulso y asegurarme de que estaba viva. Justo cuando iba a hacerlo alguien me apartó de un empujón, me volví dispuesto a liarme a puñetazos y descargar mi miedo y mi impotencia contra quien me había separado de ella.

—Déjalos trabajar, —Salva habló en mi oído, con sus brazos firmemente colocados alrededor de mi pecho, sujetándome —ahora mismo los necesita más a ellos que a ti.

Me revolví haciendo que me soltara y me giré hacia el camión, observando como metían a Natalia en la ambulancia. El sanitario subió la camilla a la parte trasera y, antes de cerrar las puertas, miró en mi dirección.

—¿Vienes o qué? No tenemos todo el día.

Salí corriendo en su dirección, lanzando el casco hacia el bombero más próximo y subí junto a la camilla. El sanitario ya estaba haciendo su trabajo, tomando las constantes vitales y esforzándose por estabilizarla. Mis manos temblaban por la impotencia y la necesidad de estrecharla entre mis brazos, de saber que estaba segura y protegida. Cuando una de ellas se alargó hacia el rostro de Natalia, el sanitario la apartó de un manotazo.

—Déjame trabajar y no hagas que me arrepienta de haberte dejado venir con nosotros.

Me senté en el estrecho y duro banco, observándolo trabajar, con las manos cerradas en puños sobre mis rodillas y los dientes apretados. Mateo había dicho que Natalia venía porque había algo que tenía que decirme y que, probablemente, sería yo quien acabaría teniendo que pedir perdón. ¿Podía todo aquello ser culpa mía? La imagen de ella bajando las escaleras aquella misma mañana, con el pelo húmedo y llena de vida, contrastaba tanto con la de la Natalia inmóvil y magullada que tenía frente a mí en aquel momento que quería gritar. ¿Y si me hubiera parado a escucharla entonces? ¿Y si no hubiera reaccionado como lo hice?

Un millón de preguntas sin respuesta golpeaban mi mente. Las imágenes del incendio en el que perdí a Urko se mezclaban con las del coche destrozado de Natalia. Los recuerdos que tenía de los últimos momentos de mi amigo volvieron al presente mientras la veía tumbada sobre la camilla, cubierta de gasas, cables y con el sanitario trabajando incansablemente sobre ella. Podía sentir cómo mi cuerpo y mi mente se iban bloqueando conforme pasaban los segundos.

—¿Has avisado a sus familiares?

La voz del enfermero me sacó de mis oscuros pensamientos e hizo que me pusiera en marcha. Natalia estaba viva, saldría adelante, cualquier otra opción no era admisible, y me necesitaba centrado y funcional, no escondido en un rincón de mi mente, hecho una bola y lamentándome por todo lo que podía haber hecho o dicho de otra manera.

—¿A qué hospital vamos?

—Cádiz. Puerta del Mar.

El sanitario me hablaba sin apartar la vista de lo que estaba haciendo. Saqué el móvil de mi bolsillo y llamé a Mateo. Le expliqué lo sucedido en un tono conciso y profesional, no era momento para sentimentalismos ni dudas, ni nada que se le pareciera.

La ambulancia tardó apenas quince minutos en llegar al hospital. El conductor era bueno en lo suyo y, aunque no había levantado el pie del acelerador más que lo estrictamente necesario, el viaje no había sido brusco. Bajaron la camilla de la parte de atrás y la introdujeron a toda prisa a través de la puerta de urgencias. Corrí tras ellos hasta llegar a unas puertas dobles donde una enfermera me advirtió, de manera amable pero tajante, que más me valía no traspasarlas. Me indicó donde podía esperar noticias y se ofreció a acompañarme hasta la sala de espera. Cuando me preguntó qué relación tenía con Natalia, la palabra “novio” salió de mis labios tan rápido que ni siquiera me dio tiempo a pensarlo. La enfermera asintió, mirándome con tristeza. Me dio lo que supuse debía pretender ser un reconfortante apretón en el brazo y se despidió con la promesa de informarme en cuanto tuviera noticias de su estado.

Es curioso el modo en que la gente habla sobre cómo pasa tu vida ante tus ojos cuando estás a punto de morir, pero nadie menciona cómo ves pasar la vida que podrías haber tenido y quizás nunca tengas, cuando es la persona a la que amas la que se debate entre la vida y la muerte.

Sentado en la dura silla de aquella sala de espera pasaron muchas cosas por mi mente. Todas las que había hecho, las que no, las que pude hacer de otra manera y las que definitivamente haría de forma diferente. Lo que dije, lo que me callé, lo que temí expresar en palabras y lo que me había dado pánico. Allí sentado, viendo pasar médicos, enfermeras, celadores, enfermos y familiares, reflexioné a cerca de las mil maneras diferentes en las que había cambiado mi vida desde mi primer encuentro con Natalia. Todas y cada una de mis dudas e inseguridades, de mis miedos, de repente no parecían tan graves frente a la posibilidad de perderla definitivamente. No por otro hombre, no porque fuésemos incapaces de mantener una conversación sin acabar a gritos. La posibilidad de que no hubiera un nosotros, no dolía tanto cuando la comparabas con que no hubiera una Natalia en mi vida de ninguna

manera. Ni como pareja, ni como amiga, ni como conocida, ni siquiera como enemiga. En aquel momento me di cuenta de que estaría dispuesto a renunciar a cualquier cosa, incluso a ella, solo por poder ver una vez más su sonrisa. Solo por escucharla gritarme otra vez o por presenciar una de sus locuras, aunque me sacaran de quicio.

Mateo y Tesa llegaron poco después seguidos por Salva que ya había terminado su turno. Entre los dos les explicamos lo poco que sabíamos mientras Tesa se deshacía en llantos arropada por los brazos de Mateo. Después de aquello permanecí en silencio, sentado en la misma sala, con la mirada perdida en los recuerdos de los últimos días. Estaba tan ensimismado en mis propios pensamientos que no me fijé cuando un hombre se acercó a Tesa abrazándola con cariño. Mateo se levantó de su asiento, saludó al desconocido ofreciéndole su sitio mientras iba a buscar algo de beber. El hombre se sentó junto a Tesa y ambos hablaron entre susurros. Tuve que mirar un par de veces para darme cuenta de que tenía la cara amoratada y la nariz bastante hinchada, y un par más hasta identificarme a mí mismo como el culpable. Después de todo no le había roto la nariz.

Me miró con un gesto comprensivo que me hizo querer darle otro puñetazo. La mano de Tesa se aferró a la mía.

—Iván, este es Rodrigo. Es el jefe de Natalia y su mejor amigo.

—Diría que es un placer conocerte, pero no creo que las circunstancias sean las más adecuadas.

El tal Rodrigo tendió la mano en mi dirección con una sonrisa casi imperceptible en su rostro, lo que me hizo suponer que su saludo había sido un intento de humor. Estreché su mano con el gesto serio. No sabía si en las circunstancias entraba nuestro encuentro de aquella mañana, pero no iba a disculparme por ello y en aquel momento tenía cosas más importantes en las que pensar. No le había roto la nariz, ¿no? Pues con eso ya podía darse por satisfecho.

Tesa nos miró a ambos, como intentando asegurarse de que no comenzábamos una pelea, antes de levantarse de su asiento y acercarse a Mateo que acababa de regresar cargado de vasos de café. Rodrigo se cambió de asiento sentándose a mi lado.

—Mira... respecto a lo de esta mañana...

—No me apetece hablar de eso ahora.

—Lo sé, pero tienes que saber que entre Natalia y yo no hay y nunca ha habido nada. Fui a hablar con ella anoche sobre el trabajo y algunos asuntos de mi vida personal. Cenamos y me pasé con las copas, por eso insistió en que me quedase a dormir —la mirada asesina que le dirigí hizo que levantase las manos con las palmas hacia afuera, pidiendo que me calmase — Dormimos en habitaciones separadas, lo juro —desvié la mirada tragándome un suspiro de alivio, sin entender por qué las palabras de un desconocido me habían convencido tan rápido —¿Sabes? Pasó la mayor parte de la noche hablándome de ti.

La enorme sonrisa burlona en su rostro me habría hecho pegarle de no ser porque sus palabras pusieron una igual en mi cara.

—¿De mí?

Rodrigo asintió sin dejar de sonreír. Hasta yo me había dado cuenta del tono soñador en el que había preguntado. ¿Natalia había pasado toda la noche hablando de mí? Una familia entró llorando a gritos en la sala de espera y fui consciente nuevamente de dónde estaba y, lo que era más importante, de por qué.

Natalia había tenido un accidente cuando iba a buscarme porque yo había sido un gilipollas que había pensado lo peor y salido corriendo a la mínima.

—No vayas por ahí.

Mateo se había sentado a mi lado y me tendía un café con gesto serio.

—Esto no ha sido culpa tuya. Los accidentes ocurren y no tiene nada que ver contigo. No empieces.

—¿Nada que ver conmigo? —solté una carcajada triste y cargada de ironía —De no ser por mí no habría estado en esa carretera, ¿cómo puedes decir que no tiene nada que ver conmigo?

La voz de una enfermera diciendo el nombre de Natalia acabó con la conversación y me levanté de un salto. Tesa, Mateo, Salva, Rodrigo y yo, nos acercamos a la mujer en busca de información. No debía tener más de treinta años y le dedicó una sonrisa dulce a Salva antes de empezar a hablar.

—Ha salido de quirófano. Tiene el brazo izquierdo roto, varias costillas

fracturadas, una brecha muy fea en la cabeza y la cadera destrozada, pero saldrá adelante. En unos minutos la subirán a planta y podréis verla, aunque el efecto de la anestesia tardará aún rato en pasársele, por lo que es probable que esté dormida. Cuando se le pase, tendrá que seguir bastante sedada para evitar el dolor.

—Muchas gracias, Marga —Salva se acercó a la enfermera y la besó en la mejilla.

—No hay de qué, —respondió con una sonrisa sin apartar la vista de mi amigo —pero que no se te olvide que me debes una cena.

—Dalo por hecho.

La chica nos dio el número de habitación y se despidió con un guiño y una sonrisa. En otro momento, probablemente habría machacado a Salva por ligar hasta en los hospitales, pero en lo único en lo que podía pensar era en ver a Natalia y asegurarme de que realmente estaba viva y estable.

Salva se despidió de nosotros diciendo que iría a casa a darse una ducha y volvería más tarde a ver cómo seguía. Insistió en que le llamase si había cualquier novedad o necesitaba lo más mínimo. Lo entendí, no solo porque los padres de Natalia estaban de camino e íbamos a ser mucha gente en la habitación, sino porque estaba saliendo de una guardia y el cansancio acumulado pesaba después de tantas horas de servicio.

Nos fuimos directos a los ascensores y de allí a la habitación que nos había indicado la enfermera. Tesa fue la primera en entrar y su reacción hizo que me petrificara en el mismo quicio de la puerta. Nada más ver a su hermana rompió a llorar, abrazándose con fuerza a Mateo y sin soltar la mano de Rodrigo, que tenía sujeta con un apretón mortal que había vuelto blancos sus nudillos. Mateo le devolvió el abrazo, diciéndole cosas al oído que yo no podía entender, porque lo único que podía escuchar era un pitido. Sacudí la cabeza con fuerza, intentando despejar mi mente y coger fuerzas para enfrentar lo que fuera que iba a encontrarme en aquella habitación. El hecho de que el pitido resultara ser el móvil de Tesa me ayudó a relajarme un poco. Sacó el teléfono de su bolso y miró a Rodrigo cogiendo aire con fuerza.

—Mis padres están abajo, ¿me acompañas?

—Claro, —respondió extrañado mirando entre Mateo y Tesa —pero quizás debas echarte un poco de agua en la cara antes.

Tesa se giró hacia Mateo acariciándole los brazos con sus manos.

—Será mejor darles las noticias de una en una —dijo con una sonrisa que no le llegó a los ojos —además, creo que Iván va a necesitarte más que yo.

Lo último lo dijo en un susurro, pero no lo suficientemente bajo como para que no la oyera desde donde estaba. Esas palabras hicieron que mi cuerpo se tensara aún más, ¿tan mal estaba Natalia?

Tesa se lavó la cara y salió de la habitación acompañada de Rodrigo, así que no me quedó más remedio que moverme del quicio de la puerta y dar unos pasos hacia el interior para dejarles pasar.

La visión de Natalia echada en la cama, inconsciente, con la cara amoratada, cubierta de vendas, escayolas y tubos que iban desde su brazo a los distintos goteros, hizo que cayera sobre mí la inmensidad de lo que podía haberle pasado y, en aquel momento, exploté.

—¡Joder, Natalia! —exclamé acercándome a la cama sin saber muy bien por qué lado aproximarme sin estorbar demasiado —¡Mira que te lo había dicho! ¡Tú y tu manía de correr con el coche! ¡Si es que esto tenía que pasar!

No había ni una parte de su cuerpo accesible que pudiera tocar sin miedo a hacerle daño o trastocar algo y eso solo me cabreó más. Necesitaba sentirla, tocar su piel, notar su pulso, saber que, aunque estaba inmóvil en aquella cama de hospital, cubierta de vendas y escayolas, seguía viva y estaba bien.

—Cálmate, Iván —Mateo sujetó mi brazo con fuerza al ver que no dejaba de despotricar sobre la forma de conducir de Natalia.

—¿Qué me calme? ¿Pero tú la estás viendo? ¡Podría haberse matado!

—Iván, ya lo hemos hablado, los accidentes ocurren y no son culpa de nadie.

—¡Para ti es fácil decirlo! ¡Tesa no es como su hermana, no hace locuras! Pero ¿Natalia? ¡Está loca! No tiene el menor juicio o sentido del peligro, se mueve por instintos y no piensa en su seguridad ni en la de los demás. ¡Es una inconsciente! Tienes suerte de que te haya tocado la hermana cuerda, pero ¿a mí? A mí me ha tocado una loca incapaz de mantenerse a salvo porque no piensa en las consecuencias, en lo que podría pasarle a ella o en lo que sufrirían las personas que la quieren. ¿Por qué no puede parecerse más a su hermana, ser más centrada, más racional, menos impulsiva? ¡Tener más

cuidado, joder! ¡Podría haberse matado!

—¡Ya basta, Iván! —Mateo tiró de mi brazo arrastrándome al pasillo, fuera de la habitación —Sus padres están a punto de llegar y lo último que necesitan es encontrarte histérico y diciendo burradas. Lía está bien y se recuperará. Son tus miedos los que están hablando y, sabes tan bien como yo, que no la cambiarías por ninguna otra, así que deja de hacer el capullo y empieza a comportarte como un hombre. La recuperación va a ser larga y va a necesitar apoyo no gente que la culpe. Decide ahora mismo en qué lado vas a estar y quédate o lárgate, pero se acabaron los numeritos desde este preciso momento.

—¡Podría haber muerto, Mateo! ¡Ha estado a punto de morir! ¿Es que no lo entiendes? —mi voz se quebró —casi la pierdo...

Las últimas palabras me salieron en un susurro ahogado por las lágrimas. Mateo me abrazó con fuerza y dejé que mis lágrimas empaparan el hombro de su camiseta. Lloré por Natalia, por el miedo que había pasado, por Urko y por el sentimiento de culpa que corroía mis entrañas.

La culpa por la muerte de mi compañero se había ido, volver al trabajo, aunque solo hubiese sido una salida fugaz, me había hecho darme cuenta de muchas cosas. La más importante, que, si el rescate de Natalia no hubiese salido bien y no hubieran podido sacarla del coche a tiempo, no habría culpado a ninguno de los bomberos presentes. Se habían comportado como profesionales, igual que lo había hecho yo aquel fatídico día, pero, tal y como Mateo me repetía una y otra vez, los accidentes ocurren y nadie puede controlarlos. Hay miles de factores que tienes que tener en cuenta y no dispones de tiempo para evaluarlos todos. Haces lo que puedes con lo que tienes lo mejor que sabes, unas veces tienes éxito y otras, solo puedes lamentarte y seguir adelante.

Lo de Natalia en cambio... Parecía que habían pasado años y no horas desde mi arrebato de aquella mañana. La forma en que había reaccionado, el modo en que había desconfiado de ella... Si me hubiera parado un momento, si hubiera pensado las cosas, intentado hablarlas en vez de golpear y largarme, nada de aquello habría sucedido. Y esa culpa era solo mía y nadie podía quitármela porque, aunque no fuera yo quien conducía el coche, era culpa mía que Natalia estuviera al volante. Probablemente nerviosa, triste, furiosa y frustrada por mi reacción y con toda la razón del mundo si lo que

me había dicho Rodrigo era cierto y todo parecía indicar que lo era.

Tesa llegó acompañada de sus padres y Rodrigo. Intenté recomponerme lo mejor que pude antes de saludarlos, aunque estaba bastante seguro de que, dadas las circunstancias, no se habrían inmutado si les hubiera saludado un extraterrestre. Mateo, Rodrigo y yo nos quedamos en el pasillo mientras entraban a ver a Natalia para darle un poco de intimidad y tranquilidad a la familia, y porque yo necesitaba reunir fuerzas antes de enfrentarme una vez más a la imagen pálida, amoratada e inmóvil que aguardaba en la cama de aquella habitación, tan diferente a la chica alegre, divertida y llena de vida que conocía y a la que amaba. Porque sí, la amaba y, después de haber sentido el miedo a perderla, a no volver a tenerla en mi vida, no pensaba seguir negándolo ni un segundo más.

Me sorprendió ver a Salva acercarse por el pasillo con paso rápido y llevando la misma ropa que antes. Al parecer al final no le había dado tiempo de darse una ducha.

—¿Cómo está? —preguntó al llegar hasta nosotros.

—Descansando. Justo lo que deberías estar haciendo tú, ¿no ibas a irte a casa? —respondió Mateo.

—Ese era el plan, pero tengo noticias y pensé que querrías saberlas. Me han llamado de la central, por lo visto, todo parece indicar que hubo otro coche implicado en el accidente.

—¿Qué quieres decir? —el tono de mi voz se alzó y varias enfermeras me mandaron callar desde el puesto al tiempo que me dedicaban miradas reprobadoras.

—El lateral del coche de Natalia tiene restos de pintura de otro coche y todo parece indicar que la embistieron varias veces, por atrás y por el lado izquierdo.

—¿¿¿Qué??? —esta vez grité, indignado y frustrado a partes iguales. Una de las enfermeras vino directa hacia nosotros.

—Esto es un hospital, hay enfermos que necesitan descansar, bajen el tono de voz o vayan a hablar a otra parte —exigió seria.

—Lo siento, bajaré la voz, —la enfermera me miró poco convencida —de verdad.

Me miró sin ninguna convicción y volvió a su puesto no sin antes advertirnos de que llamaría a seguridad si continuábamos hablando en ese tono.

—A ver si me aclaro, —dije intentando hacer lo que le había dicho a la enfermera y no elevar el tono de voz —¿me estás diciendo que el accidente de Natalia se ha debido a que otro coche embistió el suyo hasta sacarlo de la carretera?

—Lo que te estoy diciendo —dijo Salva —es que, técnicamente, el accidente de Natalia no ha sido un accidente.

—¿Sabéis algo del otro coche? —Rodrigo intervino por primera vez, con tono serio y frío.

—Solo que, por los restos de pintura que han quedado en el coche de Natalia, debía ser de color negro.

Rodrigo se separó unos metros de donde estábamos y sacó su teléfono sin hacer ningún comentario más. La sensación de que sabía algo que no nos estaba contando empezó a brotar en mi mente, pero dejé de prestarle atención cuando oí la voz de Tesa.

—¿Qué restos de pintura? ¿De qué estáis hablando?

Mateo abrazó a su novia mientras le contaba lo que Salva acababa de decirnos. Los padres salieron en mitad de la conversación y Mateo empezó de nuevo después de que Tesa los presentara. Aproveché el momento para escabullirme al interior de la habitación. Necesitaba ver a Natalia. Ahora que sabía que el accidente no había sido culpa suya o, más bien, que no había sido un accidente, solo quería abrazarla y asegurarme de que nadie, nunca, volviera a ponerla en peligro.

Habían dejado una silla en el lado de la cama, cerca de ella. Tomé asiento y acaricié su mano inmóvil con cuidado de no tocar las vías.

—Lo siento, Natalia, por todo.

—Vete.

Lo que sentí al oír su voz, aunque sonase ronca y forzada, debió ser lo mismo que siente un hombre que, tras días perdido en el desierto, encuentra por fin una fuente de agua.

—Natalia.

—Vete, Iván. Vete y no vuelvas nunca.

Capítulo 23

Lía

Sentía mi cabeza como si todas mis neuronas se hubiesen puesto de acuerdo para celebrar una tamborrada^[v] y ninguna me hubiese preguntado mi opinión. Me dolían todos y cada uno de los huesos de mi cuerpo y lo que no era hueso, también. Me sentía dolorida y como si flotase en una nube al mismo tiempo. Era una sensación extraña por la que no me importaría no tener que pasar de nuevo. Podía sentir cómo mi cuerpo iba despertando de la anestesia y la sensación era la misma que cuando se te duerme el pie. Como si te estuvieran haciendo cosquillas con un millar de agujas afiladas. Desagradable y muy incómoda.

La enfermera que me había sacado del quirófano y llevado a la habitación me había avisado de lo que iba a sentir por lo que no me pillaba de nuevas, pero aun así, seguía siendo desagradable. Y doloroso. Había estado saliendo y entrando de la consciencia durante todo el trayecto. Ni siquiera había hecho el intento de hablar, algo raro en mí teniendo en cuenta que mi madre decía que, desde que aprendí a hablar, no había dejado de dolerle la cabeza. Pero me notaba la boca pastosa y comenzaba a sentir como si me hubiera tragado una caja de clavos y después los hubiera vomitado. Uno a uno. Todo muy agradable, sí.

Al menos estaba viva. La enfermera, o celadora, o lo que fuera, también me había puesto al día de lo que me había pasado. Podría habérselo evitado, la verdad. Recordaba perfectamente cómo me había sentido. Atrapada dentro del coche sin poder salir, con el lado izquierdo rabiando de dolor y la cara y el pelo pegajosos de sangre. Más asustada de lo que había estado en mi vida. También recordaba otras cosas. Como a Gina. Mirándome con una sonrisa satisfecha en esa cara de sádica mientras sacaba mi coche de la carretera. Y también recordaba su voz. La voz de Iván, pidiéndome, suplicándome, que aguantara, que no me fuera de su lado, que luchara, que no le dejara. Aunque, a decir verdad, no estaba segura de que aquello no lo hubiera soñado.

Después de todo, ¿qué pintaba Iván en un lugar perdido en medio de una carretera? ¿y, además suplicándome que no le dejara? No. Seguro que aquello lo había soñado.

Después de lo de aquella mañana, <<¿había sido aquella mañana? Se sentía como si hubieran pasado siglos>> dudaba mucho que quisiera escucharme o dirigirme la palabra, mucho menos pedirme que me quedara con él.

La enfermera me dijo que tenía varios huesos rotos, incluidas varias costillas, una herida muy fea en la cabeza y otras lesiones leves, pero nada de gravedad. Solo había sido el susto, dijo. Terminó de colocarme las vías y lo que me parecieron cientos de cables y me dejó sola en la habitación, donde me quedé dándole vueltas a lo que acababa de decirme. El susto. Qué graciosa la señora. Un susto es lo que te dan para que se te quite el hipo y, si lo que me había pasado había sido solo eso, dudaba que volviera a tener hipo en mi vida. Podía haber muerto, era muy consciente de ello. Casi tanto como de que eso era exactamente lo que había pretendido Gina. Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante el pensamiento y gemí de dolor, mi mente se nubló y perdí el hilo de mis pensamientos.

Me despertó la voz de mi hermana, o más bien su llanto. Sentí el impulso de ir hacia ella, de decirle que todo estaba bien, que yo estaba bien, y que saldríamos de aquello, pero mi cuerpo no me respondía. Lo sentía pesado y ligero a la vez, si es que era posible.

—Mis padres están abajo, ¿me acompañas? —dijo mi hermana.

¡Mierda! ¿Mis padres? De repente me sentí como cuando era pequeña y me pillaban en mitad de una trastada. Algo que sucedía bastante a menudo. Se suponía que mis padres estaban de viaje visitando a unos amigos que vivían en Málaga o por ahí. Al parecer se habían vuelto y no podía evitar sentirme culpable por haber interrumpido sus vacaciones, del mismo modo que no podía evitar sentirme mal por lo que sabía que venía. Más lágrimas, más llantos, más “te lo dije”, más “es que no tienes cuidado conduciendo”, “si es que vas como las locas” ... Justo lo que necesitaba en aquel momento.

Oí pasos, murmullos que no podía entender y, de repente, una voz fuerte que sonó muy cerca de mí y que reconocería en medio de una multitud.

—¡Joder, Natalia! ¡Mira que te lo había dicho! ¡Tú y tu manía de correr

con el coche! ¡Si es que esto tenía que pasar!

Iván me estaba gritando y yo quería devolverle cada uno de los gritos. ¿Quién se creía que era? ¿Qué derecho tenía a echarme la bronca? De no haber sido por su numerito de unas horas antes yo no habría tenido que coger el coche para ir a buscarle. Además, mi forma de conducir no había tenido nada que ver, ¿es que no sabía que Gina me había sacado de la carretera?

—Cálmate, Iván —la voz de Mateo sonó suave y tranquilizadora y deseé que surtiera efecto. Ya me dolía bastante la cabeza sin necesidad de tener a una persona gritándome.

—¿Qué me calme? ¿Pero tú la estás viendo? ¡Podría haberse matado!

—Iván, ya lo hemos hablado, los accidentes ocurren y no son culpa de nadie.

—¡Para ti es fácil decirlo! ¡Tesa no es como su hermana, no hace locuras! Pero ¿Natalia? ¡Está loca! No tiene el menor juicio o sentido del peligro, se mueve por instintos y no piensa en su seguridad ni en la de los demás. ¡Es una inconsciente! Tienes suerte de que te haya tocado la hermana cuerda, pero ¿a mí? A mí me ha tocado una loca incapaz de mantenerse a salvo porque no piensa en las consecuencias, en lo que podría pasarle a ella o en lo que sufrirían las personas que la quieren. ¿Por qué no puede parecerse más a su hermana, ser más centrada, más racional, menos impulsiva? ¡Tener más cuidado, joder! ¡Podría haberse matado!

A medida que escuchaba a Iván, cada una de sus palabras iba clavándose en mi corazón y juro que dolieron más que todas las heridas, roturas y magulladuras causadas por el accidente. Saber lo que opinaba de mí, la forma en que me veía... Me lo había dado a entender antes, suponía que su opinión sobre mí no era buena, pero escucharlo de sus labios dolía. Mucho. Pero no era nada comparado con saber que prefería a mi hermana, que, como siempre, una vez más, Tesa ganaba en las comparaciones por goleada. ¡Lo había escuchado tantas veces! “¿Por qué no eres más como tu hermana?” “¿Por qué no haces las cosas como Tesa?” “¡Con lo buena y educada que es tu hermana pequeña!”. Profesores, vecinos, familiares, amigos de la familia, amigos comunes, incluso alguno de mis novios anteriores, se habían lamentado innumerables veces de que no me pareciese más a ella.

Adoraba a mi hermana, siempre la había adorado y moriría adorándola.

Aquellas frases y comentarios habían dolido, pero me había reído y seguido adelante. Siempre con el apoyo de Tesa, que no paraba de repetirme que a ella le gustaría ser un poco más como yo. Más lanzada, más natural, más imprevisible, más... libre. Decía que ella me veía así, como alguien libre, que no tenía miedo a nada, a la que no le importaba el qué dirán y disfrutaba de la vida cada segundo. Esas palabras habían sido un consuelo para mí en cada una de aquellas ocasiones, al menos, hasta que los reproches habían salido de la boca de Iván.

Me odié a mí misma. Mi forma de ser, mi impulsividad. Durante un segundo completo, quise ser como mi hermana y lo deseé con todas mis fuerzas. Durante todo un segundo.

—¡Ya basta, Iván!

Supuse que Mateo había sacado a Iván de la habitación, porque sus voces se transformaron en murmullos que era incapaz de entender. Abrí los ojos con esfuerzo y la luz brillante de la habitación me hizo entornarlos.

El segundo había pasado. Yo era Natalia no Tesa, y me gustaba serlo. Era malhablada, impulsiva, alocada y sí, estaba un poco loca, pero así era yo. ¡Y me encantaba! A veces metía la pata y la cagaba, pero nunca lo hacía con mala intención y no me costaba el más mínimo trabajo disculparme cuando sabía que la había cagado. También sabía escuchar, era capaz de morir y matar por las personas a las que quería. ¿Que me gustaba reírme hasta de mi sombra y disfrutar de la vida como si fuera el último día? ¡Pues sí! ¿Qué había de malo en querer vivir con una sonrisa en los labios y el corazón abierto de par en par?

Esa era yo. ¿Tenía defectos? ¡Miles! Pero también tenía virtudes, muchas, y el que me quisiera, tenía que hacerlo conociendo ambas y amándolas por igual. Mi corazón se rompió un poquito, la garganta se me apretó en un nudo y el dolor hizo que mis ojos se emborronaran, o tal vez fueran las lágrimas, daba igual. Me había enamorado de Iván como una tonta y, por un momento fugaz, incluso había creído que lo nuestro podía funcionar. ¡Qué equivocada había estado!

Después de lo que acababa de decir no me quedaba la menor duda de que Iván no sentía lo mismo por mí. Nuestra relación, si es que había habido alguna, no tenía el más mínimo futuro. Él nunca se conformaría con “la

hermana loca”, intentaría cambiarme, como tantos otros antes de él. Lo peor es que sabía, por experiencia, que le creería y por un tiempo intentaría ser lo que él quería que fuera solo para hacerle feliz. Aunque eso me hiciera infeliz a mí, aunque esa no fuera yo, aunque tuviera que renunciar a partes de mí que me hacían ser quien era en realidad. Hasta que, con el tiempo, acabase convirtiéndome en una sombra de lo que era y, entonces, llegaría un día en el que no aguantaría más, explotaría y se iría todo a la mierda. Yo me sentiría hundida por no haber sido lo bastante buena para conservarle, para hacerle feliz, y cabreada por haber dejado que un hombre cambiara mi esencia, la ocultara y la pisoteara. Lloraría, llamaría a Tesa para preguntarle cuál era el mejor sitio para adoptar gatos y juraría que era la última vez que tenía pareja. La historia de mi vida.

El problema era que lo que había sentido por cualquiera de aquellos que habían pasado por mi vida, no era ni la sombra de lo que sentía por el bombero y, precisamente por eso, no podía poner un pie más en ese círculo vicioso.

—¡Mi niña! —la voz llorosa de mi madre inundó la habitación y carraspeé en un intento de deshacerme del nudo en mi garganta —Espera, que te doy agua, debes tener la garganta reseca.

Mi madre, la que me parió y que me quería tal y como era, con mis salidas de tono y todo, tenía los ojos hinchados y estaba claramente luchando contra las lágrimas. Cogió un vaso de la mesilla junto a la cama y una pajita del cajón y la llevó a mis labios.

—Poco a poco, cariño, sorbitos pequeños no te vayas a atragantar —. Acarició mi mejilla suavemente con una mano, mientras sostenía el vaso con la otra —¡Qué susto nos has dado mi niña! Menos mal que estás bien, ¿te duele algo?

—¡Por Dios, Pepa! ¡Le duele todo! ¿Es que no la ves? ¡Si está hecha un desastre!

Y ese era mi querido padre dándome ánimos, su especialidad. Solté la pajita e intenté girar la cabeza hacia el otro lado de la cama, del que provenía su voz. Cuando lo conseguí, no sin dolor, me encontré con los ojos azules de mi padre, del mismo color exacto que los míos, pero rojos e hinchados. Sus labios dibujaban una sonrisa triste y me miraba con todo el cariño que solo él

sabía transmitir con una simple mirada.

—Mi Lianta... —su voz salió suave y sonó más como un lamento, su mano se extendió con suavidad para acariciar mi frente —si es que no sabes dar dos pasos sin meterte en un lío. Has sido igual desde chiquitita.

Intenté sonreír y me resultó un poco más fácil ahora que no sentía los labios resecos.

—Papi... —la voz me salió ronca y gastada y carraspeé para intentar aclararla —mami... —dije mirando a mis progenitores —estoy bien, no ha sido nada grave. Solo un susto.

—¿¿¿Un susto??!! Eso es lo que se le da a la gente cuando tiene hipo, niña.

Sonreí a mi madre, porque sus palabras habían copiado al pie de la letra mis pensamientos. A alguien tenía que haber salido yo, ¿no?

—Me pondré bien, solo tengo unos cuantos huesos rotos y algunas magulladuras. Se curarán.

—¡Más te vale, Lianta! Que aún te quedan muchos líos en los que meterte.

Mi padre me miraba sonriente, pero desde mi posición, podía ver como su nuez subía y bajaba, tragándose las lágrimas. En aquel momento odié a Gina por hacer pasar a mis padres el mal rato que estaban pasando y el que debían haber pasado desde que se enteraron de mi accidente hasta que habían podido verme y saber que estaba bien. Cerré los ojos con fuerza intentando controlar mi genio y ese simple movimiento me hizo gemir de dolor una vez más.

—Voy a buscar a la enfermera para que te de algo para el dolor —dijo Tesa.

—Espera, te acompañamos que queremos hablar con el médico y así la dejamos descansar un poco.

—Ve tú, yo me quedo con la niña.

—Vamos, Pepa, la niña necesita descansar y nosotros enterarnos de lo que ha pasado. Volveremos en seguida.

Mis padres salieron de la habitación detrás de mi hermana y yo respiré

intentando controlar las lágrimas de dolor e impotencia. Mis ganas de estrangular a Gina, de hacerle pagar por lo que había hecho, tenían cada uno de mis músculos en tensión y eso no era nada bueno para mis lesiones.

—Lo siento, Natalia, por todo.

La voz de Iván hizo que todo mi cuerpo se relajara y fue eso mismo lo que me hizo tensarme en respuesta.

—Vete.

Mi voz salió rasposa, más baja y menos firme de lo que habría deseado.

—Natalia...

—Vete, Iván. Vete y no vuelvas nunca.

—No.

Con esa simple palabra tomó asiento junto a mí, en el mismo lugar que había ocupado mi madre un minuto antes y tomó mi mano, acariciándola con dulzura. Intenté apartarla, resistirme a la sensación reconfortante del tacto de su piel sobre la mía, pero estaba demasiado cansada y dolorida y... lo había echado tanto de menos...

—No voy a irme a ningún lado hasta que escuches lo que tengo que decirte.

Giré la cabeza con esfuerzo para mirarle, apartando mi vista del techo donde la había mantenido fija desde que había escuchado su voz y luchando contra las lágrimas. ¿Por qué tenía todo que ser tan complicado? Ojalá, por una vez, las cosas simplemente fluyeran hasta ponerse en su sitio. O me fijase en un tío al que le gustase yo tal y como era.

—Ya he oído todo lo que tenías que decir, Iván. No hace falta que lo repitas. De hecho, te agradecería que no lo hicieras.

—¿Cómo que has...? —sus ojos se abrieron como platos antes de mirarme serio —Estabas despierta.

Ni aquello había sido una pregunta, ni yo tenía ganas de hablar, así que devolví mi mirada al techo y apreté los labios con fuerza antes de insistir.

—Vete.

—Siento que me escucharas antes, yo... —su mano apretó la mía con

más fuerza.

—Yo no lo siento, al contrario. La verdad es que me alegro de haberlo oído. Ahora lo veo todo más claro.

—¿Sí? ¿y qué es lo que ves?

Me esforcé en girar la cabeza antes de hablar porque quería mirarle. Si aquella era la última vez que iba a poder disfrutar de tenerlo cerca, mirándome como si realmente le importara, no quería desaprovechar la oportunidad de perderme en sus ojos. Aunque corriese el riesgo de ahogarme en ellos.

—No soy como te gustaría que fuera y, lo que es más importante, no lo seré nunca. Puede que para ti no sea más que una niña infantil y malcriada, alocada, irresponsable y poco o nada juiciosa. Alguien que no se preocupa por si misma ni por las personas que le rodean. Después de todo estoy loca, ¿no? —dejé que una amarga sonrisa se dibujara en mis labios —No sé lo que buscas en una mujer, pero sí sé que, aunque no soy como Tesa, tengo muchas cosas buenas. Tengo valores, principios, lo doy todo por los que me importan y vivo con intensidad. Entrego mi corazón sin pensarlo dos veces y no quiero cambiarlo, aunque probablemente no me vendría mal escoger mejor a quién entregárselo —volví a girar la cabeza para mirar al techo una vez más, no quería que me viese llorar cuando mis propias palabras desgarrasen mi pecho, y tragué con fuerza antes de continuar —Siento ser tan mala opción para ti, pero espero encontrar algún día a la persona que me valore tal y como soy, que de gracias por tenerme en su vida y que me ame, no a pesar de lo que tú consideras mis defectos, sino precisamente por ellos.

Tiré de mi mano e Iván la dejó ir. No había nada más que decir y casi podía sentir como mi corazón se deshacía trocito a trocito, al saber que aquello era el final.

—Te quiero.

Su voz sonó tan baja que estaba segura de que había imaginado que aquellas dos palabras salían de sus labios.

—Te quiero, Natalia —repitió —creo que más de lo que nunca pensé que pudiera querer a nadie y, ¿sabes cuándo me he dado cuenta? En las horas que he pasado en la sala de espera de este hospital, sin saber si ibas a sobrevivir, si iba a poder verte de nuevo, escuchar tu risa. Lo único en lo que podía

pensar era en que mi vida se ha convertido en una locura desde que entraste en ella y que no soportaría volver a la que tenía antes. Aunque me saques de quicio, aunque me vuelvas loco. Prefiero estar loco contigo que vivir una vida cuerda sin ti.

—Pero... le dijiste a Mateo que...

—¡Estaba asustado! ¿Sabes cómo me sentí al verte en la cama, inmóvil, cubierta de escayolas, vendas y cables? ¡Me da pánico ser consciente de lo cerca que he estado de perderte! Reaccioné mal, lo sé y lamento que lo escucharas, pero yo... — mi mano buscó la suya deslizándose sobre la fría sábana del hospital y él no tardó en aferrarse a ella —No sabía manejarlo, no podía... y, sobre todo, no quiero. No quiero perderte, no quiero imaginar una vida en la que no estés, en la que no te rías, en la que no veas la vida de la forma brillante en que la ves. Perdóname, por favor, todo esto es culpa mía, si yo no...

—No sigas, Iván. No es culpa tuya. Aunque no te negaré que le debes una disculpa a Rodrigo.

—Siento mucho lo de esta mañana. No debí...

—No, no debiste. De eso puedes estar seguro. Puedo ser muchas cosas, Iván, pero cuando alguien me importa no le engaño, ni le traiciono.

Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestra conversación. Mateo y Tesa entraron seguidos por tres desconocidos, uno de ellos con uniforme de bombero y otros dos de la Guardia Civil.

—¿Cómo te encuentras?

Mi hermana se acercó a mí por el otro lado de la cama, dedicándole una sonrisa cómplice a Iván, que permanecía sujetando mi mano.

—Como si me hubieran metido en la lavadora con coche incluido —dije con una sonrisa intentando quitarle hierro al asunto. No funcionó. Los labios de mi hermana se torcieron en un gesto de dolor mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas —Estoy bien, de verdad. Dolorida, pero me recuperaré.

—Lía... —Mateo miró a Iván antes de volverse hacia mí —estos son Salva, uno de los bomberos que intervino en tu rescate, buen amigo de Iván y mío, el sargento Sánchez y Rivas de la Guardia Civil—señaló a los dos

Guardias Civiles y supe inmediatamente a lo que venían.

—Fue Gina.

—¿¿¿¿Qué???? —el grito de asombro e indignación de Tesa sonó por encima de las voces de los demás —¿La zorra de tu jefa?

—La misma. La vi justo antes de que empujara mi coche fuera de la carretera.

—¡Hija de la gran...!

—¡Tesa, esa boca! ¡La malhablada de la familia soy yo, que no se te olvide!

—Vale, pero que sepas que, como la coja, la mato.

—Espero que no lo diga en serio.

El que supuse que era el sargento, lo dijo con una media sonrisa dirigida a mi hermana que hizo que Mateo se acercara a su novia y colocara su brazo alrededor de su cintura. Intenté reírme de la actitud territorial de mi cuñado y el dolor en las costillas casi hace que se me saltasen las lágrimas.

—Un momento —dijo Tesa —creo que Rodrigo debería estar aquí.

—¿Rodrigo? —preguntó Iván extrañado —¿qué tiene que ver tu jefe con esto?

—Gina es su novia. Bueno, más bien su ex, aunque ella no lo sabe todavía...

—¿La misma que encontraste en la cama con...?

—Para Iván, no creo que a nadie la interese mi desastrosa vida privada. Muchas gracias.

—A mí sí —respondió Rivas, el otro Guardia Civil, haciendo que esta vez fuera Iván quien se acercase más a mí —siempre que tenga relación con el caso, por supuesto.

—¿Qué es eso de que Gina te ha sacado de la carretera? —preguntó Rodrigo, rojo de rabia, cuando entró en la habitación acompañado de Tesa.

El sargento carraspeó antes de tomar una actitud más seria y comenzar a hacerme preguntas sobre Gina, mi relación con ella y el accidente. Intenté

contestarlas lo mejor que pude, un poco intimidada por tener tanto público alrededor y alegrándome de que mis padres no estuvieran presentes. Hay ciertas cosas de las que una no quiere que se enteren sus progenitores. Como de que has pillado a tu novio en la cama con tu jefa, por ejemplo.

Media hora después mi dolor de cabeza había alcanzado proporciones épicas y estaba tan dolorida que me resultaba difícil incluso respirar.

—Creo que ya es suficiente —dijo Iván interrumpiendo la conversación —Natalia necesita descansar. Si tienen que hacerle más preguntas pueden volver mañana.

—Sí, por supuesto —respondió Sánchez con una inclinación de cabeza — con esto tenemos de sobra para empezar. Espero que te recuperes pronto, Natalia.

Se giró hacia Rodrigo, que aún parecía aturdido por toda la información y le pidió que le acompañara al pasillo. Al parecer yo no era la única a la que iban a acribillar a preguntas.

—Voy a pedirle a la enfermera que te pongan más calmantes para el dolor, ahora vuelvo.

Mi hermana salió de la habitación arrastrando a Mateo con ella y el bombero los siguió, dejándonos solos una vez más.

—¿Te duele mucho? —la mano de Iván acarició mi rostro con dulzura.

—Sobreviviré.

—Más te vale, no vas a librarte de mí tan fácilmente —sus labios rozaron mi frente con suavidad —Por cierto, no me has contestado.

Su mano apretó la mía y tuve la sensación de que temblaba ligeramente al acariciarme.

—¿Cómo?

—Bueno, yo te he dicho que te quiero y tú...

No pude evitar echarme a reír con ganas. Ver a Iván inseguro y temeroso, a la espera de una respuesta era algo que no había esperado.

—¡Mierda, mis costillas! —tenía que recordar que reírme no era una buena idea —¿Inseguro, bombero?

—Mucho —admitió —la he cagado lo suficiente como para no saber si estás dispuesta a darme otra oportunidad.

—Técnicamente supongo que sería la primera, ¿no? Después de todo nunca hemos hablado de lo que hay o no entre nosotros ni de lo que queremos que haya.

—¿Qué quieres que haya Natalia? Porque yo lo tengo muy claro.

—¿Sí?

La enfermera llegó, interrumpiendo nuestra conversación e introdujo una jeringa en la intravenosa conectada a mi brazo.

—Esto te quitará el dolor y te ayudará a descansar —dijo con dulzura mientras se marchaba.

Sentí el efecto casi al instante, dejando todas las palabras que quería decirle a Iván atrapadas en mi garganta. Mis ojos comenzaron a cerrarse y podía sentir el peso de mis párpados.

—Sí, cariño. Lo tengo muy claro. Contigo lo quiero todo.

Las palabras de Iván, susurradas en mi oído, junto a las caricias de su mano sobre mi frente y el tierno beso que dejó en ella, me acompañaron mientras me quedaba dormida.

Capítulo 24

Lía

Había pasado casi quince días en el hospital. Habían tenido que reconstruirme la cadera, lo que había implicado otro paso por quirófano, y las costillas iban a llevar su tiempo para recuperarse, así que el proceso de recuperación sería lento y las horas de rehabilitación largas. Pero estaba viva y no podía dejar de dar gracias por ello.

La Guardia Civil había interrogado a Gina y todo se había salido de madre. Había intentado atacar a Rodrigo cuando este le confirmó que habían terminado y la llamó psicópata por intentar matarme. Ella se había reído y afirmado que se saldría con la suya. Sánchez y Rivas, nos habían asegurado que, por muy buenos abogados que tuviera, las pruebas en su contra, incluido mi testimonio, eran demasiado contundentes como para que pudiera librarse de la condena. Deseaba que tuvieran razón y que pasara mucho tiempo entre rejas. No solo por lo que me había hecho o por lo que había intentado hacerme, sino porque no creía que alguien como ella; cruel, egoísta, sin escrúpulos y a la que no le importaba matar para conseguir lo que se proponía, debiera estar en la calle. Volvería a intentarlo, quizás no conmigo, pero sin duda lo haría con el próximo o la próxima que considerara un riesgo para sus planes y acabaría consiguiéndolo.

El juicio tardaría en celebrarse y al principio temimos que la dejaran en la calle con fianza, pero el informe psiquiátrico recomendó su ingreso en un centro especializado. Al final sí que había una loca y no era yo.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que te traiga algo?

Mi madre asomó la cabeza por la puerta de mi habitación como hacía cada diez minutos. Sabía que aún tenía el susto en el cuerpo por lo que podía haber pasado y necesitaba asegurarse constantemente de que seguía allí, pero empezaba a ponerme nerviosa.

—¡Deja tranquila a la niña, Pepa! Que al final va a querer volverse al hospital nada más que para perderte de vista.

Mi madre se volvió hacia el pasillo, discutiendo con mi padre e insistiendo en que solo se preocupaba por mí y que no era tan pesada como él decía. Lo era, pero yo la quería igual o más por ello. Aunque a veces deseara que dejase de preocuparse tanto por mí, sabía que era un imposible. Está en el ADN de las madres preocuparse por sus hijos.

Me habían dado el alta dos días antes. Tesa se había instalado temporalmente en casa de Mateo para que mis padres y yo pudiéramos quedarnos en su casa. O esa había sido la excusa, aunque algo me decía que estaba encantada de la nueva distribución. No sabía si Mateo lo estaba tanto, dado que se había llevado con ella a Odín y a las gatas, pero, después de todo, más le valía irse acostumbrando.

Aún tenía que pasar la mayor parte del tiempo en la cama y cuando me levantaba tenía que apoyarme en las muletas. Los dolores iban disminuyendo y las cicatrices ya casi habían desaparecido de mi rostro. Poco a poco volvía a ser yo y estar tanto tiempo en la cama me estaba matando. Entre el tiempo en el hospital y los dos días que llevaba en casa, me había tragado casi todas las series de Netflix y casi no me quedaban libros de mi hermana por leerme. Estaba aburrida hasta límites insospechados.

Mi móvil sonó y mi madre tardó dos segundos en entrar en la habitación y dármele.

—Puedo sola mamá... —eso de que me tratara como una completa inútil y no me dejara hacer ni el más mínimo movimiento comenzaba a agobiarme y mucho, pero la mirada de tristeza y temor en sus ojos hizo que me tragara mi protesta —gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Las lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos. Me sentí como un monstruo y una desagradecida. Mi madre aún no había superado el miedo y la preocupación por haber estado a punto de perderme y su forma de enfrentarlo era aquella. Además, mi brazo izquierdo seguía escayolado y las costillas me tiraban con cualquier movimiento.

Conocía a mi madre y sabía de sobra que, si fuera por ella, Tesa y yo seguiríamos viviendo con ellos en casa, jamás nos habríamos independizado

y nos mantendría en una urnita de cristal para asegurarse de que no nos pasaba nada. Nos había costado muchas peleas y discusiones que mi madre aceptara que éramos adultas y teníamos nuestras propias vidas, pero en momentos como aquel, volvíamos a ser sus niñas, para cuidar y proteger y sabía que la idea de la urnita estaba al frente de su mente. No era algo que fuera a permitir.

El teléfono continuaba sonando en mi mano. No pude evitar sonreír al ver el nombre de Iván parpadeando en la pantalla.

—Hola, preciosa ¿qué tal te encuentras hoy?

—Mucho mejor, deseando irme de juerga o, al menos, poder moverme sin que mi madre se me eche encima.

—Solo está preocupada, lo sabes.

—Lo sé, pero...

—Ya. Bueno, tengo una noticia que quizás te anime. En un par de horas tendrás a dos personas atosigándote.

—¿Vuelves?

—Vuelvo.

La enorme sonrisa que dibujaron mis labios no habría podido evitarla, aunque hubiese querido, que no era el caso. Nos despedimos y dejé el móvil sobre la cama.

En las últimas semanas Iván y yo habíamos hablado mucho. Habíamos estado conociéndonos, hablando sobre nuestras vidas, las cosas que nos gustaban y las que no. También habíamos hablado sobre nosotros. Lo que había, lo que nos gustaría que hubiese, las posibilidades y los escollos que probablemente encontraríamos en el camino. Nuestras personalidades no eran precisamente parecidas.

Las conversaciones habían sido largas y difíciles, pero habíamos intentado ser realistas y comportarnos como adultos. Los dos teníamos muy claro que queríamos intentar estar juntos. Nuestros sentimientos estaban claros y encima de la mesa, pero también sabíamos que no iba a ser fácil y que seguiríamos saltando y discutiendo.

Enumerar todas las posibles formas de reconciliarnos había sido un juego

privado y una tortura. Dado mi estado de salud, poner en prácticas todas aquellas ideas estaba fuera de nuestras posibilidades. No veía la hora de recuperarme y casi tenía ganas de que empezáramos a discutir.

Las noches en el hospital habían sido largas, al igual que los días. Mi humor se había resentido en más de una ocasión. Pasar tanto tiempo en la cama, sin poder moverme y necesitando a alguien a mi lado constantemente para algo tan simple como beber un poco de agua, me había hecho saltar más de una vez. Iván se había limitado a sonreír, mirarme con dulzura e ignorar mi mal humor. Algo que me había parecido totalmente irreal y no había dudado en decírselo. Su respuesta había sido clara: la enfermera había amenazado con prohibirle la entrada si volvía a levantar la voz, así que nuestras discusiones tendrían que esperar a que estuviera en casa... y a ser posible recuperada. Lo último lo dijo con un guiño y un movimiento de cejas, que me hizo desear poder saltar en el tiempo hasta un momento en el que pudiera devorarlo con todo mi cuerpo y no solo con los ojos.

Pero la gran sorpresa me la había dado un par de días antes de que me dieran el alta. Aquella mañana Iván había entrado en la habitación con aspecto serio. Había sido la primera noche que había permitido que alguien que no fuera él se quedara conmigo en el hospital y aquello de por sí, ya me había escamado. Desde el principio había insistido en que mis padres y mi hermana se fueran a casa a dormir. Mis padres ya tenían sus achaques y Tesa trabajaba, mientras él estaba de baja por lo que no tenía que madrugar. Cuando la noche antes se había despedido de mí, por un momento había llegado a pensar que se había cansado de mi mal humor y nuestras intenciones se habían ido al traste antes si quiera de empezar. Su beso de despedida había mitigado mi seguridad y fundido casi todas mis neuronas, pero su gesto serio al volver a la mañana siguiente me había puesto nerviosa.

La tensión aumentó cuando se sentó a mi lado sin decir una palabra limitándose a sujetar mi mano entre las suyas y acariciarla. Le había mirado en silencio, sin saber qué decir, con miedo de que mis palabras abrieran la veda a una conversación que temía y no quería tener bajo ningún concepto. Habíamos permanecido así, en silencio, durante varios minutos, hasta que podía sentir cómo la tensión se espesaba en el aire impidiéndome casi respirar.

—¿Qué pasa, Iván? Y no me digas que nada porque no te lo crees ni tú.

Espeté, con las uñas casi fuera y dispuesta a pelear por él, por nosotros, contra cualquier cosa que se hubiera colado en su mente y estuviera haciéndole actuar de aquel modo.

Iván levantó la mirada con una sonrisa forzada en los labios.

—He tomado una decisión. Podría decirte que no tiene nada que ver contigo, pero te mentiría y quedamos en que nada de mentiras, ¿recuerdas?

Su sonrisa se amplió un poco, pero continuó sin llegar a sus ojos.

—¿Qué has decidido?

La pregunta salió de mis labios en un susurro temeroso. No estaba segura de que lo que iba a decirme me fuera a gustar.

—Lo he estado pensando mucho, Natalia. Siempre he querido ser bombero, ha sido el sueño de mi vida desde que era un niño y, desde que lo conseguí, jamás me he imaginado haciendo otra cosa, pero ahora... —un mohín de desagrado estropeó su gesto —Llevo más de dos meses de baja. Estoy mucho mejor y desde tu accidente, no he vuelto a bloquearme al ver un fuego. Hace un par de días estuve viendo al psicólogo y... bueno, me ha dicho que puedo volver al trabajo cuando quiera.

—¡Pero eso es fantástico, Iván! ¡No sabes cuánto me alegro por ti! —me miró con cara de circunstancias y la sonrisa que se había dibujado en mis labios por lo que había creído una buena noticia, se congeló en mi rostro — Porque... eso es lo que querías, ¿no?

—Sí, ¿verdad? Eso era justo lo que quería —sus ojos vagaron por la habitación —A Mateo le va genial en su empresa, ¿sabes que cuando la iba a abrir me ofreció ser su socio?

El cambio de tema me descolocó aún más y apreté su mano con fuerza intentando llamar su atención. Aquella conversación estaba dando demasiadas vueltas y mi estómago ya tenía más nudos de los que podía contar.

—¿A dónde quieres llegar, Iván?

—Mañana tengo que reincorporarme al trabajo.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no quiero ir. Ese es el problema.

Mi aturdimiento debió dejarse ver en mi expresión, porque Iván se esforzó en sonreír y acarició mi mejilla con dulzura. Me había hablado mucho de su trabajo y siempre lo había hecho con una sonrisa en los labios y un tono de voz cargado de emoción. Las anécdotas que Mateo y él me había contado en aquellos días, las risas, los malos momentos. Cada gesto, cada palabra, cada comentario. Todo en él dejaba ver cuánto amaba su trabajo. Era su vocación, el sueño de su infancia. Ser bombero era todo lo que había querido de la vida desde que tenía uso de razón y sus palabras hasta aquel momento así me lo habían transmitido.

—¿Sorprendida? Te aseguro que no más que yo. Llevo desde que me lo dijeron dándole vueltas a la cabeza. Cuando fui a solicitar mi reincorporación tenía muchas ganas de que me dijeran que estaba en condiciones de volver al trabajo. Llevo meses esperando, deseando oír esas palabras y cuando por fin las he oído, en lo único en lo que puedo pensar es en que tengo que volver a Sevilla y tú vives y trabajas aquí.

—Pero la distancia es de apenas una hora y media en coche, Iván. Eso no sería ningún problema. Podemos organizarnos.

—Pero es que no quiero organizarme, Natalia. No quiero estar a una carretera de distancia, no quiero trabajar turnos interminables y llegar a casa cansado. No quiero jugarme la vida y perderme la oportunidad de vivirla contigo.

—No entiendo lo que quieres decir, Iván... Eres bombero. Es lo que siempre has querido ser.

—¿Y qué pasa si ya no quiero serlo?

Aquellas palabras saliendo de sus labios me dejaron muda, sin saber cómo reaccionar.

—Urko acababa de cumplir los treinta, ¿sabes todo lo que no va a poder vivir? No quiero que eso me pase a mí. Tengo cuarenta, Natalia y quiero vivir todo lo que él no va a poder hacer. Quiero hacerlo por los dos. Tener una vida estable, una casa con jardín, casarme, tener hijos...

—Puedes hacer todo eso sin dejar de ser bombero. Estoy segura de que tienes muchos compañeros casados, con familia, hijos...

—Sí, los hay y muchos. La mayoría, de hecho, y son felices.

—¿Entonces?

—Supongo que necesito un respiro. Como has dicho antes, ser bombero ha sido todo en mi vida durante mucho tiempo y creo que ahora, quiero ser otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Sí. Quiero levantarme cada mañana contigo y no en una habitación rodeado de compañeros. Quiero que, si algo me despierta en mitad de la noche, sea el calor de tu cuerpo contra el mío y no una sirena. Quiero abrazarte cada noche, mientras vemos una película absurda en el sofá. Ver tus ojos al hablar, oír tu risa y poder callarte a besos cuando discutamos. ¿No lo entiendes? Por primera vez en mi vida, hay algo que quiero más que ser bombero y es a ti.

La dulzura en su mirada, el cariño en cada una de sus caricias y la pasión que había en sus palabras hicieron que me resultara imposible contener las lágrimas de emoción que llevaban luchando por salir desde que había empezado a hablar. Las dejé correr mientras él las limpiaba de mis mejillas con tanta ternura, que mi corazón se encogió.

—Te quiero...

Fue lo único que logré murmurar entre las lágrimas.

—Lo sé, cariño —dijo sin dejar de acariciar mis mejillas —De ahí que haya tomado una decisión. He aceptado la propuesta de Mateo para ser socios en su empresa, así que mañana comienzo mi último turno como bombero.

—¿Estás seguro?

Podía sentir cómo todo mi cuerpo temblaba. Iván estaba renunciando al trabajo de sus sueños, ¿y lo estaba haciendo por mí? El peso de la responsabilidad, de las consecuencias que podía traer aquella decisión cayó sobre mí. No quería que renunciara a sus sueños. Aunque todo lo que me había dicho era precioso y sabía que salía de su corazón, me daba pánico pensar en la posibilidad de que se arrepintiese y acabase culpándome a mí, o a nuestra relación, de haber dejado de lado su profesión.

—Lo estoy, o eso creo.

—No quiero que te arrepientas y...

—No me voy a arrepentir, cariño —besó mis labios con suavidad antes de continuar hablando —o no creo que lo haga. De todos modos, como parece no ser la única con esa inquietud, Mateo ha hablado con Salva. Dentro de dos años hay exámenes de ascenso a los que podría presentarme y optar a un puesto en el parque de El Puerto en el que trabaja Salva, si echo de menos el trabajo y quiero volver.

—¿Dos años?

—Sí, pero queda mucho para eso y aún hay algo que no te he dicho.

—¿Más?

Su gesto se había vuelto serio una vez más y con tanto altibajo no estaba segura de que mis nervios aguantasen la conversación mucho más sin acabar destrozados.

—Mateo quiere que me haga cargo de la oficina de Cádiz, para que él no tenga que estar yendo y viniendo constantemente y pueda pasar más tiempo con Tesa. Así que necesitaré un sitio donde vivir.

—¿Me estás preguntando si puedes venirte a vivir conmigo?

La ansiedad puso un peso en mi estómago. Había pasado poco más de un mes desde nuestro primer encuentro y, vivir juntos era un paso más que importante. Sobre todo, teniendo en cuenta mis anteriores experiencias.

Tenía muy presente a Mark. Habíamos estado juntos durante más de dos meses antes de que se viniese a vivir conmigo y las cosas no habían salido precisamente bien. Lola siempre me había echado en cara la facilidad con la que metía a mis ligues en mi casa. Aunque yo los llamara novios, para ella no eran más que eso. Decía que una relación de pareja llevaba tiempo y que acelerar el proceso dando los pasos más rápido, no ayudaba. Por mucho que yo quisiera tener una relación seria, una pareja estable y por muy en serio que me tomase mis relaciones, tenía que aprender a ver que la otra persona, no siempre iba en el mismo camino que yo.

En el fondo sentía que Iván no era como Mark, que nunca me traicionaría del modo en que él lo había hecho. Se tomaba en serio nuestra relación, quería que funcionase y estaba en ella al cien por cien. Me lo demostraba cada día no solo con palabras, sino con hechos. Pero, ¿no había pensado lo

mismo de Mark?

Cuando al poco de estar juntos, venció su contrato de alquiler, no dudé en ofrecerle mudarse conmigo. Debí darme cuenta de que había algo raro cuando aceptó sin dudar y sin preguntar cómo nos repartiríamos los gastos, pero solo me emocioné al pensar que él tenía las mismas ganas que yo de avanzar en nuestra relación y de implicarse en ella completamente. ¡Qué tonta había sido!

—Lo siento, es demasiado pronto. No debí preguntarlo.

Debí perderme en mis pensamientos durante demasiado tiempo. Iván me miraba con una mezcla de duda y tristeza. Aunque había sonado tranquilo y convincente, percibí el atisbo de decepción en su voz, lo que hizo que me sintiera una persona horrible. Pero, aún así, no era capaz de aceptar su proposición. Necesitaba que esta vez fuera diferente, aunque no entendía por qué.

—Soy yo quien lo siento, de verdad, —murmuré sin ser capaz de mirarle a los ojos —pero no...

—No hace falta que digas nada, Natalia. Lo entiendo. Es demasiado pronto y dijimos que iríamos despacio. No pasa nada, de verdad.

Estaba decepcionado, por mucho que intentara disimularlo tras palabras tranquilizadoras. Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras Iván hablaba, acariciándome la mejilla con suavidad.

—No quiero cometer los mismos errores. Necesito...

—Shhh —me mandó callar mientras besaba mis labios con dulzura —no pasa nada. Tenemos toda la vida para estar juntos.

Después de aquella conversación mi corazón había permanecido encogido, con la sensación de que estaba haciendo algo mal y que podía perder a Iván por ello. Mi cabeza, en cambio, no hacía más que repetirme que había tomado la decisión correcta. Por muchas veces que hubiera cometido errores, por mucho que me hubieran dolido en mis anteriores relaciones, cometerlos con él sería mucho más doloroso. Solo tenía que recordar cuánto había dolido pensar que le había perdido a pesar de conocernos desde hacía tan poco y ni siquiera tener una relación.

Iván había vuelto a Sevilla dispuesto a hacer su último turno en el trabajo

y presentar su dimisión. Aún me temblaba todo cada vez que pensaba en lo que iba a hacer. El miedo a que acabara arrepintiéndose y me culpara por ello no había desaparecido, pero cada vez que había intentado hablar con él se había mostrado firme y decidido a cambiar de trabajo. Mateo había ayudado a calmarme al decirme que habían hablado largo y tendido al respecto y que había sido Iván quien había comenzado la conversación. La idea había salido de él y eso me tranquilizó, al menos hasta cierto punto.

El resto de mis dudas y temores los había ido eliminando Iván. Había estado cuatro días fuera y no había parado de llamarme cada vez que tenía un rato libre. Entre mensajes, fotos y llamadas, había conseguido que le sintiera casi tan cerca como si no se hubiese ido. Casi. Las noches, a pesar de que imaginaba que él estaría encantado de dormir en una cama en lugar de en el sillón del hospital, a mí se me habían hecho eternas. Había echado de menos aferrarme a su mano en mitad de la noche, el sonido de su respiración relajada a mi lado... y sus besos. En algún momento se habían convertido en el aire que respiraba y no tenía muy claro cuándo había sido, pero sabía que me ayudaban con el dolor más que la medicación y calmaban mis nervios e inseguridades mejor que cualquier ansiolítico.

Debí quedarme dormida en algún momento porque fueron esos mismos labios que conseguían convertir mis músculos en plastilina los que me despertaron. Inhalé con fuerza, con miedo a abrir los ojos por si solo era uno más de los sueños que me habían acompañado durante las noches en que no había estado. El aroma de Iván se impregnó en cada una de mis células y por un instante quise que aquel instante fuera eterno. Perderme en esos labios, en su cuerpo e incrustarme en su alma para toda la eternidad.

Desgraciadamente, mis costillas se quejaron y un gemido de dolor escapó de mis labios antes de que pudiera retenerlo. No quería que se alejara de mí, pero mi cuerpo aún no estaba en condiciones para hacer lo que ocupaba mi mente en aquel momento: arrastrarlo a la cama conmigo y no dejarlo salir de allí en mucho tiempo.

Sus labios abandonaron los míos y supe que nunca tendría suficiente de sus besos.

—No quería despertarte, pero no he podido resistirme. ¿Te he hecho daño?

Tiré de él hacia mis labios sin poder resistirme a su sabor y habiéndolo echado de menos más de lo que estaba dispuesta a confesar ante nadie, ni siquiera a mí misma.

—Estoy bien, aún duele, pero el médico dice que es cuestión de tiempo y reposo. ¿Todo bien por Sevilla?

La sonrisa en su rostro se hizo enorme y mi corazón se saltó un latido. Estaba enamorada de aquel hombre hasta las trancas.

—Genial ahora que estoy aquí y sé que no tengo que volver a irme. Te he echado mucho de menos.

Un carraspeo desde la puerta hizo que se separara de mí y el aire frío que se instaló entre nuestros cuerpos me hizo estremecer.

—¿Interrumpimos?

Preguntó mi padre que estaba en la puerta con Sánchez y Rivas, los Guardia Civiles, que miraban en nuestra dirección sonrientes.

—Traemos buenas noticias.

Sánchez se acercó a la cama tendiéndole la mano a Iván.

—La investigación está cerrada, las pruebas en contra de Gina son contundentes y, aunque su abogado a intentado llegar a un acuerdo alegando enajenación mental transitoria, al escarbar han salido demasiadas cosas como para que cuele.

—¿Entonces? —pregunté ansiosa.

—Entonces, va a pasar mucho tiempo encerrada en el pabellón psiquiátrico de alguna cárcel. No volverá a molestaros.

—¿Lo sabe Rodrigo?

—Hablamos con él esta mañana —ambos agentes intercambiaron una mirada cómplice que me hizo sospechar—algo me dice que no la va a echar de menos.

Miré extrañada a Iván que me respondió con un encogimiento de hombros. Tenía que llamar a Rodrigo, la curiosidad me estaba matando.

—Nos alegramos de ver que te encuentras mejor y esperamos que te recuperes pronto.

—Muchas gracias por todo.

—Es nuestro trabajo y, en esta ocasión, ha sido fácil. Las pruebas se han acumulado solas.

Ambos se despidieron y abandonaron la habitación seguidos por mi padre, dejándonos solos de nuevo.

—Se acabó —murmuré

—Se acabó —Iván acarició mi pelo y besó mi frente con suavidad —Ya no tendrás que preocuparte por ella nunca más.

—Va a ser raro volver a la oficina y que no esté allí.

—¿La echarás de menos? —preguntó sorprendido.

—Si la echase de menos a la que tendrían que ingresar en el manicomio sería a mí.

Su risa llenó el aire. Estaba empezando a reír más a menudo, a relajarse, a disfrutar de las pequeñas cosas y me juré a mí misma que conseguiría hacerle reír tanto como me fuera posible. Tiré de su camisa y lo atraje hacia mí para un beso. Tenía mucho que celebrar. Iván había vuelto, trabajaríamos en la misma ciudad y Gina era historia. Había muchas formas en las que me apetecía celebrarlo, algunas de las cuales podían incluso ser ilegales en varios países, pero tendría que conformarme con besarnos hasta que me faltara el aire. O hasta que me creyera que todo lo que estaba pasando era real y que, por fin, la vida comenzaba a sonreírme.

Epílogo

Iván

Habían pasado tres meses. Natalia por fin estaba completamente recuperada y de vuelta al trabajo. Vivir en Cádiz y cambiar de trabajo se estaban convirtiendo en toda una experiencia. Me encantaba la ciudad, sobre todo tener la playa tan cerca. Me había adaptado pronto al nuevo ritmo de trabajo. Menos responsabilidad, menos riesgos y un horario fijo que me permitía disfrutar de mi tiempo libre.

¿Echaba de menos ser bombero? Sí, bastante, pero se me olvidaba cada vez que estaba con Natalia y recordaba porqué había decidido dejarlo. Además, Mateo me dejaba casi todas las investigaciones de incendios, por lo que seguía estando muy en contacto con bomberos en activo. Tenía que admitir que no echaba de menos los turnos eternos, los horarios de locos, la tensión, los nervios o el estrés de jugarme la vida cada vez que entraba en un edificio en llamas. Quizás tenían razón y me estaba haciendo mayor o, quizás, mi nueva vida me estaba dando mucho más de lo que había perdido.

A mis cuarenta años estaba disfrutando de mi primera relación seria y no hacía más que preguntarme por qué nunca antes había tenido una. La respuesta era sencilla: antes no la había conocido a ella.

La vida con Natalia podía definirse de muchas maneras menos aburrida. Discutíamos a menudo y sus explosiones siempre acababan sacándome una sonrisa. Tenía que admitir que, en más de una ocasión, había provocado discusiones intencionadamente solo para llegar a la parte en la que hacíamos las paces. Callarla a besos, hacer que perdiera el hilo de sus argumentos a base de caricias y retomar la conversación en un tono mucho más calmado y razonable, después de habernos amado como solo nosotros podíamos hacerlo, se había convertido en un hábito de lo más gratificante.

Mi personalidad también se había relajado. Tenía la sensación de que ser bombero veinticuatro horas al día, todos los días del año, me había hecho

permanecer en tensión incluso cuando no estaba de servicio. Viendo peligros potenciales en todas partes, riesgos e inseguridad en cada esquina, que me habían hecho ver y vivir la vida siempre en estado de alerta.

No culpaba a mi trabajo, conocía a muchos bomberos que no eran así. Alejaban el trabajo de su mente en el preciso instante en que se quitaban el uniforme. Vivían y disfrutaban de la vida con la mente relajada hasta el siguiente turno, pero yo nunca había sido capaz de hacerlo. Hasta entonces.

Había necesitado una baja y encontrarme con la locura hecha persona para darme cuenta de todo lo que me estaba perdiendo de la vida.

Recordar a Urko ponía una sonrisa en mi rostro. Cada paso que daba hacia mi nueva vida, hacia mi nueva forma de vivirla, hacía que me acordara de él y de que tenía que sacarle todo el jugo que pudiera. Por mí, por él, por todos los compañeros que se habían dejado la vida haciendo un trabajo tan sacrificado y que exigía una porción de nuestras almas.

Natalia se había convertido en mi amanecer, en el sol que iluminaba mis días. Me había vuelto adicto a su sonrisa, a su olor, a su tacto y a la sensación de su piel desnuda contra la mía. No vivíamos juntos. Al menos no técnicamente, ya que me había instalado en el apartamento junto al suyo y pasábamos más noches en la misma cama que separados. Pero a ella parecía darle tranquilidad saber que teníamos casas independientes.

Entendía sus temores, habíamos hablado mucho al respecto. Me lo había contado todo sobre sus anteriores relaciones. Sobre Mark, su tendencia a enamorarse y volcarse en la relación en cuestión de minutos, convencida de que cada hombre que llegaba a su vida era el definitivo. Comprendía que necesitase que lo nuestro fuera diferente. Quería hacer las cosas bien, ir despacio y hablar. ¡Cómo le gustaba hablar! Y cómo disfrutaba yo oyendo el sonido de su voz, escuchando cada una de sus ideas, aunque fueran auténticas locuras.

Desde que estábamos juntos me había dado cuenta de cuánto había necesitado a alguien así en mi vida. Alguien que me ayudara a abrirme, a relajarme, que me enseñara cómo reír y disfrutar de las pequeñas cosas. También era consciente del modo en que Natalia estaba cambiando. Seguía siendo ella, su personalidad alocada y brusca no había cambiado y no quería que lo hiciese, pero también estaba un poco más tranquila. Se quería más, se

valoraba más. Continuaba saltando a la mínima de manera desproporcionada, pero se había vuelto un poco más reflexiva y ella misma decía que se sentía mejor a medida que aprendía cómo controlar sus propios impulsos.

Se había dado cuenta de que parte de su actitud se debía a la necesidad de estar siempre a la defensiva. De no sentirse lo bastante buena, lo suficientemente válida como persona, como profesional. Le encantaba su forma de ser, igual que a mí, pero llevaba demasiado tiempo cargando con la imagen de inmadura y alocada y estaba aprendiendo a que no le afectara.

Miré el reloj por enésima vez en la última media hora. Natalia se retrasaba, ¡qué novedad! El hecho de que la puntualidad no era su fuerte era una de las cosas que había aprendido sobre ella en los últimos meses. Al principio me había sacado de quicio y habíamos discutido mucho al respecto. Después de un tiempo, me limitaba a contar con que llegaría tarde y quedar con ella media hora antes de la hora real o llegar yo unos minutos después. Lo segundo me costaba bastante, la puntualidad siempre había sido un rasgo de mi carácter, pero hasta en eso estaba cambiando.

Fuera como fuese, en aquella ocasión se estaba pasando. Habíamos quedado para recoger a una de sus amigas del trabajo, la intención había sido tomarnos algo antes de pasar a por ella, y llegaba casi una hora tarde. En pleno mes de enero, el tiempo estaba bastante frío y me estaba congelando el culo esperando de pie en aquella calle. Además, no se le había ocurrido otra cosa que quedar en la puerta de un sex shop y, teniendo en cuenta el tiempo que llevaba allí a pie parado, la gente empezaba a mirarme raro.

Sabía que Lola era la dueña, nos habíamos visto en varias ocasiones y me caía bastante bien. Seguía sin explicarme cómo una abogada de éxito había acabado dejándolo todo para mudarse al sur y abrir un sex shop, pero siempre que le preguntaba me decía que el destino tenía su propio sentido del humor y nunca dejaba de sorprendernos, así que había dejado de preguntar. Me había planteado esperar a Natalia dentro, al menos dejaría de congelarme el culo, pero siendo sincero, me daba cierto reparo entrar solo en un sex shop. Aunque conociera a la dueña. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había entrado en un sitio así, y me sobrarían dedos. De adolescente, en una ocasión, había curioseado con algunos amigos y había salido de allí del mismo color que los fresones maduros. Después, solo había entrado con compañeros cuando me había tocado ayudar a organizar la

despedida de alguno y no había encontrado la manera de escaquearme.

A ver, me gustaba el sexo como al que más y era perfectamente capaz de hablar de ello sin ponerme colorado y con total naturalidad. No era un ignorante sexualmente hablando, pero hay ciertas ideas que todos tenemos arraigados en nuestra mente, aunque sepamos que son absurdas y eso era lo que me pasaba a mí. No podía olvidar cuando abrieron un sex shop en mi barrio siendo un crío, las críticas que recibió el dueño, las veces que mi abuela se santiguó ante la idea de que “la perversión se había instalado en el vecindario”. Treinta años después, no podía evitar ver a mi abuela santiguándose y condenándome al infierno solo por mirar en su dirección.

Imaginé la cara de Natalia cuando le contase la historia y le hablase de mi abuela y no pude evitar reírme solo. Sabía exactamente lo que me diría. Me giré dispuesto a entrar en la tienda y esperando que mi pobre abuela no estuviera mirando desde allí donde se encontrase. Había dado tres pasos cuando unos brazos se enrollaron en mi cintura.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! Llego tarde otra vez —acaricié los brazos de Natalia mientras los apretaba con fuerza a mi alrededor —¿me perdonas?

—Lo raro habría sido que llegases a tu hora —dije girándome en su abrazo y estrechándola contra mi pecho. Hundí mi rostro en su cuello e inhalé su perfume dejando que se impregnara en mis pulmones y con la absoluta certeza de que jamás tendría bastante de aquella mujer —No te preocupes, solo estoy al borde de la hipotermia. El que dijo que en Andalucía nunca hace frío no ha estado por aquí en invierno.

—¿El chicarrón del norte no puede con un poco de frío?

La sonrisa en sus labios hizo imposible que pudiera resistirme a besarlos. Natalia tenía la capacidad de convertirme en un idiota romántico y sensiblero y, aunque lo negaría ante un juez, me encantaba.

—¿Por qué no has entrado? Ya conoces a Lola —preguntó con sus labios aún pegados a los míos.

—Iba a hacerlo justo cuando has llegado.

—Entonces vamos —agarró mi mano y tiró de mí hacia la puerta — quizás encontremos algo interesante que podamos estrenar esta noche.

La sonrisa pícaro en sus labios hizo que todo mi reparo por entrar se convirtiera en anticipación pura. De repente, lo único que quería era entrar en el sex shop, dejar que Natalia comprara todo lo que quisiera e irnos a casa para que pudiera sorprenderme con todo lo que se le ocurriera.

—Vaya, solo una hora tarde, todo un logro —Lola saludó desde detrás del mostrador con una sonrisa burlona —por suerte, llegáis a lo justo para echarme una mano con el cierre.

—¿A qué te crees que hemos venido? —respondió Natalia yendo hacia ella y abrazándola.

—Hola Iván, me alegro de verte.

Me acerqué a Lola y le di dos besos, mientras mis ojos recorrían la tienda en busca de algo que pudiera usar con Natalia y que nos volviese locos a los dos.

—¡Justo lo que estaba buscando!

La voz de un hombre sonó a mi espalda al tiempo que alguien se aferraba a mi culo con las dos manos.

Habría supuesto que era Natalia de no haber sido porque acababa de verla desaparecer en la trastienda con Lola y porque la voz a mi espalda era masculina. Todo mi cuerpo se tensó y sentí como el color se deslizaba de mi rostro. Me quedé blanco y sin saber cómo reaccionar.

—¿Te interesaría ser modelo de culo? Lo tienes muy bien formado. Firme y redondeado, perfecto para lo que tengo en mente, ¿podrías bajarte los pantalones?

La pregunta y el hecho de que el hombre a mi espalda se permitió la confianza de golpearme en el culo hizo que la sangre volviera a correr por mis venas y a mucha velocidad. Era consciente de que estaba en la tienda de Lola y no quería meterla en líos con un cliente o lo que quiera que fuese aquel individuo, pero no estaba dispuesto a permitir que nadie me manoseara con tanta libertad.

Respiré hondo y me giré para encontrarme de frente con un tipo bajito vestido como un espía de los años cuarenta. Gabardina con el cuello subido, con el cinturón apretado en torno a su prominente barriga, sombrero calado y gafas de sol. Por un momento me quedé allí parado, observándole, esperando

a que me soltara en voz baja algo como “parece que va a llover” o una de esas frases típicas de espías. Mi cerebro no acababa de encajar lo que estaba pasando. ¿Aquel tío acababa de cogerme el culo y pedirme que me bajara los pantalones? ¿En serio? La imagen de mi abuela recordándome los peligros de entrar en un sex shop se repitieron en mi mente mientras el hombre no dejaba de mirarme con una sonrisa en sus labios.

Empecé a balbucear como un estúpido mientras mi cara se calentaba cada vez más, sin saber cómo afrontar la situación. ¿Qué demonios podía decirle? Partirle la cara no era una opción, la violencia nunca había sido mi primera opción. Además, una agresión a un cliente podría traerle problemas a Lola. Si estuviese en mi lugar, Natalia estaría soltando sapos y culebras por su boca, pero no era tan imaginativo a la hora de insultar como ella y tampoco estaba seguro de poder decir nada con sentido en aquel momento.

Las risas de Lola y Natalia atrajeron mi atención hacia la puerta de la trastienda. Las dos estaban allí, partiéndose de risa, con los brazos cruzados sobre sus estómagos. La risa del hombre junto a mí no tardó en unírseles. Sumé dos más dos y lo supe. Había sido una broma.

Miré a Natalia furioso por haberme puesto en aquella situación durante exactamente dos segundos. El tiempo que tardó su mirada en cruzarse con la mía, dejar de reírse y que sus ojos se llenaran de duda e inseguridad. Pensé en lo que había pasado, en la cara que debía haber puesto, en las veces que Natalia me había dicho que necesitaba reírme más. Me pregunté cómo habría reaccionado yo si le hubiese pasado a otra persona. Me bastó imaginarme a Mateo para empezar a reírme yo también.

Natalia se acercó a mí sonriendo, pero aún con temor en los ojos y la abracé con fuerza.

—¡Estás loca! —dije entre risas —Pero eso solo hace que te quiera más —besé sus labios y sentí como se relajaba entre mis brazos —Tendré que pensar una buena forma de devolvértela.

—¿No estás enfadado? —preguntó con un hilo de voz.

—Tengo que admitir que ha sido mi primera reacción, pero... me he imaginado a Mateo en mi lugar y le he pillado la gracia a la broma al instante.

Volvimos a reír y la estreché nuevamente entre mis brazos. Si la opción para aprender a tener sentido del humor era imaginarme a Mateo, algo me

decía que lo iba a imaginar en situaciones incómodas muy a menudo.

Lía

Respiré un poco mejor cuando escuché a Iván reírse. La mirada que me había echado al verme riendo me había hecho entrar en pánico. Había pensado que aquella vez realmente me había pasado de la raya. Cuando su risa inundó la tienda un peso en mi estómago se liberó. Nunca me cansaría de oír ese sonido.

Lo abracé con fuerza, nos reímos juntos cuando me explicó que se había imaginado a Mateo en su lugar y de repente, allí, envuelta en sus brazos, sintiendo su pecho temblar contra el mío a causa de la risa, con su aroma envolviéndome y colándose en mi interior con cada una de mis respiraciones, sentí como si la última pieza de un puzle gigante encajara en su lugar. Como si, en aquel instante, todo se hubiese colocado en su sitio, adquiriendo sentido.

Le abracé una vez más con fuerza antes de separarme de él y presentarle a Gabi. El pobre. Durante un momento, al ver la cara pálida de Iván y la tensión en su cuerpo, había temido por la integridad física del amigo de Lola. Menos mal que sabía que mi chico no era propenso a la violencia, porque si no... Me estremecí al pensarlo y comprendí a lo que se había referido Iván tantas veces al decirme que no pensaba en las posibles consecuencias.

Estaba trabajando en ello, intentando ser más reflexiva, menos impulsiva, y él me estaba ayudando mucho, pero estaba claro que aún me quedaba mucho por mejorar.

Cerramos la tienda entre risas, anécdotas e historias. Lola y Gabi disfrutaron un poquito más de la cuenta contándole a Iván la broma que me habían gastado meses antes. Durante un segundo me había sentido incómoda, hasta que oí su risa y me estrujó contra su pecho. Después de eso solo pude reírme con ellos, mientras nos dirigíamos a un bar cercano.

Después de unas cervezas y un par de tapas nos despedimos. Todos trabajábamos a la mañana siguiente y necesitábamos descansar. Nos

despedimos en la puerta del bar. Iván tomó mi mano y comenzamos a caminar en dirección a su coche.

El mío había quedado totalmente destrozado después del accidente y aún no había conseguido reunir fuerzas suficientes para comprarme otro. Iván me había dejado conducir el suyo un par de veces, pero no acababa de sentirme cómoda al volante. Algo que solo hacía que odiase a Gina un poco más. Conducir había sido una de mis cosas favoritas, siempre me había sentido libre al volante de un coche y, gracias a ella, se había convertido en un castigo. Si no fuera por Iván, por sus ánimos, su cariño, todos y cada uno de sus gestos, todo el apoyo que me daba. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y apreté con fuerza la pequeña cajita, que había sido el motivo de mi retraso.

Totalmente convencida de que era la decisión correcta y sin poder esperar un solo segundo más. Paré en mitad de la acera y tiré de la mano de Iván, que se detuvo a mi lado mirándome extrañado.

—Tengo algo para ti.

—¿No puedes dármelo en casa? Me estoy congelando el culo... otra vez.

<<Casa>>. De eso era precisamente de lo que se trataba. Me había llevado tiempo comprenderlo, darme cuenta de dónde venían mis temores y de por qué, cuando se trataba de Iván, no tenían el más mínimo sentido. Saqué la cajita de mi bolsillo y se la tendí con la mano temblorosa.

—Yo no tengo nada para ti —dijo tomándola con una sonrisa y abriéndola con cuidado.

—En estos meses me he dado cuenta de una cosa —dije mientras Iván observaba el contenido —mi casa no son cuatro paredes, ni una hipoteca. Mi hogar está donde están las personas que me quieren y a las quiero y no hay nadie que me quiera ni a quien quiera más que a ti. Una pareja, un hogar, no lo forman ladrillos, cementos, ni muebles, si no las personas que lo llenan cada día, y mi casa no la siento igual cuando tú no estás en ella. Cuando no la compartimos. Sé que cuando me lo pediste tú te dije que no estaba preparada, pero entonces no comprendía que mi casa eres tú y no las cuatro paredes entre las que vivo. Así que... ¿quieres vivir conmigo?

Iván aferró la pequeña llave en un puño mirándome con una sonrisa tan grande, que hizo que todo a nuestro alrededor desapareciese y calentó cada

célula de mi cuerpo.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida.

Sus brazos me envolvieron y mis labios buscaron los suyos en un beso que esperaba sellara nuestro destino. Uno que nos mantendría juntos para siempre. Aunque discutiésemos, aunque le gastase bromas pesadas, aunque no siempre estuviéramos de acuerdo, pero sabiendo que siempre lo estaríamos en lo importante. Nuestro destino lo elegíamos nosotros cada día, y queríamos vivirlo juntos.

—Podemos trasladar tus cosas este fin de semana —murmuré aún enterrada en su pecho cuando rompimos el beso.

—Casi todas mis cosas están en tu casa, créeme, podría mudarme esta misma noche.

—¿Y qué pasa con tu alquiler?

Sus brazos se tensaron a mi alrededor y temí haber metido la pata.

—Sobre eso... bueno. En realidad, no hay alquiler.

—¿Qué quieres decir?

¿Se había metido de okupa en el piso junto al mío? Me puse seria e intenté poner algo de distancia entre nuestros cuerpos. No entendía lo que estaba diciendo y necesitaba pensar, algo que me resultaba imposible teniéndole tan cerca.

—Verás, cuando vi que el apartamento junto al tuyo estaba disponible y sabiendo el tamaño que tienen pensé que tarde o temprano se nos quedaría pequeño y sé cuánto adoras tu piso así que... Lo compré, —dijo encogiéndose de hombros —con la idea de unirlos y tener habitaciones de sobra para las visitas y para cuando tengamos hijos, claro. Después de todo, un hombre puede soñar, ¿no? Solo es una idea, si tú no...

Interrumpí sus palabras con un beso. Quería a aquel hombre y cada día que pasaba le quería más. Tantas dudas, tanto miedo, tantas inseguridades sobre si él se tomaba la relación tan en serio como yo y había estado haciendo planes de futuro incluso antes de que yo supiera que quería un futuro con él.

—Te quiero —murmuré entre sus labios.

—Más que a nada —respondió antes de besarme una vez más —y ahora será mejor que nos vayamos a casa. Los niños no se hacen solos y la práctica no viene mal.

Corrimos el trecho que nos quedaba hasta el coche sin dejar de reír. Probablemente la gente tenía razón y yo estaba loca, pero ¿hay algo más bonito que estar loca de amor?

Sobre la autora

Kaera Nox (Sevilla, diciembre de 1981) es el seudónimo de una sevillana que a sus “titantos” decidió embarcarse en la aventura de autopublicar su primer libro. Casi no se recuerda a sí misma sin un lápiz en la mano garabateando sobre folios, cuadernos o servilletas de cualquier bar. Escribir es su forma de desahogarse, de sacar fuera todo lo que lleva dentro, que no es poco. Entre libros se siente libre, siempre hay algo que aprender en cada uno de ellos y la vida se disfruta más cuando aprendes.

Puedes encontrarla en:

<https://www.facebook.com/kaera.nox.5>

Twitter: [@KaeraNox_autora](https://twitter.com/@KaeraNox_autora)

e-mail: kaeranox@gmail.com

Agradecimientos

Los últimos meses, desde que publiqué “Volverte a ver” han sido una locura. Si antes tenía mucho que agradecer, ahora no sé ni por dónde empezar. La aventura en la que me embarqué me ha regalado tantas cosas y, sobre todo, tantas personas maravillosas, que no sé si me dará la vida para dar las gracias, pero voy a intentarlo.

GRACIAS a Belén Berrocal. Porque sin ella, probablemente, no existiría Kaera Nox, “Volverte a ver” nunca habría visto la luz y “¡Estás loca!” nunca se habría escrito. Gracias por tu apoyo, tu ilusión, tus ganas, tu ayuda desinteresada y, por encima de todo, por tu amistad. Gracias por estar ahí a cada paso, por ilusionarte conmigo, por vivir cada historia, por darle un pedacito de tu corazón

a cada personaje.

GRACIAS a Noelia González. Por ser mi conejillo de indias, por leer lo que sale de mi cabeza y ofrecerme tu sincera opinión. Por haberte convertido en una amiga, aunque no nos conozcamos en persona, algo que espero podamos solucionar.

GRACIAS a Laura Duque Jaenes. Una de esas personas que llegan a tu vida sin avisar y arrasan con todo a su paso. Por ser una superviviente, una luchadora y una lección de vida. Por ofrecer tu tiempo, tu ayuda y tu esfuerzo desinteresadamente, pero sobre todo tu amistad. Espero que este solo sea el comienzo.

GRACIAS a Tania Castaño. Por las risas, por la cercanía, por tu amistad y porque no sabes lo que significa para mí saber que lees mis historias.

GRACIAS a todas esas personas que habéis dedicado parte de vuestro tiempo a leerme. Las que habéis convertido mi pequeño experimento en un regalo incalculable. Las que me animáis con cada comentario a no dejar de escribir, a seguir plasmando historias que toquen vuestro corazón.

GRACIAS a María Montero, por contarme lo que “Volverte a Ver” le hizo sentir y por animarme a seguir y mejorar.

GRACIAS a Sara Núñez Pereira, por devorar mi primer

libro y declararse seguidora incondicional nada más terminarlo. Solo espero que este no te decepcione y te haga cambiar de idea.

GRACIAS a Noelia Moral Jiménez y “las auténticas devoralibros” por su apoyo. Empezar siempre es difícil, pero saber que tienes gente dispuesta a apoyarte aun cuando no te conoce nadie, ayuda y mucho.

GRACIAS a mi familia. Por su apoyo incondicional, porque sin ellos no sería quien soy. Por las risas, por los llantos, por los buenos momentos y los malos, siempre vividos en familia. Os quiero.

GRACIAS al que espero que algún día sea el Sr. Nox, aunque sólo sea oficialmente porque mi corazón y mi alma lo eligieron como tal hace ya muchos años. Gracias por quererme, apoyarme, cuidarme, valorarme... Gracias por ser tú y seguir a mi lado.

GRACIAS a mis amigos, los de siempre y los que han ido llegando con los años. Por las risas, los secretos, las confidencias y los momentos compartidos. Por ser parte de mi vida y hacerme un huequito en las vuestras.

Y, por supuesto, GRACIAS A TI que estás leyendo esto, por haber dedicado tiempo a leer a una autora desconocida. Espero que hayas disfrutado de la historia y estoy deseando saber qué te ha parecido.

Notas

^[i] Las banshees (/ˈbæŋʃiː/, del irlandés bean si, ‘mujer de los túmulos’) forman parte del folclore irlandés desde el siglo VIII. Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas hadas y mensajeras del otro mundo. También son criaturas europeas sobrenaturales que al gritar causan desastres. Mucha gente presume que las banshees tienen el poder de romperle los tímpanos a cualquier persona que se les cruce con su poderoso grito.

^[ii] Humoristas, parodistas y cantantes españoles. Empezaron siendo un dúo musical serio, pero debido a una afonía de Paco durante una actuación, provocó la risa entre el público asistente, y un giro en sus carreras. Paco Calatrava, conocido como “el feo”, es especialmente recordado por sus interpretaciones del cantante Mick Jagger que debido a su parecido físico ha llegado a pasar por el auténtico. En contraposición Manolo Calatrava, que normalmente tiene el papel de cantante serio en sus actuaciones, fue primeramente conocido como “el guapo” y a posteriori como “el menos feo”.

^[iii] Miniserie de TV de 4 episodios. Basada en una novela de Colleen McCullough. Famosa miniserie de televisión ambientada en Australia y centrada en la tortuosa vida del cura católico Ralph de Bricassart, un ambicioso sacerdote con el corazón dividido entre el amor a Dios y al sacerdocio y el amor terrenal y pasional por la bella e inocente Meggie Carson.

^[iv] Metilprednisolona, esteroide sintético, del grupo de los glucocorticoides que se utiliza en medicina por sus propiedades inmunosupresoras y antiinflamatorias, por lo que su administración alivia la inflamación y se usa para tratar, entre otras cosas, alergias severas.

^[v] Una tamborrada o tamborada es una gran concentración de tamborileros o repicantes. Se trata de una fiesta típica y de interés turístico en diversas localidades españolas.